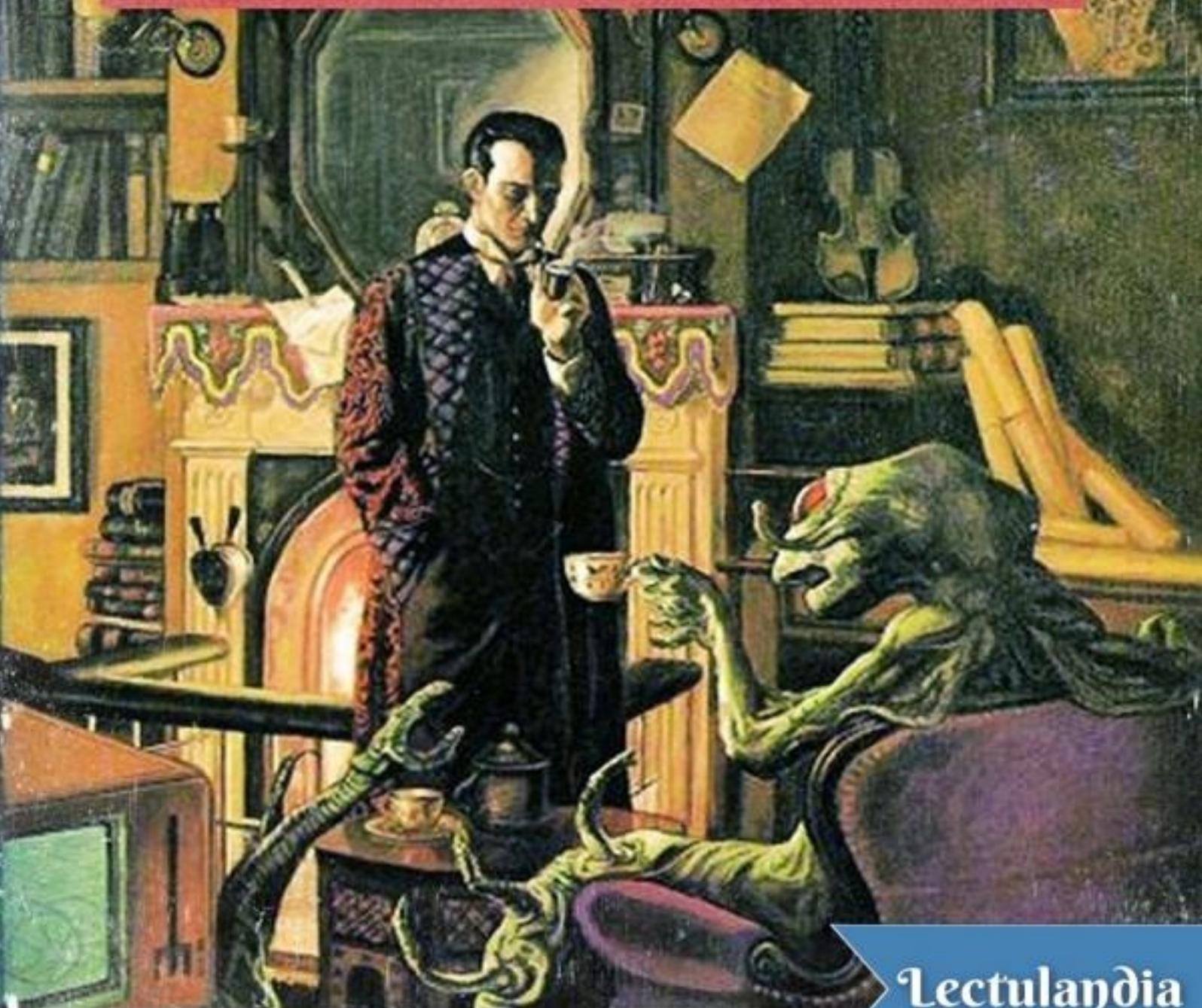


SHERLOCK HOLMES

*a través del tiempo
y el espacio*

ISAAC ASIMOV Y OTROS



Lectulandia

J U C A R

Cuando Conan Doyle escribió la primera aventura de Sherlock Holmes no sabía que estaba creando un personaje que acabaría por ser más real que su autor. Baring Gould escribió una biografía del príncipe de los detectives en la que contaba sus ciento tres años de existencia. Nicolás Meyer escribió dos novelas sobre Holmes en la que aparecía Sigmund Freud y Bram Stoker (*Solución al siete por ciento* y *Horror en Londres*). Michael Dipdin relató *La última aventura de Sherlock Holmes*, y así una gran lista en la que novelistas, guionistas, directores de cine, biógrafos y poetas han aportado su grano de arena para formar y afirmar el mito de Sherlock Holmes. Como no podía faltar a la cita acude el más fríamente apasionado de los lógicos: Isaac Asimov que en esta obra recopila una serie de relatos que abarcan otras facetas del héroe creado por Conan Doyle.

Lectulandia

Isaac Asimov y otros

Sherlock Holmes a través del tiempo y el espacio

ePub r1.0

Dermus 26.08.13

Título original: *Sherlock Holmes Through Time and Space*
Recopilado por Isaac Asimov, Martin Harry Greenberg y Charles G. Waugh
© I. Asimov, M. H. Greenberg y Ch. G. Waugh, 1984
Traducción: Robert Walter Moyer
Cubierta: Juan Cueto y Silverio Cañada
Ilustración de cubierta: J. Pablo Sudrez
Primera edición: febrero de 1987

Editor digital: Dermus
Corrección de erratas: Banshee, Ninguno y Crissmar
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

¡Watson! La partida continúa

Sherlock Holmes

Sherlock Holmes

Se podría fácilmente argüir que Sherlock Holmes es el personaje de ficción de más éxito de todos los tiempos. Ha pasado un siglo desde que fuera creado en la mente de Arthur Conan Doyle, y en todo este tiempo ha deleitado a innumerables millones de lectores con una intensidad que no ha mermado con el tiempo. Una gran parte de estos lectores se negaban a aceptar que Holmes fuera un personaje de ficción y pensaban que era una persona viva y real, y le enviaban cartas dirigidas a 221B Baker Street contándole sus problemas.

Este éxito, que por lo general proporcionaba placer a los lectores, era, por otro lado, una fuente de constantes molestias para Conan Doyle. Sherlock Holmes oscureció todas las demás ambiciones literarias de Conan Doyle, que agonizaron y murieron bajo la vasta sombra sherlockiana. Incluso llegó a oscurecer a Conan Doyle como individuo, convirtiéndolo en poco más que un intermedio entre el detective y el público.

Conan Doyle sabía esto y lo resentía amargamente. Intentó poner fin a esta esclavitud pidiendo un precio cada vez más alto por cada historia que escribía. No funcionó; siempre le pagaban lo que pedía. Acudió a métodos más drásticos y escribió una historia donde asesinó fríamente a su detective. Tampoco funcionó; el público enfurecido le exigió que resucitara a Holmes.

Con frecuencia he llegado a pensar que Conan Doyle se volcó en el espiritualismo y otras senilidades en épocas más tardías de su vida en un esfuerzo (inconsciente, quizá) de dissociarse de Sherlock Holmes y para conseguir una fama que fuera suya propia. Los extremos de la irracionalidad a los que descendió (creía en hadas y se dejaba engañar con fotos que estaban obviamente trucadas), bien podrían haber sido un intento de rebelión contra la suprema racionalidad de Holmes. Y aunque esto fuera cierto, tampoco funcionó. Se reían de Conan Doyle, pero se seguía reverenciando a Holmes.

El éxito de Holmes le incluyó rápidamente en una notable lista de personas (reales y de ficción) que están «indefinidas». Lo que quiero decir es bastante simple de entender: cuando Holmes describe a James Moriarty, ese criminal modelo, como «el Napoleón del crimen», no se molesta en explicar quién era Napoleón. Da por hecho que Watson sabía quién era Napoleón y Conan Doyle podía, sin peligro, dar por hecho que prácticamente cualquier persona capaz de leer sus libros sabía quién era Napoleón.

De la misma manera, cuando alguien describe a otra persona como «un perfecto Sherlock Holmes», nunca se para a explicar lo que quiere decir con esto. Su nombre es parte del idioma. Cada uno de nosotros supone que los demás saben exactamente quién es Sherlock Holmes.

Holmes sentó las bases para los futuros detectives, al menos para los más fascinantes. Había detectives antes de Holmes; y algunos, indudablemente, debieron inspirar el esfuerzo creador de Conan Doyle (sobre todo, Dupin, el detective de Edgar Allan Poe), pero el éxito abrumador y la popularidad de Sherlock Holmes desbordaron todos los de sus preexistentes como si nunca hubieran existido. Fue Holmes el que se convirtió en modelo.

Holmes era un *amateur* superdotado que podía ver a través de la niebla que mantenía a la policía profesional (*chapuzas* de Scotland Yard) en una confusión sin remedio.

Esto parece una inversión del orden natural de las cosas. ¿Cómo pueden ser los *amateurs* superiores a los profesionales? En realidad, es un reflejo de la superstición victoriana y de la aceptación inglesa de su rígido sistema de división social. Los *chapuzas* de Scotland Yard eran, en el mejor de los casos, de clase media; quizá incluso con origen en las clases bajas. El *amateur* superdotado, sin embargo, era un señorito educado en Eton (o Harrow) y Oxford (o Cambridge). Naturalmente que un *gentleman* inglés era muy superior desde su nacimiento a cualquier comerciante.

De este modo, la tradición de detectives *gentlemen* empezó a existir y fue particularmente explotada por un siglo de escritores de misterio, particularmente los ingleses, siendo quizá Peter Wimsey el caso más extremo. Incluso cuando los detectives eran profesionales, eran con frecuencia *gentlemen* que se hicieron policías por algún capricho (Roderick Alleyn y Appleby, por ejemplo).

Los escritores policíacos que siguieron a Conan Doyle no intentaron ocultar su deuda, y aunque hubieran querido hacerlo, no habrían podido. Considérese la primera novela de misterio escrita por Agatha Christie (la más exitosa de los escritores post-Doyle), *El misterioso asunto en Styles*. El narrador, capitán Hastings, confiesa su ambición de convertirse en detective. Se le pregunta: «¿Scotland Yard o Sherlock Holmes?». Y Hastings responde: «Oh, Sherlock Holmes, por supuesto».

De este modo se prepara el escenario para la entrada de Hercule Poirot, el mejor de todos los detectives de la tradición sherlockiana.

He descrito con cierta frecuencia a mi propia creación, el camarero Henry, en las historias donde interviene, como «el Sherlock Holmes de las *viudas negras*». Como es inútil negar esta deuda, los escritores de misterio se refieren a ella con cinismo para, de esta manera, desarmar por adelantado a los que pudieran opinar de otro modo.

Sherlock Holmes invitaba a imitarle a personas que le admiraban y otros que pretendían burlarse de él. Mark Twain fue uno de los que se burlaban y, desgraciadamente, no lo hizo nada bien. Mucho más éxito tuvo Robert Fish en sus historias de Sherlock Holmes. Mientras los derechos de autor de Conan Doyle estaban aún en vigor, los escritores sólo podían enfrentarse a Holmes de forma

indirecta claro, pero se las arreglaron para escribir pastiches, a veces con gracia, en una gran variedad de formas. Después de que las historias pasaran a dominio público, historias «nuevas» de Sherlock Holmes, tan idénticas a los originales como le era posible al escritor, empezaron a ser escritas a raudales.

De hecho, son tan numerosas las continuaciones, parodias y pastiches de Sherlock Holmes que se pueden dividir en subgrupos. El subgrupo que recogemos en este libro son historias donde el estilo sherlockiano de ficción es tratado en términos de ciencia-ficción o fantasía, y es sorprendente (como podrán comprobar) cómo la leyenda sobrevive a la transición.

Este libro recoge quince historias que de una manera u otra implican a Sherlock Holmes. La primera historia está escrita por el mismo Conan Doyle; una auténtica historia de Holmes titulada *La aventura del pie de diablo*, uno de los dos que, dentro del canon, son lo más parecido a la ciencia-ficción. Además, es una ciencia-ficción muy buena, y os sorprenderá la agudeza con la que Conan Doyle anticipó un fenómeno que abundaría una generación después de su muerte.

La última historia es una de mis típicas de *viudas negras*, una historia en la cual se analiza un aspecto de las historias de Holmes en el más puro estilo de los Irregulares de Baker Street (véase la historia para saber algunos detalles sobre esta organización), y se llega a una conclusión legítima.

En medio hay otras trece historias donde encontraréis el espíritu de Sherlock Holmes en forma de animales, robots, extraterrestres y demás. La imaginación de los autores no tiene límite en este aspecto, como tampoco la tiene el placer que proporcionarían a todos los *verdaderos sherlockianos* (para los americanos) o *holmesianos* (para los británicos).

ISAAC A SIMOV

La aventura del pie del diablo

Sir Arthur Conan Doyle

De hecho, Conan Doyle también escribió ciencia-ficción, y muy buena. Mi opinión personal —espero que los Irregulares de Baker Street no me oigan— es que sus obras de ciencia-ficción son mejores que las de misterio.

Cuando me siento a narrar algunas de las interesantes experiencias y recuerdos de mi larga y estrecha amistad con el señor Sherlock Holmes, tengo que enfrentarme continuamente con una serie de dificultades impuestas por su gran aversión a la publicidad. Cualquier forma de aplauso popular resultaba siempre odiosa para su espíritu pesimista y cínico, y nada le divertía más que ceder un caso ya resuelto a algún agente de policía dogmático, para luego escuchar con mueca irónica las felicitaciones desviadas. Se debe precisamente a esta actitud de mi amigo, y no a la falta de material interesante, la escasez de mis intervenciones públicas en los últimos años. Siempre ha sido un privilegio participar en sus aventuras pero exigía discreción y silencio.

Con gran sorpresa recibí el pasado martes un telegrama de Holmes —nunca solía escribir una carta a menos que fuera absolutamente necesario— comunicándome lo siguiente: «Debería contar el caso de *El terror de Cornualles*, el más extraño de todos mis casos».

No tengo la menor idea de qué malabarismos memorísticos habían reavivado este recuerdo en su mente, ni qué capricho había sido responsable de este deseo; pero, en fin, me daré prisa en buscar las notas que me proporcionarán los detalles exactos del caso y lo expondré ante mis lectores antes de que me llegue otro de sus telegramas.

En la primavera de 1897, cuando la constitución férrea de Holmes comenzó a mostrar síntomas de debilidad a causa del constante y duro trabajo, se hizo aún más duro por ocasionales deslices propios. En marzo de ese año, el doctor Moore Agar, de Harley Street, cuya dramática presentación a Holmes quizá cuente algún día, dio órdenes estrictas de que el famoso detective privado abandonase todos sus casos y se rindiese a un completo descanso si quería evitar un colapso. Su propio estado de salud no era una cuestión que le preocupara en lo más mínimo, pues su aislamiento mental era absoluto; pero se le indujo, por fin, bajo amenazas de ser permanentemente inutilizado para seguir trabajando, a cambiar radicalmente de aires. Fue, por lo tanto, en las primeras semanas de primavera cuando nos encontramos

viviendo juntos en una pequeña casa de campo cerca de la bahía de Poldhu, en el extremo más alejado de la península de Cornualles.

Era un lugar singular, y estaba especialmente bien dotado para el humor macabro de mi paciente. Desde las ventanas de nuestra pequeña casa encalada, que se hallaba situada en lo alto de un montículo verde, se divisaba el semicírculo siniestro de la bahía de Mounts, una vieja trampa mortal para embarcaciones, con una franja de acantilados negros y arrecifes barridos por las olas en las que un número incontable de marineros han encontrado su fin. Cuando el viento sopla del norte esta plácida y tranquila bahía invita a guarecerse en busca de descanso y protección a las embarcaciones zarandeadas por la tormenta.

Luego cambia repentinamente el viento y los vendavales tempestuosos del suroeste arrastran el ancla, sotavento hacia la orilla, estallando la última batalla entre las espumosas olas. El marinero sabio se mantiene bien alejado de este maldito lugar.

En tierra, nuestros entornos eran tan sombríos como los del mar. Era un paisaje de infinitas y solitarias llanuras de color pardo, mostrando de cuando en cuando torres de iglesias que marcaban la situación de alguna ancestral aldea. En todas las direcciones se podían observar restos de una raza desaparecida totalmente extinguida, que había dejado tras sí como único recuerdo unos monumentos extraños de piedra, montículos irregulares que contenían las cenizas quemadas de los muertos y unas curiosas formaciones de tierra que sugerían alguna lucha prehistórica. La elegancia y misterio del lugar alentaban la imaginación de mi amigo, que pasaba una gran parte de su tiempo en meditaciones solitarias y largos paseos por la llanura. La ancestral lengua cómica también había captado su atención, y recuerdo bien cómo concibió la idea de que esta lengua era afín al caldeo y que había derivado de los comerciantes de estaño fenicios. Acababa de recibir un cargamento de libros sobre filología y se disponía a desarrollar esta tesis cuando repentinamente, para su gozo y muy a pesar mío, nos encontramos metidos de lleno en un problema en nuestra propia puerta, que era más intenso, más absorbente e infinitivamente más misterioso que cualquiera de los casos que motivaron nuestra escapada de Londres. Nuestra vida sencilla, así como la rutina tranquila y sana que nos habíamos impuesto, se vieron violentamente interrumpidas, y nos precipitamos en una serie de acontecimientos que fueron causa de la más ferviente emoción, no sólo en Cornualles, sino en la mayor parte del oeste de Inglaterra. Quizá muchos de mis lectores guarden todavía en su memoria lo que por aquel entonces se dio en llamar *El terror de Cornualles*, a pesar de la versión tergiversada que llegó a la prensa londinense. Ahora, después de trece largos años, voy a revelar los verdaderos detalles de este insólito caso al público.

Ya he mencionado las torres que marcaban las aldeas salpicadas por esta parte de Cornualles. La más cercana era la aldea de Tredannick Wollas, donde las casas de unos doscientos vecinos se aglomeraban alrededor de una iglesia cubierta de musgo.

El vicario de la parroquia, el señor Roundhay, tenía aficiones arqueológicas, y en tal faceta le había conocido Holmes. Era un hombre de mediana edad, gordo y afable, que estaba siempre al día de los acontecimientos sociales de la aldea. Por invitación suya, tomamos el té en la vicaría y tuvimos la oportunidad de conocer al señor Mortimer Tregennis, un hombre independiente que contribuía a los escasos ingresos del párroco al tener alquiladas algunas habitaciones en su enorme y desordenada casa. El vicario era soltero y estaba encantado con este arreglo a pesar de tener muy poco en común con su huésped, que era alto, delgado, usaba gafas y presentaba un encorvamiento que daba la impresión de ser una auténtica deformación física.

Recuerdo que durante nuestra corta visita el vicario nos pareció un hombre parlanchín, mientras que su huésped era un hombre extrañamente silencioso, de cara triste y muy introvertido, que pasó el rato sentado, mirando al vacío y meditando tristemente sobre sus propios asuntos.

Fueron precisamente estos dos hombres quienes entraron abruptamente en nuestro salón el martes 16 de marzo, poco después de la hora del desayuno, cuando estábamos los dos fumando y pensando ya en salir a nuestra excursión diaria por la llanura.

—Señor Holmes —dijo el vicario con voz agitada—, ha ocurrido algo extraordinariamente trágico esta noche pasada. Es completamente inaudito. Es providencial que usted esté aquí, pues, de toda Inglaterra, usted es el hombre que necesitamos.

Miré fijamente al vicario con cara de pocos amigos, pero Holmes sacó la pipa de sus labios y se incorporó en la silla como un viejo perro de caza que oye a su amo azuzándole contra la presa. Señaló al sofá, y nuestra palpitante visita se sentó con su acompañante. El señor Mortimer Tregennis parecía tener mayor control sobre sus emociones, pero el temblor de sus manos manifestaba claramente que ambos compartían una emoción común.

—¿Hablo yo o usted? —preguntó al vicario.

—Bien, sea lo que sea, parece que usted hizo el descubrimiento y que el vicario tiene una versión de segunda mano, de modo que quizá sea mejor que lo cuente usted —dijo Holmes.

Noté que el vicario se había vestido a toda prisa y que su huésped estaba cuidadosamente ataviado, y me hizo gracia que los dos mostraran cara de sorpresa por la sencilla deducción que Holmes acababa de hacer.

—Quizá sea mejor que yo diga algo primero —dijo el pastor—, y luego puede decidir si quiere escuchar los detalles del señor Tregennis o si prefiere apresurarse al misterioso lugar. Le puedo decir que nuestro amigo, aquí presente, pasó la tarde-noche de ayer en la casa de sus dos hermanos, Owen y George, y de su hermana Brenda, en Tredannick Wartha, que está cerca de la vieja cruz de piedra sobre la

llanura. Se marchó de allí poco después de las diez, dejándoles alrededor de la mesa del comedor entretenidos y de inmejorable humor en una partida de cartas. Él es muy madrugador y salió a dar un paseo en esa dirección antes de desayunar, cuando le adelantó la carreta del doctor Richards, quien le explicó que acababa de recibir el recado urgente de presentarse en Tredannick Wartha. Naturalmente, el señor Mortimer Tregennis le acompañó. Cuando llegaron a Tredannick Wartha encontró la cosa más extraordinaria que uno puede imaginarse. Sus dos hermanos y su hermana seguían sentados alrededor de la mesa exactamente como les había dejado, las cartas estaban aún en la mesa y las velas completamente consumidas. Su hermana estaba muerta, mientras que sus dos hermanos, sentados uno a cada lado, estaban riéndose a carcajadas, gritando y cantando; habían perdido completamente la razón. Los tres, la mujer muerta y los dos hombres dementes, guardaban en sus caras una expresión del más puro terror; un terror convulsivo que era espantoso. No había ninguna pista que sugiriese que alguien hubiera estado allí, excepto la señora Porter, la vieja cocinera y ama de llaves, quien dijo haber dormido profundamente toda la noche. No faltaba ni se había desordenado nada, y no parece haber ninguna explicación plausible de qué pudo haber producido tal terror capaz de asustar a una mujer hasta la muerte y a dos hombres fornidos hasta perder la razón. Ésta es la situación muy resumidamente. Si puede ayudarnos a clarificarlo, habrá hecho un buen trabajo.

Había tenido la leve esperanza de poder persuadir a mi amigo para volver a la paz y tranquilidad que había sido el objeto de nuestro viaje, pero en cuanto vi su cara iluminada y sus cejas contraídas me di cuenta de lo vana que era esta esperanza. Holmes pasó varios minutos sentado en silencio, completamente absorto por este extraño drama que se había entrometido en nuestra tranquilidad.

—Me ocuparé de este caso —dijo al fin—. A primera vista, parece de una naturaleza muy excepcional. ¿Ha estado usted en el lugar del suceso, señor Roundhay?

—No, señor Holmes. El señor Tregennis vino a contármelo a la vicaría, y en seguida vinimos a consultar con usted.

—¿Está muy lejos la casa donde ocurrió esta singular tragedia?

—A unos kilómetros tierra adentro.

—Entonces iremos andando, pero antes de partir debo hacerle algunas preguntas, señor Mortimer Tregennis.

Había estado callado durante todo el tiempo, pero yo pude observar que su excitación más controlada era incluso mayor que la emoción manifiesta del vicario. Estaba pálido, ojeroso, con una mirada ansiosa fijada en el señor Holmes, y sus delgadas manos estaban fuertemente apretadas una contra otra. Sus pálidos labios temblaban mientras escuchaba la espantosa desgracia que había caído sobre su familia. Sus ojos oscuros parecían reflejar algo del horror que había contemplado en

la casa.

—Pregunte lo que quiera, señor Holmes —dijo ansiosamente—. No me gusta hablar del tema, pero le contestaré la verdad.

—Cuénteme lo que ocurrió la pasada noche.

—Bien, señor Holmes, cené allí, como le ha dicho el vicario, y después mi hermano mayor, George, propuso una partida de cartas. Nos sentamos hacia las nueve. Eran las diez y cuarto cuando me levanté para marchar. Los dejé sentados alrededor de la mesa con el mejor de los ánimos.

—¿Salió solo?

—La señora Porter se había acostado, así que salí solo, cerrando la puerta tras de mí. La ventana de la habitación estaba cerrada, pero la persiana no estaba bajada. No observé ningún cambio en la ventana ni en la puerta esta mañana, ni ningún indicio de que alguien hubiera estado en la casa. Sin embargo, allí estaban sentados, atemorizados hasta perder la razón, y Brenda muerta por el miedo con la cabeza colgando sin vida del brazo de la silla. No conseguiré borrar esa escena de mi mente en toda la vida.

—Los hechos, tal y como me los cuenta, son desde luego muy sorprendentes —dijo Holmes—. Supongo que no tendrá ninguna teoría que pueda explicarlos.

—¡Es diabólico, señor Holmes, diabólico! —gritó Mortimer Tregennis—. No es de este mundo. Alguna cosa ha entrado en la habitación y ha fulminado la razón de sus mentes. ¿Qué estratagema humana es capaz de tal cosa?

—Me temo —dijo Holmes— que si la cuestión desborda lo humano, desde luego que me desbordará a mí. De todas maneras, debemos agotar todas las explicaciones naturales antes de llegar a una teoría de ese tipo. En cuanto a usted, señor Tregennis, debo suponer que tenía alguna desavenencia con su familia, al estar ellos viviendo juntos y usted en habitaciones alquiladas en la casa del vicario.

—Así es, señor Holmes, aunque esta cuestión pertenece ya al pasado y está resuelta. Éramos una familia de mineros de estaño en Redruth, pero decidimos vender todo a una compañía, y así nos retiramos con suficientes medios para seguir subsistiendo. No negaré que hubo desacuerdo sobre la manera de repartir el dinero y esto nos mantuvo separados durante algún tiempo, pero ahora todo estaba perdonado y olvidado y nuestras relaciones eran más amigables que nunca.

—Volviendo a lo sucedido la pasada noche. ¿Hay algo que sobresalga en su memoria y que pudiera ser de alguna utilidad de cara a clarificar esta tragedia? Piénselo detenidamente, señor Tregennis, pues cualquier pista puede ser de gran ayuda para mí.

—No hay nada en absoluto, señor.

—¿Su familia estaba de un humor normal?

—Nunca había sido mejor.

—¿Estaban nerviosos? ¿Mostraron aprensión hacia algún peligro que se les venía encima?

—En absoluto.

—¿Entonces no tiene nada que añadir que me pudiera ayudar?

Mortimer Tregennis pensó durante un momento.

—Se me ocurre una cosa —dijo al fin—. Cuando estábamos sentados en la mesa, yo daba la espalda a la ventana, y mi hermano George, al ser mi compañero en la partida, la miraba de frente. Noté cómo una vez se quedó mirando hacia la ventana sobre mi hombro, así que me di la vuelta y miré también. La persiana estaba subida, la ventana cerrada y apenas se podían ver los setos que hay en el jardín. Durante un momento me pareció ver algo que se movía entre ellos. No podría decir si un animal o un hombre, pero no me paré a pensarlo más. Cuando le pregunté sobre lo que estaba mirando, me dijo que había tenido la misma impresión. Eso es todo lo que puedo decirle.

—¿No investigaron lo que era?

—No, no se le dio importancia.

—¿Entonces, cuando usted se marchó no había la más mínima premonición de lo que iba a ocurrir?

—En absoluto.

—No me queda demasiado claro cómo se enteró usted tan tempranamente de lo ocurrido.

—Soy muy madrugador y suelo dar un paseo antes de desayunar. Esta mañana apenas había empezado a andar cuando me adelantó la carreta del doctor. Me dijo que la vieja señora Porter había enviado a un muchacho con un mensaje urgente. Me senté de un salto a su lado y seguimos camino hacia la casa. Cuando llegamos, nos asomamos a esa espantosa habitación. Las velas y el fuego debieron haberse consumido muchas horas antes, y estuvieron sentados allí a oscuras hasta el amanecer. El doctor dijo que Brenda llevaba al menos seis horas muerta. No había ninguna señal de violencia. Brenda estaba recostada en el brazo de la silla con esa expresión en su cara. George y Owen estaban cantando canciones y farfullando como dos monos. ¡Era un espectáculo espantoso! No lo pude soportar y el doctor estaba blanco como una sábana. Se dejó caer en una silla en una especie de desmayo y casi tuvimos una cuarta persona de la que ocuparnos.

—¡Sorprendente..., muy sorprendente! —dijo Holmes levantándose y tomando su sombrero—. Creo que será mejor que vayamos a Tredannick Wartha sin más demora. Confieso que son pocos los casos que, a primera vista, me han presentado un problema tan singular.

No adelantamos mucho en nuestras investigaciones aquella mañana. Sin embargo,

hubo al principio un incidente siniestro que me impresionó. Para llegar al lugar donde ocurrió la tragedia es preciso bajar por un camino tortuoso y estrecho. Cuando bajábamos por este camino, oímos el claqueteo de una carreta que venía hacia nosotros y nos apartamos a un lado para dejar paso. Cuando pasaba a nuestro lado tuve oportunidad de echar un vistazo a través de la ventana cerrada y pude observar una espantosa cara convulsionada que nos sonreía a través del cristal. Esos ojos desorbitados y dientes rechinantes pasaron a nuestro lado como una pesadilla.

—¡Mis hermanos! —gritó Mortimer Tregennis, blanco hasta los labios—. Los llevan a Helston.

Nos quedamos todos horrorizados mirando la carreta negra que seguía pesadamente su camino. Luego continuamos hacía la casa de mal agüero donde habían encontrado su extraño destino.

Era una casa grande y bonita, más una villa que un caserío. El jardín era de considerable tamaño y estaba casi repleto de flores primaverales. La ventana del salón daba a este jardín y, según Mortimer Tregennis, el mal debió entrar a través de ella, un mal que del más puro terror había fulminado sus mentes. Holmes paseó lenta y pensativamente entre los parterres y por los caminos antes de entrar en el porche. Estaba tan absorto que tropezó con una regadera y volcó su contenido, mojando nuestros pies y el camino del jardín. Ya dentro de la casa, fuimos recibidos por la vieja ama de llaves, la señora Porter, quien, con la ayuda de una joven cuidaba de las necesidades de la familia. Contestó a todas las preguntas de Holmes sin reticencias. No había oído nada durante la noche. Sus amos habían estado de un humor inmejorable últimamente, y ella nunca les había visto más felices y prósperos que ahora. Se había desmayado, horrorizada ante la espantosa compañía alrededor de la mesa, aquella mañana cuando entró. Cuando recuperó la consciencia, abrió las ventanas para airear la habitación y salió corriendo por el camino, y envió al hijo de un granjero a avisar al doctor. La señorita estaba en la cama de su habitación, por si queríamos verla. Hizo falta el esfuerzo de cuatro hombres para meter a los dos hermanos en la carreta del asilo. Ella estaba resuelta a no quedarse en la casa ni un día más y partía esa misma tarde para reunirse con su familia en St. Ivés.

Subimos por la escalera para examinar el cuerpo. La señorita Brenda Tregennis había sido una mujer muy guapa, aunque ahora rozaba ya una edad madura. Su tez morena y sus facciones bien esculpidas eran admirables aun después de muerta, pero persistían todavía restos de la convulsión del terror que había sido su última emoción humana. De su dormitorio descendimos al salón donde había ocurrido esta extraña tragedia. Las cenizas del fuego nocturno estaban en la chimenea. Sobre la mesa se encontraban cuatro velas consumidas que habían ido derramando la cera líquida en pequeños riachuelos y las cartas seguían desparramadas por su superficie. Las sillas habían sido apartadas contra la pared, pero lo demás estaba sin tocar desde la noche

anterior. Holmes paseó con pisadas leves y rápidas por toda la habitación; se sentó en varias sillas, acercándolas a la mesa para reconstruir su posición. Intentó averiguar exactamente qué extensión de jardín era visible; examinó el suelo, el techo y la chimenea; pero ni una sola vez vi esa brillantez en sus ojos y el apretón de labios que me hubieran comunicado que había entrado un rayo de luz en la oscuridad total en la que nos encontrábamos.

—¿Por qué un fuego? —preguntó en seguida—. ¿Siempre solían tener un fuego en esta habitación en las tardes de primavera?

Mortimer Tregennis explicó que la noche había sido fría y húmeda. Por esta razón se encendió un fuego poco después de su llegada.

—¿Qué va a hacer ahora, señor Holmes? —preguntó.

Mi amigo sonrió y me cogió del brazo.

—Creo, Watson, que voy a retomar esa costumbre tan frecuente y justamente condenada por usted que es la intoxicación por tabaco —me dijo—. Con su permiso, señores, volveremos a nuestra casa, pues no creo que aparezca ningún nuevo factor que pueda ser de interés para nosotros aquí. Meditaré sobre los hechos, señor Tregennis, y si se me ocurriese algo, tenga por seguro que me pondré en contacto con usted y el vicario. Hasta entonces me despido de ustedes.

No fue hasta un buen rato después de volver a la casa de Poldhu que Holmes rompió su silencio. Se encogió en su butaca y su cara cansada y ojerosa apenas se podía adivinar entre los azulados remolinos de humo del tabaco. Sus negras cejas apuntaban hacia abajo y su frente estaba arrugada. Su mirada se perdía en la distancia. Al fin posó su pipa y se levantó de un salto.

—¡No encaja, Watson! —dijo con una risotada—. Demos un paseo por los acantilados y busquemos puntas de flecha de sílex. Hay más probabilidades de encontrarlas que de hallar más pistas a este problema. Dejar que el cerebro funcione sin disponer de todos los datos es como forzar un motor. Acaba cayéndose en pedazos. Aire marino, sol y paciencia, Watson... Lo demás vendrá por sí solo.

—Bien, Watson, definamos nuestra posición con calma —decía a medida que bordeábamos los acantilados—. Agarrémonos bien a lo poco que sabemos, de manera que cuando surjan nuevos hechos podamos encajar cada uno en su sitio. Parto de la base de que nosotros no estamos preparados para admitir intrusiones diabólicas en los asuntos de estos hombres. Empecemos eliminando por completo esta posibilidad de nuestras mentes. Bien. Hay tres personas que han sido penosamente afectadas por algún agente controlado por el hombre, bien consciente o inconscientemente. Eso es irrefutable. Pues bien, ¿cuándo ocurrió? Evidentemente, y suponiendo que su relato sea verdad, fue inmediatamente después de que el señor Mortimer Tregennis abandonase la habitación. Esto es un factor muy importante. Es presumible que

ocurriera a los pocos minutos de su partida. Las cartas todavía estaban en la mesa. Ya había pasado su hora habitual de retirarse a dormir. Sin embargo, no habían cambiado de posición ni habían echado las sillas hacia atrás. Repito, pues, que el suceso tuvo lugar inmediatamente después de su partida, y no más tarde de las once de la noche.

»Nuestro próximo paso es comprobar, en la medida de lo posible, los movimientos de Mortimer Tregennis después de abandonar la habitación. En esto no parece haber dificultad, y no infunden sospecha. Conociendo mis métodos como usted los conoce, se daría cuenta de que el descuidado accidente de la regadera fue para obtener una clara impresión de las huellas de sus zapatos, que no habría sido posible de otra manera. El camino arenoso los dibujó muy claramente después de ser ablandado por el agua. Recordará que el camino también estaba mojado anoche, y no es difícil (habiendo obtenido una huella como muestra) seguir sus pisadas entre las demás. Parece ser que partió hacia la vicaría a toda prisa.

»Por tanto, si Mortimer Tregennis desapareció del lugar, y alguna persona de fuera asustó a los jugadores, ¿cómo podemos reconstruir a esa persona? ¿Y cómo consiguió transmitir tal impresión de terror? La señora Porter está libre de sospecha. Ella, evidentemente, es incapaz de hacer daño a nadie. ¿Hay alguna pista que sugiera que alguien se acercara a la ventana y transmitiese, de alguna manera, un efecto lo suficientemente terrorífico como para volver a esos dos hombres locos? La única sugerencia que apunta en esta dirección proviene de Mortimer Tregennis, quien comentó que su hermano había hablado de algo moviéndose en el jardín. Este hecho es bastante sorprendente, pues la noche estaba nublada, lluviosa y oscura. Cualquiera que tuviera intención de alarmar a estas personas se vería obligado a acercarse su cara hasta el mismísimo cristal de la ventana para poder ser visto. Hay un parterre de casi un metro de ancho delante de la ventana, pero ni una sola insinuación de pisada. Es difícil imaginarse cómo una persona de fuera puede haber provocado una impresión tan terrorífica a este grupo de personas. Tampoco hemos encontrado un motivo que justifique este extraño y elaborado suceso. ¿Es usted consciente de nuestras dificultades, Watson?

—Son evidentes —contesté muy convencido.

—Y, sin embargo, con poco más material que consigamos, quizá veamos que no son insuperables —dijo Holmes—. Estoy seguro que entre sus archivos, Watson, encontrará otros casos que estaban al menos tan oscuros como éste. Mientras tanto, dejaremos el caso a un lado hasta que haya datos más precisos a nuestra disposición, y dedicaremos el resto de nuestro tiempo a la persecución del hombre neolítico.

Ya he comentado algo acerca del poder de aislamiento mental de mi amigo, pero nunca había pensado tanto sobre esta cuestión como aquella mañana primaveral en Cornualles mientras mi amigo pasó dos horas disertando sobre celtas, puntas de flecha y cerámica como si no hubiera un misterio pendiente de solución. No volvimos

a pensar sobre el asunto hasta que regresamos a casa por la tarde y encontramos una visita esperándonos. No necesitamos presentación. El enorme corpachón, la cara profundamente arrugada con esos ojos fieros y esa nariz aguileña, ese pelo canoso que casi barría el techo de nuestra cabaña, la barba —dorada por los bordes y blanca cerca de los labios, excepto donde estaba teñida por la nicotina de su eterno cigarro puro— eran características muy conocidas tanto en Londres como en África, y sólo podían estar asociadas con la tremenda personalidad del doctor León Sterndale, el gran explorador y cazador de leones.

Sabíamos de su presencia en Cornualles y habíamos visto su enorme figura por los caminos de la llanura un par de veces. No hicimos ningún amago de entablar conversación con él, ni él con nosotros, pues su gran amor a la soledad era bien conocido y, por esto, pasaba la mayor parte de los intervalos entre sus viajes en un *bungalow* enterrado en el solitario bosque de Beauchamp Arriance. Llevaba una vida absolutamente solitaria, entre sus libros y mapas, dedicado a satisfacer sus propias necesidades y prestando aparentemente poca atención a los asuntos de sus vecinos. Por esto, precisamente, me sorprendió oírle preguntar a Holmes ansiosamente si había avanzado algo en el esclarecimiento de este misterioso episodio.

—La policía del condado está completamente despistada —comentó—, pero quizá su más amplia experiencia le haya sugerido alguna explicación. Mi interés es únicamente debido a que durante mis frecuentes estancias aquí he llegado a conocer bien a la familia Tregennis, ya que por parte de madre son casi primos y su extraño fin ha sido, desde luego, un gran golpe para mí. Le diré que ya había llegado a Plymouth de camino hacia África, pero me llegaron noticias de lo ocurrido y vine inmediatamente para ayudar en las pesquisas.

Las cejas de Holmes se elevaron.

—¿Y perdió su barco por venir?

—Tomaré el siguiente.

—Desde luego que a eso se le llama ser un buen amigo.

—Ya le he dicho que éramos familia.

—Claro que sí. Primos de su madre. ¿Estaba su equipaje ya a bordo del barco?

—Había algo a bordo, pero la mayor parte estaba todavía en el hotel.

—Ya veo. Pero estoy seguro que no se enteró usted de este suceso por los periódicos de esta mañana.

—No señor, recibí un telegrama.

—¿Puedo preguntarle de quién?

Una sombra recorrió la delgada cara del explorador.

—Sí que es usted inquisitivo, señor Holmes.

—Es mi trabajo.

Con gran esfuerzo, el doctor Sterndale recobró la compostura.

—No tengo ningún inconveniente en contárselo —nos dijo—. Fue el señor Roundhay, el vicario, quien me envió el telegrama.

—Gracias —dijo Holmes—. Puedo decirle, como respuesta a su primera pregunta, que no tengo las ideas del todo claras sobre este asunto, aunque estoy muy optimista sobre las posibilidades de llegar a una conclusión. Sería prematuro contarle más por el momento.

—Quizá pudiera decirme si sus sospechas están dirigidas en alguna dirección concreta.

—No sabría qué decirle.

—Veo entonces que he estado perdiendo mi tiempo y no prolongaré más mi visita.

El afamado doctor salió de nuestra casa con evidente mal humor, y Holmes no tardó ni cinco minutos en salir con intención de seguirle. No le volví a ver hasta por la noche. Regresó con paso lento y cara cansada, lo que me aseguró que no había hecho grandes progresos en sus investigaciones. Miró un telegrama que le esperaba y lo tiró a la chimenea.

—Era del hotel de Plymouth, Watson —me dijo—. Averigüé el nombre por el vicario, y les telegrafíé para asegurarme de que el relato del doctor Sterndale era verdad. Parece ser que durmió allí anoche, y que permitió que parte de su equipaje saliese de camino a África mientras él volvía aquí para estar presente en la investigación. ¿Qué le parece eso, Watson?

—Él tiene un gran interés en el asunto.

—Un gran interés..., sí. Hay un cabo aquí que aún no hemos encontrado, pero que posiblemente nos guíe a través del embrollo. Anímese, Watson, estoy seguro que todavía no ha llegado todo el material a nuestras manos. Cuando nos llegue posiblemente dejemos algunas de nuestras dificultades atrás.

No tenía ni idea de que las previsiones de Holmes se iban a hacer realidad tan pronto, ni de lo siniestros que iban a ser los nuevos acontecimientos que abrirían una nueva línea de investigación. Estaba afeitándome por la mañana cuando oí el claqueteo de los caballos. Cuando miré, vi una carreta que bajaba por el camino a todo galope. Se paró en nuestra puerta y nuestro amigo, el vicario, saltó del vehículo y corrió hacia nuestra puerta por el caminito del jardín. Como Holmes ya estaba vestido, bajamos apresuradamente a encontrarnos con él.

Nuestro invitado estaba tan excitado que apenas podía articular palabra, pero al fin, entre jadeos y arranques de emoción, salió su trágica historia.

—¡Estamos endiablados, señor Holmes! ¡Mi pobre parroquia está endiablada! —nos gritaba—. ¡El mismísimo Satán anda suelto por ella! ¡Estamos completamente dominados!

Daba brincos de excitación; una escena divertida a no ser por sus ojos de miedo y su cara cenicienta. Al fin nos comunicó su horrible noticia.

—El señor Mortimer Tregennis murió durante la noche, y presentaba exactamente los mismos síntomas que el resto de su familia.

Holmes se puso en pie de un salto, con toda su energía.

—¿Cabremos los tres en su carreta?

—Sí.

—Entonces, Watson, pospondremos nuestro desayuno. Señor Roundhay, estamos enteramente a su disposición. Rápido..., rápido, antes de que se desordenen las cosas.

El huésped ocupaba dos habitaciones de la vicaría, una sobre la otra y las dos formando ángulo con el resto de la casa. Debajo estaba su gran cuarto de estar y arriba su dormitorio. Las dos habitaciones daban a un campo de croquet que llegaba hasta la misma ventana. Llegamos antes que el médico o la policía, por lo que todo estaba absolutamente inalterado. Dejadme que os describa la escena exactamente como la vimos en aquella mañana brumosa de marzo. Dejó una impresión que nunca podré borrar de mi mente.

El ambiente de la habitación estaba tan cargado que se podía cortar. La sirvienta, que había sido la primera en entrar, abrió las ventanas, de lo contrario habría sido intolerable. Esto posiblemente fuera debido al hecho de que la lámpara todavía estaba llameando y humeando en el centro de la mesa. Al lado se hallaba sentado el hombre muerto, recostado en su silla y con la barba de no haberse afeitado aún, sus gafas se hallaban sobre su frente y su delgada cara miraba hacia la ventana y estaba desfigurada con la misma distorsión de terror que había marcado la cara de su hermana muerta. Sus miembros estaban convulsionados y sus dedos contraídos como si hubiera muerto en un paroxismo. Estaba completamente vestido, aunque daba la impresión de haberlo hecho a toda prisa. Ya habíamos comprobado que durmió en su cama, y que el trágico suceso le sobrevino por la mañana temprano.

Era difícil imaginarse la energía incandescente que dormía bajo el flemático exterior de Holmes hasta ver los cambios repentinos que tuvieron lugar cuando entró en el apartamento. En un instante se volvió tenso y alertado, le brillaban los ojos en la cara despierta, y sus miembros temblaban con ansiosa actividad. Tan pronto estaba en el jardín como dentro, entraba por la ventana, paseaba por el salón, subía al dormitorio como un perro de caza. Dio una vuelta rápida por el dormitorio y acabo abriendo la ventana, lo cual pareció darle nuevos motivos de excitación, pues se inclinó hacia fuera con grandes muestras de interés y deleite. Luego bajó corriendo por la escalera, salió por la ventana y hundió la cara en el césped para observar algo de cerca, se levantó de un salto y entró de nuevo en la habitación, todo con la energía del cazador que está a punto de atrapar a su presa. Examinó minuciosamente la

lámpara, que era de un modelo corriente, tomando algunas medidas del depósito. Examinó cuidadosamente el protector de cristal con su lupa y raspó unas cenizas que se hallaban adheridas al extremo superior y los metió en un sobre, que luego guardó en su bolso. Finalmente, cuando se personaron el médico y el oficial de policía, hizo unas señas al vicario y los tres salimos al jardín.

—Estoy encantado de comunicarle que mi investigación no ha sido del todo estéril —dijo—. No puedo quedarme para comentar el asunto con la policía, pero agradecería que usted los saludara de mi parte y les señalara la ventana del dormitorio y la lámpara del salón. Por separado son bastante sugerentes, pero tomándolos en cuenta juntos son concluyentes. Si la policía desea más información estaré encantado de verlos en mi casa. Y bien, Watson, creo que estaremos mejor empleados en otro lugar.

Posiblemente porque a la policía no le gustara la intromisión de un *amateur*, o porque ellos imaginaban ir por buen camino, no supimos nada de ellos en los dos días siguientes. Durante este período, Holmes pasó algún tiempo en la casa fumando y soñando, pero la mayor parte la empleaba en paseos que emprendía solo, volviendo después de muchas horas y sin comentar nada acerca de dónde había estado. Pude saber por dónde iba su línea de investigación por un experimento que llevó a cabo. Compró una lámpara igual que la que estaba encendida en la habitación de Mortimer Tregennis en la mañana de la tragedia. La llenó con el mismo queroseno que se usaba en la vicaría y midió cuidadosamente el tiempo que transcurría hasta su agotamiento. Otro experimento que llevó a cabo fue bastante más desagradable y no es probable que pueda olvidarlo pronto.

—Recordará, Watson —me dijo una tarde—, que hay un solo factor de semejanza en los distintos informes que nos han llegado. Este factor es el efecto del ambiente sobrecargado sobre la primera persona que entraba en las habitaciones. Recordará que cuando Mortimer Tregennis relató la entrada del doctor en la habitación de la casa de su hermano, dijo que el doctor cayó casi desmayado en una silla. ¿No se acuerda? Pues yo le puedo asegurar que lo dijo. Bien, también recordará que la señora Porter, el ama de llaves, nos dijo que ella también se había desmayado después de entrar en la habitación y que luego había abierto las ventanas. En el segundo caso, el de Mortimer Tregennis, no puede haberse olvidado del ambiente tan terriblemente sobrecargado que había en la habitación cuando entramos, a pesar de que la sirvienta ya había abierto la ventana. La sirvienta, según pude saber, se encontró tan mal que se acostó luego. Admitiré, Watson, que estos hechos son muy sugerentes. En todos los casos hay evidencia de un ambiente tóxico. En todos los casos hay también una combustión de una forma u otra, en un caso el fuego y en otro la lámpara. El fuego era necesario, pero la lámpara estaba encendida —como lo demostrará la comparación de la cantidad de queroseno consumido— mucho después de que fuera

pleno día. ¿Por qué? Con toda seguridad porque hay una conexión entre los tres factores: la combustión, el ambiente sobrecargado y la locura o muerte de esas desafortunadas personas. Está claro. ¿No?

—Así parece.

—Por lo menos podemos aceptarlo como una hipótesis de trabajo. Supondremos entonces que alguna sustancia fue quemada en todos los casos, produciendo un ambiente causante de esos extraños efectos tóxicos. Muy bien. En el primer caso (el de la familia Tregennis), esta sustancia fue echada al fuego. La ventana estaba cerrada y el fuego, naturalmente, expulsaría la mayor parte del humo por la chimenea. Por lo tanto, se esperaría que los efectos del veneno fuesen menores que en el segundo caso, donde no tenían salida los gases. Los resultados parecen confirmar esto, pues en el primer caso sólo la mujer, quien presumiblemente tenía un organismo más sensible, murió, mientras que los otros mostraron signos temporales o permanentes de locura, que evidentemente eran los primeros síntomas de la droga. En el segundo caso el resultado fue tajante. De este modo, los hechos parecen sugerir el uso de un veneno que actúe por combustión. Siguiendo este tipo de razonamientos busqué restos de esta sustancia en la habitación de Mortimer Tregennis, naturalmente. El lugar obvio de mirar era el protector de cristal de la lámpara o su soporte. Observé unas cenizas y una franja de polvo marrón alrededor de la parte superior que aún no se había consumido. Cogí la mitad, como pudo usted observar, y la metí en un sobre.

—¿Por qué la mitad, Holmes?

—Yo no soy nadie para interponerme en la investigación policial. Les dejé toda la evidencia que yo encontré. Quedó algo de veneno en el protector, por si tienen el suficiente ingenio para encontrarlo. Ahora, Watson, prenderemos nuestra lámpara; pero tomaremos la precaución de abrir la ventana para evitar el fallecimiento de dos meritorios miembros de la sociedad. Usted se sentará cerca de la ventana abierta en la butaca, a menos que, como hombre sensato, decida no tener nada que ver con este asunto. ¿Ah, conque decide seguir adelante? Ya sabía yo que lo haría. Pondré esta silla enfrente de la suya, de manera que estemos a la misma distancia del veneno y mirándonos las caras. Dejaremos la puerta entreabierta. Ahora cada uno está en posición de vigilar al otro y de poner fin al experimento si es que los síntomas se hacen alarmantes. ¿Está claro? Bien, entonces cogeré el polvo —o lo que queda de él— y lo pondré encima de la lámpara prendida. ¡Así! Bien, Watson, sentémonos a esperar los efectos.

No tardaron en llegar. Apenas me había sentado en mi silla cuando noté el olor penetrante a almizcle, un olor misterioso y nauseabundo. Tan sólo con la primera inhalación mi cerebro y mi imaginación se escaparon a todo control. Una espesa nube negra se arremolinaba delante de mis ojos, y mi mente me anunciaba que dentro de esta nube me esperaba algo vagamente terrible, todo lo monstruoso e

inconcebiblemente malvado que podía existir en el universo. Formas mal definidas se arremolinaban y andaban por esta nube negra, cada una era una amenaza y un aviso de lo que estaba por venir, la llegada de algún espantoso visitante, que con sólo pasar el umbral de la puerta me fulminaría el alma. Me dominó un terror apabullante. Sentía que se me ponían los pelos de punta, que se me salían los ojos de las órbitas, que tenía la boca abierta y la lengua correosa. La confusión dentro de mi cerebro era tal que parecía que iba a estallar en cualquier momento. Intenté gritar y pude oír un ronco gruñido que era mi propia voz, pero muy distante y separado de mí. En ese mismo momento, y con gran esfuerzo por escapar, pude penetrar esta nube de desgracia y pude ver durante un segundo la cara de Holmes que estaba blanca, rígida y arrugada por el terror: la mismísima expresión que había visto en la cara de los muertos habidos hasta entonces. Fue una visión que me devolvió por un instante la cordura y la fuerza. Salté de la silla y eché mis brazos alrededor de Holmes. Salimos juntos a trancas y barrancas por la puerta, y segundos después nos hallábamos tumbados uno al lado del otro sobre el césped, sólo conscientes de los gloriosos rayos de sol que penetraban la infernal nube de terror que nos había envuelto. Lentamente se levantó como la niebla de un paisaje hasta que volvió la paz y la razón, y nos encontramos sentados sobre el césped, secando nuestras frentes y mirándonos con aprensión como para marcar las últimas trazas de la terrorífica experiencia a que nos habíamos sometido.

—¡Dios mío, Watson! —dijo Holmes con una voz temblorosa—. Le debo una disculpa y un agradecimiento. Fue un experimento injustificable incluso para someterme yo solo, y más aún para someter a un amigo. Lo siento de veras.

—Ya sabe —le contesté algo emocionado, pues nunca había visto tanto del corazón de Holmes hasta ese momento— que tal... de mis mayores alegrías y privilegios es poder ayudarle.

Volvió en seguida al tono medio humorístico medio cínico que era su actitud habitual hacia los que le rodeaban.

—Sería superfluo volvernos locos, mi querido Watson —comentó—. Cualquier observador franco podría haberlo afirmado al vernos embarcar en tal experimento. Confieso que jamás pude imaginar que el efecto fuera tan repentino y tan severo.

Entró corriendo en la casa, reapareció con el brazo estirado y tiró la lámpara en un zarzal.

—Tendremos que esperar que se despeje la habitación un rato más. Supongo, Watson, que ya no le queda la más mínima duda de cómo ocurrieron estas tragedias.

—Ninguna en absoluto.

—Pero la motivación sigue siendo tan oscura como antes. Vamos a la pérgola para comentarlo. Todavía tengo esa porquería inmundada en mi garganta. Tenemos que admitir que toda la evidencia apunta a que Mortimer Tregennis fue el criminal en la

primera tragedia, aunque fue la víctima en la segunda. Debemos recordar, en primer lugar, que hay un historial de riñas familiares seguidas de reconciliación. No sabemos cuán graves fueron esas riñas ni lo sincera que fue la reconciliación. Cuando pienso en Mortimer Tregennis, con esa cara de zorro y los pequeños ojos astutos tras las gafas, no creo que sea un hombre muy dispuesto a perdonar. En segundo lugar, usted recordará que la idea de que había alguien moviéndose por el jardín, idea que nos desvió la atención por un momento de la causa real de la tragedia, emanó precisamente de ese hombre. Tenía un buen motivo para intentar despistarnos. Finalmente, si él no echó la sustancia al fuego en el momento de abandonar la habitación, ¿quién lo hizo? El suceso ocurrió justo después de su partida. Si hubiera entrado alguna otra persona, la familia se habría levantado de la mesa. Además, en un lugar tan pacífico como Cornualles, las visitas no se presentan a las diez de la noche. Podemos admitir, pues, que toda la evidencia apunta hacia Mortimer Tregennis como la persona culpable.

—¿Entonces su propia muerte fue un suicidio!

—Pensándolo bien, Watson, no es una suposición imposible. Un hombre que tuviera mala conciencia por haber provocado tal destino a su propia familia, bien pudo haberse dejado llevar por el remordimiento a infligirse el mismo destino. Sin embargo, hay razones convincentes que lo niegan. Afortunadamente hay un hombre en Inglaterra que sabe mucho del asunto, y he dispuesto todo para que oigamos los hechos de sus propios labios esta tarde. ¡Ahí!, llega un poco antes de lo previsto. Pase por aquí, doctor León Sterndale. Hemos llevado a cabo un experimento químico dentro de la casa que ha dejado nuestra pequeña habitación en condiciones no aptas para recibir a un invitado tan distinguido.

Yo había oído cerrar la portilla de nuestro jardín y ahora aparecía sobre el camino la majestuosa figura del explorador africano. Se dirigió con alguna sorpresa hacia la rústica pérgola donde nos hallábamos sentados.

—Usted mandó recado de que viniera, señor Holmes. Recibí su nota hace aproximadamente una hora, y he venido, aunque realmente no sé por qué debo obedecer sus llamadas.

—Quizá podamos aclararlo antes de separarnos —dijo Holmes—. De todas maneras agradezco mucho su amabilidad. Espero que sepa perdonar esta recepción informal al aire libre, pero mi amigo Watson y yo hemos concluido otro capítulo de lo que los periódicos llaman *El terror de Cornualles*, y en estos momentos preferimos respirar en un ambiente despejado. Por otro lado, los motivos que vamos a tratar le afectan personalmente y de manera muy íntima y quizá sea mejor estar en un sitio donde no nos puedan espiar.

El explorador sacó el puro de sus labios y miró duramente a mi compañero.

—No tengo ni idea, señor —comentó—, de lo que puede decirme que me pueda

afectar personalmente y de forma tan íntima.

—El asesinato de Mortimer Tregennis —dijo Holmes.

Por un momento hubiese deseado estar armado. La cara feroz de Sterndale se enrojeció, sus ojos llameaban y las venas anudadas de su frente se hicieron patentes, se levantó de un salto y lanzó sus brazos hacia mi compañero. Luego se paró, y con un violento esfuerzo retomó una calma fría que infundía aún más respeto que el estallido de nervios que había tenido.

—He vivido tanto tiempo entre salvajes y más allá de la ley —decía—, que he llegado a un punto donde yo mismo soy la ley. Haría muy bien en recordar eso, señor Holmes, pues no tengo ningún deseo de hacerle daño.

—Yo tampoco deseo hacerle daño, doctor Sterndale. La prueba más clara es que, sabiendo lo que sé, le he llamado a usted y no a la policía.

Sterndale se sentó con un suspiro, vencido, quizá por primera vez en su vida de aventurero. Holmes estaba sosegado y hablaba con la completa seguridad de tener la sartén por el mango. Nuestro invitado titubeó un momento, abriendo y cerrando sus grandes manos nerviosamente.

—¿Qué quiere decir? —preguntó al fin—. Si esto es un farol por su parte, señor Holmes, ha escogido a la persona equivocada para su experimento. No demos más rodeos y vayamos directamente al grano. ¿Qué quiere decir?

—Se lo voy a decir —dijo Holmes—, y la razón por la que se lo digo es que espero de su parte franqueza por franqueza. Los pasos que tome dependerán de su propia defensa.

—¿Mi defensa?

—Sí, señor.

—¿Defenderme contra qué?

—Contra la acusación de haber asesinado a Mortimer Tregennis.

Sterndale se secó la frente con un pañuelo.

—Dios mío, lo está consiguiendo —dijo él—. ¿Todos sus éxitos son a través de esta enorme capacidad de farolear?

—El farol —dijo Holmes con cierta dureza— está en su lado, doctor León Sterndale, y no en el mío. Como prueba le diré algunos de los datos sobre los que se basa mi conclusión: su regreso de Plymouth, permitiendo que parte de su equipaje siguiese a Africa. Esto me hizo pensar que debía de tenerlo presente en cualquier reconstrucción del drama.

—Volví por...

—He oído las razones que aduce y me parecen muy poco convincentes e inadecuadas. Eso lo pasaremos por alto. Vino aquí a preguntarme si sospechaba de alguien. No le di una respuesta. Fue luego a la vicaría, esperó fuera durante algún tiempo, y finalmente volvió a su casa.

—¿Cómo lo sabe?

—Le seguí.

—No vi a nadie.

—Eso es lo que puede esperar ver cuando yo le siga. Pasó la noche inquieto en su casa, y compuso unos planes que por la mañana temprano procedió a ejecutar. Salió de su casa al alba, llenó sus bolsillos de una gravilla roja que estaba amontonada al lado de la portilla de su jardín.

Sterndale tuvo una arrancada violenta y miró a Holmes con asombro.

—Anduvo rápidamente durante la milla que le separaba de la vicaría. Llevaba puesto, añado, los mismos zapatos que lleva ahora. Ya en la vicaría atravesó el jardín y los setos, parándose delante de la ventana de Tregennis. Ya era de día, pero la casa no había empezado aún a rebullir. Sacó la gravilla de su bolsillo y la tiró a la ventana que había encima suya.

Sterndale se levantó de un salto.

—¡Estoy empezando a creer que es usted el mismísimo diablo! —gritó.

Holmes sonrió por el cumplido.

—Tiró dos o tres veces a la ventana hasta que el huésped se asomó. Usted le hizo señas de que bajara. Se vistió deprisa y bajó a la sala de estar. Usted entró por la ventana. Hubo un intercambio de impresiones (corto, desde luego), durante el cual usted paseó por la habitación de extremo a extremo. Luego salió, cerró la ventana y se quedó fuera, en el jardín, fumando un puro y observando lo que ocurría dentro. Finalmente, después de la muerte de Tregennis, se marchó de la misma manera en que llegó. Bien, señor Sterndale, ¿cómo justifica esta conducta? ¿Y cuáles fueron sus motivos? Le advierto que si intenta prevaricar o engañarme, le puedo asegurar que este asunto puede escaparse de mis manos para siempre.

La cara de nuestro invitado se había vuelto completamente gris ceniza mientras escuchaba las palabras de su acusador. Hundió la cara en sus manos pensativamente. Luego, con un gesto impulsivo, sacó una foto de su bolsillo y la tiró sobre la rústica mesa que había ante nosotros.

—Éste es el motivo —nos dijo.

La foto era de una mujer muy guapa. Holmes se acercó para verla.

—Brenda Tregennis —comentó.

—Sí, Brenda Tregennis —repitió nuestro visitante—. Durante años la he amado. Durante años ella me ha amado. Éste es el secreto de mi reclusión en Cornualles que tanto maravillaba a la gente. Venir aquí me acercaba a lo único que amo sobre la tierra. No podía casarme con ella, pues tengo una esposa que me abandonó hace muchos años y de quien, por las deplorables leyes inglesas, no me puedo divorciar. Brenda esperó durante años. Yo esperé durante años. Y esto es lo que hemos estado esperando.

Un terrible sollozo agitó su gran porte y se echó las manos al cuello bajo su barba mechada. Luego, con gran esfuerzo, logró contenerse y habló:

—El vicario lo sabía. Era nuestro confidente. El podrá decirle que ella era un ángel bajado del cielo. Por eso me telegrafió y regresé. ¿Qué podía significar para mí el equipaje o Africa cuando supe el trágico fin que había tenido mi amada? Ya tiene usted la pista que le faltaba para explicar mi modo de actuar, señor Holmes.

—Continúe —dijo mi amigo.

El doctor Sterndale sacó un paquete de papel de su bolsillo y lo puso sobre la mesa. Se podía leer en la envoltura *Radix pedís diaboli*, que tenía una etiqueta roja indicando su contenido tóxico. Lo desplazó hacia mí.

—Tengo entendido que usted es médico, señor. ¿Ha oído hablar alguna vez de esta preparación?

—¡Raíz de pie de diablo! No, nunca he oído hablar de ello.

—No tiene por qué ser un desprestigio a su profesionalidad —dijo él—, pues creo que excepto una muestra que está en un laboratorio de Buda, no hay más en Europa. Todavía no está descrito en las farmacopeas ni en la literatura sobre toxicología. La raíz tiene forma de pie, mitad humano y mitad de cabra; de ahí su nombre, puesto por un misionero botánico. Es un veneno usado en ordalías por los hechiceros en ciertos distritos del oeste de Africa y es mantenido como un secreto entre ellos. Conseguí esta muestra en circunstancias muy extraordinarias en el País Ubanghi.

Abrió el paquete mientras hablaba y nos mostró el polvo marrón rojizo, muy similar al rapé.

—¿Y bien, señor? —dijo Holmes con dureza.

—Estoy a punto de contarle, señor Holmes, lo que ocurrió en realidad, pues ya que sabe tanto tengo interés en que lo sepa todo. Ya he explicado la relación que me unía a la familia Tregennis. Sólo por la hermana me comportaba amistosamente con los hermanos. Hace tiempo hubo una riña familiar que enemistó a ese hombre, Mortimer, pero se suponía que todo ya había pasado, y yo me veía con él como me veía con el resto de los hermanos. Era un hombre astuto, mezquino y siempre estaba tramando algo, pero yo no tenía ninguna razón concreta para enemistarme con él. Un día, hace un par de semanas tan sólo, vino a mi casa y le enseñé algunas de mis curiosidades de Africa. Entre otras cosas le enseñé este polvo y le conté sus extrañas propiedades, de cómo estimula los centros nerviosos que controlan la sensación del miedo y cómo la locura o la muerte es el destino del nativo infeliz que es sometido a la ordalía por el sacerdote de la tribu. También le comenté lo inútil que sería la ciencia europea para detectarlo. No sé cómo me lo quitó, pues nunca abandoné la habitación, pero no dudo que fue entonces, mientras yo abría armarios y removía cajas. Recuerdo cómo me abrumaba a preguntas acerca de la cantidad y el tiempo necesario para que se dejara sentir su efecto, pero no sospeché ni por un momento

que sus preguntas tenían un interés personal. No volví a pensar sobre el tema hasta que me llegó el telegrama del vicario en Plymouth. Ese villano pensaba que estaría en alta mar antes de que me pudiera llegar la noticia, y que estaría perdido durante años en Africa. Pero regresé en seguida, pues cuando escuché los detalles no me cabía la menor duda de que mi veneno había sido utilizado. Vine en seguida a verle por si se le hubiera ocurrido alguna otra explicación. Pero no podía haber otra. Yo estaba convencido que Mortimer Tregennis era el asesino, y que el motivo era económico, con la idea de que si el resto de su familia estaba trastornada, él sería el único heredero de la propiedad conjunta. Había usado el polvo de raíz de pie de diablo sobre ellos, volviendo a dos de sus hermanos locos y matando a su hermana Brenda, el único ser humano que yo alguna vez haya amado o que me haya amado a mí. Estaba claro cuál había sido su crimen, pero ¿cuál iba a ser su castigo? ¿Acudir a la ley? ¿Dónde estaban mis pruebas? Yo sabía que los hechos eran ciertos, pero ¿cómo iba a convencer a un jurado de gentes de pueblo de una historia tan fantástica? A lo mejor hubiera podido, a lo mejor no. Pero no podía permitirme fallar en esto. Mi alma exigía venganza. Ya le he comentado, señor Holmes, que he pasado una gran parte de mi vida fuera de la ley, y al final yo mismo me he convertido en la ley. De modo que decidí que el fin que él había infligido a otros fuera compartido también por él. O eso o haría justicia con mis propias manos. En toda Inglaterra no habrá hombre que valore menos su vida que yo en estos momentos.

»Ya se lo he contado todo. Usted mismo sabe el resto. Como usted bien dijo, después de una noche inquieta, partí temprano de mi casa. Preveía la dificultad de despertarle, por lo que cogí gravilla del montón que usted citó y lo usé para tirar a su ventana. Bajó y me dejó entrar por la ventana del salón. Le expuse su ofensa. Le dije que había venido como juez y como verdugo. El miserable se hundió en una silla, paralizado de miedo al ver mi revólver. Encendí la lámpara, eché el polvo y permanecí fuera mirando por la ventana, presto a cumplir mi amenaza de disparar si intentaba abandonar la habitación. Tardó cinco minutos en morir. ¡Dios mío, cómo murió! Pero yo permanecí impasible, pues no soportó nada que no hubiese tenido que soportar mi amada previamente. Ésa es mi historia, señor Holmes. Quizá, si usted amase a una mujer, hubiera hecho lo mismo que yo. En cualquier caso, estoy en sus manos. Puede hacer lo que quiera. Como ya le he dicho, no hay hombre vivo que tema menos a la muerte que yo.

Holmes se quedó pensando un rato en silencio.

—¿Cuáles eran sus planes?

—Tenía intención de enterrarme en Africa. Mi trabajo allí está todavía a medias.

—Vaya a terminar la mitad que le queda —dijo Holmes—. Yo, por lo menos, no estoy preparado para impedirselo.

El doctor Sterndale levantó su gigantesca figura, se inclinó para despedirse con

seriedad, y salió de la pérgola. Holmes encendió su pipa y me pasó la petaca.

—Un humo no venenoso será bueno para variar —me dijo—. Estará de acuerdo, Watson, en que no es un caso donde debamos entrometernos. Nuestra investigación ha sido independiente y nuestra acción también debe serlo. No podemos denunciarle. ¿No?

—Desde luego que no —le contesté.

—Nunca he amado, Watson, pero si lo hubiera hecho y el ser al que yo amara encontrase un fin tan horroroso, quizá hasta hubiera actuado como lo ha hecho nuestro cazador de leones sin ley. ¿Quién sabe? Bien, Watson, no quiero ofender su inteligencia explicándole lo que es obvio. La gravilla que encontré sobre el alféizar de la ventana fue el punto de partida de mis investigaciones. Era completamente distinta de cualquier material de los que hay en el jardín de la vicaría. Sólo cuando se desvió mi atención hacia el doctor Sterndale fue cuando encontré la contrapartida. La lámpara ardiendo en pleno día y los restos de polvo sobre el protector fueron eslabones sucesivos en una cadena bastante simple. Y bien, mi querido Watson, creo que podemos desterrar el asunto de nuestras mentes y volver con la conciencia tranquila al estudio de las raíces caldeas que con seguridad se encuentran en la rama cómica del gran idioma celta.

El problema del puente dolorido (entre otros)

Philip José Farmer
(con el seudónimo de Harry Manders)

Todos los Irregulares de Baker Street de alguna importancia reciben una «investidura», un título extraído de un pasaje de la Sagrada Escritura. Mi propia investidura es la de «una lombriz desconocida para la ciencia». ¿Por qué se eligió ésa? No lo sé, pero aumenta mi interés en esta historia.

I

La bala boer que me atravesó el muslo en 1900 me dejó cojo para el resto de la vida, pero fui sobradamente capaz de manejarme solo a pesar de sus efectos. Sin embargo, a la edad de sesenta y un años, de repente me encuentro con un asesino que ha tumbado a más hombres que las balas dentro de mí. El doctor, un pariente mío, me da seis meses, a lo más, de vida y me dice muy francamente que van a ser muy dolorosos. El conoce mis crímenes, claro, y posiblemente piense que mi sufrimiento va a ser un justo castigo. No estoy seguro, pero juraría que éste era el significado de la mueca que acompañaba a esta declaración de mi fin.

Sea como sea, me queda poco tiempo. Tengo, sin embargo, la determinación de dejar escrita una aventura que Raffles y yo juramos nunca revelar. Ocurrió... Ocurrió en la realidad. Pero el mundo no lo habría creído entonces. Habrían pensado que estaba mintiendo o que estaba loco.

Escribo esto porque dentro de cincuenta años el mundo habrá progresado lo suficiente para que estas cosas sean creíbles. Quizá el hombre haya aterrizado en la Luna para entonces si logra perfeccionar una hélice que funcione en el éter como en el aire. O si descubre el mismo tipo de nave que trajo...; en fin, no me adelantaré a los acontecimientos.

Espero que el mundo de 1974 crea esta aventura. Sólo entonces sabrá el mundo que, cualesquiera que fuesen los crímenes que Raffles y yo cometimos, pagamos por ellos con creces por lo que hicimos aquella semana de mayo de 1895. Y, de hecho, el mundo está y estará siempre en deuda con nosotros. Sí, mi querido doctor, mi desdeñoso pariente, también tú, que esperas que sufra como castigo. Pagué mi deuda hace ya mucho tiempo. Sólo quisiera que estuvieses vivo para leer estas palabras. Y quién sabe, a lo mejor vives hasta los cien años y puedes leer este relato de lo que me debes. Espero que sí...

II

Yo estaba distraído, sentado en la butaca en mi habitación de Mount Street, cuando el ruido de la verja del jardín me devolvió bruscamente a este mundo. Un momento más tarde oí un toque familiar en mi puerta. La abrí y encontré, como esperaba, al mismísimo A. J. Raffles. Entró con sus alegres y brillantes ojos azules, sacó el Suvillan de la boca y lo usó para señalar mi whisky con soda.

—¿Aburrido, Bunny?

—Bastante —le contesté—. Ha pasado casi un año sin que hayamos hecho algo interesante. El viaje alrededor del mundo después del asunto Levy fue muy estimulante. Pero eso acabó hace unos cuatro meses. Y desde entonces...

—¡Aburrimiento y tedio! —gritó Raffles—. ¡Pues bien, Bunny, todo eso se ha acabado! Esta noche haremos que la sangre vuelva a bullir y acabaremos con toda esta rutina alienante.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—¡Piedras preciosas, Bunny! Para ser más exacto, zafiros, corindón azul, tallados en *cabochon*. Es decir, redondo con la base plana. Y grandes, Bunny, enormemente grandes, casi del tamaño de un huevo de gallina, si mi informador no ha exagerado. Tienen algo de misterioso, un misterio que mi perista me lleva susurrando al oído durante algún tiempo con su fuerte acento *cockney*. Las vende un tal señor James Phillimore, de Kensal Rise. Pero dónde las consigue él, Bunny, es un misterio. ¿Quién le provee? Nadie lo sabe. Mi perista ha sugerido que no fueron robadas de ninguna caja fuerte ni de la garganta de una aristócrata, sino que fueron traídas de contrabando del sureste asiático o Suráfrica o Brasil, directamente de la mina. En cualquier caso, esta noche vamos a llevar a cabo la labor de reconocimiento, y si se presentara la oportunidad...

—Vamos, A. J. —dije amargamente—. Ya sé que has hecho toda la labor de reconocimiento por tu cuenta. ¡Sé honesto! Esta noche encontramos el momento propicio por casualidad y damos el golpe. ¿No es así?

Yo siempre estuve de alguna manera resentido con Raffles porque siempre decidía llevar a cabo el trabajo preliminar solo, «hacer el presupuesto», como se solía decir en los bajos fondos. Por alguna razón no se fiaba de mí para explorar el terreno.

Raffles produjo un enorme y perfecto aro de humo con su Sullivan, y me dio una palmada en el hombro.

—¡Me conoces demasiado, Bunny! Sí, ya he examinado el terreno y he comprobado los horarios del señor Phillimore.

Fui incapaz de seguir reprochando al hombre más habilidoso que nunca haya conocido. Me vestí resignadamente con ropa oscura, bebí de un trago el whisky que me quedaba y marché con Raffles. Paseamos durante algún tiempo, asegurándonos de

que la policía no nos hacía sombra, aunque en realidad no teníamos ningún motivo para pensar que lo harían. Luego tomamos el tren a Willesden a las 11.21.

—¿Vive Phillimore cerca de la casa del viejo Baird? —pregunté.

Me estaba refiriendo al prestamista asesinado por Jack Rutter, los detalles de cuyo caso están recopilados en el *Wilful Murder*.

—De hecho vive en la misma casa —dijo Raffles, observándome con sus atentos ojos de color gris-acero—. Phillimore la tomó en alquiler cuando se terminaron de resolver los asuntos de su herencia y la casa quedó disponible para ser alquilada. Una coincidencia muy curiosa, Bunny, pero, después de todo, todas las coincidencias son curiosas. Para el hombre por lo menos. La naturaleza se muestra indiferente a estas cosas.

(Sí, ya sé que antes afirmé que sus ojos eran azules. Y lo eran. Me han criticado por decir en una ocasión que sus ojos eran azules y en otra que eran grises. Pero él tiene, como pudiera imaginarse cualquier idiota, ojos azul-grisáceos que son de un color u otro dependiendo de la luz).

—Eso fue en enero de 1895 —dijo Raffles—. Estamos ante un caso extraño, Bunny. Mis investigaciones no han revelado ninguna evidencia de que el señor Phillimore existiese antes de noviembre de 1894. Hasta que tomó residencia en la zona este de la ciudad nadie parece haber oído hablar de él, ni nadie lo había visto antes. Surgió de la nada, alquiló su casa de tres pisos —un lugar terrible, Bunny— hasta enero. Luego alquiló la casa donde el viejo y malvado de Baird entregó su alma. Desde entonces ha llevado una vida tranquila, excepto por las visitas que hace una vez al mes a varios peristas de la zona este de la ciudad. Tiene un cocinero y una sirvienta, pero no viven en la casa.

Por lo tarde de la hora, el tren no fue más allá de Willesden. Anduvimos desde allí hacia Kensal Rise. Una vez más, dependía de Raffles como guía a través de un lugar desconocido. Sin embargo, la luna estaba en el cielo, y la zona no estaba tan despejada como la última vez que había estado allí. Una serie de casitas y pequeñas villas, algunas todavía en construcción, ocupaban solares vacíos que yo había atravesado aquella fatídica noche. Bajamos por los caminos entre el bosque y los solares y salimos a una carretera adoquinada que había sido construida hacía tan sólo cuatro años, que tenía una única farola tenue delante de la casa.

Delante de nosotros se levantaba la esquina de un enorme muro recubierto de cristales rotos en su borde superior en los que se reflejaba la luna. La luna también contrastaba con los afilados pinchos de la altísima verja verde. Nos pusimos las máscaras. Como la vez anterior, Raffles se estiró y puso corchos de champán sobre los pinchos. Luego puso su abrigo sobre los corchos. Pasamos silenciosamente por encima; Raffles quitó los corchos y nos encontramos al otro lado del muro entre arbustos de laurel. La verdad es que yo sentía aprensión, incluso más que la vez

pasada. El fantasma del viejo Baird parecía estar flotando por el lugar. Las sombras parecían más negras de lo habitual.

Empecé a andar hacia el camino de gravilla del jardín cuando Raffles me agarró por la cola del abrigo.

—¡Silencio! —me dijo—. Veo a alguien, o en cualquier caso algo, entre los matorrales que hay al fondo del jardín. Por allí, en el ángulo que hace el muro.

Yo no podía ver nada, pero me fiaba de Raffles, cuya vista era tan aguda como la de un piel roja. Nos desplazamos lentamente a lo largo del muro deteniéndonos de vez en cuando para mirar entre los oscuros matorrales hacia el ángulo. A unos doscientos metros vi una forma ambigua que se movía entre los matorrales. Yo estaba dispuesto a largarme en ese momento, pero Raffles me susurró agresivamente que no podíamos permitir que un competidor nos asustase. Después de un rápido intercambio de impresiones, seguimos adelante oscureciendo aún más con nuestras sombras la ya oscura noche. Y después de unos cuantos minutos eternos, bañados en sudor, el extraño cayó bajo un golpe del puño de Raffles sobre su mandíbula.

Raffles sacó al hombre a rastras de los matorrales para que le pudiésemos ver con la luz de la luna.

—¿Qué tenemos aquí, Bunny? —me dijo—. Esos tirabuzones rizosos, esa nariz aguileña, las espesas cejas y el olor de ese perfume parisino, ¿es que no lo reconoces?

Tuve que contestar que no.

—¿Cómo? ¡Pero si es el famoso periodista e infame duelista Isadora Persano! —dijo—. ¿No me dirás que nunca has oído hablar de él, o ella, según sea el caso?

—¡Claro! —dijo yo—. ¡El reportero del *Daily Telegraph*!

—Ya no —dijo Raffles—. Ahora va por libre. ¿Pero qué diablos hace aquí?

—¿Supones —dije yo lentamente— que él también es una cosa por el día y otra por la noche?

—Quizá —dijo Raffles—. Pero a lo mejor está aquí en calidad de periodista. Él también ha oído ciertas cosas acerca del señor James Phillimore.

—¡Al diablo! ¡Si la prensa está aquí, Scotland Yard no puede estar muy lejos!

Los rasgos del señor Persano combinaban curiosamente una vasta masculinidad con una feminidad ofensiva. Aunque esto último no fue culpa suya. Su padre, un diplomático italiano, había muerto antes de que él naciese. Su madre, inglesa, deseaba una niña y se sintió amargamente defraudada cuando su único hijo resultó ser varón. Ya sin obstáculos por parte de su marido ni de su conciencia, le había llamado Isadora y lo había criado como a una niña. Hasta que asistió a la escuela pública llevaba vestidos. En la escuela, sus largas melenas y sus gestos femeninos le hicieron objeto de salvajes burlas por parte de los otros niños. Fue entonces cuando desarrolló la gran habilidad de defenderse con los puños. Cuando se hizo adulto vivió en el continente durante algunos años. Durante este tiempo ganó fama de ser un hombre

peligroso de insultar. Se cuenta que llegó a herir a media docena de hombres con pistola o con espada.

Raffles sacó un trozo de cuerda y una mordaza de una pequeña bolsa donde llevaba su instrumental. Después de atar y amordazar a Persano, Raffles registró sus bolsillos. El único objeto que llamó su atención fue una gran caja de cerillas en el bolsillo interior de su capa. Al abrirla sacó un objeto que brillaba a la luz de la luna.

—¡Madre mía de mi alma! —dijo—. ¡Es uno de los zafiros!

—¿Es un hombre rico? —pregunté.

—No tiene que trabajar para subsistir, Bunny. Y como todavía no ha entrado en la casa, supongo que lo consiguió a través de un perista. Por otro lado, supongo que lo metió en una caja de cerillas, pues no es probable que un ladrón robe una caja de cerillas. Hasta yo estuve a punto de pasarlo por alto.

—Larguémonos de aquí —dije yo. Pero él se agachó y miró fijamente al periodista, volviendo la mirada de cuando en cuando a la piedra. Ésta, por cierto, era tan sólo del tamaño de un cuarto de un huevo de gallina. En ese momento, Persano empezó a moverse y a emitir quejidos bajo la mordaza. Raffles le susurró algo al oído y él asintió. Entonces Raffles me dijo:

—Zúrrale si hace amago de gritar —y desató la mordaza.

Persano mantuvo la voz baja, como se le había pedido. Confesó que había oído rumores a través de sus contactos subterráneos acerca de las piedras preciosas. Habiendo localizado a nuestro perista, se las arregló para comprar una de las joyas del señor Phillimore. De hecho, nos dijo que ésa era la primera piedra que el señor Phillimore había llevado al perista. Era un curioso que había venido a espiar a Phillimore. Se preguntaba de dónde salían las piedras, ya que no había ninguna denuncia por robo.

—Hay una gran historia aquí —nos dijo—. Pero no tengo la más mínima idea de qué se trata. Sin embargo, debo avisaros que...

Su aviso, sin embargo, quedó sin atender. Raffles y yo oímos voces al otro lado de la verja y ruido de zapatos rozando la gravilla.

—No me dejéis aquí atado, muchachos —dijo Persano—. Seguro que tendría dificultades para explicar satisfactoriamente lo que estoy haciendo aquí. Y luego está la piedra.

Raffles volvió a colocar la piedra en la caja de cerillas y la metió en el bolsillo de Persano, pues no hubiera querido que le pillasen con la piedra encima. Desató las muñecas y los tobillos del periodista y le dijo:

—¡Buena suerte!

Unos momentos más tarde, tras poner nuestros abrigos sobre los cristales rotos del muro trasero de la casa, Raffles y yo pasamos por encima del muro. Corrimos agachados hasta meternos en un denso bosque que había a unos doscientos metros

detrás de la casa. Al otro lado, a cierta distancia, había una casa recién construida y una carretera nueva. Un momento más tarde vimos a Persano pasando por encima del muro. Pasó de largo a toda prisa sin advertir nuestra presencia y desapareció abajo, dejando una fuerte estela de perfume tras de sí.

—Tenemos que hacer una visita a su casa —dijo Raffles.

Me puso la mano en el hombro para avisarme, pero ya lo había advertido. Yo también había visto a los tres hombres volver la esquina del muro. Uno tomó posición en el ángulo del muro, mientras que los otros dos empezaron a caminar hacia nuestro bosque. Empezamos la retirada lo más silenciosamente posible. Como no había trenes a esta hora, anduvimos hasta Maida Vale y tomamos un simón desde allí hasta casa. Raffles volvió a sus habitaciones en Albany y yo a las mías en Mount Street.

III

Cuando leímos los periódicos vespertinos pudimos saber que el asunto había tomado un cauce aún más extraño. Pero en esos momentos no teníamos ni idea de la horripilante metamorfosis que estaba aún por venir.

Dudo que haya una sola persona en Occidente —o para el caso en Oriente— que no haya leído el extraño caso del señor James Phillimore. A las ocho de la mañana, un simón aparcó delante de la puerta de su finca. La sirvienta y el cocinero eran las únicas dos personas que se hallaban en la casa. El exterior de los muros estaba siendo vigilado por ocho miembros del Departamento de Policía Metropolitana. El conductor del simón tocó el timbre eléctrico de la verja. El señor Phillimore salió de la casa y bajó por el camino de gravilla del jardín hasta la verja. Allí fue visto por el conductor del simón, por un policía que se hallaba cerca y por otro que se hallaba en un árbol. Éste último podía ver claramente todo el jardín delantero de la casa, y otro policía que se hallaba en otro árbol divisaba claramente la parte trasera del jardín y de la casa.

El señor Phillimore abrió la verja del jardín, pero no salió. Comentó al conductor que parecía que se avecinaba lluvia, y añadió que volvería a buscar su paraguas. El conductor, el policía y la sirvienta lo vieron entrar de nuevo en la casa. La sirvienta estaba en esos momentos en la planta baja, en una habitación que daba a la parte delantera de la casa. Ella iba hacia la cocina cuando el señor Phillimore entró en la casa y dijo que había oído pisadas en la escalera que conducía al primer piso.

Ella fue la última en ver al señor Phillimore. No volvió a salir de la casa. Después de media hora, el señor Mackenzie, el inspector de Scotland Yard que estaba al cargo, se dio cuenta de que Phillimore se había percatado de algún modo de que estaba siendo vigilado. Mackenzie hizo una señal y él, con tres hombres más, entraron por la verja, mientras los otros cuatro mantuvieron sus posiciones en el exterior. El exterior de los muros de la casa no quedaron ni un solo momento sin estar vigilados, igual que el interior.

Tras mostrar la orden de registro a la sirvienta, los policías entraron y llevaron a cabo un minucioso registro. Para su asombro, no encontraron ni rastro de Phillimore. El caballero, de metro ochenta de estatura y ciento veintiocho kilos de peso, había desaparecido por completo.

Durante los siguientes dos días, la casa —y el jardín que la rodeaba— fueron el objeto de una intensísima investigación. Esta investigación demostró que la casa no contenía ningún túnel ni escondite. Se estudió cada centímetro cúbico de la casa. Era imposible que no hubiera abandonado la casa y, por otro lado, era evidente que no la había abandonado.

—Si llegamos a tardar un minuto más, nos habrían arrinconado la otra noche —

dijo Raffles sacando otro Sullivan de su cigarrera plateada—. Pero, Dios mío, ¿qué está ocurriendo en esa casa? ¿Qué fuerzas misteriosas están actuando? Date cuenta que no se encontraron joyas dentro de la casa. Eso dijo la policía, por lo menos. ¿Realmente volvió para coger su paraguas el señor Phillimore? El paraguas estaba en el paragüero de la entrada; sin embargo, él subió directamente por la escalera. De este modo pudo observar a los zorros que estaban en la verja del jardín y se encerró en su matorral como un buen conejo.

—¿Y dónde está esa madriguera? —pregunté yo.

—¡Ah! Ésa es la cuestión —suspiró Raffles—. ¿Pero qué conejo es capaz de meterse en una madriguera y luego hacerla desaparecer? Éste es el tipo de misterio que atrae hasta al *gran detective*. Se ha comprometido a investigarlo.

—¡Entonces mantengámonos alejados de todo este asunto! —grité yo—. ¡Bastante afortunados hemos sido hasta ahora de que ninguna de nuestras víctimas haya acudido a tu primo en busca de ayuda!

Raffles era primo tercero o cuarto de Holmes, aunque nunca se habían visto, que yo sepa. Dudo que el detective ni siquiera haya ido a Lord's a ver un partido de *cricket*.

—No me importaría competir con él por una vez —dijo Raffles—. Posiblemente así cambie su opinión acerca de quién es el hombre más peligroso de Londres.

—Tenemos dinero de sobra —dije yo—. Olvidémonos de todo este asunto.

—Ayer mismo te quejabas de aburrimiento, Bunny —me dijo—. No, creo que será conveniente que hagamos una visita a nuestro amigo el periodista. Quizá sepa algo que ni nosotros ni la policía sepa. Pero si lo prefieres —añadió desdeñosamente— puedes quedarte en casa.

Eso me dolió, claro, e insistí en acompañarle. Pocos minutos más tarde nos hallábamos en un simón, y Raffles le dijo al conductor que nos llevara a Praed Street.

IV

El apartamento de Persano estaba al final de dos tramos de escaleras de mármol de Carrara con una balaustrada tallada en caoba. El portero nos llevó al 10-C y se marchó después de que Raffles le diera una generosa propina. Raffles tocó en la puerta. Tras esperar un minuto sin contestación abrió la puerta con una ganzúa. Un momento más tarde nos hallábamos en una *suite* de habitaciones extravagantemente amuebladas. Un intenso olor a incienso flotaba en el aire.

Entré en el dormitorio y quedé pasmado. Persano estaba tumbado en el suelo vestido sólo con su ropa interior. Siento tener que contarle, pero era de encaje negro de *demimondaine*. Supongo que si en la época hubieran existido sujetadores, llevaría uno puesto. Sin embargo, no presté mucha atención a su manera de vestir por la expresión horrible que había en su cara. Su cara estaba moldeada en una máscara de terror indescriptible.

Cerca de su mano abierta se hallaba la gran caja de cerillas. Estaba abierta y dentro de ella había algo retorciéndose.

Retrocedí, pero Raffles, tras un suspiro, puso su mano sobre la frente de este hombre, le tomó el pulso y le miró los ojos desorbitados.

—Ha perdido la razón —me dijo—. Se ha quedado helado por un terror proveniente del más profundo de los abismos.

Fortalecido por su ejemplo, me acerqué a la caja. Su contenido era algo parecido a una lombriz, un verme grueso y tubular, con una docena de delgados tentáculos que se proyectaban de uno de sus extremos. Uno podía suponer que era su cabeza, ya que la zona justo por encima de las raíces de los tentáculos estaba rodeada de pequeños ojos de color azul pálido. Estos ojos tenían pupilas como las de un gato. No había nariz, aperturas nasales ni boca.

—¡Dios! —dije estremeciéndome—. ¿Qué es?

—Sólo Dios lo sabe —dijo Raffles.

Levantó la mano derecha de Persano y le miró la punta de los dedos.

—Fíjate en la mancha de sangre que hay en cada uno de ellos —me dijo—. Parece como si se hubiese clavado alfileres.

Se agachó más para ver el bicho que había en la caja y dijo:

—Las puntas de los tentáculos tienen unos pinchos como agujas, Bunny. Quizá Persano no esté paralizado de miedo, sino por un veneno.

—¡No te acerques más, por el amor de Dios! —dije yo.

—¡Mira, Bunny! ¿No parece tener un objeto pequeño y brillante en uno de sus tentáculos?

A pesar de mi náusea, me agaché y miré directamente al monstruo:

—Parece como un pequeño trozo de cristal curvo —dije yo—. ¿Y qué?

Mientras estaba hablando, el extremo del tentáculo que sujetaba el trozo de cristal se abrió y el objeto desapareció en su interior.

—Ese cristal —dijo Raffles— es lo que queda del zafiro. Se lo ha comido. Ese trozo parece haber sido el último.

—¿Comerse un zafiro? —dije yo asombrado—. ¿Un metal duro, corindio azul?

—Creo, Bunny —me dijo lentamente—, que el zafiro puede que sólo tenga la apariencia de zafiro. Quizá no fuera óxido de aluminio, sino algo lo suficientemente duro como para engañar a un experto. Puede que el interior estuviese lleno de algo más blando que la concha. Quizá la concha contenía un embrión.

—¿Qué? —pregunté yo.

—Quiero decir, Bunny, que es inconcebible que ese bicho haya eclosionado de la piedra.

V

Nos marchamos de prisa a los pocos minutos. Raffles se opuso a que nos lleváramos el pequeño monstruo —cosa que le agradecí—. Porque quería que la policía tuviese todas las pistas.

—Pasa algo muy raro aquí —me dijo—. Algo muy siniestro —encendió un Sullivan y añadió—: Muy extraño.

—¿Quieres decir muy poco británico? —pregunté yo.

—Quiero decir... muy poco terrestre.

Poco después nos bajamos del taxi en el parque de St. James y lo atravesamos en dirección a Albany. Ya en la habitación de Raffles, fumando puros y bebiendo whisky escocés con soda, discutimos el significado de todo lo que habíamos visto, pero no pudimos llegar a ninguna explicación racional ni irracional. A la mañana siguiente, leyendo el *Times*, *Pall Mall Gazette* y el *Daily Telegraph*, pudimos saber por qué poquito nos habíamos escapado. Según los periódicos, los inspectores Hopkins y Mackenzie y el detective privado Holmes habían entrado en las habitaciones de Persano dos minutos después de que nos hubiéramos ido. Persano murió camino del hospital.

—Ni una palabra acerca de la lombriz que había en la caja —dijo Raffles—. La policía lo está manteniendo en secreto. Sin duda tienen miedo de alarmar al público.

De hecho, no hubo ninguna referencia oficial al bicho hasta 1922, cuando el doctor Watson hizo una referencia de pasada al bicho al narrar una de las aventuras de su compañero. No sé lo que harían con él, pero supongo que lo meterían en un frasco con alcohol, donde pereció rápidamente. Sin duda está lleno de polvo en el estante de algún almacén-museo policial. Pasara lo que pasara, seguro que lo mataron, pues de lo contrario el mundo no sería lo que es hoy.

—¡Sólo podemos hacer una cosa, Bunny! —dijo Raffles después de poner el último periódico sobre la mesa—. ¡Tenemos que entrar en la casa de Phillimore y ver las cosas con nuestros propios ojos!

Yo no protesté. Tenía más miedo a su sorna que a la policía. Sin embargo, no lanzamos nuestra pequeña expedición esa noche. Raffles salió para investigar el terreno por su cuenta entre los peristas de la zona este de la ciudad y alrededor de la casa en Kensal Rise. Apareció en mi casa la noche del segundo día. Yo tampoco había estado perdiendo el tiempo. Había reunido una gran provisión de corchos para poner en los pinchos de la verja del jardín, para lo cual me bebí unas cuantas botellas de champán.

—Se ha retirado la vigilancia policial de la finca —me dijo—. Tampoco vi hombres apostados en el bosque cercano. Así que entraremos en la casa del difunto Phillimore esta noche. Si es que está difunto —añadió enigmáticamente.

Cuando sonaban las campanadas de medianoche estábamos pasando por encima de la verja de nuevo. Un minuto más tarde, Raffles estaba sacando cuidadosamente uno de los vidrios de la puerta de cristal. Esto lo llevó a cabo con su diamante, un frasco de melaza y papel de estraza, exactamente como lo había hecho la noche que entramos y encontramos a nuestro chantajista en potencia muerto con la cabeza abierta de un golpe con el atizador de la chimenea.

Metió la mano a través de la abertura, giró la llave que había en el cerrojo y desenganchó el pestillo que había en la parte inferior. Este pestillo había sido roto por el disparo de un policía que presumiblemente salió por esta puerta. Atravesamos la puerta, que cerramos tras nosotros, y nos aseguramos de que todas las cortinas de las habitaciones delanteras estuvieran bien cerradas. Entonces Raffles encendió una cerilla y con ella prendió una lámpara de gas, exactamente igual que la fatídica noche que estuvimos en esta casa hace tiempo. La llameante iluminación nos mostró una habitación que había sufrido pocos cambios. Aparentemente, el señor Phillimore había tenido poco interés en redecorar la casa. Entramos en el vestíbulo y subimos por la escalera que daba a un corredor que comunicaba con tres habitaciones.

La primera puerta daba a una habitación que contenía una enorme cama doselada, un monstruo de mitad de siglo que Baird había comprado de segunda mano en alguna tienda de la zona este de la ciudad, una cómoda barata de arce, una mecedora y dos butacas de cuero que daban la impresión de estar demasiado rellenas.

—Sólo había una butaca la última vez que estuvimos aquí —dijo Raffles.

En la segunda habitación no había ninguna variación, estaba tan vacía como la primera vez que estuvimos allí, así como la habitación del fondo, que era el cuarto de baño.

Descendimos de nuevo y pasamos por el vestíbulo hasta la cocina y luego bajamos a la carbonera, donde había una pequeña bodega. Como yo anticipaba, no encontramos nada. Después de todo, los hombres de Scotland Yard son meticulosos, y lo que ellos hubieran pasado por alto, Holmes lo habría visto. Estuve a punto de decirle a Raffles que nos diéramos por vencidos y que nos largáramos de la casa antes de que alguien viese las luces. Pero un ruido en el piso de arriba me detuvo.

Raffles lo había oído también. Su oído nunca fallaba. Levantó la mano para indicar silencio, aunque no hubiera hecho falta. Al cabo de un momento dijo:

—¡Suave, Bunny! Puede que sea la policía. ¡Pero yo creo que es nuestra presa!

Subimos por la escalera sigilosamente, a pesar de que ésta insistía en chirriar bajo nuestro peso. Pasamos por la cocina de puntillas y de allí al vestíbulo y luego a la habitación delantera. Sin haber visto a nadie, subimos los peldaños al primer piso por segunda vez, abrimos las puertas cautelosamente y miramos en cada habitación.

Mientras nos asomábamos a las habitaciones oímos el ruido de nuevo. Vino de la parte delantera de la casa, aunque no estaba claro si del primer piso o del bajo.

Raffles me hizo una seña y yo le seguí, también de puntillas, por el corredor. Se paró en la puerta del medio y se asomó, y luego me llevó al dormitorio. Al mirar dentro (recuerdo que aún no habíamos apagado nuestra lámpara de gas), Raffles dio un salto y dijo:

—¡Dios mío! ¡La butaca! ¡Ya no está!

—Pero, pero... ¿Quién se llevaría la butaca? —dije yo.

—Desde luego. ¿Quién? —dijo él y salió corriendo escaleras abajo, sin ningún afán de mantener el silencio. Logré recomponerme lo suficiente como para dar la orden a mis pies de que se pusieran en marcha. Justo cuando llegaba a la puerta oí a Raffles que gritaba:

—¡Va por allí!

Salí corriendo a la terraza azulejada. Raffles ya iba por la mitad del camino de gravilla del jardín y pude ver una figura poco clara saliendo por la verja. Fuera quien fuera, tenía una llave de la verja.

VI

Recuerdo haber pensado, irrelevantemente, lo frío que se había puesto el aire en el corto período que habíamos estado dentro de la casa. La verdad es que no fue una cuestión tan irrelevante, pues el aire frío había provocado una espesa niebla que flotaba sobre la carretera y se entremezclaba con los árboles del bosque, ayudando al hombre que estábamos persiguiendo.

Raffles era más espabilado que un cobrador que persigue a uno de sus deudores, y mantuvo su mirada fija en la vaga figura hasta que se adentró en una arboleda. Cuando salí por el otro lado de la arboleda, respirando agitadamente, encontré a Raffles de pie al borde de un estrecho arroyo hundido en una zanja. Muy cerca, medio oculto por la niebla, había un corto y estrecho puente. Por el camino que partía del otro lado del puente había otra casa a medio construir.

—No cruzó el puente —dijo Raffles—. Lo habría oído. Si hubiese cruzado el arroyo habría chapoteado y también le habría oído. Pero tampoco tuvo tiempo de dar la vuelta. Cruzamos el puente y veamos si hay huellas en el barro.

Cruzamos en fila india el estrechísimo puente, que se venció un poco bajo nuestro peso, dando una sensación bastante desagradable.

—El constructor debe estar usando los materiales más baratos que le permite la ley. Espero que esté metiendo mejores materiales en esas casas. Si no se las llevará el primer vendaval que venga.

—Sí, parece un poco frágil —dije yo—. El constructor no debe tener mucha ética profesional. Pero ya nadie construye como se hacía antes.

Raffles se agachó en el otro extremo del puente, encendió una cerilla y examinó el terreno a ambos lados del camino.

—Hay muchísimas pisadas —dijo con disgusto—. Sin duda son de los obreros, aunque las huellas del hombre que buscamos pueden estar entre ellas. En cualquier caso, lo dudo. Todas parecen hechas por las botas de los obreros.

Me dijo que bajase por la empinada orilla, que estaba llena de barro, para buscar huellas al otro lado del puente. Nuestras cerillas se encendían y se apagaban mientras nos contábamos los resultados de nuestras inspecciones. Las únicas huellas que vimos eran las nuestras. Subimos por las orillas rápidamente y empezamos a cruzar el puente de nuevo. Uno junto al otro, nos asomamos excesivamente por el débil pasamanos y nos quedamos mirando hacia abajo al arroyo. Raffles prendió un Sullivan, y el agradable olor me indujo a prender otro.

—Hay algo raro aquí, Bunny. ¿No te da esa impresión?

Estaba a punto de contestar cuando me puso la mano en el hombro.

—Habla bajito —me dijo—. ¿Oíste un lamento?

—No —contesté yo, mientras los pelos de la nuca se me ponían más tiesos que

los muertos en las tumbas.

Entonces, de repente, dio un taconazo sobre una de las tablas. Fue entonces cuando oí un lamento muy tenue.

Antes de que pudiera decirle algo, ya había saltado por encima del pasamanos y aterrizado en el barro de la orilla. Prendió una cerilla, y fue entonces cuando me di cuenta de lo fina que era la madera del puente. Podía ver la llama a través de las tablas.

Raffles dio un grito de terror. Se apagó la cerilla. Yo grité:

—¿Qué ocurre?

De repente estaba cayendo. Me agarré al pasamanos, sentí cómo se me iba de la mano, golpeé contra el agua fría, sentí las tablas debajo de mí, sentí cómo se me escurrían de debajo, y grité de nuevo. Raffles, quien había sido tumbado y enterrado durante un minuto por el puente, se levantó tambaleándose. Encendió otra cerilla y empezó a maldecir. Yo entonces dije estupefacto:

—¿Y dónde está el puente?

—Salió volando —gimió—. ¡Como la silla!

Pasó por mi lado y subió rápidamente la orilla. Ya arriba se quedó un rato mirando fijamente al infinito en la luz de la luna y la oscuridad del horizonte. Salí tembloroso y gateando del arroyo y me levanté dando incluso más tumbos que mi amigo. Subí por la orilla clavando las uñas en el grasiento y frío barro. Un minuto más tarde, respirando agitadamente y sintiéndome un poco mareado por lo irreal de lo ocurrido, estaba de pie al lado de Raffles. Él estaba respirando casi tan agitadamente como yo.

—¿Qué es? —pregunté yo.

—¿Qué es, Bunny? —preguntó él lentamente—. Es algo que puede cambiar su forma para parecerse a prácticamente cualquier cosa. En cualquier caso, ahora tendremos que averiguar dónde está, más que averiguar lo que es. Debemos encontrarlo y matarlo, aunque tome la forma de un niño pequeño o de una bella mujer.

—¿De qué me estás hablando? —grité yo.

—Bunny, pongo a Dios por testigo, cuando encendí la cerilla debajo del puente vi un ojo oscuro que me miraba fijamente. Estaba en una tabla que era más gruesa que el resto. Y no estaba lejos de lo que parecían dos labios y una oreja deformada. Aparentemente no tuvo tiempo de completar su transformación. O más probablemente, retuvo órganos de vista y oído para saber lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Si hubiese inutilizado todos sus órganos de los sentidos, no habría sabido cuándo hubiera terminado el peligro para transformarse de nuevo.

—¿Estás loco? —pregunté yo.

—No, a no ser que tú compartas mi locura, pues viste las mismas cosas que yo.

Bueno, esa cosa puede, de algún modo, alterar su carne y sus huesos. Tiene tal control sobre sus células, sus órganos, sus huesos (que de alguna manera pueden cambiar de la rigidez a la más extrema flexibilidad), que puede tomar el aspecto de otros seres humanos. También puede metamorfosearse para parecerse a objetos. Tal como la butaca que se hallaba en el dormitorio, que era exactamente igual que la original. No me extraña que Hopkins y Mackenzie e incluso el irrefutable Holmes fallaran en la búsqueda del señor James Phillimore. A lo mejor hasta se sentaron encima de él mientras descansaban de su agotadora búsqueda. Es una pena que no rasgaran la butaca con un cuchillo para buscar las joyas dentro. Me parece que se habrían llevado una gran sorpresa.

»¿Me pregunto quién sería el señor Phillimore original? No hay ni rastro de la persona que pudo haber servido de modelo. Posiblemente se basara en una persona con otro nombre y luego tomó el nombre de alguna tumba o simplemente de algún periódico americano. Hiciera lo que hiciese, era el puente que tú y yo cruzamos. Un puente sensible, un puente dolorido, que no podía evitar emitir quejidos mientras nuestras duras botas se clavabas en él.

Por un lado no podía creerle, pero por otro no podía no creerle.

Raffles predijo que la cosa esa estaría corriendo o andando hacia Maida Vale.

—Allí tomará un taxi a la estación más cercana para adentrarse en el laberinto de Londres. Lo endiablado de la cosa es que no sabremos qué o a quién buscar. Puede estar en forma de mujer, o de un caballito, por lo que sabemos ahora. O quizá un árbol, aunque no es un refugio demasiado móvil.

—¿Sabes una cosa? —me dijo después de haber pensado un rato—. Tiene que haber alguna limitación a lo que puede hacer. Nos ha demostrado que puede estirar su masa hasta el grosor del papel. Pero, después de todo, tiene que estar sujeto a las mismas leyes físicas que nosotros en cuanto a masa se refiere. Sólo tiene una determinada cantidad de sustancia, y por lo tanto su tamaño tiene que ser limitado. Y supongo que sólo puede comprimirse hasta cierto punto. Así que, cuando dije que podía adoptar la forma de un niño, a lo mejor me estaba equivocando. Probablemente puede estirarse, pero no contraerse mucho.

Al final resultó que Raffles tenía razón, pero sólo en parte. La cosa tenía medios para hacerse más pequeño, pero pagando un precio.

—¿De dónde puede haber venido, A. J.?

—Eso es un misterio que sería mejor que lo resolviese Holmes —me dijo—. O mejor todavía para un astrónomo. Yo diría que esa cosa no es autóctona. Yo diría que llegó hace poco, quizá de Marte, quizá de un planeta más distante, durante el mes de octubre de 1894. ¿Recuerdas, Bunny, cuando los periódicos no hacían otra cosa que hablar de una gran estrella fugaz que cayó en el estrecho de Dover, ni siquiera a cinco

millas de Dover? ¿Pudo haber sido una nave que viajara a través del éter y que llevara un pasajero a bordo, desde algún cuerpo celestial donde existiera vida inteligente aún desconocida por el hombre? ¿Pudo haber colisionado por algún fallo en su sistema de propulsión? Si así fuera, la fricción, por su gran velocidad de descenso, habría quemado parte de su casco. Por otro lado, las llamaradas que emitía pudieron haber sido la expresión de su propia fuerza propulsiva, de sus cohetes.

Incluso ahora, cuando escribo esto en 1924, me maravillo de la desbordante imaginación de Raffles y de su poder deductivo. Todo esto ocurrió en 1895, tres años antes de que fuera publicada *La guerra de los mundos* del señor Wells. Bien era cierto que el señor Verne llevaba muchos años escribiendo sus maravillosos cuentos de inventos científicos y de viajes extraordinarios. Pero en ninguno de ellos había sugerido la posibilidad de vida en otros planetas, ni la invasión o infiltración por alienígenas de algún planeta lejano. Esta idea era absolutamente sorprendente para mí. Sin embargo, Raffles lo dedujo de un complejo entramado que para cualquier otra persona habría sido un montón de irrelevancias.

—Yo relaciono la caída de la estrella fugaz con el señor Phillimore, porque no fue mucho después cuando el señor Phillimore surgió de la nada. En enero de este año, el señor Phillimore vendió su primera joya a un perista. Desde entonces, una vez al mes, el señor Phillimore ha vendido una joya, cuatro en total. Éstos parecen zafiros, pero podemos suponer que no son tales por la experiencia del monstruito que había en la caja de cerillas de Persano. ¡Esas pseudo-joyas, Bunny, son huevos!

—¿No lo dirás en serio? —pregunté yo.

—Mi primo tiene un principio que ha sido ampliamente citado. Dice que después de eliminar lo imposible, lo que queda, aunque sea improbable, es la verdad. Sí, Bunny, la raza a la que pertenece el señor Phillimore pone huevos. Éstos, en su forma inicial, son algo parecido a un zafiro. La pequeña estrella en su interior puede ser la silueta de un embrión. Supongo que poco antes de la eclosión, el embrión se hace opaco. El material que se encuentra en su interior, la yema, es absorbido o comido por el embrión. Luego se rompe el cascarón y los fragmentos son comidos por el pequeño monstruo. Transcurrido poco tiempo, diría yo, después de la eclosión, el animalito se hace móvil, se desplaza serpenteando, y toma refugio en alguna ratonera o cualquier grieta. Allí seguramente se alimenta de cucarachas, ratones, y cuando se hace mayor, de ratas. ¿Y luego, Bunny? ¿De perros? ¿Y luego?

—¡Calla! —grité—. ¡Es demasiado horrible de imaginar!

—No hay nada que sea demasiado horrible de imaginar, Bunny, si hay algo que podamos hacer acerca de lo imaginado.

En cualquier caso, si estoy en lo cierto, ruego a Dios que sólo haya eclosionado un huevo hasta ahora. El que tenía Persano era el primero que había sido puesto. Dentro de treinta días nacerá otro. Y esta vez, a lo mejor, se nos escapa. Tenemos que

encontrar todos los huevos y destruirlos. Pero lo primero es encontrar la cosa que los produce. Eso no será fácil. Tiene una inteligencia y adaptabilidad sorprendentes. O por lo menos tiene unas habilidades miméticas increíbles. En tan sólo un mes ha aprendido a hablar inglés perfectamente y se ha familiarizado con las costumbres británicas. Eso no es una tarea fácil, Bunny. Hay miles de americanos y franceses que han pasado mucho tiempo aquí y no han comprendido aún el idioma, el temperamento ni las costumbres británicas. Y son seres humanos, aunque hay algunos británicos que lo ponen en duda.

—¡Venga, A. J.! —dije yo—. ¡Tan pedantes no somos!

—¿Que no? No hay nada como conocerse a uno mismo y yo soy descabelladamente pedante. Después de todo, si uno es británico, no es ningún crimen ser pedante, ¿no? Siempre tiene que haber alguien superior, y nosotros sabemos perfectamente quién es ese alguien. ¿No es así?

—Estabas hablando de esa cosa —dije enojado.

—Sí. Ahora debe estar nervioso. Sabe que ha sido descubierto y debe pensar que la raza humana entera está reclamando su sangre. Eso espero, al menos. Si nos conociera realmente se daría cuenta de que nosotros seríamos muy reacios a informar a las autoridades. No queremos ser fichados; ni superaríamos una investigación en nuestras propias vidas. Espero, sin embargo, que ignore todas estas cosas y que esté intentando escapar del país. Para hacerlo, tomará el medio de transporte más rápido, y para hacer eso tendrá que comprar un billete a un destino concreto. Ese destino, supongo, será Dover. Pero no es seguro.

Raffles preguntó a varios conductores de la parada de taxis de Maida Vale. Tuvimos suerte. Uno de los conductores había observado a un compañero recoger a una señora que pudiera ser la persona —o cosa— que perseguíamos. El taxista, animado por el billete de una libra que soltó Raffles, nos la describió. Era una gigante, dijo, y parecía tener aproximadamente cincuenta años, y por alguna razón tenía una cara familiar. Pero, según él, nunca la había visto antes.

Raffles le hizo describir su cara, facción por facción. Le dio las gracias, dio media vuelta y me guiñó el ojo. Cuando estábamos de nuevo solos, le pedí que me explicara por qué había guiñado.

—Ella, la cosa, tenía facciones familiares, porque eran las de Phillimore, aunque un poco afeminadas —dijo Raffles—. Vamos por buen camino.

De camino a Londres en nuestro taxi, yo le dije:

—No entiendo cómo se deshace de la ropa cuando cambia de forma. ¿De dónde sacó ropa de mujer y el bolso? ¿Y el dinero para comprarse el billete?

—Las ropas deben ser parte de su propio cuerpo. Debe tener un control completo; es un camaleón, un supercamaleón.

—¿Y su dinero? —dije yo—. Tenía entendido que vendía los huevos para

subsistir. Y también, supongo, para diseminar a su prole. Pero ¿de dónde sacó esa cosa el dinero cuando se hizo mujer para comprar los billetes? ¿Era el bolso parte de su cuerpo antes de la metamorfosis? Si lo era, entonces debe ser capaz de separar partes de su propio cuerpo.

—Yo imagino que, más bien, tiene escondites con dinero aquí y allá —dijo Raffles.

Nos bajamos del taxi cerca del parque de St. James y anduvimos hacia las habitaciones de Raffles en Albany, tomamos un desayuno rápido, que nos fue traído por el sirviente, nos ataviamos con barbas postizas, gafas sin graduación y ropa limpia. Luego llenamos una maleta de cosas y enrollamos una manta de viaje. Raffles se puso un anillo vulgarmente grande. Este anillo escondía en su interior un cuchillo, pequeño pero muy afilado. Raffles lo había adquirido después de haber escapado de la trampa mortal tendida por la Camorra (véase *La última carcajada*). Dijo que si hubiera tenido un aparatito así entonces, quizá hubiera podido soltarse él mismo de las ligaduras sin tener que depender de alguien que le rescatara del endiablado ejecutor automático del conde Corbucci. Tenía el presentimiento de que debía llevar el anillo en esta ocasión.

En pocos minutos estábamos sentados en un simón, y en seguida en el andén de la estación de Charring Cross, esperando el tren que nos llevaría a Dover. Ya sentados cómodamente en un compartimento privado, fumando un puro y tomando sorbos de coñac que Raffles llevaba en una petaca, Raffles me dijo:

—Estoy dejando de lado la deducción y la inducción en favor de la intuición, Bunny. Puede que esté equivocado, pero la intuición me dice que esa cosa está en el tren que va delante del nuestro camino a Dover.

—Hay otros que piensan igual que tú —dije mirando a través de la puerta de cristal—. Pero debe ser inferencia y no intuición lo que les trae a ellos.

Raffles levantó la mirada a tiempo de ver los elegantes gestos aguileños de su primo y la rechoncha aunque genial figura de su colega médico. Un momento más tarde pasó la inconfundible figura de Mackenzie.

—No sé cómo —dijo Raffles—, pero ese sabueso humano ha detectado el rastro de esa cosa. ¿Habría adivinado algo de la verdad? Si así fuera, seguro que lo guardará para sí mismo. Los cabezotas de Scotland Yard pensarían que está loco si contase sólo una ínfima parte de la realidad que hay detrás de este caso.

VII

Justo antes de que llegara el tren a la estación de Dover, Raffles se incorporó en el asiento y chasqueó los dedos, un gesto vulgar que nunca le había visto hacer antes.

—¡Hoy es el día! —gritó—. ¡O debería serlo! Tengo información fidedigna, Bunny, de que Phillimore venía a la zona este de la ciudad el día 31 de cada mes para vender una de sus joyas. ¿Sugiere esto que pone un huevo cada treinta días? Si es así, ¡le toca poner otro huevo hoy! ¿Lo pone con la facilidad de una gallina? ¿Experimenta algún dolor o debilidad, algún sufrimiento análogo al de las mujeres humanas? ¿Es la puesta del huevo una cosa trivial, pero que lo deja postrado durante una hora o quizá dos? ¿Puede poner un zafiro duro y grande con sólo un leve cacareo?

En cuanto se hubo bajado comenzó a interrogar a los mozos y demás personal de la estación. Fue lo suficientemente afortunado como para dar con un hombre que había estado en el tren en el que sospechábamos que había estado la cosa. Sí, había notado algo extraño. Una mujer había ocupado un compartimento sola, una mujer muy grande, una tal señora Brownstone. Pero cuando el tren había llegado a la estación, un hombre enorme salió del compartimento. A ella no se la volvió a ver por ninguna parte. En cualquier caso, él había estado demasiado ocupado para hacer nada, si es que hubiera habido algo que hacer.

Raffles me habló más tarde.

—¿Puede haber tomado una habitación en un hotel para conseguir la privacidad necesaria para poner el huevo?

Salimos corriendo de la estación y cogimos un taxi para que nos llevara al hotel más cercano. En cuanto nos alejábamos vi a Holmes y a Watson hablando con el mismo hombre con el que nosotros habíamos estado hablando.

El primer hotel que visitamos fue el Lord Warden, que estaba cerca de la estación de ferrocarril y tenía una vista preciosa del puerto. No tuvimos suerte allí, ni en el Burlington, que estaba en Liverpool Street; ni en el Dover Castle, en Clearence Place. Pero en el King's Head, también en Clearence Place, encontramos que él —ello— había estado allí recientemente. El conserje nos informó que un hombre que coincidía con nuestra descripción había cogido una habitación allí. Se había marchado exactamente hacía cinco minutos. Estaba pálido y tembloroso, como si hubiera bebido demasiado la noche anterior.

Cuando nos íbamos del hotel, Holmes, Watson y Mackenzie entraban. Holmes nos echó una mirada que me produjo escalofríos. Estaba seguro que había advertido nuestra presencia en el tren, en la estación y ahora en este hotel. Posiblemente los conserjes de los otros hoteles le habían dicho que le habían precedido dos hombres que preguntaban acerca de la misma persona.

Raffles paró otro taxi y ordenó al conductor que nos llevara a lo largo de la orilla, empezando cerca del muelle de Promenade. Cuando ya estábamos en marcha, me dijo:

—A lo mejor me equivoco, Bunny, pero tengo la impresión que el señor Phillimore está volviendo a su casa.

—¿A Marte —dije asustado—, o donde quiera que esté su planeta materno?

—Yo más bien pienso que su destino no esté más lejos que la nave que lo trajo aquí. Quizá esté todavía debajo de las olas, reposando en el fondo del estrecho, que está a unas veinte brazas de profundidad. Como tiene que ser hermético, bien podría ser como el submarino eléctrico de Campell y Ash. El señor Phillimore podría estar dirigiéndose hacia allí, con intención de esconderse durante algún tiempo, de desaparecer del escenario mientras este asunto se enfría en Inglaterra.

—Pero ¿cómo puede aguantar la presión y el frío a veinticinco brazas para bajar a su nave? —dije yo.

—A lo mejor se convierte en pez —dijo Raffles irritadamente.

Señalé por la ventana.

—¿Podría ser ése?

—Bien podría serlo —me contestó. Gritó para que el taxista fuera más lento. El hombre era alto, ancho de hombros y con una gran panza, con cara de bruto y la nariz como un pepinillo rojo. Se parecía mucho al hombre que nos había descrito el conserje. Es más, llevaba el mismo tipo de bolsa de color morado.

Nuestro simón hizo un viraje brusco hacia él; él nos miró y empalideció; empezó a correr. ¿Cómo nos reconoció? No lo sé. Todavía llevábamos nuestras barbas y gafas, y sólo nos había visto de pasada con la luz de la luna y la de una cerilla cuando llevábamos máscaras negras. Quizá tuviera un finísimo sentido del olfato, pero si fuera así, no sé cómo pudo haber detectado nuestro olor entre el alquitrán, especies, hombres y caballos sudorosos y basura que había pudriéndose en el agua. Cualquiera que fuese su medio de detección, nos reconoció. Y la persecución comenzó.

No duró mucho en tierra. Phillimore bajó corriendo por el muelle de embarcaciones privadas, desató un barco de remos, se metió en él de un salto y empezó a remar como si se estuviera entrenando para la Royal Henley Regatta. Yo me quedé un momento en el borde del muelle, estaba aturdido y aterrorizado. Su pie estaba en contacto con el bolso y este último se estaba derritiendo, fluyendo hacia dentro de su pie. En sesenta segundos, había desaparecido por completo a excepción de un monedero de terciopelo. Esto, supuse yo, contenía el huevo que la cosa había puesto en la habitación del hotel. Un minuto más tarde nos hallábamos remando tras él en otro barco cuyo dueño nos gritaba y agitaba impotentemente su puño. Por otro lado se unieron más gritos. Miré hacia atrás y vi a Mackenzie, Watson y Holmes al lado del dueño. Pero no se quedaron hablando con él mucho tiempo.

Raffles dijo:

—Tomarán un barco policial, un barco de paletas a vapor o de hélice. Pero dudo que eso pueda ser alcanzado si hay buen viento y tiene suficiente ventaja.

Eso era precisamente el destino de Phillimore, un pequeño velero de un mástil que estaba anclado a unas cincuenta yardas. Raffles dijo que era un cúter. Tenía unos treinta y cinco pies de eslora, estaba aparejado por delante y detrás y tenía un foque, un trinquete y vela mayor, según Raffles. Yo le di las gracias por toda esta información, ya que no sabía nada de esto, ni me importaba nada acerca de algo que se mueve sobre el agua. Háblenme de un buen caballo cuando quieran.

Phillimore era un buen remero, como era de esperar con ese enorme cuerpo. Pero lentamente nos acercábamos a él. Cuando estaba subiendo a bordo del cúter *Alicia*, estábamos tan sólo a unas yardas tras suya. Estaba pasando por encima del pasamanos cuando la proa de nuestro barco chocó con la popa del suyo, Raffles y yo nos caímos y los remos volaron. Pero nos levantamos y subimos por la escalera de soga en pocos segundos. Raffles subió primero, y yo estaba seguro que le iban a dar un golpe en la cabeza con un rodillo, o lo que usen los marineros para golpear a la gente en la cabeza. Luego me confesó que él también esperaba que le abriesen el cráneo. Pero Phillimore estaba demasiado ocupado reclutando una tripulación para prestarnos atención.

Cuando digo que estaba reclutando, quiero decir que se estaba dividiendo en tres marineros. En ese momento, estaba tumbado en la cubierta delantera y estaba derritiéndose, ropa y todo.

Debimos haber atacado entonces, mientras estaba impotente. Pero estábamos demasiado horrorizados. De hecho, a mí me dieron náuseas y me asomé por el pasamanos para vomitar. Mientras me ocupaba en estos menesteres, Raffles se recompuso y avanzó rápidamente hacia la monstruosidad trilobulada. Sólo estaba a unos cuantos pies cuando oímos una voz.

—¡Manos arriba, bastardos! ¡No se os ocurra bajarlas!

Raffles se congeló, yo levanté la cabeza y vi a través de mis ojos llorosos un viejo y canoso marinero. Debió salir de la cabina en la cubierta de popa, o como se llame, porque no estaba visible cuando subimos a bordo. Nos apuntaba con un enorme revólver Colt.

Mientras tanto, la transformación esquizofrénica se había completado. Tres pequeños marineros que no llegaban ni a mi cintura se hallaban delante nuestra. Eran todos idénticos y, a su vez, eran exactamente iguales al viejo marinero, a no ser por el tamaño. Tenían barba y vestían gorras de rayas blancas y azules, grandes pendientes en la oreja izquierda, jerseys de rayas rojas y negras, pantalones bombachos que les llegaban a media pantorrilla, e iban todos descalzos. Empezaron a rebullir por la cubierta, subieron el ancla y pusieron las velas. Se inclinó el barco y empezamos a

desplazarnos sobre el agua cerca del gran muelle de Promenade.

El viejo marinero se había hecho cargo del timón tras darle la pistola a uno de los enanitos. Mientras tanto, detrás nuestra, un pequeño barco de vapor, echando humo negro por la chimenea, intentaba vanamente alcanzarnos.

Después de unos diez minutos, uno de los marineros se hizo cargo del timón. El viejo marinero y una de sus réplicas nos hicieron entrar en la cabina. Un enanito sujetó el arma mientras el viejo marinero nos ataba las muñecas y las piernas a uno de los palos de la litera con una soga.

—¡Traidor asqueroso! —gruñí al viejo marinero—. ¡Estás traicionando a toda la raza humana! ¿Dónde está tu humanidad?

El viejo marinero se carcajeó frotándose la estropajosa barba gris.

—¿Yo, humanidad? ¡Está donde los lores del Parlamento, los banqueros gordos y los grandes propietarios de fábricas de Manchester guardan el suyo! ¡En mi bolsillo! ¡El dinero siempre habla más fuerte que la humanidad, como admitirán cualesquiera de los lores o de los grandes industriales textiles cuando están borrachos bajo el techo de sus grandes mansiones! ¿Qué hizo la humanidad por mí sino dar a mis padres una tuberculosis galopante y convertir a mis hermanas en unas borrachas y unas putas?

No dije más, No había razonamiento alguno con ese canalla. Nos inspeccionó para asegurarse de que estábamos bien atados, y luego se marchó con el pequeño marinero. Raffles dijo:

—Mientras Phillimore se mantenga, como Gaul, en tres partes, tenemos una posibilidad. Con seguridad, cada cerebro del trío sólo tiene una tercera parte de la inteligencia del Phillimore original, eso espero al menos. Y este pequeño cuchillo dentro del anillo será la clave de nuestra libertad.

Quince minutos más tarde, estábamos sueltos. Entramos en la pequeña bodega que había al lado de la cabina y que era parte de la misma estructura. Allí cogimos un gran cuchillo de carnicero y una gran sartén de hierro. Cuando, después de una larga espera, entró uno de los enanitos en la cabina, Raffles le golpeó en la cabeza con la sartén antes de que pudiera gritar. Lo que me horrorizó fue que Raffles entonces agarró su delgado cuello y lo apretó hasta que la cosa estaba muerta.

—No hay tiempo para andar con chiquitas, Bunny —dijo con una sonrisa espantosa mientras sacaba la joya-huevo del bolsillo del cadáver—. Phillimore es una especie de Boojum. Si tiene éxito en dispersar a su prole, la humanidad desaparecerá lenta y suavemente, uno a uno. Si es necesario volar el barco con nosotros a bordo, no dudaré ni por un momento en hacerlo. De todas maneras, hemos reducido su fuerza en un tercio. Ahora veamos si podemos hacerlo en un cien por cien.

Metió el huevo en su propio bolsillo. Un momento más tarde, asomamos la cabeza fuera de la cabina cautelosamente y miramos hacia fuera. Estábamos en la proa, mirando hacia la cubierta delantera, y por lo tanto el viejo marinero, que estaba

en el timón, no podía vernos. Los otros dos enanos estaban trabajando, aparejando el barco a las órdenes del timonel. Supongo que la cosa sabía poco sobre navegación y necesitaba ser instruido.

—Mira hacia delante —dijo Raffles—. Hace un día claro y luminoso, Bunny. Sin embargo, hay un parche de niebla que no tiene por qué estar allí. Y estamos navegando directamente hacia él.

Uno de los enanos sujetaba un aparato que era muy parecido a la cigarrera plateada de Raffles, a no ser por los dos mandos y un grueso alambre que salía de su parte superior.

Raffles luego dijo que pensaba que era una máquina que, de alguna manera, enviaba vibraciones a través del éter a la nave espacial que se encontraba en el fondo del estrecho. Estas vibraciones, en código, claro, controlaban los mecanismos automatizados de la nave para que ésta extendiese un tubo a la superficie. De esta manera expulsaba la niebla artificial a través del tubo.

Su explicación era increíble, aunque era la única posible. Claro que por aquel entonces ninguno de nosotros habíamos oído hablar de las radios, aunque algunos científicos sabían de los experimentos de Hertz con las oscilaciones. Y Marconi patentó el telégrafo sin hilos al año siguiente. Pero el de Phillimore debía estar mucho más avanzado que cualquier cosa que tengamos en 1924.

—En cuanto estemos en la niebla, atacaremos —dijo Raffles.

Unos minutos más tarde, remolinos grisáceos cayeron sobre nosotros, y nuestras caras estaban frías y mojadas. Apenas podíamos ver a los dos enanos trabajando afanosamente para bajar las velas. Salimos de puntillas sobre la cubierta y nos asomamos por la esquina de la cabina para ver el timón. Ya no se podía ver al viejo marinero. Tampoco tenía por qué estar al timón, pues el barco estaba prácticamente parado. Obviamente debíamos estar encima de la nave, que reposaba en el barro a veinte brazas por debajo de nosotros.

Raffles volvió a la cabina después de decirme que mantuviera vigilados a los dos enanitos. Unos pocos minutos más tarde, justo cuando me empezaba a alarmar por la duración de su larga ausencia, salió de la cabina.

—El viejo está abriendo todas las escotillas —dijo—. El barco se hundirá con todo el agua que está entrando.

—¿Dónde está? —pregunté yo.

—Lo golpeé con la sartén en la cabeza —dijo Raffles—. Supongo que debe estar ahogándose en estos momentos.

En ese momento, los dos marineritos llamaron al viejo y al tercer compañero para que vinieran deprisa. Estaban bajando el bote salvavidas y aparentemente pensaron que faltaba poco para que se hundiera definitivamente el velero. Salimos corriendo hacia ellos a través de la niebla cuando el bote golpeó el agua. Emitieron un graznido

como una gallina que acaba de ver al zorro, y bajaron de un salto al bote. No tuvieron que saltar mucho, pues la cubierta estaba tan sólo a dos pies por encima de las olas. Nosotros saltamos sobre el bote y caímos de bruces. Justo cuando nos levantábamos, el cúter roló, afortunadamente no contra el bote, quedando el fondo hacia arriba.

Por suerte, ya habían sido soltadas las amarras del pescante, de manera que nuestro bote no fue arrastrado por el barco cuando se hundió.

Un enorme objeto redondo, como el caparazón de una tortuga, rompió el agua a nuestro lado. Nuestro barco se tambaleó, y entró una ola, que nos empapó. A medida que avanzábamos hacia los dos hombrecitos, que nos amenazaban con sus cuchillos, una portilla se abrió en el lateral de la gran nave metálica. Su parte inferior estaba por debajo de la superficie del agua y de repente empezó a entrar agua por la portilla arrastrando nuestro bote hacia dentro. El bote fue literalmente tragado con nosotros a bordo.

Luego se cerró la portilla de una cámara bien iluminada con nosotros dentro. Mientras la lucha proseguía, Raffles y yo golpeando con nuestras sartenes y amagando con nuestros cuchillos a los ágiles y veloces enanitos, el agua empezó a ser bombeada hacia fuera. Como luego averiguaríamos, la nave estaba hundiéndose de nuevo hacia el fondo lodoso.

Los dos enanos finalmente saltaron del barco sobre una plataforma metálica. Uno de ellos apretó un pequeño mando que había en la pared, y otra puerta se abrió. Nosotros les seguimos, porque sabíamos que si lograban escapar y echar mano de sus armas, que serían con toda seguridad temibles, estaríamos perdidos. Raffles tiró a uno de ellos de la plataforma con un golpe de sartén, mientras yo amenazaba al otro con mi cuchillo.

La *cosa* que estaba por debajo de la plataforma gritó algo en un extraño idioma. El otro saltó hacia abajo y cayó a su lado. Se tumbó sobre su compañero y en pocos segundos se estaban fundiendo.

Fue un acto de pura desesperación. Si hubiesen tenido más de un tercio de su inteligencia habitual, hubieran tomado otro tipo de acción más eficiente. La confusión tomó tiempo, y esta vez no nos quedamos paralizados de espanto. Bajamos de un salto y pillamos a la *cosa* a mitad de camino entre su forma de dos hombres y su forma normal o natural. Sus tentáculos con garras venenosas habían brotado, y se empezaban a formar los ojos azulados. Parecía una versión gigante de la cosa que vimos en la caja de cerillas de Persano. Pero sólo era dos tercios del tamaño que habría tenido si no hubiésemos eliminado parte de él en el cúter. Por otro lado, sus tentáculos no eran tan largos como debieran haber sido, pero aun así nos impedían acercarnos lo suficiente al cuerpo. Bailamos alrededor suyo esquivando por poco los tentáculos, cortando las puntas con nuestros cuchillos o golpeándolos con las sartenes. Estaba sangrando, y dos de sus garras se habían desprendido pero, aun así,

nos estaba manteniendo alejados mientras completaba su metamorfosis. Una vez que la cosa llegase a poder ponerse sobre sus propios pies, o pseudópodos, mejor dicho, estaríamos en una gran desventaja.

Raffles me gritó algo y corrió hacia el bote. Yo me quedé mirándolo estúpidamente, y me dijo:

—¡Ayúdame, Bunny! —corrí hacia él y me ordenó—: ¡Desliza el barco hacia esa cosa, Bunny!

—Es demasiado pesado —grité yo, pero me agarré a un lateral mientras él empujaba la popa; y de alguna manera, aunque yo creí que se me iban a salir los intestinos de un reventón, conseguimos deslizar el bote sobre el suelo mojado. No fuimos demasiado rápidos, y la *cosa*, viendo el peligro que se le venía encima, intentó ponerse de pie. Raffles dejó de empujar y tiró su sartén hacia el bicho. Lo golpeó en el extremo de la cabeza y volvió a caer. Permaneció tumbado un momento como si estuviera aturdido, y supongo que lo estaba.

Raffles volvió al lado opuesto al mío, y cuando ya estábamos llegando al monstruo, aunque todavía fuera del alcance del vigoroso meneo de sus tentáculos, levantamos la proa del barco. No lo levantamos mucho, ya que era muy pesado. Pero cuando lo dejamos caer, aplastó seis tentáculos. Habíamos planeado dejarlo caer justo en la mitad del cuerpo del odioso bicho, pero los tentáculos no nos dejaron acercarnos más.

De todas maneras, estaba parcialmente inmovilizado. De un salto pasamos al otro lado del barco, usando los laterales como un baluarte, e intentamos sajar las puntas de los tentáculos que aún quedaban libres. A medida que las puntas asomaban sobre el lateral, las cortábamos o las aplastábamos con las sartenes. Luego salimos, mientras el bicho gritaba a través de las aberturas en los extremos de sus tentáculos, y lo apuñalamos una y otra vez. Una sangre verdosa fluía de las heridas hasta que los tentáculos, al fin, dejaron de ondear. Los ojos se apagaron. La sangre verdosa se volvió roja-negrucza y cuajó. Un olor nauseabundo emanaba de las heridas.

VIII

Tardamos varios días en estudiar los mandos en el tablero de la nave. Cada uno estaba marcado con una escritura extraña que nunca habríamos podido descifrar. Pero Raffles, el siempre formidable Raffles, descubrió el mando que desplazaría la nave desde el fondo hasta la superficie, y averiguó el modo de abrir la portilla al exterior. Eso fue todo lo que necesitábamos saber.

Mientras tanto, comimos y bebimos de las provisiones que habían sido adquiridas para alimentar al viejo marinero. La otra comida era nauseabunda, y aunque hubiera sido apetitosa no nos habríamos atrevido ni a probarla. Tres días más tarde, después de sacar el barco remando —la niebla había desaparecido—, vimos cómo la nave, con la portilla abierta, se hundía de nuevo bajo las aguas. Y por lo que yo sé, todavía está allí.

Decidimos no contar nada del bicho y de su nave a las autoridades. No teníamos ningún deseo de pasar tiempo en prisión, por muy patrióticos que fuésemos. A lo mejor se nos habría perdonado por nuestro gran servicio, pero, por otro lado, según Raffles, a lo mejor nos hubieran encerrado de por vida porque las autoridades quisieran mantenerlo en secreto.

Raffles también dijo que la nave probablemente contenía aparatos que, en las manos de Gran Bretaña, habrían asegurado su supremacía. Ya era la nación más potente sobre la tierra, y ¿quién sabe qué caja de Pandora estaríamos abriendo? No sabíamos, claro, que en veintitrés años surgiría la Gran Guerra que mataría a la mayoría de nuestros mejores hombres jóvenes y que nuestra nación empezaría a pertenecer a las de segunda clase.

Una vez en la orilla, tomamos un tren de vuelta a Londres. Allí lanzamos una campaña de un mes que resultó en el robo y la destrucción de todos y cada uno de los huevos-zafiros. Uno había eclosionado, y el bicho había tomado refugio en las paredes de una casa, pero Raffles quemó la casa entera aunque después de evacuar a los ocupantes humanos. Era descorazonador robar joyas que habían costado alrededor de un millón para tener que destruirlas. Pero lo hicimos, y de esta manera se salvó el mundo.

¿Adivinó Holmes algo de la verdad? Pocas cosas escapaban a los ojos grises de ese gavilán y al atento cerebro gris que se hallaba tras ellos. Sospecho que él sabía más de lo que contó a Watson. Por eso Watson afirmó, cuando narró *The problem of the thor bridge*, que había tres casos en los que Holmes falló por completo.

Estaba el caso de James Phillimore, que volvió a su casa para buscar un paraguas y nunca más fue visto. Estaba el caso de Isadora Persano, quien fue encontrado loco mirando fijamente a una lombriz en una caja de cerillas, una lombriz desconocida para la ciencia. Y el caso del cúter *Alicia*, que se adentró en una masa de niebla en

una clara mañana de primavera y nunca volvió a emerger; ni el barco, ni la tripulación fueron vistos más.

La aventura del viajero global

Anne Lear

Al lado de Holmes y Watson, el personaje más notable es el profesor James Moriarty, tan vil como Holmes es héroe. Sólo aparece en una historia, pero es suficiente, y cualquier historia que trate de él es candidata para esta antología.

Yo sólo quería averiguar quién era el verdadero tercer asesino de *Macbeth*. Pues ahora lo sé. También sé la identidad secreta y el destino de un famoso personaje, sé que la muerte de otro ocurrió muchos años antes de que fuera denunciada, así como una anécdota desconocida hasta ahora de la carrera de actor de William Shakespeare.

Todo esto viene a demostrar lo maravilloso que es para investigar la Folger Shakespeare Library, en Washington D. C. En los abarrotados estantes y cámaras blindadas de ese gran almacén hay tesoros en tal número y variedad que incluso su apasionado y devoto bibliotecario no los conoce todos.

Empecé mi búsqueda del tercer asesino en un lugar lógico. Miré en el catálogo bajo la «A» de Asesino. No encontré el que yo buscaba, pero encontré muchos otros, y siendo tan macabra como soy, me conformé rápidamente con las alternativas que se me ofrecían.

Aquí había suficiente sangre para saciar al mayor de los macabros: asesinatos de aprendices por sus maestros, de maestros por sus aprendices, de maridos por sus esposas, de esposas por sus maridos, de niños por ambos. ¡Fue una época muy ajetreada la Isabelina! Había mamotretos y panfletos a cual más jugoso.

Lo mejor de todo eran los títulos. El periodismo amarillo de ahora es un juego de niños comparado con esto. Considérese, por ejemplo:

Una historia real. Narra la maldita vida y muerte de Stubbe Peeter, un hechicero malvado, quien a modo de lobo salvaje cometió muchos asesinatos... Quien por todo esto fue encerrado y ejecutado...

O esta otra:

Noticias de Perin en Cornualles:

Sobre el más sangriento y espantoso asesinato, cometido muy recientemente por un padre con su propio hijo... Instigado por su cruel madrastra...

O la realmente espectacular:

Noticias de Alemania. Una maravillosa narración real de un asesino cruel, quien ha matado en su vida a novecientas treinta y tantas personas, de las cuales seis eran sus propios hijos, nacidos de una mujer y que mantuvo encerrada en una cueva durante siete años... (Según consta, este asesino en particular tenía la clara intención de asesinar a exactamente un millar de personas antes de retirarse).

Más tarde me sorprendí pidiendo:

El más horrible crimen y trágico asesinato del muy honorable, virtuoso y valeroso caballero John Lord Bourgh, varón de Caftell Connell, cometido por Arnold Cosby, el 14 de enero. Junto con los penosos suspiros de su triste alma, sobre su funeral: escrito por W, R., un sirviente del arriba mencionado Lord Bourgh.

Me subieron rápidamente el panfleto a la insonorizada sala de lectura Tudor, donde lo había encargado, y lo llevé a una de las enormes mesas de caoba que están dispersas por la sala.

A medida que avanzaba por sus páginas pude saber que el prometedor título era en realidad un señuelo falso. Resultó ser una historia mediocre acerca de un arribista mediocre y cobarde que provocó un duelo y que, no pudiendo evitar su celebración, apuñaló a su oponente por la espalda. ¡Bah! Estaba a punto de devolverlo, cuando noté unas hojas más anchas. Unas cuantas páginas más adelante de donde había dejado de leer (al principio de los penosos suspiros) el panfleto parecía más grueso por los bordes.

—Supongo que serán los apuntes de algún otro lector —murmuré.

Eso mismo parecían cuando me decidí a hojearlo. Había cuatro finas hojas de papel lo suficientemente pequeñas para caber en el panfleto dejando unos centímetros en cada margen. El papel era de buena calidad, mucho más fuerte que la pulpa que lo escondía.

No tenía ni idea de cuánto tiempo podían llevar allí. A lo mejor habían pasado desapercibidos durante años, pues los bibliotecarios y usuarios de la Folger no son muy dados a temas como el asesinato para recrearse, ni siquiera a los horribles y trágicos asesinatos de los muy virtuosos y valerosos, y por esto solicitaban esta pulpa sangrienta con poca frecuencia.

Es más, la información escrita en el sobre no decía nada acerca de las hojas, como sería de esperar si perteneciesen a alguna colección.

Dudé por un momento. La gente tiende a ser picajosa acerca de sus apuntes, los académicos los que más, dado que el plagio recorre las universidades mucho más vigorosamente de lo que muchos querrían admitir. En cualquier caso, la letra era un

garabato pequeño difícil de leer. Había sido escrita con pluma de acero, y la ortografía y el estilo eran en su mayor parte los de Inglaterra de fin de siglo, sazonados con inesperadas usanzas jacobinas. El papel era claramente muy antiguo, oscurecido uniformemente por la protección a la que había estado sometido, de un probable color blanco a un amarillo, y la tinta tampoco podía ser reciente, habiéndose decolorado a un marrón claro.

Después de todo, mis propósitos eran académicos. Y en cualquier caso, ¿a quién estaba engañando?

En esta última noche tormentosa del año tomo mi pluma, mi anacrónica pluma de acero, que valoro tanto entre las pocas reliquias que me quedan de mi vida pasada —¿o futura?— para dejar un escrito que tiene muy pocas posibilidades de ser alguna vez visto por alguien con capacidad para comprenderlo.

La situación política está empezando a ser peligrosa incluso para mí, y por eso estoy disponiendo todo para beneficiarme de mi preconocimiento de las cosas que van a ocurrir, así como de las oportunidades que ofrece la confusión civil a aquellos que saben aprovecharlas. Sin embargo, la preciencia no se extiende de esta ni de ninguna otra manera a mi propio destino, y estaría encantado de dejar alguna traza de mi persona para aquellos que fueron mis amigos e incluso para aquellos que fueron mis enemigos. O que lo serán.

Para poner fin a esta confusión de una vez, aquellos sucesos que son mi pasado son el futuro lejano para todos los que me rodean. No sé lo que serán para ti que lees esto, ya que no puedo adivinar en qué fecha verá la luz este mensaje. En cualquier caso, me referiré a mi presente como a el presente y a mi pasado como el pasado, independientemente de las fechas reales.

Empezando por el principio, diré que me vi obligado, en la primavera de 1891, a abandonar un boyante negocio. Era la cabeza de la mayor parte de las actividades criminales en Gran Bretaña (mi archienemigo, el señor Sherlock Holmes, una vez me halagó con el título de «Napoleón del crimen»).

En estos instantes, ya no podía quitar la vista de los papeles. Me hacían chiribitas los ojos. Intenté salir de mi incredulidad y volver al mundo real. Mi mano temblaba mientras guardaba de nuevo el panfleto en el sobre y los papeles descuidadamente entre mis propios apuntes. Después de un par de carraspeos experimentales, decidí que mi voz funcionaba bien y procedí a devolver el panfleto y a darle las gracias al bibliotecario. Luego fui al bar cercano en busca de un lugar tranquilo y de una cerveza para eliminar la sequedad del asombro y del polvo de siglos de mi garganta.

La tarde era cálida, un anticipo del verano en una tarde gris de marzo, y del interior del Hawk and Dove, la taberna de Capital Hill, la penumbra invitaba a entrar.

Por otro lado, estaba prácticamente vacío, lo cual era tranquilizador para mis nervios electrificados. Hablé vagamente a la camarera, y para cuando me había sentado en uno de los bancos de madera, brillantados por los innumerables traseros, se había materializado ante mí una jarra de cerveza fría y dorada.

La camarera ni siquiera se había marchado de mi mesa cuando ya tenía fuera de mi maletín las pequeñas páginas y me inclinaba a la izquierda para captar el polvoriento rayo de luz que entraba a través de la ventana, que era una imitación barata de estilo.

... tenía riqueza y poder en abundancia. Sin embargo, Holmes me atacaba más eficientemente de lo que yo había anticipado, y me vi obligado a marchar al Continente de improviso. Ya había dispuesto las cosas en el extranjero para esta eventualidad, y con la ayuda del coronel Moran, el más capacitado de mis lugartenientes, pude llevar a Holmes hasta una trampa en las cataratas de Reichenbach.

Desgraciadamente, la trampa no funcionó. Mediante un truco de lucha japonesa, que me vi obligado a admirar, a pesar de que lo utilizó para lanzarme sobre el borde de las cataratas, Holmes logró escapar en el último momento. Él creyó haberme visto caer hasta la muerte, pero esta vez fue él quien subestimó a su oponente.

Una red previamente colocada sobre el agua, disimulada por las cataratas y controlada por Moran, estaba preparada para cogerme si me caía. Si hubiera caído Holmes en mi lugar, Moran la habría retraído para permitir su caída hasta el vórtice que se hallaba en el pie del precipicio. Un maniquí fue soltado de la parte inferior de la red por el impacto de mi peso, para de esta manera completar la representación.

Volví a Inglaterra disfrazado de matemático experimental, un personaje que había desempeñado durante algunos años, ya que en mi residencia de Richmond había ejercido la investigación matemática como primera vocación. Allí resulté ser una persona entretenida para varios académicos, científicos y literatos, y mi reputación de erudito y de persona generosa estaba bien establecida. Era un disfraz ideal que funcionó todo el año siguiente, mientras mis agentes, dirigidos por el formidable coronel, vigilaban al señor Holmes en sus viajes, y yo empecé a reconstruir mi imperio en la sombra.

Durante este tiempo engañé el aburrimiento con intensa investigación sobre la naturaleza del tiempo y varios temas relacionados. Mi trabajo me llevó a construir una máquina que me permitiría viajar al pasado y al futuro.

No pude resistir la tentación de mostrar la máquina del tiempo a los pocos amigos que tenía, aunque la mayoría de ellos creían que era un fraude. Uno de los más imaginativos, un escritor llamado Wells, parecía pensar que a lo mejor

había algo de verdad en ello, pero ni siquiera él estaba plenamente convencido. No importa. Tenían razón en dudar de los disparates que les contaba acerca de lo que vi en mis viajes. Debía sonarles muy noble, por no decir tremendamente romántico —¡qué imaginación la mía!—, aunque de hecho algo de verdad había en lo que les conté.

Obviamente, el mayor uso de la máquina estaba dedicado, en la semana que transcurrió desde que lo completé hasta mi viaje final, a profundizar en mis intereses profesionales. Era especialmente apto para observar e introducir desperfectos en la construcción de cajas fuertes de bancos y para reunir material utilizable para el chantaje. Desde luego que usé «mi» tiempo muy aprovechadamente y compilé un fichero bastante extenso para su futura conversión en oro.

Como siempre podía volver al mismo tiempo que había abandonado, o para el caso a cualquier otro, el único límite a tales viajes era mi propia resistencia, y siempre he aguantado mucho, desde luego.

Mi gran error fue no darme cuenta del desgaste que este uso estaba produciendo en mi máquina del tiempo. Ni siquiera hoy sé qué parte de su delicado mecanismo falló, pero el resultado final no fue bueno que digamos.

Por fin voy a contar la naturaleza de mi llegada a este lugar y a esta fecha. Advertí en seguida los peligros que conllevaba no poder desplazar la máquina del tiempo, de modo que añadí a su estructura unas ruedas y una cadena enganchada a unos pedales que en principio habían sido diseñados solamente para posar los pies. En resumen, lo convertí en una bicicleta del tiempo.

Fue necesaria mucha cautela para evitar ser visto pedaleando en este extraño vehículo por las calles de Londres durante mis visitas de negocios, pero no había ningún inconveniente en pedalear a mis anchas en un pasado muy remoto, contando con que dejara bien señalado el lugar exacto de llegada.

Descansaba de mis labores paseando en ocasiones por los primeros días de esta isla centrada antes de que tuviera cetro. Era tremendamente interesante, aunque algo vacío para una persona como yo, que siempre está tramando algo.

Fue entonces, mientras paseaba en mi máquina hace muchísimo tiempo a lo largo de un río y se me hacía muy difícil creer por su contorno desconocido que algún día sería el Támesis, cuando la bicicleta chocó con una raíz oculta y perdí el equilibrio. Saqué una mano para estabilizarme y, al hacer esto, descuidé los mandos y fui enviado rápidamente hacia adelante en el tiempo.

Los días y las noches pasaron en veloz sucesión, con el mareo concomitante y la náusea a los que me había acostumbrado, pero de los que no disfrutaba. En estos momentos no tenía ningún control sobre mi velocidad. Sentí más amargamente que nunca la falta de indicadores que me dijeran algo sobre la

progresión temporal. Nunca fui capaz de resolver el problema de su diseño; y ahora, viajando de esta manera, no tenía ni la más remota idea de cuándo estaría.

Sólo podía desear fervientemente no encontrarme con ningún objeto sólido de frente —o ningún ser viviente— en el lugar de mi llegada en el tiempo. Aterrizar en un meandro del Támesis sería infinitamente más deseable.

La rápida marcha de las estaciones del año fueron perdiendo velocidad a medida que volvía la palanca a su sitio, y pronto pude percibir las fases de la luna, luego la alternancia entre luz y oscuridad de la progresión diurna del sol.

Entonces, de repente, la pieza sometida a desgaste cedió. La máquina se desintegró bajo mi cuerpo, estalló desapareciendo por completo, y yo aterricé sin hacer ruido y sin demasiado equilibrio sobre un suelo de madera.

Un rápido vistazo a mí alrededor me hizo darme cuenta de mi fin. Dondequiera que estuviese, no era una edad de las máquinas ni de las herramientas delicadas que necesitaría para escapar.

Mientras estaba recapacitando sobre lo horroroso de mi situación, alguien me empujó firmemente en las costillas. Una voz potente y limpia me preguntaba en voz muy alta: «¿Quién te ha invitado a unirte a nosotros?».

Era un hombre alto y guapo de mediana edad, con ojos grandes y oscuros, cejas frondosas y con una frente casi tan desarrollada como la mía, un bigote elegante y una pequeña pero bien cuidada barba. Estaba ataviado con una capa oscura con capucha, y su única oreja visible estaba adornada con un aro de oro. Me quedé allí sentado como un idiota pensando y me dio otro empujón, y yo miré más allá de él para aclararme algo más de la situación.

El suelo de madera era una tarima, un escenario. Por debajo, en un lado y por arriba en los otros tres, había una muchedumbre de personas vestidas en un estilo que reconocí como de principio del siglo XVII.

Otro empujón, más agresivo e impaciente: «¿Quién te ha invitado a unirte a nosotros?».

Esa frase me sonaba familiar, de una obra de teatro que conocía bien. El lugar, este escenario de madera rodeado de gente... ¿Es posible que sea el Globe? Si fuera así, la obra... la obra tenía que ser... ¡Macbeth!, grité del susto que me llevé al darme cuenta de mi situación.

El hombre que había a mi lado soltó un suspiro de alivio. Un segundo hombre, que hasta ahora había pasado desapercibido para mí, habló rápidamente desde el lado opuesto. «No tenemos motivo para desconfiar de él, ya que nos explica nuestro cometido y lo que hemos de hacer».

«Está bien, quédate con nosotros», dijo el primer hombre, que hacía el papel de Primer asesino. Estaba empezando a sospechar que fuera del escenario

debía dedicarse a algo parecido, aunque esto fuera improbable. Se nos cuenta que el bardo sólo representó dos papeles en sus propias obras: el viejo Adam en *A vuestro gusto* y el fantasma del rey Hamlet. Estaba seguro de que... Pero mis reflexiones pronto se vieron interrumpidas cuando sentí cómo el Segundo asesino me daba la vuelta disimuladamente para que mirara al público.

La intervención del Primer asesino se había terminado y me tocaba a mí intervenir. Ya lo sabía, pues había sido un ferviente lector de Shakespeare en mis años universitarios. Claro que la mayoría de las intervenciones que estábamos haciendo eran espontáneas. «Suenan las herraduras de los caballos», dije yo.

Banquo pidió una luz de «dentro», donde «dentro» era un hueco que había en el parte trasera del escenario. El Segundo asesino consultó una lista que llevaba y afirmó que debía ser Banquo a quien oíamos, ya que todos los demás invitados esperados ya habían entrado en la Corte. El Primer asesino me profirió algo con preocupación acerca de los caballos que marchaban, y yo le aseguré que estaban siendo llevados por los sirvientes a los establos, de manera que Banquo y Fleance pudieran entrar andando el poco camino que quedaba. «Él, como los demás, se encamina a pie a palacio».

Entraron Banquo y Fleance. El Segundo asesino les vio entrando por la luz que llevaba, y yo identifiqué a Banquo, ayudé en el asesinato —cuidadosamente, por temor a que la costumbre me hiciera golpear demasiado fuerte—, y me quejé porque la luz había sido volcada y por nuestro fracaso en matar a Fleance.

Ya fuera del escenario tuve que enfrentarme a mis nuevos amigos. El Segundo asesino no fue motivo de preocupación, pues era un personaje secundario en la Compañía. El Primer asesino fue, sin embargo, un caso muy distinto y mis conjeturas se hicieron realidad, y me vi cara a cara con William Shakespeare.

Soy un mentiroso profesional y no me costó nada convencerles de que era un hombre fugado y que me había escondido de mis perseguidores en el hueco del escenario, y que por esa razón aparecí allí inesperadamente. El que Shakespeare hubiera sido lo bastante ágil y ocurrente como para salvar su obra de la desgracia, no sorprendió; que el joven actor se hubiera adaptado a los cambios fue motivo de felicitaciones por parte de sus compañeros; que yo hubiera acertado con las palabras adecuadas fue asombroso para todos. Yo les expliqué que había andado por los escenarios en una época anterior de mi vida, y para contestar a sus preguntas acerca de la extraña vestimenta que llevaba, murmuré algo acerca de haber pasado algún tiempo con el polaco en trineo, lo cual supuse que sería lo suficientemente misterioso y provocó la sonrisa del dramaturgo.

En cuanto a la causa de mi persecución, sólo tuve que asegurar a mis nuevos amigos que mis problemas eran de faldas y así gané su más sincera simpatía. Ellos no podían permitirse el lujo de dar cobijo a un fugitivo de la justicia, aunque los actores de la época, como los de casi siempre, tendían a estar en el lado sombrío de la ley, y éstos me hubieran ayudado sin titubeos con tal de no ponerse a sí mismos en claro peligro. Como acababa de llegar al país después de mis viajes por el extranjero carecía de empleo, y como podía actuar, me ofrecieron un puesto en la Compañía, lo cual acepté encantado.

No necesitaba el dinero, ya que había tomado la precaución habitual de llevar una faja cuyo forro estaba lleno de joyas, el dinero universal. Sin embargo, el teatro me ofreció un lugar desde el cual empezar a hacer los contactos que desde entonces me han establecido en mi vieja posición como «Napoleón del crimen», título ridículo un siglo antes de que Napoleón hubiera nacido.

En cuanto a la forma en que mis líneas entraron a formar parte del texto de la obra, Will los insertó justo como los dijimos aquel día. De pura casualidad, él había estado sustituyendo al Primer asesino esa tarde, pues el actor habitual estaba enfermo, y encontró enormemente gracioso añadir un personaje no explicado para así levantar misterio en la audiencia. No tuvo ninguna consideración hacia las audiencias y lectores futuros, y desde luego que ninguna hacia los académicos. Su única intención era la de entretener a aquellos para quienes él escribió: los asistentes a los teatros Globe y Blackfriars y los grandes personajes de la Corte.

Ahora soy un viejecito, y en vista del desorden civil que pronto va a estallar por todo el país, quizá no llegue a más viejo. Sin embargo, tengo esperanzas. Saber de antemano el resultado es de gran ayuda, y ya he tenido la precaución de cultivar las amistades convenientes. Tengo que decir que los cabezas peladas adquieren tantos vicios como los partidarios del rey, pero lo hacen en secreto y con los bolsos más agarrados.

Dejaré este relato parcial, en espera de tener libertad de escribir uno más completo. Si tú que lees esto lo haces durante los últimos ocho años del siglo XIX o incluso unos años más tarde, te suplico que me hagas el gran favor de llevar estas páginas al señor Sherlock Holmes, en 221B Baker Street, Londres.

Esperando que pueda leerlo, envío mis recuerdos y la siguiente adivinanza:

La primera vez que las palabras del Tercer asesino fueron pronunciadas, lo fueron de memoria.

Adivine, señor Holmes, quién las escribió.

Moriarty.
Londres.

31 de diciembre, 1640.

El gran misterio de la residencia estudiantil

Sharon N. Farber

Un descanso para recuperar el aliento rápidamente. Supongo que reconocerá la versión correcta de la frase que pone colofón a esta historia en miniatura. A propósito, Holmes *nunca* dice en el original: «Rápido, Watson, la aguja».

Después del tercer asesinato en otros tantos meses de residentes de la cuarta planta del dormitorio, el Gran Detective fue reclamado para esclarecer los hechos.

En cada muerte, el cuerpo de un estudiante había sido descubierto a la mañana siguiente aplastado y lleno de marcas de neumáticos.

—Los corredores son lo suficientemente anchos para albergar un coche pequeño, pero no el ascensor ni las escaleras —dijo sorprendido el jefe de seguridad del *campus*—. ¿Cómo llegó al cuarto piso?

—¿Se ha dado cuenta —contestó el Gran Detective— que todas estas trágicas ocurrencias han ocurrido en noches de luna llena? Creo que nos estamos enfrentando con la infeliz maldición de la sociedad de tecnología moderna: un descendiente del lobo estepario, el automóvil estepario.

El Gran Detective entró en acción la siguiente noche de luna llena. Se encerró a cada uno de los estudiantes de la cuarta planta en habitaciones separadas, con bidones de veinte litros de gasolina que estaban eléctricamente monitorizados.

Hacia la medianoche, los instrumentos indicaban la desaparición de veinte litros de gasolina en la habitación 440, que estaba ocupada por un chico americano inmigrante de Japón llamado Nagawa.

—Debe estar echando la gasolina por todas partes —dijo el jefe de seguridad.

—O bebiéndola —dijo el Gran Detective.

Llevó al jefe de seguridad a la habitación 440, y se asomaron por la cerradura. Ya no estaba Nagawa, y en su lugar había un brillante coche compacto.

A la mañana siguiente el Gran Detective abordó a Nagawa:

—Cuando hay luna llena, te conviertes en automóvil y atropellas a tus compañeros del cuarto piso.

—¿Pero cómo lo averiguó? —gimió Nagawa.

—Alimentario, mi querido Datsun.

La aventura del sabueso impostor

Poul Anderson y Gordon R. Dickson

Anderson y Dickson escribieron una serie de relatos sobre los hokas, en cada uno de ellos se ridiculizaba algún tipo de sociedad ficticia. En mi opinión, éste es el mejor de la serie..., y era una serie muy buena.

Whitecomb Geoffrey era el prototipo de un moderno operario cualificado. De mediana altura, macizo de musculatura, con ojos grises fríos en una cara esculpida y poco expresiva. Estaba discretamente vestido con pantalones morados y una túnica carmesí, debajo de la cual era patente el bulto de su lanzarrayos Holman. Su voz era limpia y dura.

—Bajo las leyes de la Liga de los Intereses, tiene la obligación de ayudar a cualquier agente de campo de la Oficina Interestelar de Investigación. Es decir, a mí.

Alexander Jones se acomodó detrás de la mesa del despacho. Su oficina parecía crisar los nervios de la personalidad dinámica de Geoffrey; estaba seguro de que el agente se estaba burlando por dentro del relajado desorden que reinaba en el despacho.

—Está bien —dijo—. ¿Pero qué le trae a Toka? Éste es un planeta muy retrógrado, como ya sabrá. No tiene mucho que ver con el tráfico espacial —en esos momentos le estaba dando un escalofrío al acordarse del episodio de la Patrulla Espacial, y cruzó los dedos.

—¡Eso es lo que usted se cree! —contestó Geoffrey—. Déjeme explicárselo.

—Claro, si así lo desea —dijo Alex suavemente.

—Gracias, así lo haré —dijo el otro hombre. Se sentó, y, mordiéndose el labio, se quedó mirándolo fijamente. Estaba claro que pensaba que Alex era demasiado joven, con mucho, para la exaltada posición de plenipotenciario que ocupaba. Y de hecho, la edad de Alex estaba muy por debajo de la edad media de un oficial de la CDS, aun después de llevar diez años metido en este trabajo.

Al cabo de un rato, Geoffrey siguió.

—El mayor problema con que se enfrenta la OII es el contrabando interestelar de droga, y la banda más peligrosa en este negocio está —o estaba— formada por un grupo de ppussjans renegados de Ximba. ¿Ha visto uno alguna vez, por lo menos en foto? Son pequeños, delgados, de tipo cyno-centauroide: cuatro piernas y dos brazos, y con la cara estirada con hocico como los perros. Una especie de clase A muy dotada, y extremadamente agresivos cuando salen malos. La OII lleva años intentando encontrar a esta banda de traficantes de sueños. Por fin localizamos su cuartel general y pillamos a la mayoría de los miembros. Fue en un planeta de la

estrella de Yamatsu, aproximadamente a seis años-luz de aquí. Pero el líder, conocido como el Número 10...

—¿Por qué no el Número 1? —preguntó Alex.

—Los ppussjans cuentan la graduación desde abajo hacia arriba. El Número 10 se escapó, y desde entonces ha estado reconstruyendo el negocio. Tenemos que cogerlo o pronto estaremos donde habíamos empezado. Dando una pasada por esta zona con rayos buscadores pillamos una nave espacial con un ppussjan y un cargamento de hierba nixl. El ppussjan confesó lo que sabía, que no era mucho, aunque importante. El Número 10 está escondido solo aquí, en Toka. Escogió este planeta por ser atrasado y estar escasamente poblado. Está cultivando la hierba y la entrega a sus compinches, que aterrizan aquí clandestinamente por la noche. Cuando haya pasado esta búsqueda que estamos llevando a cabo abandonará Toka, y el espacio es tan grande que a lo mejor no volvemos a tener otra ocasión de cogerlo.

—Bien —dijo Alex—. ¿No les contó su prisionero dónde se esconde el Número 10?

—No. Nunca ha visto a su jefe. El sólo aterriza en un lugar desierto de una gran isla y recoge la mercancía, que previamente ha sido dejada allí con este propósito. El Número 10 puede estar en cualquier lugar del planeta. No tiene nave propia, así que no podemos buscarlo con detectores de metal; y es demasiado listo para acercarse a una nave espacial, por si vamos al punto de encuentro y lo esperamos.

—Ya veo —dijo Alex—. El nixl es bastante peligroso. ¿No? ¿Tiene las coordenadas del punto de encuentro?

Apretó un timbre y un sirviente hoka con bata blanca, un turbante y una faja entró; se inclinó y preguntó:

—¿Qué desea el *sahib*?

—Tráeme el mapa de Toka, Rajat Singh —dijo Alex.

—En seguida, *sahib* —el sirviente se inclinó de nuevo y desapareció. Geoffrey se quedó muy sorprendido.

—Es que últimamente ha estado leyendo a Kipling —dijo Alex en tono apoloético, aunque esto no parecía disipar el asombro de su invitado.

Las coordenadas intersectaban en una gran isla que se hallaba próxima al continente principal.

—Hmmm —dijo Alex—, Inglaterra. Devonshire, para ser más preciso.

—¿Cómo? —Geoffrey cerró la boca con un chasquido de dientes. Un agente de la OII nunca se sorprende—. Usted y yo iremos allí en seguida —dijo con firmeza.

—Pero, mi esposa... —empezó a decir Alex.

—¡Recuerde sus obligaciones, Jones!

—Bueno, está bien. Iré. Pero comprenderá —añadió el joven tímidamente— que puede haber problemas con los hokas.

Esto parecía hacerle gracia a Geoffrey.

—Estamos acostumbrados a eso en la OII —dijo—. Estamos bien entrenados para no interferir en los asuntos internos de los nativos.

Alex tosió con vergüenza.

—No es eso exactamente —dijo tartamudeando—. Es que..., pues, verá usted, puede que el problema sea justo lo contrario.

Geoffrey frunció el ceño.

—¿Que pueden estorbar? —dijo—. Su función es mantener a los nativos en actitud no hostil hacia nosotros, Jones.

—No —dijo Alex infelizmente—. Lo que temo es que los hokas pueden intentar ayudarnos. Créame, Geoffrey, no tiene ni idea de lo que puede pasar si se les mete en la cabeza a los hokas que deben ayudarnos.

Geoffrey carraspeó. Obviamente estaba pensando si denunciar a Alex por incompetente.

—Está bien —dijo—. Dividiremos el trabajo. Dejaré que se encargue de los nativos y déjeme a mí todo lo referente a la detección.

—Está bien —dijo Alex, aunque todavía dudaba.

El paisaje verde se desplazaba por debajo de ellos a medida que volaban hacia Inglaterra en la nave del plenipotenciario. Geoffrey insistía con mala cara.

—Es urgente. Cuando la nave que capturamos no aparezca con su cargamento, la banda sabrá que algo va mal y enviarán una nave para recoger al Número 10. Al menos uno de ellos debe saber exactamente dónde se esconde en la isla. No tendrán ningún problema en pasarlo por cualquier control que pongamos —dio una calada nerviosamente a su cigarro—. Dígame, ¿por qué se llama Inglaterra este lugar?

—Bien... —dijo Alex con un suspiro profundo—, de aproximadamente un cuarto de millón de especies inteligentes conocidas, los hokas son únicos. Sólo en los últimos años hemos empezado a estudiar su psicología. Son altamente inteligentes y muy rápidos en el aprendizaje, curiosos por naturaleza... y entienden todo al pie de la letra hasta los últimos extremos. Tienen bastante dificultad a la hora de distinguir la realidad de la ficción, y como la ficción tiene más colorido, normalmente no se molestan en hacerlo. Mi sirviente en la oficina no cree *conscientemente* que es un misterioso indio oriental; pero subconscientemente ha exagerado el papel, y puede fácilmente racionalizar cualquier cosa que entra en conflicto con sus estrambóticas fantasías —Alex frunció el ceño, buscando las palabras adecuadas—. La mejor analogía que se me ocurre es que los hokas son en cierto modo como los niños pequeños humanos, además de tener las capacidades físicas e intelectuales de los humanos adultos. Es una combinación formidable.

—Está bien —dijo Geoffrey.

—Pero todavía no estamos seguros de cuál es el mejor punto de partida para el desarrollo de la civilización entre los hokas. ¿Cuán grande puede ser el paso que pidamos que den los hokas en esta generación? Más aún, ¿qué formas socioeconómicas son las que mejor se adaptan a sus temperamentos? Entre otros experimentos, hace aproximadamente diez años, la misión cultural decidió probar un montaje Victoriano y escogió esta isla como escenario. Nuestras factorías robotizadas rápidamente produjeron locomotoras a vapor, herramientas mecánicas y otras cosas para ellos..., claro que omitimos los aspectos más brutales del mundo Victoriano. Los hokas continuaron rápidamente desde ese punto de partida que nosotros les dejamos. Consumieron montañas de literatura victoriana...

—Entiendo —asintió Geoffrey.

—La cosa se complica aún más. Cuando un hoka empieza a imitar algo, no hace las cosas a medias. Por ejemplo, el primer lugar al que iremos para organizar la búsqueda se llama Londres, y la oficina con que contactaremos se llama Scotland Yard y..., pues, espero que entienda un acento inglés del siglo XIX, porque eso es lo único que va a oír.

Geoffrey silbó para expresar su sorpresa.

—¿Así que se lo toman tan en serio?

—Más todavía —dijo Alex—. Por lo que yo sé, este tipo de sociedad ha tenido un éxito increíble, aunque he estado ocupado con otros asuntos y no he tenido oportunidad de seguirles muy de cerca. No tengo ni idea de cómo la lógica hoka habrá transformado los conceptos originales a estas alturas. Le confieso francamente que estoy asustado.

Geoffrey se le quedó mirando curiosamente y se preguntaba si el plenipotenciario no estaría un poco desequilibrado.

Desde el aire, Londres era un conjunto de edificios con tejados de dos vertientes, partido por tortuosas calles adoquinadas, en el estuario de un ancho río que sólo podía ser el Támesis. Alex notó que estaba siendo remodelado para adaptarse mejor a los patrones Victorianos. El Palacio de Buckingham, el Parlamento y la Torre de Londres ya habían sido erigidos y la Catedral de San Pablo estaba a medio concluir. Una niebla muy apropiada oscurecía las calles, de manera que las lámparas de gas tuvieron que ser encendidas. Encontró Scotland Yard en su mapa y aterrizó en el patio interior, entre enormes edificios de piedra.

Cuando bajaban de la nave, un *bobby* hoka, ataviado con su uniforme azul y un ostentoso casco, se cuadró con gran deferencia.

—¡Humanos! —exclamó—. Imagino, señor, que este caso debe ser un caso de gran importancia, ¿no? ¿Están trabajando directamente bajo las órdenes de su majestad la reina? Si es que puedo hacer una pregunta tan atrevida.

—Pues, no exactamente —dijo Alex. Sólo intentar imaginarse una reina Victoria

hoka era espantoso—. Queremos ver al inspector jefe.

—¡Sí, señor! —dijo el *bobby*—. El despacho del inspector Lestrade está por ese corredor, la primera puerta a la izquierda.

—Lestrade —murmuró Geoffrey—. ¿Dónde he oído ese nombre antes?

Subieron por la escalera y entraron en un oscuro corredor iluminado con lámparas de gas. La puerta en cuestión tenía un letrero que decía: «PRIMER CHAPUCERO».

—¡Oh, no! —dijo Alex en voz baja.

Abrió la puerta. Un pequeño hoka con traje de solapas grandes y unas ridículas gafas enormes de asta se levantó de detrás de su mesa.

—¡El plenipotenciario! —exclamó con agrado—. ¡Y otro humano! ¿Qué ha ocurrido, señores? ¿Se ha... —miró alrededor del despacho nerviosamente y bajó el volumen de su voz hasta un suspiro—, se ha escapado de nuevo el profesor Moriarty?

Alex presentó a Geoffrey. Se sentaron y explicó la situación. Geoffrey acabó diciendo:

—Así que quiero que organice a su DIC (supongo que lo llamaran así) y que me ayuden a cazar a este fugitivo.

Lestrade agitó la cabeza tristemente.

—Lo siento, señores —dijo—, no podemos hacerlo.

—¿Qué no pueden? —dijo Alex asombrado—. ¿Por qué no?

—No valdría de nada —dijo Lestrade tristemente—. No encontraríamos nada. No, señor, en un caso tan importante como éste sólo hay un hombre que podría echar el guante a un archicriminal de tales características. Me estoy refiriendo, por supuesto, al señor Sherlock Holmes.

—¡¡Oh, no!! —dijo Alex.

—¿Cómo dice? —preguntó Lestrade.

—Nada —dijo Alex, secándose febrilmente la frente—. Mire usted, Lestrade, el señor Geoffrey es un representante de la fuerza de policía más eficiente de la galaxia. El...

—Vamos, vamos... —dijo Lestrade con una sonrisa compasiva—. No pretenderá compararlo con Sherlock Holmes. ¡Pero bueno...!

Geoffrey carraspeó enojadamente, pero Alex le dio una patada por debajo de la mesa. Era una falta grave interferir con el patrón cultural establecido, a no ser por medios más sutiles que la discusión. Geoffrey se dio por enterado y asintió como si le doliese.

—Por supuesto —dijo con una voz atragantada—. Yo sería el último en compararme con el señor Holmes.

—Estupendo —dijo Lestrade frotándose sus manos rechonchas—, estupendo. Les llevaré a su apartamento y podremos exponerle el problema. Estoy seguro que lo encontrará interesante.

—Yo también —dijo Alex en tono poco convencido.

Un simón bajaba trotando por la calle neblinosa y Lestrade lo paró. Se subieron, aunque Geoffrey dudó si hacerlo después de ver el reptil dinosauriano de pico largo que los hokas llamaban caballo, y bajaron rápidamente por las calles tortuosas. Los hokas paseaban a pie, los hombres ataviados con levitas y sombreros de copa y llevando paraguas bien enrollados, las mujeres llevaban vestidos largos. De vez en cuando se divisaba un *bobby*, un soldado con uniforme encarnado o un miembro del regimiento de las tierras altas de Escocia con falda.

Alex estaba empezando a situarse. Naturalmente, la literatura que se dio a estos «británicos» incluía con seguridad las obras de A. Conan Doyle, y podía entender cómo los hokas habían dado rienda suelta a su romántica imaginación después de leer las aventuras de Sherlock Holmes. Tenían que interpretar todo literalmente. ¿Pero a quién habían escogido para hacer el papel de Holmes?

—No es fácil estar en la DIC —dijo Lestrade—. No tenemos mucho prestigio por aquí. Claro que el señor Holmes siempre nos cede el mérito, pero la gente se acaba enterando —una lágrima se deslizaba sobre su peluda mejilla.

Se pararon delante de un edificio de apartamentos en Baker Street y entraron en la portería. Una señora gorda y mayor les abrió.

—Buenas tardes, señora Hudson —dijo Lestrade—. ¿Está el señor Holmes?

—Desde luego que sí —dijo la señora Hudson—. Suba directamente.

Su reverente mirada se fijó sobre los humanos mientras subía por la escalera.

Salió un gemido espantoso de la puerta 221 B. Alex se quedó paralizado y se le erizaron los pelos y Geoffrey echó mano de su lanzarrayos. El grito subió aún más de volumen, hasta una escala increíble, volvió a bajar, y se desvaneció en un ahogado trémulo. Geoffrey se lanzó a través de la puerta, se paró y rápidamente escrutó a su alrededor.

Estaba todo manga por hombro. Por la luz que desprendía el fuego de la chimenea se podía ver un montón de papeles que llegaba al techo, una daga clavada en la repisa, una rejilla con tubos de ensayo y botellas, y una Reina Victoria pegada en la pared a balazos. Era difícil saber qué era peor, si el hedor a producto químico o a humo de tabaco. Un hoka en bata y zapatillas dejó su violín y les miró con sorpresa. Luego sonrió y se acercó para darles la mano.

—¡Señor Jones! —dijo él—. Esto es un verdadero placer. Pasen.

—E... Ese ruido... —dijo Geoffrey mirando nerviosamente a su alrededor.

—Ah, eso —dijo el hoka modestamente—. Estaba ensayando una pequeña pieza que compuse yo mismo. Concierto en *mi* menor para violín y platillos. Es algo experimental, si sabe lo que quiero decir.

Alex observó al gran detective. Holmes era como cualquier otro hoka, quizá algo más delgado, aunque aceptable según los criterios humanos.

—¡Ah! Lestrade —dijo—, y Watson... ¿Le importa si le llamo Watson, señor Jones? Queda mucho más natural.

—Oh, en absoluto —dijo Alex con la boca pequeña.

Estaba pensando que el verdadero Watson —¡no, la versión hoka de Watson, maldita sea!— estaría ocupado en cualquier otro menester; y como estos hokas son tan cabezotas...

—Pero no le estamos haciendo caso a nuestro invitado, quien supongo pertenece al mismo sindicato que el señor Lestrade —dijo Holmes, dejando su violín y cogiendo su gran pipa.

Los hombres de la OII tienen un gran control sobre sus acciones, pero Geoffrey esta vez apenas pudo aguantarse. No era su intención pasar de incógnito, pero a ningún oficial de la ley le gusta tener la impresión de que lleva un cartel anunciando su profesión.

—¿Y eso cómo lo sabe usted? —exigió saber.

La nariz negra de Holmes se meneó.

—Muy sencillo, mi buen señor —dijo—. Los humanos son raros aquí en Londres. Por lo tanto, cuando llega uno en compañía de mi estimado amigo Lestrade, la conclusión es que el problema está relacionado con la policía y que usted, mi querido señor, está de algún modo conectado con la detección de criminales. Al menos, ésa es una conclusión probable. Estoy pensando en escribir otra pequeña monografía... Pero siéntense, caballeros, siéntense y explíquenme de qué se trata.

Después de recuperar su dignidad en la medida de lo posible, Alex y Geoffrey se sentaron en las sillas que les fueron indicadas, Holmes se dejó caer en una butaca que estaba tan rellena que casi desapareció en sus entrañas. Los dos humanos se encontraron ante un par de piernas cortas, más allá de las cuales se encontraba una nariz brillante del tamaño de un botón y una pipa que echaba humo.

—En primer lugar —dijo Alex en un intento de recobrar la compostura—, permítame presentar al señor...

—Vamos, Watson —dijo Holmes—. No es necesario. Ya conozco la excelente reputación del estimable señor Gregson, aunque no he tenido el gusto de conocerle personalmente.

—¡Geoffrey, maldita sea! —gritó el hombre de la OII.

Holmes sonrió levemente.

—Bien, si desea usar un seudónimo, no creo que cause mal a nadie. Pero entre nosotros no hace falta tener esas precauciones. ¿No le parece?

—¿C... c... cómo sabe usted —tartamudeó Alex— que se llama Gregson?

—Mi querido Watson —dijo Holmes—, como es un agente de policía y ya conozco sobradamente a Lestrade, ¿quién más podría ser? He oído cosas excelentes de usted, señor Gregson. Si sigue usted aplicando mis métodos, llegará lejos.

—Muchas gracias —gruñó Geoffrey.

Holmes conjuntó dedo con dedo de ambas manos delante suya.

—Bien, Gregson, cuénteme su problema. Y usted, Watson, sin duda querrá tomar nota de algunos detalles. Encontrará lápiz y papel en la repisa de la chimenea.

Rechinando los dientes, Alex fue a cogerlos mientras Geoffrey empezaba a narrar la historia, interrumpido de vez en cuando por los «¿Ha tomado nota de eso, Watson?» de Holmes, o en ocasiones cuando el gran detective se paraba a repetir lentamente algo de su propia cosecha para que Alex pudiera copiarlo palabra por palabra.

Cuando Geoffrey hubo terminado, Holmes se quedó pensativo durante un rato, sorbiendo humo a través de su pipa.

—Debo admitir —dijo finalmente— que este caso tiene algunos aspectos interesantes. Confieso que estoy confuso por el curioso asunto del sabueso.

—Pero yo no dije nada de un sabueso —dijo Geoffrey sorprendido.

—Eso es precisamente lo curioso —contestó Holmes—. La zona donde piensan que se esconde el criminal es territorio de Baskerville, y no mencionó el sabueso ni una sola vez.

Suspiró y se dirigió al hoka de Scotland Yard.

—Bien, Lestrade, supongo que será mejor que vayamos a Devonshire y usted puede disponer todo para la búsqueda que desea Gregson. Creo que podemos tomar el tren de las 8.05 desde la estación de Paddington mañana por la mañana.

—Oh, no —dijo Geoffrey, saliendo de su asombro—. Podemos bajar volando esta misma noche.

Lestrade no podía creer lo que oía.

—¡Pero bueno! —exclamó—. Nosotros jamás haríamos semejante cosa.

—Tonterías, Lestrade —dijo Holmes.

—Sí, señor Holmes —dijo Lestrade en voz baja.

La aldea de St. Vitus-Where-He-Danced era una aglomeración de una docena de casas con tejados de paja, tiendas, una iglesia y una taberna, en la mitad de la inmensa llanura verde-grisácea. A poca distancia, Alex podía ver una arboleda que, según le habían contado, rodeaba la mansión de Baskerville. La posada tenía un gran cartel que anunciaba The George and Dragón, con un dibujo de un hoka vestido con armadura y clavando su lanza en algún monstruo oscuro. Al entrar en el bodegón de techo bajo, el grupo de Alex fue recibido por un posadero más que servicial, quien les llevó a sus tranquilas habitaciones que presentaban la única desventaja de poseer camas construidas para hokas, que medían aproximadamente un metro de altura.

Para entonces ya era de noche. Holmes había salido a charlar y entrevistar a los vecinos de la aldea, y Lestrade se había ido directamente a la cama; pero Alex y

Geoffrey volvieron al piso de abajo, al bodegón. Estaba lleno de gente ruidosa, granjeros hokas y comerciantes, unos charlando con sus voces chillonas, otros jugando a los dardos y otros aglutinados alrededor de los dos humanos. Un nativo viejo se presentó a sí mismo como Farmer Toowey y se sentó con ellos en su mesa.

—Ah, muchacho, es terrible lo que se ve en la llanura por la noche —dijo enterrando la nariz en una jarra que debería contener cerveza, pero que para seguir fiel a la vieja tradición, contenía un fiero licor que esta raza había bebido desde tiempos inmemoriales. Alex, prevenido por experiencias anteriores, fue cauteloso, pero Geoffrey ya había bebido media jarra y tenía un cierto aire salvaje en los ojos.

—¿Me está hablando del sabueso? —preguntó Alex.

—Eso mismo —dijo Farmer Toowey—. Es negro y más grande que un ternero. ¡Y vaya dientes! Un mordisco suyo y es el fin.

—¿Fue eso lo que le ocurrió a sir Henry Baskerville? —inquirió Alex—. Nadie sabe dónde está desde hace mucho tiempo.

—Le tragó entero —dijo Toowey tristemente, mientras terminaba su jarra y encargaba otra—. ¡Pobre sir Henry! Era un buen hombre. Sí que lo era. Cuando estábamos repartiendo los nuevos nombres, como nos enseñó el libro humano, no hacía más que gritar y protestar, pues ya sabía la maldición que pendía sobre la cabeza de los Baskerville, pero...

—No estás hablando con acento británico —le dijo otro hoka.

—Lo siento —dijo Toowey—. Soy viejo y a veces se me olvida.

Alex se preguntaba cómo debía ser el verdadero Devonshire.

Sherlock Holmes entró alegremente y se sentó con ellos. Sus pequeños ojos negros brillaban.

—La partida está en marcha, Watson —dijo—. El sabueso ha estado haciendo de las suyas. Se han visto cosas extrañas en la llanura por la noche... Me atrevo a decir que es nuestro criminal y pronto le echaremos el guante.

—¡Ridículo! —farfulló Geoffrey—. No existe ese chuchó. Nosotros estamos tras la pista de un traficante de drogas, no de un hijo de... ¡Ay! —le pasó un dardo rozando una oreja.

—¿Tuviste que hacer eso? —preguntó.

—Fue Williams —rió Toowey—. No se le da demasiado bien jugar a los dardos.

Pasó otro dardo rozando la cabeza de Geoffrey y se clavó en la pared. El hombre de la OII tragó saliva y se escondió debajo de la mesa; Alex dudaba si lo había hecho para protegerse o para dormir.

—Mañana —dijo Holmes— mediré esta taberna. Siempre mido —añadió como explicación—. Incluso cuando no parece tener ninguna relevancia.

La voz del tabernero se oía por encima del resto del ruido.

—Hora de cerrar, caballeros. Ya es hora de cerrar.

En ese momento se abrió la puerta tan fuertemente que golpeó en la pared. Había un hoka de pie en el umbral. Era manifiestamente gordo y vestía un largo abrigo negro; su cara parecía carecer de cualquier expresividad, aunque su voz estaba encendida de pánico.

—¡Sir Henry! —gritó el tabernero—. ¡Ha vuelto!

—¡El sabueso! —gimió sir Henry—. ¡Me persigue el sabueso!

—No tiene por qué tener miedo ahora, sir Henry —dijo Farmer Toowey—. Ha venido el mismísimo Sherlock Holmes para cazar a esa bestia.

Baskerville retrocedió hasta la pared.

—¿Holmes? —susurró.

—Y un hombre de la OII —dijo Alex—. Pero en realidad estamos buscando a un criminal que se esconde en la llanura...

Geoffrey levantó la cabeza despeinada y dijo:

—No estamos buscando a un sabueso. Yo estoy buscando a un asqueroso ppusjan. No hay ningún perro...

Baskerville dio un salto.

—¡Está en la puerta! —gritó salvajemente. Y cruzó la habitación corriendo y atravesó la ventana rompiendo los cristales.

—¡Rápido, Watson! —Holmes se levantó de un salto, sacando su anacrónico revólver—. Veremos si es verdad o no que está el sabueso.

Pasó a empujones entre la muchedumbre llena de pánico y abrió la puerta.

Lo que se podía ver por la tenue luz que destilaba el fuego de la chimenea era una ambigua silueta negra, con una temible cabeza de la que goteaba fuego helado y que gruñía en tonos graves. Empezó a dar pasos hacia delante.

—¡Venga, chucho! —se adelantó el tabernero, demasiado enfadado para tener miedo—. ¡No puedes entrar! ¡Es la hora de cerrar! —echó al perro hacia atrás de una patada y cerró la puerta.

—¡Tras él, Watson! —gritó Holmes—. ¡Rápido, Gregson!

—Aaaaay —dijo Geoffrey.

«Debe estar demasiado borracho para mover un dedo», pensó Alex. Alex había consumido lo suficiente para salir disparado tras Holmes sin pensarlo mucho. Se quedaron en el umbral, mirando hacia la oscuridad que había fuera.

—Se ha marchado —dijo el humano.

—Le pillaremos —Holmes se paró un momento para encender su lámpara, abrochar su abrigo y para asegurar su gorro de cazador—. Sígame.

Nadie más se levantó mientras Holmes y Alex salieron en la noche. La noche era completamente negra. Los hokas gozaban de mejor visibilidad nocturna que los humanos y la mano peluda de Holmes se cerró sobre la de Alex para guiarle.

—Malditos adoquines —dijo el detective—. No queda ni una sola huella. Venga,

vamos.

—¿A dónde vamos? —preguntó Alex.

—Al camino que conduce a la mansión de los Baskerville —contestó Holmes fríamente—. Parece el lugar más sensato de encontrar el sabueso. ¿No le parece, Watson?

Tras este incidente, Alex decidió permanecer en silencio, que no tuvo el valor de romper hasta que tras un rato interminable se detuvieron en el camino.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó.

—Aproximadamente a mitad de camino entre la aldea y la mansión —contestó la voz de Holmes, desde una altura cercana a la cintura de Alex—. Tranquilícese y espere mientras examino el terreno en busca de pistas.

Alex sintió como le soltaba la mano y el ruido de Holmes alejándose.

—¡Ajá!

—¿Encontró algo? —preguntó el humano, mirando nerviosamente a su alrededor.

—Desde luego que sí, Watson —contestó Holmes—. Un hombre de la mar, pelirrojo y con pata de palo ha pasado recientemente por aquí de camino al río para ahogar un saco lleno de gatitos.

—¿Qué?! —dijo Alex.

—Un hombre de la mar, peli... —empezó a repetir Holmes pacientemente.

—Pero... —balbuceó Alex—. ¿Cómo lo sabe?

—Infantilmente sencillo, mi querido Watson —dijo Holmes, alumbrando el suelo con su lámpara—. ¿Ve este trocito de madera?

—Sí. Supongo que sí.

—Por el corte y el tipo de desgaste se ve obviamente que es un trozo roto de una pata de palo. La mancha de alquitrán demuestra que pertenece a un marinero. ¿Y qué puede estar haciendo un marinero a estas horas de la noche en la llanura?

—Eso es lo que me gustaría saber a mí —dijo Alex.

—Podemos suponer —continuó diciendo Holmes— que sólo un motivo inusual le haya obligado a salir por la llanura oscura, el sabueso esta rondando esta zona. Pero cuando tomamos en cuenta que es pelirrojo, con un genio terrible, y un saco lleno de gatitos a los que no está dispuesto a aguantar ni un minuto más, se hace obvio que tomó la decisión, en un ataque de exasperación, de ahogarlos.

El cerebro de Alex, que daba vueltas por el efecto del licor hoka, se aferró a esta explicación, en un intento de ver la lógica. Pero se le escapaba entre los dedos.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con el sabueso o el criminal que estamos buscando? —preguntó suavemente.

—Nada, Watson —reprobó Holmes duramente—. ¿Por qué habría de tenerlo?

Completamente desbordado, Alex se rindió.

Holmes pasó unos cuantos minutos más husmeando y luego siguió hablando.

—Si el sabueso es verdaderamente peligroso debe estar merodeando por aquí para cogernos por sorpresa en la oscuridad. No tardará mucho. ¡Ah! —dijo frotándose las manos—. ¡Excelente!

—Supongo que sí —dijo Alex con la boca pequeña.

—Quédese aquí, Watson —dijo Holmes—. Yo bajaré un trecho el camino. Si ve al bicho, silbe.

Se apagó su lámpara y el ruido de sus pisadas se desvaneció.

El tiempo se hacía interminable. Alex estaba allí solo en la oscuridad, con el frío de la llanura que empezaba a penetrar en sus huesos a medida que moría el efecto del licor que había bebido, y se estaba preguntando por qué se había metido en este lío desde el principio. ¿Qué diría Tanni? ¿De qué valdría su presencia en ese lugar, aunque apareciese el sabueso? Con su pésima visión nocturna podía pasar el perro a menos de un metro suyo sin ser visto... Claro que podría oírlo...

Pensándolo bien, ¿qué tipo de sonido haría un monstruo de éstos cuando anda? ¿Será un *pompom* o un *chuf-chuf* como ese sonido que estaba oyendo en esos momentos a su izquierda?

El ruido... ¡Aaay!

La noche estalló de repente en mil pedazos. Una enormidad negra saltó contra él con la solidez y el impacto de un muro de ladrillo. Cayó inconsciente.

Cuando abrió los ojos entraba la luz del sol a través de la ventana de su habitación. Tenía un dolor de cabeza palpitante y se acordó de la fantástica pesadilla en la que... ¡Ah!

De repente sintió alivio y volvió a hundirse en la cama. Claro, ahora se lo explicaba todo. Había cogido una borrachera brutal anoche y había soñado todo el asunto. No aguantaba el dolor de cabeza. Se llevó las manos a la cabeza y tocó un enorme vendaje.

Se incorporó en la cama como si hubiera cuerdas tirando de él. Las dos sillas que habían sido dispuestas para extender su cama se cayeron al suelo armando un gran escándalo.

—¡Holmes! —gritó—. ¡Geoffrey!

Se abrió su puerta y los individuos en cuestión aparecieron, seguidos de Farmer Toowey. Holmes estaba completamente vestido, fumando ansiosamente su pipa; Geoffrey tenía los ojos irritados y parecía derrengado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alex, agitadamente.

—Que usted no silbó —reprochó Holmes.

—Eso, eso. No silbó —añadió Farmer Toowey—. Cuando le trajeron tenía la cara tan blanca como una sábana. Un aspecto horrible.

—Entonces no fue un sueño —dijo Alex con un escalofrío.

—Yo... Yo le vi salir tras el monstruo —dijo Geoffrey con tono culpable—. Iba a

salir después que ustedes, pero por alguna razón no conseguí ponerme en marcha — se tocó cautelosamente su propia cabeza.

—Vi una silueta negra que le atacaba, Watson —añadió Holmes—. Creo que fue el sabueso, aunque no logré distinguir su cara luminosa. Le disparé, pero fallé, y huyó por la llanura. No podía dejarle allí tendido en el suelo para perseguirlo, así que le traje auestas. Ya es por la tarde... ¡Durmió usted bien, Watson!

—Seguro que fue el ppussjan —dijo Geoffrey en su tono habitual—. Vamos a registrar toda la llanura en su busca.

—No, Gregson —dijo Holmes—. Estoy convencido de que fue el sabueso.

—¡Bah! —dijo Alex—. Lo de anoche fue solamente..., fue solamente..., pues no fue un ppussjan. Sin duda fue un animal de estos alrededores.

—Eso, eso —asintió Farmer Toowey—, fue el sabueso.

—¡No, el sabueso no! El ppussjan. ¿Es que no se entera? Lo del sabueso es pura superstición. No existe tal animal.

Holmes agitó el dedo.

—Tiene que controlar ese genio, Gregson.

—¡Y deje de llamarme Gregson! —Geoffrey se echó las manos a las sienes—. ¡Oh, mi cabeza...!

—Mi querido jovencito —dijo Holmes pacientemente—, acabará ganando si estudia mis métodos y, además, conseguirá salir adelante en su profesión. Mientras usted y Lestrade estaban organizando el fútil grupo de búsqueda, yo estaba estudiando el terreno, buscando pistas. Una pista es el mejor amigo de un detective, Gregson. Tengo quinientas mediciones, seis moldes en yeso de huellas, varios hilos rotos del abrigo de sir Henry que se engancharon en una astilla anoche e innumerables objetos que no mencionaré. En una estimación aproximada habré juntado unos tres kilos de pistas.

—Escuche —dijo Geoffrey con una temible precisión—, estamos aquí para atrapar a un traficante de drogas. Un criminal desesperado. No tenemos ningún interés en las supersticiones del lugar.

—Yo sí que lo tengo —dijo Holmes.

Con un gruñido inarticulado, Geoffrey dio media vuelta y salió de la habitación. Estaba temblando. Holmes se quedó mirando hacia la puerta haciendo un gesto de desaprobación. Luego se volvió y dijo:

—Bien, Watson. ¿Cómo se siente ahora?

Alex se bajó lentamente de la cama.

—No demasiado mal —admitió—. Tengo un dolor de cabeza palpitante, pero lo solucionaré con una pastilla de athretina.

—Oh, eso me recuerda una cosa.

Mientras Alex se vestía, Holmes sacó un estuche plano de su bolsillo. Cuando

miró Alex, Holmes estaba inyectándose con una aguja hipodérmica.

—¡Eh! —gritó el humano—. ¿Qué es eso?

—Morfina, Watson —dijo Holmes—. Una solución al siete por ciento. Encuentro que estimula la mente.

—¿Morfina?! —gritó Alex—. Hay un hombre aquí de la OII precisamente con el fin de echar el guante a un traficante de narcóticos y uno de los hokas acaba de sacar un... ¡Oh, no!

Holmes se inclinó ruborizado y le susurró al oído:

—Lo cierto, Watson, es que tiene razón. En realidad es solamente agua destilada. He encargado morfina varias veces, pero nunca me la envían. Pero..., para aparentar tengo que hacer este tipo de cosas.

—Ah, bueno —Alex se secó la frente—. Claro, ya entiendo.

Mientras Alex se metía una buena comida entre pecho y espalda, Holmes subió al tejado y bajó por la chimenea en busca de posibles pistas. Salió completamente negro, pero feliz.

—Nada, Watson. Pero es necesario ser meticuloso —luego dijo con fervor—: Vamos, hay muchas cosas por hacer.

—¿Dónde vamos? —preguntó Alex—. ¿Con el grupo de búsqueda?

—Oh, no. Lo único que van a conseguir ellos es asustar a los pequeños animalitos del campo, me temo. Nosotros vamos a explorar en otro lugar. Farmer Toowey va a ayudarnos.

Cuando salieron al exterior, Alex vio el grupo de búsqueda. Un centenar aproximadamente de palurdos del lugar se habían reunido bajo el mando de Lestrade con bastones, horcas y mayales para golpear los matorrales en busca del sabueso... o del ppussjan. Uno de los más entusiastas montaba en una enorme cosechadora tirada por un «caballo». Geoffrey corría hacia delante y hacia atrás gritando para intentar poner algo de orden en todo el asunto. Alex sentía pena por él.

Partieron por el camino que atravesaba la llanura.

—Primero iremos a la mansión de Baskerville —dijo Holmes—. Algo raro ocurre con sir Henry Baskerville. Desaparece durante varias semanas, luego apareció anoche, aterrorizado por la ancestral maldición, para luego salir a la llanura donde se halla el animal. ¿Dónde estuvo durante ese tiempo, Watson? ¿Dónde está ahora?

—Hmmm, sí —asintió Alex—. ¿Cree usted que puede haber alguna conexión entre el asunto del sabueso y el ppussjan?

—Nunca se debe razonar antes de conocer todos los hechos, Watson —dijo Holmes—. Ése es precisamente el pecado cardinal que cometen todos los policías jóvenes como nuestro impetuoso amigo Gregson.

Alex no podía remediar estar de acuerdo con él. Geoffrey estaba tan obsesionado por el objetivo que no se paraba a considerar el entorno; para él, este planeta era

solamente el telón de fondo para su búsqueda. Estaba claro que debía ser una persona tranquila en la vida ordinaria, pero Holmes era capaz de sacar a cualquiera de sus casillas.

Alex se acordó de que iba desarmado. Geoffrey tenía el lanzarrayos, pero este grupo sólo tenía el revólver de Holmes y un palo que llevaba Farmer Toowey. Tragó saliva e intentó eliminar los malos recuerdos que le quedaban de la noche anterior.

—Un día estupendo —comentó a Holmes.

—Así es. Sin embargo —dijo Holmes—, algunos de los crímenes más sangrientos se han cometido en días tan estupendos como éste. Recuerdo ahora *El caso del obispo desmembrado*. No recuerdo habérselo contado nunca, Watson. ¿Tiene un bloc de notas a mano?

—Pues no —contestó Alex un poco asustado.

—Es una pena —dijo Holmes—. Podía hablarle no sólo sobre *El caso del obispo desmembrado*, sino acerca del de *La oruga saltarina*, *El extraño caso del casco de whisky*, *El gran caso espantoso...*, todos referentes a temas muy interesantes. ¿Qué tal es su memoria? —preguntó repentinamente.

—Pues supongo que buena —dijo Alex.

—Entonces contaré *El caso de la oruga saltarina*, que es el más corto de todos —empezó Holmes—. Fue mucho antes de su época, Watson. Estaba empezando a entretenerme con mi trabajo cuando un día llamaron en mi puerta y entró el más extraño de los...

—Ya estamos en la mansión de Baskerville —dijo Farmer Toowey.

Una imponente edificación tudoresca se hallaba tras una cortina de árboles. Fueron hasta la puerta y llamaron. Se abrió y un mayordomo hoka vestido de negro les echó una fría mirada.

—La entrada de servicio es por atrás —dijo.

—¡Oiga! —gritó Alex.

El mayordomo se dio cuenta de la *humaneza* y se volvió inmediatamente respetuoso.

—Lo siento, señor, soy un poco miope y... Lo siento, señor, pero sir Henry no está en casa.

—¿Dónde está entonces? —preguntó Holmes.

—En su tumba, señor —dijo el mayordomo sepulcralmente.

—¿Cómo dice? —preguntó Alex.

—¿Su tumba? —gritó Holmes—. ¡Sí que es un hombre rápido! ¿Dónde está enterrado?

—En la tripa del sabueso, señor. Si me perdona la expresión.

—Eso, eso —asintió Farmer Toowey—, ese sabueso siempre tiene hambre.

Con unas cuantas preguntas averiguaron que sir Henry, un soltero, había

desaparecido un día, hacía varias semanas, mientras paseaba por la llanura, y no se sabía nada de él desde entonces. El mayordomo estaba sorprendido de que se le hubiera visto anoche y se alegró visiblemente.

—Espero que vuelva pronto, señor —dijo—. Tengo que decirle que estoy decidido a marcharme de esta casa. Desde luego que admiro mucho a sir Henry, pero no puedo estar trabajando para alguien que en cualquier momento se deja devorar por un monstruo.

—Pues venga —dijo Holmes sacando una cinta métrica—, a trabajar, Watson.

—¡Ah, no! ¡Desde luego que no! —Alex se mostró firme. Ya se estaba viendo allí esperando toda la noche mientras Holmes medía esa enormidad de mansión—. Tenemos que pillar a ese ppussjan. ¿No se acuerda?

—Déjeme medir sólo un poquitín —suplicó Holmes.

—¡No!

—¿Ni siquiera un poco?

Holmes sonrió y habilidosamente midió al mayordomo.

—Debo decir que algunas veces se porta como un tirano conmigo, Watson —dijo Holmes—. Aun así, ¿dónde estaría sin mi Boswell?

Tras decir esto, Holmes partió con un alegre trote, sus piernas peludas brillaban en la luz del atardecer. Alex y Toowey tuvieron que apresurarse para alcanzarlo.

Estaban bien adentrados en la llanura cuando el detective se detuvo y con gran interés se inclinó para ver una rama rota que colgaba de un matorral.

—¿Qué es eso? —preguntó Alex.

—Una rama rota, Watson —dijo Holmes irónicamente—. Hasta usted podrá darse cuenta de eso.

—Ya lo sé, pero ¿qué tiene de especial?

—Vamos, Watson —dijo Holmes con cierta dureza—. ¿Es que esta rama rota no le comunica un mensaje? Usted conoce mis métodos. Aplíquelos.

De repente, Alex empezó a sentir algo de compasión por el verdadero Watson. Hasta ahora no se había dado cuenta de la diabólica crueldad que conllevaba aplicar los métodos holmesianos. Aplicarlos, sí, pero ¿cómo? Alex se quedó mirando fijamente al matorral y este último insistía en ignorarle, pudiendo concluir solamente que: a) era un matorral, y b) que estaba roto.

—¿Que ha habido un viento fuerte? —preguntó con miedo.

—Eso es ridículo, Watson —replicó Holmes—. La rama rota todavía está verde; sin duda fue rota por alguna cosa enorme que pasó por aquí con mucha prisa. Sí, Watson. Esto confirma mis sospechas. El sabueso pasó por aquí camino de su guarida, y la rama nos señala la dirección correcta.

—Entonces está en la ciénaga de Grimpen —dijo Farmer Toowey—. Eso es imposible.

—Obviamente no es imposible si el sabueso está allí —dijo Holmes—. Dondequiera que vaya, nosotros podemos seguirle. ¡Venga, Watson! —y con esto salió trotando con el cuerpo vibrante de emoción.

Pasaron a través de una zona de matorral espeso durante un rato hasta que llegaron a una amplia zona cenagosa moteada de pequeños montículos con hierba, donde había un gran cartel que decía:

CIÉNAGA DE GRIMPEN

7 km²

¡¡¡Peligro!!!!

—Los ojos bien abiertos, Watson —dijo Holmes—. La bestia esa obviamente ha saltado de montículo en montículo. Seguiremos su pista, buscando hierba aplastada y ramitas rotas. ¡Adelante, pues!

Dejando el cartel atrás, Holmes aterrizó en el primer montículo de césped, desde el cual inmediatamente saltó por los aires al siguiente.

Alex dudó por un momento, tragó saliva y partió tras él. No era fácil avanzar a base de saltos de un metro o más, y Holmes, botando de montículo en montículo, pronto se alejó. Farmer Toowey juraba y gemía detrás de Alex.

—¡Aaaahh! Mis viejos huesos ya no están para estos saltos... No aguantan —dijo cuando pararon a descansar—. Si llegamos a saber que este barrizal nos iba a causar tantos problemas, no lo hubiéramos construido, por mucho que dijera el libro.

—¿Lo construyeron ustedes? —preguntó Alex—. ¿Es artificial?

—Eso mismo. En el libro se llamaba la *ciénaga de Grimpen* y ha tragado a muchos hombres. Muchos corazones valientes duermen en el fondo del cenagal — luego añadió en tono apoloético—. El nuestro no es tan terrible, aunque lo intentamos. En el nuestro lo peor que puede pasar es que uno se manche los pies de barro. Y por eso nos mantenemos bien alejados.

Alex suspiró.

El sol ya casi se había puesto detrás de las colinas y unas sombras alargadas barrían la llanura. Alex miró atrás, pero no veía ni rastro de la mansión ni de la aldea ni del grupo de búsqueda. Un lugar solitario, no precisamente el mejor sitio para encontrarse con un sabueso endemoniado, ni siquiera con un ppussjan. Mirando hacia delante, tampoco podía divisar a Holmes, por lo que decidió acelerar su paso.

Una isla —más exactamente una gran colina— se levantaba sobre el barro agrietado. Alex y Toowey llegaron a ella después de un último salto. Atravesaron una zona de árboles y de matorrales que ocultaba la cresta rocosa. Había un campo espesamente cultivado con flores moradas. Alex se detuvo y se le escapó un juramento. Ya había visto esas flores, y con bastante frecuencia, en los artículos

informativos.

—Hierba nixl —dijo—. ¡Así que éste es el escondite del ppussjan!

Se hacía cada vez más oscuro a medida que desaparecía el sol. Alex recordó de nuevo que estaba desarmado y en gran desventaja por la oscuridad.

—¡Holmes! —llamó—. ¡Holmes! ¿Dónde se ha metido? —chasqueó los dedos y soltó un juramento—. ¡Maldita sea! ¡Ahora sí que lo estoy haciendo bien!

Se oyó un gran rugido de más allá de la cima. Jones dio un salto hacia atrás. La rama afilada de un árbol le pinchó. Dio rápidamente la vuelta, tiró un golpe a su supuesto oponente y gritó: «¡Ay! ¡Madre mía!», aunque no precisamente con estas palabras.

El rugido sonó de nuevo. Un bramido grave que parecía un gruñido de un animal salvaje. Alex se agarró a la camisa de Farmer Toowey.

—¿Qué fue eso? —preguntó espantado—. ¿Qué le está ocurriendo a Holmes?

—A lo mejor lo ha pillado el sabueso —dijo Farmer Toowey impasiblemente—. Parece como si alguien estuviera comiendo.

Alex negó esta sangrienta y macabra idea con un gesto desesperado.

—No diga ridiculeces.

—A lo mejor es una ridiculez —dijo Toowey tozudamente—, pero sé con seguridad que ese sabueso siempre está hambriento.

Los oídos de Alex, atiborrados de miedo, captaron un nuevo sonido: se oían pisadas que se acercaban desde el otro lado de la colina.

—Viene hacia nosotros —dijo con voz susurrante.

Toowey murmuró algo parecido a «postre».

Apretando los dientes, Alex se adelantó. Llegó a la cima y saltó, dando con sus huesos en el suelo.

—¡Desde luego, Watson! —dijo Holmes con un tono seco y enojado—. Así no se pueden hacer las cosas. He dicho ya más de cien veces que la impetuosidad es el más común y el peor de los fallos que puede tener un joven agente de policía.

—¡Holmes! —Alex se levantó respirando agitadamente—. ¡Dios mío, Holmes, está vivo! ¿Y todo ese ruido? ¿El bramido?

—Eso —dijo Holmes— fue sir Henry Baskerville cuando le quité la mordaza. Ahora quiero que vengas a ver lo que he encontrado.

Alex y Toowey lo siguieron a través de la plantación de nixl y bajaron por una pequeña pendiente rocosa que había más allá. Holmes retiró un matorral, dejando al descubierto un agujero negro en la roca.

—Supuse que el sabueso se escondía en una madriguera —dijo— y supuse que intentaría ocultar su entrada. Así que decidí comprobar todos los matorrales. Entre, Watson, y cálmese.

Alex entró a gatas tras Holmes. El túnel se ensanchó en una cueva artificial de

aproximadamente dos metros de altura y tres metros cuadrados de base, recubierta de plástica. Con la escasa luz de la lámpara de Holmes, Alex pudo ver un pequeño catre, una cocina, un transmisor y unos cuantos artículos de lujo. Entre éstos había un hoka de mediana edad ataviado con los restos de lo que en su día debió ser un estupendo traje de lana. Había sido una persona gorda, por la piel sobrante que le colgaba, pero ahora estaba penosamente delgado y sucio. Esto, sin embargo, no le había afectado para nada a la voz. Estaba jurando y perjurando de una manera sorprendente para su especie, mientras se libraba de las últimas ataduras que lo mantenían prisionero.

—Maldita impertinencia —decía—. Uno no está seguro ni en su propio terreno. Y el maldito canalla tuvo hasta el valor de apoderarse de la leyenda familiar, la ancestral maldición. ¡Maldita sea!

—Cálmese, sir Henry —dijo Holmes—. Ya está a salvo.

—Voy a escribir a mi miembro en el Parlamento —murmuró el verdadero Baskerville—. Le voy a decir un par de cosas. ¡Tendrá que hacer algunas preguntas en la Cámara de los Comunes!

Alex se sentó en el catre y se quedó mirando a través de la penumbra.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó.

—El maldito monstruo me pilló en mi propio terreno —dijo el hoka indignado—. Me sacó un arma y me obligó a meterme en este asqueroso agujero. Tuvo la suficiente desfachatez como para hacer una máscara de mi cara. Desde entonces me ha tenido aquí a base de pan y agua. Ni siquiera pan fresco. ¡Por todos los santos! ¡No es..., no es británico! Llevo varias semanas atado en este agujero. El único ejercicio que hago es cuando toca cosechar su estúpida hierba. Cuando se marcha, me ata y me amordaza —sir Henry tomó aire profunda y disgustadamente—. Hasta se atrevió a amordazarme con la corbata del uniforme de mi colegio.

—Lo mantuvo como un esclavo y posiblemente como un rehén —comentó Holmes—. Nos estamos enfrentando a un sujeto que está desesperado. Pero Watson, venga aquí. Tengo algo que enseñarle —metió la mano en una caja y sacó un pequeño objeto negro con aire triunfante—. ¿Qué le parece esto, Watson?

Alex lo estiró y resultó ser una máscara de plástico de un monstruo con grandes colmillos, que sonreía como si estuviera haciendo un anuncio de dentífrico. Cuando lo miraba fuera de la luz podían verse zonas luminosas. ¡Era la cabeza del sabueso!

—¡Holmes! El sabueso es el..., el...

—Pussjan —terminó Holmes.

—¿Cómo estáis? —dijo una nueva voz educadamente.

En una rápida vuelta, Holmes, Alex Toowey y sir Henry lograron hacerse un nudo. Cuando por fin se desenredaron pudieron ver el cañón de un lanzarrayos que les apuntaba. Detrás se hallaba la enorme silueta de un gran abrigo negro, pero con la cabeza de sir Henry.

—El Número 10 —gritó Alex.

—Exacto —dijo el ppussjan. Su voz era tan aguda como la de los hokas, pero hablaba en tono frío—. Afortunadamente volví de mi exploración antes de que pudierais tenderme una emboscada. Realmente daba pena ver al grupo de búsqueda. La última vez que los vi se dirigían hacia Northumberland.

—Te encontrarán —dijo Alex en un tono seco—. Ni te atrevas a hacernos daño.

—¿Que no? —dijo el ppussjan alegremente.

—Supongo que sí, si quiere —dijo Toowey.

Alex se dio cuenta de que si el escondite del ppussjan había sido bueno hasta ahora, bien podría seguir siéndolo hasta que su banda viniese a rescatarlo. En cualquier caso, él, Alexander Braithwaite Jones, no estaría para verlo.

Pero eso era imposible. Esas cosas no le podían pasar. Era el plenipotenciario de la Liga de Toka, no un personaje de un melodrama improbable esperando que alguien le fulminase con un lanzarrayos. El...

De repente se le ocurrió una idea genial:

—Mira, Número 10, si intentas matarnos aquí vas a chamuscar todo lo que tienes aquí dentro.

Tuvo que probar de nuevo, pues no obtuvo respuesta la primera vez.

—Pues muchas gracias —dijo el ppussjan—. Pondré el rayo más estrecho.

El cañón no se desvió de ellos mientras ajustaba el mando de enfoque.

—Bien —dijo—. ¿Tenéis alguna oración que queráis rezar?

—Yo —Toowey se mojaba los labios—. ¿Me dejará decir un poema entero? Me ha consolado y reconfortado durante toda mi vida.

—Adelante con ello.

—En las orillas del viejo Támesis...

Alex se arrodilló también, y una de sus largas piernas humanas se estiró y aplastó la lámpara de Holmes. Su propio cuerpo cayó y abrazó el suelo mientras la oscuridad total llenaba la cueva. Un rayo pasó rozando por encima suyo, pero al ser tan estrecho fue a dar contra la pared que había más allá.

—¡A por él! —gritó sir Henry, lanzándose contra el invisible ppussjan. Se tropezó con Alex y cayó al suelo. Alex pudo salir de debajo suyo, echó mano de algo contundente y le dio un golpe duro. El otro respondió con otro golpe.

—¡Toma! —gritó Alex—. ¡Toma!

—¡No! —dijo Sherlock Holmes en la oscuridad—. ¡No meta la pata de nuevo, Watson!

Se dieron la vuelta, colisionando entre sí, y corrieron hacia donde se oía pelear. Alex se agarró a un brazo y gritó:

—¿Amigo o ppussjan?

Su respuesta fue un estallido del lanzarrayos que pasó a milímetros. Se tiró al

suelo, intentando echar mano de las delgadas piernas del ppussjan. Holmes pasó por encima suyo para atacar a su enemigo. El ppussjan disparó de nuevo, desesperadamente, luego Holmes consiguió agarrar la mano que manejaba el lanzarrayos. Farmer Toowey soltó un grito de guerra de los hokas, hizo girar su bastón por encima de la cabeza y tumbó de un garrotazo a sir Henry.

Holmes consiguió soltar el lanzarrayos de la mano del ppussjan, y cayó al suelo, mientras éste se retorció para soltar su pierna de las manos de Alex, quien se quedó con su abrigo en la mano. El ppussjan se lanzó al suelo para coger su arma. Alex se quedó luchando durante un rato con el abrigo hasta darse cuenta de que carecía de contenido.

Holmes llegó al arma a la vez que el Número 10, justo a tiempo para desplazar el lanzarrayos del alcance del ppussjan; éste, en su desesperación, echó mano de un objeto sólido que había caído del bolsillo de Holmes, y gritó triunfante. Retrocediendo chocó con Alex.

—¡Uy! Lo siento —dijo Alex, quien siguió palpando el suelo.

El ppussjan encontró el interruptor de la luz y lo accionó. La iluminación mostró un enredo de tres hokas y un humano. Les apuntó con su arma.

—¡Muy bien! —gritó—. ¡Ahora sí que os tengo!

—¡Devuelve eso ahora mismo! —gritó Holmes indignado mientras sacaba su revólver.

El ppussjan miró lo que tenía en la mano. Estaba agarrado a la pipa de Sherlock Holmes.

Whitcomb Geoffrey entró tambaleándose en el George and Dragón, apoyándose en las paredes para no caerse. Estaba flaco y sin afeitarse. Sus ropas estaban hechas trizas. Tenía el pelo lleno de erizos. Los zapatos llenos de barro. Organizar durante una noche y medio día a un grupo de búsqueda hoka es demasiado para cualquiera, incluso para un hombre de la OII.

Alexander Jones, Sherlock Holmes, Farmer Toowey y sir Henry Baskerville lo miraron con compasión mientras el tabernero les servía el té. El ppussjan lo miró también, aunque con menos amabilidad. Su vulpina cara mostraba un ojo morado y su cuerpo de cuatro patas estaba atado a una silla con la corbata del uniforme colegial de sir Henry. Sus muñecas estaban atadas con los colores del regimiento de sir Henry.

—Hombre, Gregson, se ha librado de la peor parte de este asunto, ¿eh? Venga a tomar una tacita de té.

—¿Dónde está el grupo de búsqueda, muchacho? —dijo Farmer Toowey.

—Cuando los dejé —dijo Geoffrey— estaban resistiéndose a ser detenidos en el castillo de Potteringham. Querían vaciar el estanque de los patos y el dueño del castillo no quería.

—Bien, bien, muchacho, pronto estarán de vuelta —dijo Toowey suavemente.

Los ojos irritados de Geoffrey cayeron sobre el Número 10. Estaba demasiado cansado para hablar mucho y sólo dijo:

—Así que lo cogieron.

—Sí —dijo Alex—. ¿Quiere llevárselo de vuelta al Cuartel General?

Con la primera muestra de alegría desde que había llegado, Geoffrey suspiró.

—¿Llevarlo de vuelta? ¿De verdad que me puedo marchar de este planeta?

Cayó agotado en una silla. Sherlock Holmes llenó su pipa y echó su cuerpo peludo hacia atrás cómodamente.

—Este pequeño caso ha sido bastante interesante —dijo—. En algunos aspectos me recuerda *La aventura de los dos huevos fritos*, y creo, mi querido Watson, que puede ser de algún valor para sus pequeñas crónicas. ¿Tiene listo el cuaderno de anotaciones? Bien, para que usted pueda beneficiarse, Gregson, voy a explicar algunas de las deducciones, pues es usted un hombre que promete y sabrá beneficiarse de estas lecciones.

Los labios de Geoffrey empezaron a moverse de nuevo.

—Ya le he explicado las discrepancias de la aparición de sir Henry en la taberna —continuó Holmes implacablemente—. Por otro lado, pensé que la reciente vuelta a la actividad del sabueso, que encajaba tan bien con la llegada del ppussjan, bien pudiera estar relacionada con nuestro criminal. Probablemente escogió este escondite por existir esta leyenda. Si los nativos estaban atemorizados por el sabueso, sería poco probable que se aventuraran a interferir en las actividades del Número 10; y cualquier cosa rara que notasen se atribuiría al sabueso y sería desechado por los forasteros que no toman en serio la superstición. La desaparición de sir Henry fue parte del plan para atemorizar a la población; pero, por otro lado, el ppussjan necesitaba la cara de un humano. Tenía que aparecer de vez en cuando por las aldeas locales para conseguir comida y averiguar si estaba siendo buscado por la OII, Gregson. Watson ha sido lo suficientemente amable como para explicarme el procedimiento mediante el cual su civilización puede hacer una máscara de plástico. El abrigo del ppussjan es de lo más ingenioso, una prenda de lo más adaptativa. Mediante un ajuste rápido puede parecerse al cuerpo de un monstruo o, si anda sobre las patas traseras, toma la apariencia de un hoka bastante fornido. Por lo tanto, el hoka podía ser sir Henry Baskerville o el sabueso de los Baskerville según le conviniese.

—Un tipo listo —murmuró sir Henry—, aunque muy imprudente. Esas cosas no deben hacerse. Eso no es manera de participar en un juego.

—El ppussjan debió enterarse de nuestro aterrizaje —continuó Holmes—. Una nave causa bastante sensación en estos alrededores. Tenía que investigar para averiguar si los visitantes venían por él, y en ese caso, averiguar cuánto sabían ya.

Irrumpió en la taberna con su disfraz de sir Henry, averiguó lo suficiente y salió por la ventana. Luego volvió a aparecer como el sabueso. Esto fue un intento de desviar nuestra atención hacia la persecución de un sabueso ficticio, como de hecho hizo el grupo de búsqueda de Lestrade, según las últimas noticias que tenemos de él. Cuando le perseguimos aquella noche intentó acabar con el bueno de Watson, pero afortunadamente pude espantarlo. Desde ese momento se dedicó a espiar al grupo de búsqueda, hasta que por fin regresó a su guarida. Pero yo ya estaba allí, esperando para atraparlo.

Eso —pensó Alex— era dar una versión bastante rosada de los hechos. Holmes levantó su negra nariz y expulsó una enorme nube de humo.

—Y de esta manera —dijo alegremente— termina la aventura del sabueso impostor.

Alex se quedó mirándole. Maldita sea, lo que más rabia le daba era que Holmes tenía razón. Había tenido razón todo el tiempo. En su propio estilo hoka había llevado a cabo un magnífico trabajo de detección. La honestidad dejó boquiabierto a Alex y siguió hablando sin pensar.

—Holmes, por todos los santos —dijo Alex—, usted es..., es un genio.

En cuanto habían salido estas palabras de su boca se dio cuenta de lo que había hecho. Pero ya era demasiado tarde..., demasiado tarde para evitar la respuesta inevitable. Alex apretó las manos y se preparó resignadamente para aguantar hasta el final como un hombre. Sherlock Holmes sonrió, sacó la pipa de entre los dientes y abrió la boca. A través de una niebla estridente, Alexander Jones oyó LAS PALABRAS.

—En absoluto. *Elemental, mi querido Watson.*

La cosa que esperaba fuera

Barbara Williamson

En la introducción dije que Holmes era «indefinido»; que, al referirnos a él, no era necesario identificarle. Lo mismo ocurre con muchos de los personajes e historias sherlockianas. Sólo mencionarlos es suficiente. Sabrán lo que quiero decir cuando hayan leído esta historia.

Bajaba un viento frío de las colinas aquella noche y en su habitación, bajo el tejado en pico, los niños volvieron sus caras hacia el ruido.

—Sólo es el viento —dijo el padre.

—Sólo el viento —dijo la madre.

Había dos camas en la habitación, un vestidor pintado de blanco y, bajo las ventanas, una mesa con pequeñas sillas brillantes.

Las paredes de la habitación eran de color amarillo claro, como la primera luz del sol primaveral. En su claridad, los muñecos, los camiones de bomberos, el castillo de cartulina con sus caballeros en miniatura, incluso el títere arlequín de cara triste despedía calidez. Los animales de peluche parecían tan suaves como el plumón, y la crin del caballito balancín era una cresta de espuma.

Los muchachos, un niño de ocho años y una niña de seis, estaban ya en sus camas. La luz brillaba en sus caras, en su pálido pelo sedoso. Eran niños preciosos. Todo el mundo lo decía, incluso los extraños, y sus padres siempre sonreían y posaban sus manos llenos de orgullo sobre sus brillantes cabezas.

Ahora, en la luz amarillenta y con el viento acariciando mis ventanas, los niños escuchaban a su padre.

Estaba sentado en la cama del niño y hablaba suavemente. La madre estaba sentada con la niña, sus dedos tocaban de cuando en cuando la manga del camión de su hija. Las caras de los padres mostraban algo de preocupación.

El padre dijo:

—¿Entenderás lo de los libros? ¿Entiendes por qué los tuve que guardar?

El niño no apartó la mirada de la cara de su padre, pero podía sentir el vacío de los estantes en el otro lado de la habitación. Dijo:

—¿Los devolverás algún día?

Su padre le puso la mano en el hombro.

—Sí, claro que sí —dijo—. Con el tiempo. Quiero que leas, que disfrutes de tus libros —miró a la niña y sonrió—. Estoy muy orgulloso de vosotros dos. Leéis tan bien y aprendéis tan rápidamente...

La madre sonrió también y dio un suave apretón de mano a la niña.

El padre dijo:

—Pienso que yo he tenido toda la culpa. Os di demasiados libros y os motivé a leer hasta el punto de ignorar otras cosas que también son importantes. Así que, por ahora, quiero que solamente leáis vuestros libros del colegio. Haréis otras cosas, como dibujar, jugar. Creo que os enseñaré a jugar al ajedrez. Os gustará.

—Y haremos cosas juntos —dijo la madre—. Daremos paseos en bicicleta y a pie por las colinas. Y cuando llegue la primavera jugaremos al *croquet* en el jardín. Y haremos meriendas en el campo.

Los niños miraban a sus padres con grandes ojos oscuros. Y al rato el niño dijo:

—Eso será divertido.

—Sí —dijo la niña—, será divertido.

La madre y el padre se miraron y luego el padre se agachó y acarició la barbilla del niño.

—Ahora os dais cuenta de que no visteis ni hablasteis con estos personajes de los libros. Sólo estaban aquí en vuestra imaginación. No visteis a los liliputienses ni hablasteis con la reina roja. No visteis a los habitantes de las cuevas, ni visteis cómo un tigre se comía a uno de ellos. Ellos no estuvieron en esta habitación. Ahora os dais cuenta. ¿No?

El niño miró fijamente a los ojos de su padre.

—Sí —dijo—, lo sé.

La niña asintió con la cabeza cuando el padre se volvió hacia ella.

—Lo sabemos —dijo ella.

—La imaginación es una cosa maravillosa —les dijo el padre—. Pero hay que andar con cuidado o se puede escapar del control, como los fuegos. Lo tendréis en cuenta, ¿verdad?

—Sí —dijo el niño, y la niña asintió de nuevo, con su largo pelo brillando con la luz.

El padre sonrió y se puso de pie. La madre se levantó también y estiró las mantas en ambas camas. Entonces les dieron los besos a sus hijos con suaves susurros de amor y cariño.

—Mañana —dijo el padre— haremos algo divertido.

—Sí —dijeron los niños y cerraron los ojos.

Después de que el padre y la madre se hubieran marchado y la habitación estuviera oscura, los niños se quedaron quietos durante lo que parecía un largo período de tiempo. El viento hacía moverse las ventanas y la luna empezó a asomar más allá de las colinas.

Al fin, la niña se dirigió a su hermano:

—¿Ya es la hora? —preguntó.

El niño no contestó. Se destapó y cruzó la habitación hacia la ventana. El campo se veía plateado en la luz de la luna, pero las colinas eran una mole negra contra el cielo.

—Cualquier cosa puede salir de ahí abajo —dijo—. Cualquier cosa.

La niña se puso de pie a su lado, y juntos se quedaron mirando hacia fuera, pensando acerca de la cosa que había esperando fuera.

Entonces la niña dijo:

—¿Les llevarás el libro ahora?

—Sí —contestó el niño.

Se volvió y fue hacia el vestidor. Se arrodilló en el suelo, abrió el cajón de abajo y metió la mano cuidadosamente debajo de unas camisetas y calcetines. La niña vino a arrodillarse a su lado. Sus blancas caras destacaban en la oscuridad de la habitación.

Ambos sonrieron cuando el niño sacó el libro de su escondite. Se levantaron del suelo y el niño apretó el libro entre sus brazos. Entonces dijo:

—No empieces hasta que vuelva.

—No lo haré —dijo la niña—. No lo haría.

Todavía bien agarrado al libro, el niño fue hacia la puerta de la habitación, la abrió suavemente y salió al corredor.

Era una casa grande y vieja, y en el interior el viento se oía sólo como un susurro. El niño se quedó escuchando por un momento y empezó a bajar la escalera. Notaba la moqueta gruesa bajo sus pies descalzos y el pasamanos estaba tan frío como una piedra bajo sus manos.

En el piso de abajo flotaba un leve olor a especies de haber cocinado el día anterior. Fue hacia la parte posterior de la casa, dejando atrás habitaciones oscuras donde guiñaban los espejos con la luz del corredor y donde los suelos se veían cubiertos de densa negrura.

La madre y el padre se hallaban en la habitación que había al lado de la cocina. Había un fuego en una pequeña chimenea y dos tazas de café vacías en la mesa. En las paredes había fotografías de los niños con sus caras risueñas.

La madre estaba sentada en el sofá cerca de una lámpara con una pantalla. Su regazo estaba lleno de lana rosa, y sus agujas brillaban con la luz del fuego.

El padre se hallaba recostado en una gran butaca de cuero, mirando hacia el techo y con los dedos encorvados alrededor de su pipa favorita. El fuego crepitaba mientras subían chispas por la chimenea. Los ojos del niño se volvieron rápidamente a las esquinas de la habitación donde las sombras se habían recluso de la luz del fuego.

Desde el umbral dijo:

—No podía dormir hasta no traerte esto —entró en la habitación hacia sus padres con el libro en la mano—. Lo escondí, y eso no está bien. ¿No?

Se acercaron a él. La madre lo tomó en sus brazos y le besó, y su padre le dijo que

era un chico estupendo y muy honesto.

La madre lo tuvo en el regazo durante un rato y le calentó los pies con las manos, sus ojos brillaban con la luz del fuego.

Pasaron un rato hablándole muy suavemente y él contestaba con *síes* o *noes* cuando era necesario. Luego bostezó y dijo que tenía sueño y que si podía volver a la cama.

Le llevaron hasta la escalera, le besaron y él subió sin volverse.

La niña le estaba esperando en la habitación del piso superior de la casa. El niño hizo una seña con la cabeza y los dos se metieron en sus camas y se dieron las manos sobre el estrecho espacio que separaba las dos camas. La luz de la luna golpeaba contra el suelo y el viento silbaba contra las ventanas.

—Ahora —dijo el niño agarrándose fuertemente a la mano de la niña—. Y recuerda que es más difícil cuando el libro está en otra parte.

No se movieron durante un buen rato. Sus ojos estaban fijos en el techo y ni siquiera parpadeaban. El sudor empezó a brillar en sus caras y su respiración se hacía agitada. La habitación empezó a fluir a su alrededor. La sombra y la luz se mezclaban y se separaban como las corrientes marinas.

Cuando los sonidos de abajo empezaron a alcanzarles, siguieron quietos. Sus manos unidas, resbaladizas de sudor, se mantuvieron fuertemente agarradas. Sus músculos se tensaban y se relajaban. Sus ojos ardían y nadaban con la rápida alternancia de luz y oscuridad.

Al fin dejaron de oírse los ruidos del piso de abajo. Sólo había silencio a su alrededor, un silencio que refrescaba sus caras y aliviaba sus ojos febriles.

El niño se quedó mirando y dijo:

—Ya está hecho. ¿Sabes lo que tienes que hacer ahora, no?

—Sí —dijo la niña. Deslizó su mano fuera de la suya, se quitó los pelos que le molestaban en la cara y cerró los ojos. Sonrió y pensó en un jardín lleno de flores. Había una mesa en el centro del jardín y sobre la mesa había platos de porcelana. Cada plato tenía un arcoíris de pasteles. Había pasteles rosas, amarillos y algunos de chocolate. Se relamía al pensar lo dulces que estarían.

El niño pensaba en barcos, barcos altos con velas blancas. Produjo un viento cálido del sur que llevó al barco sobre un mar verde y azul. Las olas rompían espumosas en la cubierta y los marineros se resbalaban y reían, mientras sobre sus cabezas volaban gaviotas con sus alas brillando bajo el sol.

En la hora acordada, cuando la luz empezaba a asomar por las ventanas, los niños se levantaron de sus camas y bajaron por la escalera.

La casa estaba muy fría. Las sombras empezaban a tornarse gris y el fuego estaba muerto en la habitación que había al lado de la cocina, sólo tenía ingravidas cenizas.

La madre estaba tumbada en la esquina de la habitación, cerca de la pared

exterior. El padre estaba a menos de un metro. Aún estaba agarrado al atizador.

El niño miró alrededor de la habitación rápidamente.

—Yo encontraré el libro —dijo—. Vete tú a abrir la puerta de la terraza.

—¿Y por qué ésa?

El niño la miró severamente.

—Porque ésa es la que tiene el pestillo estropeado. ¿Tuvo que entrar de alguna manera, no?

La niña se volvió y dijo:

—¿Y luego podemos desayunar?

El niño había empezado a desplazarse por la habitación, mirando bajo las mesas, debajo del sofá.

—No hay tiempo —decía él.

—¡Pero tengo hambre!

—No me importa —dijo el niño—. Es el día que viene la asistenta y tenemos que estar dormidos cuando llegue. Comeremos más tarde.

—¿Unas tortas? ¿Con almíbar?

El niño ni la miró.

—A lo mejor —dijo—. Ahora vete a abrir la puerta como te dije.

La niña le sacó la lengua.

—Ojalá fuese yo la mayor —dijo ella.

—Pero no lo eres —dijo el niño volviéndose y echándole una dura mirada—. Ahora haz lo que te he dicho.

La niña se echó el pelo hacia atrás en tono desafiante, pero salió de la habitación, sin prisa, y en el corredor empezó a tararear una canción para fastidiarle.

El niño ni lo notó. Ahora se estaba angustiando. ¿Dónde podría estar el libro? No estaba en la mesa. Y no podía estar fuera de la habitación. Entonces lo vio, en el suelo, bajo una lámpara destrozada.

Corrió hacia donde estaba y sus manos estaban temblando cuando lo cogió y le quitó los trozos de cristal roto que tenía. Lo examinó cuidadosamente, pasando las páginas y recorriendo con sus dedos la suave encuadernación, las letras en relieve de la portada. Luego sonrió. Estaba bien. Ni siquiera había salpicaduras de sangre.

Cerró las tapas y lo abrazó contra su pecho. Sentía una gran alegría por dentro. Era una de sus historias favoritas. Muy pronto, se prometió a sí mismo, leería *El sabueso de Baskerville*.

Un cuento de padre

Sterling E. Lanier

Cualquiera que se considere un buen Irregular de Baker Street sabe que Sherlock Holmes solía decir que su abuela era la hermana de un pintor francés llamado Verner —no Verne—. También sabrá que Holmes hace referencia, en una de sus historias, al caso de La rata gigante de Sumatra, pero tenía la sensación de que el mundo aún no estaba preparado.

Lean ahora la siguiente historia.

«Desde luego que parecen gustarle mucho los trópicos, señor», dijo el miembro joven. Era una de esas tardes aplastantes de verano en el club. El bochorno en Nueva York era increíble. El calor acumulado de las aceras flotaba en el aire. Manhattan era apenas un lugar para pasar las vacaciones de verano, a pesar de lo que dijera su alcalde. Era simplemente Nueva York. La City, un lugar donde uno tenía que trabajar y probablemente morir.

«Supongo que sí», contestó Ffellowes. La biblioteca tenía aire acondicionado, pero los que habíamos llegado recientemente de la calle todavía estábamos sudorosos con la única excepción de nuestro miembro británico, quien estaba completamente fresco a pesar de que había entrado después que la mayoría de nosotros.

«El calor», dijo Ffellowes, mientras tomaba un sorbo de su whisky, «es, después de todo, relativo, especialmente en mi caso. Relativos, debería decir».

«Pero muchos de sus cuentos, si me perdona la expresión, más bien la mayoría, han tenido lugar en los trópicos», dijo el miembro joven. Ffellowes le miró fríamente. «No me había percatado, jovencito, de que había contado ningún cuento».

En ese momento, el pesado de Mason Williams, que no podía dejar en paz al brigadier, estalló: «¡Que no había contado ningún cuento! ¡Ja ja ja...!».

Me sorprendió mucho y debo añadir que gratamente en cuanto al nuevo comité de elección se refiere. Este desagradable incidente fue cortado de inmediato, y por el mismo jovencito que había empezado todo el asunto.

Se dirigió a Williams, le miró fijamente a los ojos y dijo: «Me parece que usted y yo no estábamos hablando, señor. Yo esperaba oír la respuesta del brigadier Ffellowes». Williams cerró el pico como una almeja. Fue precioso. Ffellowes sonrió. Sus sentimientos hacia Williams eran bien conocidos, aunque nada se había dicho sobre el tema. Un hombre que había estado en todas las fuerzas de Su Majestad, al parecer, incluyendo todos los organismos de inteligencia, apenas podía tener en cuenta a un tipo como Williams. Sin embargo, esta defensa le complació.

«Sí», confesó, «me gustan los trópicos. Siempre que tengo ocasión voy por allí. Pero —y hago hincapié en ello— es una desviación hereditaria. Lo adquirí con los genes. Mi padre y su padre también lo tenían».

De nuevo, el joven miembro sacó la cabeza. Los más veteranos estábamos rezando para ver si nos enterábamos de una vez de la historia. Ffellowes no era un hombre desagradable ni intolerante, pero odiaba las preguntas. El muchacho seguía insistiendo.

«Dios mío, señor», interrumpió. «¿Quiere decir que su padre tuvo las mismas extrañas experiencias que usted?».

Incluso hoy sigo sin saber por qué el brigadier, normalmente muy picajoso, estaba tan cambiado esa tarde. Ni se calló ni hizo amago de marcharse. Posiblemente se estaba hartando tanto de Williams que no quiso defraudar al joven muchacho. En cualquier caso, los que le conocíamos nos inclinamos hacia delante. Mason Williams también lo hizo, por supuesto. Odiaba a Ffellowes, pero no lo suficiente como para perderse una de sus historias, lo cual entiendo como una señal de que no carece por completo de materia gris.

«Si tenéis interés en oír este particular relato, caballeros», empezó diciendo Ffellowes, «tendréis que conformaros con una versión de segunda mano. Yo no estaba allí, y todo lo que sé es por mi padre. Él estuvo allí y me indignaría», en esta ocasión no miró hacia Williams, «cualquier insinuación de que no contó más que la pura verdad».

Hubo silencio. Un silencio total. Ffellowes empezó diciendo:

«Todo el asunto empezó en la costa oeste de Sumatra. Mi padre había estado cumpliendo su servicio con el viejo rajah Brooke de Sarawak, el segundo de los llamados *rajahs blancos*. En cualquier caso, papá estaba de vacaciones, de permiso, o lo que sea. Los Brookes, de quien había sido nombrado segundo de a bordo, como se decía en el ejército indio, fueron muy generosos con aquellos que les servían. Y mi padre quería ver algunas regiones nuevas del país. Esto fue en el otoño de 1881, cuando las cosas eran distintas de ahora.

»Así que allí estaba mi padre, bajando por la costa de Sumatra, en uno de los *praus* comerciales privados de Brooke, capitaneado por el viejo *Dato* Burung, tripulación escogida y todo, cuando golpeó la tormenta.

»Fue una tormenta mala, pero tenía un barco bastante largo, un gran *prau mayang*, un tipo de barco mercante de aquellas aguas. No tenía motor, claro, pero era un barco fuerte, de unos veinte metros de largo, capaz de soportar las condiciones climatológicas locales, excepto quizá un tifón de verdad, lo cual no era el caso. Todos se agarraron para pasar la tormenta.

»Como se esperaba, la mañana siguiente estaba despejada y tranquila. Por el sotavento, y a la vista de la verde costa de Sumatra, había un naufragio. No quedaba

mucho más que varios restos de otro *prau*, un *prau bedang*, un tipo pequeño de nave local usado para la pesca, el contrabando y demás menesteres. Normalmente, este tipo de embarcación debería de llevar dos velas, pero ahora faltaban los dos mástiles, que habían sido arrancados de la cubierta, obviamente por la tormenta de la noche previa. El frágil casco iba y venía con el oleaje lechoso, que era lo único que quedaba ya de los vendavales previos.

»El barco de mi padre se dirigió hacia allí sin que él hubiera dado ninguna orden, pues un barco en apuros en estas aguas era una presa fácil para cualquiera. Ocasionalmente, hasta se rescataba a algún desventurado superviviente. Papá estaba de pie en la cubierta con su uniforme blanco, y eso era suficiente para asegurar que nadie iba a ser degollado. Prohibir cualquier otra cosa hubiera sido inútil. A su lado se encontraba su sirviente personal, el viejo Umpa. Éste era un moro renegado de los sulus, y era un hombre maravilloso. Tenía al menos sesenta años, pero era tan delgado y ruin como un muchacho. Cualquier cosa que hiciese mi padre estaba bien hecha en su opinión y cualquier cosa hecha por otro estaba mal si mi padre se oponía a ello en lo más mínimo.

»Para su asombro, cuando la nave mayor se acercaba por el sotavento del más pequeño, mi padre vio levantarse una mano. Había todavía alguien vivo a bordo a pesar de lo zarandeada que había sido la pequeña nave. El barco de papá lanzó inmediatamente un barco de remos, y en poco tiempo estaba siendo ayudado a subir a bordo el único superviviente y fue presentado ante él. Lo que le sorprendió aún más fue el hecho de que no era un pescador nativo, como esperaba, sino un hombre caucasiano.

»El hombre estaba vestido decentemente, con un traje blanco, e incluso le quedaban restos de un cuello de camisa de celuloide. Sin tener en cuenta los obvios efectos de la marejada, estaba claro que había pasado mucho tiempo desde que este hombre había disfrutado de las amenidades de la civilización. Su traje blanco, aunque ya le quedaba poco de este color, estaba roto en las rodilleras, manchado de musgo verde y con varias rasgaduras. Su calzado estaba en las mismas condiciones, casi sin suelas. Sin embargo, el hombre tenía un algo. Era alto, joven, de tez morena y facciones aguileñas. A pesar de sus trapos, se notaba que era un hombre de bien. Su barba llevaba tan sólo un par de días sin afeitar.

»—Capitán Ffellowes, segundo Rajput, a su disposición —dijo mi padre, mientras este curioso hombre le miraba fijamente—. ¿Puedo serle de ayuda en algo?

»La respuesta fue peculiar:

»—Nunca, señor, nunca hasta este día he fallado en una misión. No me gustaría que ésta fuese la primera. Con su permiso bajaremos abajo —tras decir esto, este huérfano del vendaval cayó de cara tan rápidamente que ni mi padre ni el capitán del barco pudieron agarrarle en su caída.

»En cuanto pudieron reaccionar, se agacharon para levantarlo. Cuando mi padre le incorporó la cabeza, se le abrieron los ojos grises.

»—A toda costa, tenga cuidado con Matilda Briggs —dijo el desconocido en un tono suave y monótono. Se le cerraron los párpados y entró en una inconsciencia total y completa. Era obvio para mi padre que sólo había logrado mantenerse en pie ese rato mediante un gran esfuerzo. El significado de la última incoherencia que dijo estaba completamente oscuro. ¿Quién era Matilda Briggs, y por qué había que buscarla? Mientras lo bajaban al camarote de mi padre, decidió que este hombre había estado delirando. Por otro lado, obviamente era un hombre que había recibido una educación, y su forma precisa de hablar delataba que tenía titulación universitaria. Esto no era demasiado importante para mi padre en estas circunstancias. No había muchas personas así en el fin del mundo, a pesar de lo que pudiera haber escrito Kipling sobre el tema. La mayoría de los hombres británicos con educación que vivían en el sureste asiático tenían trabajo, y un trabajo que no siempre era del todo ético. El viajero casual o el exiliado son personajes que aparecieron más tarde y tuvieron que esperar a Willie Maugham para ser retratados.

»Bien, pues mi padre se llevó a su hombre misterioso al piso de abajo; la tripulación robó lo que quedaba del *prau* (y puedo decir que no encontraron nada, ni siquiera evidencia que apuntara a la existencia de otro tripulante; luego contaron al capitán que el *Orartg Blanda* loco había salido solo en el barco); y la embarcación del *rajah blanco* continuó su navegación por la costa de Sumatra.

»Papá cuidó al tipo lo mejor que pudo. Los occidentales, o europeos, si prefieren —aunque mi padre no habría estado de acuerdo con esta expresión, pues pensaba que Europa empezaba en Calais—, hacían este tipo de cosas, unos con otros, sin pensarlo mucho. Eran tan poquitos y rodeados por esa gran masa de misterio asiático. Cuando uno salía del feudo británico, como decía el viejo, sentía como si le viniese encima toda Asia. Sin duda la misma sensación que debía tener el soldado norteamericano en Vietnam hace unos cuantos años. Sé perfectamente cuál es la sensación después de haber pasado algún tiempo por aquellas regiones.

»El tipo era, como ya he dicho, un hombre delgado, de aspecto agresivo. Estaba tumbado en el camarote de mi padre en el más puro agotamiento y sus facciones definidas sugerían cierto autoritarismo. Su ropa, o más bien lo que quedaba, fue quitada en jirones por el sirviente bajo órdenes de mi padre. No revelaron nada sobre el pasado de este hombre. Pero, cuando se le quitó el abrigo andrajoso, algo brillante cayó sobre el suelo. Mi padre lo recogió en seguida y se encontró con un pesado anillo de oro que sostenía un inmenso zafiro de una calidad excepcional. ¿Perteneía al desconocido? ¿Lo había robado? No había papeles, y mi padre dejó bien claro que no tuvo ningún tipo de problema en buscarlos. Excepto por el anillo y los trapos, no parecía poseer nada.

»Durante un día, mientras el *prau* recorría lentamente la costa, mi padre cuidó y mimó al extraño como cualquier mujer lo podía haber hecho. No tenía fiebre, pero a pesar de esto la vida del hombre casi se consumió. Era simple agotamiento llevado al enésimo grado. Aun sin saber lo que había estado haciendo este hombre, estaba claro que lo hizo hasta casi fundir los plomos, como se suele decir ahora. Papá le lavaba y le secaba, le cambiaba su ropa personal, y dirigía a los sirvientes que tenía a su alrededor. Todos luchaban por la vida de este hombre. El cocinero del barco, un nativo inspirado, trabajó denodadamente con las provisiones bajo su mando, y se obligaba al paciente a tomar sopas cargadas de alimento, a pesar de que aún no había recuperado la consciencia.

»El segundo día, mi padre estaba sentado al lado de la cama, pasando la mano por el anillo de zafiro, cuando se llevó un sobresalto al oír una voz. Cuando levantó la vista, vio que el paciente estaba hablándole y refiriéndose al objeto que tenía en su mano.

»—Una vez rechacé una esmeralda que tenía aún más valor que eso —fue el comentario del desconocido—. Puedo asegurarle, si es que eso vale de algo, que el objeto que tiene en las manos es de mi propiedad y no el producto de un robo a un templo nativo.

»El hombre volvió la cabeza y miró por la escotilla más próxima. A través de ella se podía divisar la verde costa en la distancia. Se volvió a mi padre y sonrió, aunque de una manera curiosamente fría.

»—El objeto que tiene en sus manos es la recompensa por algunos pequeños servicios realizados para la familia reinante del archipiélago que estamos bordeando. Estaría enormemente agradecido si me lo devuelve, pues tiene cierto valor sentimental.

»Al no tener ninguna razón para hacer lo contrario, papá devolvió el anillo sin dudar.

»—Muy agradecido —fue el comentario lánguido—. ¿Supongo que también tengo que agradecerle el tratamiento que he recibido a bordo de este barco piratesco?

»La pregunta fue hecha en un tono tan insolente que mi padre se puso en pie, preparado para demostrar quién era. Una indicación autoritaria del brazo del desconocido devolvió a mi padre a su asiento. Después de una pausa, el desconocido habló.

»—Como británico, y en principio patriótico, me encuentro en la necesidad de solicitar su asistencia.

»El hombre se quedó pensativo unos minutos antes de seguir hablando; luego miró fijamente a mi padre con una mirada fría, de los pies a la cabeza. Sus palabras parecían dirigidas a sí mismo, en una especie de soliloquio.

»—Hmmm, británico, un oficial, probablemente de Sandhurst —los de Woolwich

son bastante menos flexibles—, de permiso o en una misión; habla el malayo correctamente, seguramente nombrado segundo de algún insignificante soberano como puerta de entrada en la civilización, e imagino que muy conocedor de estos entornos.

»Tras esta descripción fría y bastante exacta (es cierto que mi familia envió sus varones a Sandhurst durante algún tiempo), mi padre siguió sentado, esperando el siguiente comentario de su extraño invitado.

»—Señor —dijo el otro, incorporándose a medida que hablaba y fijando su mirada de acero sobre mi padre—, tiene usted la oportunidad de ayudar a toda la humanidad. Nunca me he encontrado metido en un problema de mayor importancia, ni en uno que, como éste, careciera de precedentes. Bueno, aparte de un suceso remotamente parecido que acaeció en Recife en el setenta y siete.

«Mientras hacía estos comentarios críticos, el hombre aplaudió, sí aplaudió, mientras sus ojos, siempre hirientes, se encendieron de alegría, o de alguna emoción similar. Mi padre decidió en este momento que estaba trastornado, o bajo la influencia de alguna de esas enfermedades repentinas que abundan en Oriente. Pero en seguida se interrumpieron sus pensamientos con otra pregunta, que fue hecha en el mismo tono de voz estridente que las anteriores.

»—¿Cuál es nuestra latitud? ¿Cuánto hemos navegado al sur desde que me recogió?

»La pregunta se hizo con tanta autoridad, que mi padre no dudó ni por un momento en contestar. Como él mismo lo medía con el sextante cada amanecer, pudo darle una respuesta rápida y exacta. El otro se echó hacia atrás y quedó pensativo.

«Incorporándose después de un momento, parecía estar más relajado, y su cara esculpida estalló con una agradable sonrisa mientras mantenía la vista fija en mi padre.

»—Me temo que me cree usted un loco —dijo simplemente— o enfermo. Pero puedo asegurarle que ninguna de las dos cosas es cierta. La corrupción negra de Formosa nunca me ha tocado, ni hasta ahora la fiebre de Tapanuli. Estoy inmunizado, supongo, a los miasmas de esta costa. Creo que es una cosa hereditaria. Si el mundo prestase más atención al olvidado monje bohemio, Mendel, podríamos aprender mucho.

»Una vez más se quedó mirando fijamente a mi padre, y entonces parecía haber llegado a una decisión por su cuenta.

»—¿Sería usted tan amable como de ponerse bajo mis órdenes en el futuro inmediato? Le puedo prometer que habrá peligro, gran peligro y poca o ninguna recompensa, pero le doy mi palabra —que hasta ahora nunca ha sido puesta en duda— de que estará sirviendo a su país y desde luego que a toda la humanidad si me ayuda. Si lo que ya he averiguado se puede considerar como evidencia, el mundo

entero, y no soy muy dado a exagerar, está en el más grave de los peligros —paró de nuevo—. Es más, en estos momentos no puedo confiar plenamente en usted. Eso significa que usted tendrá que obedecer mis órdenes sin hacer preguntas. ¿Le parece atractiva mi propuesta?

»Mi padre estaba algo desconcertado por este repentino chorro de palabras. Estaba irritado y a la vez impresionado por la manera en que este hombre jugaba con él.

»—Me agradecería, incluso más de lo que ya estoy, saber su nombre —dijo con tono arrogante.

»Más sorprendido aún se quedó mi padre cuando se echó para atrás, aplaudiendo de nuevo y riéndose suavemente.

»—¡Perfecto! Claro, si le digo mi nombre solucionaremos el asunto en un santiamén —dejó de reírse y se incorporó en la cama con un rápido movimiento y su buen humor desapareció.

»—Mi nombre es..., pues..., llámeme Verner. Es el nombre de una conexión remota..., no el mío verdadero. Pero valdrá. En cuanto a los demás detalles, me temo que tendrá que perdonarme. No le puedo decir ni una palabra más. De nuevo, ¿qué me dice usted a la propuesta?

»Mi padre estaba algo desconcertado por los modales de su invitado, pero —y esto lo subrayo— uno no puede darse cuenta de las circunstancias a no ser que estuviese allí».

Mientras Ffellowes hablaba, y quizá porque hablaba, sí que estábamos allí, en las aguas tranquilas de Sumatra, hace mucho, mucho tiempo. El silencio de la biblioteca del club se convirtió en el silencio de Oriente. Los cláxones de los taxis, los porteros gritando, el chirrido de los autobuses, todos los ruidos normales de Nueva York que se oían a través de las persianas habían desaparecido. En vez de todo esto, y con la respiración acelerada, oíamos el tintineo de los *gamilans* y el zumbido de los mosquitos tropicales, el ruido de las olas golpeando contra los arrecifes, y olíamos el penetrante olor de los capullos de frangipani. Eché una mirada a Mason Williams y me tranquilicé. Estaba boquiabierto y tan absorto como el resto de nosotros. El brigadier continuó su narración.

«—Me sorprende lo pretencioso que es usted, señor —dijo mi padre—. Es un...

»—Un naufrago fugitivo, sin duda recogido de alguna alcantarilla asiática —terminó de decir el otro en tono crispado, representando lo que supuestamente iba a decir mi padre—. Sin embargo, lo que le he dicho es tan verídico que si no está dispuesto a ayudarme, me veré en la obligación de pedirle que me lleve a la orilla inhóspita de donde huí recientemente, como ya se habrá imaginado —se quedó mirando de nuevo a la cara de mi padre y sus penetrantes ojos parecían ver más allá

de la Piel—. Venga hombre, dígame cuál es su decisión. No puedo pasar las horas aquí esperando en un salón de su yate, por muy lujoso que sea. ¡O me ayuda con mis condiciones o me deja marchar!

»—¿Qué es lo que necesita entonces? —era la capitulación de mi padre. Sólo puedo decir en su defensa, si es que necesita ser defendido, que los modos de Verner eran tales que de algún modo no daban lugar a oposición.

»—¡Ah! —dijo Verner—, está conmigo. Fíese de mí.

»Mi padre decía que no acababa de entender al hombre, aunque las implicaciones negativas de no ayudarlo estaban claras.

»—Quiero ver sus mapas en seguida, particularmente los de esta costa —fue el siguiente comentario de Verner—. Nunca he estado en estas aguas. Necesito las mejores cartas de navegación que tenga.

»Mi padre rebuscó, encontró todos los mapas que tenía, y como había hecho un estudio de la región tenía las mejores cartas de navegación holandesas. Los bajó al camarote. Cuando llegó allí, vio que en su ausencia había ocurrido algo parecido a una revolución de palacio. Su capitán, *Dato* Ali Burung, estaba de rodillas ante el señor Verner, golpeando su cabeza sobre la moqueta, o más bien la alfombrilla de esparto que había allí.

»Cuando se levantó el asiático, ante la llegada de mi padre, no mostró ninguna vergüenza por su comportamiento.

»—¿Vamos a ayudar al *Tuan Vanah Tuan*, no? —fue lo que dijo. Mi padre estaba algo indignado por el hecho de que el viajero no se hubiera conformado con seducirle a él, sino que también había seducido al más agresivo capitán de navío del mar sur de China. Quienquiera que fuese, y fuera lo que fuese, el señor Verner tenía lo que vosotros llamaríais *control*.

»—Estoy preparado para asistirle en su hazaña, señor Verner.

»El viejo se había comprometido y desde ese momento no oyó decir mucho más a Verner, que entró en un largo silencio.

»A la mañana siguiente se dirigieron a la costa. El occidente de Sumatra era, en aquellos días, bastante similar a lo que es hoy, supongo. Estaban bastante al norte de las islas Mentawi y un poco al sur de Batus. Allí había, y sin duda todavía hay miles de pequeños ancladeros. Mi padre, o más bien el viejo *Dato* Burung encontró uno de ellos. Era un río pequeño, que fluía al mar bajo palmeras. Era un lugar donde un occidental no esperaría poder lanzar una canoa con éxito, pero desde donde se llevaban lanzando grandes barcos desde antes de la era cristiana.

»Había hasta una pequeña aldea, un *kampong*, como se les llama por aquellas tierras. Los nativos pensaron que eran piratas, decía mi padre y habían decidido entregarles todo lo que tenían sin ofrecer resistencia. Pero el señor Verner no quería nada de ellos. Se había asegurado de que mi padre tenía una serie de rifles tipo

Martini-Henry a bordo, quizá del viejo Burung. En aquellos días, incluso éstos estaban anticuados, pero en Asia, un rifle que cargara con recámara, aunque fuera un Martini era de gran valor. En cualquier caso, Verner se había hecho cargo del baúl que contenía el armamento y había cogido a doce matones de la tripulación y los había puesto a hacer guardia en la playa.

»Supongo que todos os preguntaréis qué hacía mi padre, para dejar que él mismo y la nave fueran dirigidos de esa manera tan casual. Lo único que puedo contaros es lo que él me contó a mí. Verner, fuera quien fuese, había tomado el mando. Papá me dijo que no estaba de acuerdo con nada de lo que el hombre hacía, pero no podía poner ninguna objeción. Lo único realmente palpable es que él ya no estaba al mando, y no sabía muy bien cómo, pero lo aceptaba.

«Mi padre preguntó:

»—¿A dónde nos dirigimos?

»A lo que Verner contestó:

»—Donde yo diga, a unas veinte millas al norte. Allí, con un poco de suerte, encontraremos un barco. A lo mejor subimos a bordo, a lo mejor no. En cualquiera de los casos, mis órdenes son la última palabra. ¿Queda bien claro?

»Debo añadir que las órdenes que Verner impartía a los nativos eran en un malayo excelente. La gente tímida de la aldea salía y les daban guirnaldas de flores. Evidentemente no era la primera vez que atracaba un barco allí, pero el que invasores sólo quisieran comida y encima estaban dispuestos a pagar por ella, era un fenómeno nuevo para ellos. Sin embargo, pensándolo con perspectiva, quizá hubiera otras razones...

»Verner, como si no tuviera nada que ver con el asunto, estaba en la playa entre los mangles esperando que mi padre diese todas las órdenes. Finalmente, papá le preguntó qué quería que hiciese entonces. Me confesó años después que este hombre estaba tan al cargo de las cosas que si hubiera dicho que se tirara la tripulación al río, lo habrían hecho sin rechistar, a pesar de los hermosos cocodrilos de agua salada que lo habitaban, imitando troncos de árbol en la orilla.

»El invitado del mar ahora llevaba puesto uno de los trajes de algodón de mi padre, aunque se negaba a ponerse un sombrero. Sus botas rotas habían sido reemplazadas por sandalias, pero según me contó mi padre, Verner podía llevar un taparrabos y aun así ser tan mandamás como el supremo rajah de Burung. Uno dejaba de discutir cuando él estaba presente. Se toleraba su presencia porque si no la única otra alternativa era matarle.

»—Tenemos que conseguir comida para dos días y dos noches —dijo Verner a mi padre—. Nos dirigiremos al norte costeando. ¿Sería tan amable de ordenar que el resto de los tripulantes del barco permanezcan aquí durante unos cuatro días? No, mejor cinco. Puede fallar algo que nos retrase. Pasado ese tiempo pueden dirigirse al

norte, hasta que nos encuentren... o no.

»Como parecía que las órdenes ya estaban dadas, y como los doce miembros más agresivos de la tripulación del *prau* de mi padre, armados hasta los dientes no sólo con sus cuchillos sino que también con rifles de las provisiones de mi padre, ya estaban esperando, esto parecía simplemente una cuestión de cortesía. Pero no lo era. Verner le hizo ver esto claramente.

»—Capitán Ffellowes, siento mucho la apariencia externa de este asunto —dijo a mi padre—. No tengo ninguna desconfianza en usted, pero la gente sencilla bajo su mando parece tomarse más en serio mi misión. Si se le ocurriera intentar distraer la atención de su objetivo, y del mío, dicho sea de paso, sólo conseguiría encontrarse con su propio cadáver al estilo de un cartel indicador, pues sin duda le empalarían en cañas de bambú. Si es eso lo que quiere, no tiene más que pedirles que me arresten.

»Francamente, según mi padre me contó, el hombre se estaba convirtiendo en una pesadilla, y no parecía tener ningún sentido de cómo debía tratar a un compatriota inglés. Aunque a mi padre se le permitió tener sus pistolas en su cintura, dos de los doce forzudos siempre le flanqueaban. Estaba claro que más que ser una ayuda, mi padre era un estorbo al que se toleraba. Dos veces, Verner hizo un alto mientras andaba por la espesa vegetación costera de mangles, pero no consultó con mi padre, sino con el viejo Burung, el capitán del *prau*. El mismo Verner parecía sentirse algo avergonzado por este insolente favoritismo de un nativo, y en una de las paradas de descanso, habló apologeticamente a mi padre:

»—Escúcheme, capitán —dijo—, sería un error capital no aceptar la mejor información local de que disponemos.

»Mi padre a estas alturas estaba demasiado ofendido por el comportamiento de Verner como para prestarle atención. Sin embargo, este hombre, con su presencia, de alguna manera no dejaba lugar para la interferencia... Papá simplemente asintió. Tenía la sensación, según me contó más tarde, de que todo había sido un sueño, como si estuviera suspendido en el espacio. Todo el asunto, desde la llegada a bordo de Verner y todo lo que había ocurrido posteriormente, parecía una pesadilla espantosa. Se preguntaba cómo podría estar ocurriendo todo esto. La única piedra de toque en todo este absurdo mundo era su sirviente personal, Umpa, que se mantenía firmemente a su lado. Él, al menos, parecía seguir fiel a su amo.

»¿Es que no he dicho nada del calor? Ya era malo en la mar, pero en la costa era insoportable. El grupo seguía un camino tortuoso a lo largo de la orilla, aunque algo apartado del agua, y a través de palmeras cocoteras verdes, plantaciones que se habían vuelto silvestres y se habían convertido en parte de la selva. A veces estaban bajo la sombra húmeda de grandes árboles tropicales que arqueaban sobre sus cabezas; al minuto estaban de nuevo entre la maleza y las hierbas con hojas de sable de la costa. La avanzadilla iba abriendo el camino con sus armas de acero. Al rato

estaban metidos de nuevo en un barro resbaladizo entre árboles. Las sanguijuelas y los chinches caían sobre sus cuellos a cada instante, los mosquitos les asaltaban continuamente, pero siguieron adelante a través de las innumerables ciénagas y rías.

»Como si no fuera suficiente, Burung, junto con otros nativos, y también Verner, se pasaban el rato agachándose en zonas cenagosas para mirar de cerca lo que parecían ser huellas de caza. Una vez, por la tarde, llamaron a mi padre y le enseñaron con gran alegría una marca en el suelo que les parecía de gran importancia.

»—Mire aquí, capitán —dijo Verner—. Esto tiene que ser de gran interés para un viejo *shikari* como usted.

»Mi padre miró y vio la huella de algún animal en la orilla de algunos de los muchos estuarios a través de los que anduvieron y lo único que sacó en claro es que era de un animal bastante grande. Había cuatro pisadas con garras, y aparte de esto, no tenían ningún significado. Estaban muy recientes, hasta el punto de que todavía estaba entrando agua por los bordes, pero más allá de ser la huella de algún animalillo inocuo probablemente distorsionada por la expansión, no parecían tener ningún significado en absoluto.

»La actitud de mi padre parecía molestar mucho a Verner, y sin más discusión el hombre hizo una señal a los demás para que siguiesen adelante. Y así lo hicieron. Papá oyó a Verner decir: “¡Microcephalus! ¡Un caso de supervivencia simia!”, como si estuviera hablando consigo mismo. Sin embargo, el significado de estas palabras se le escapaba.

»Por fin, incluso Verner, que parecía estar hecho de hierro, tuvo que ordenar un descanso. Habló con *Dato* Burung en voz baja y se montó un campamento. Mi padre andaba ya a trompicones, picado por los mosquitos hasta extremos insospechados, fue pasando de mano en mano hasta que le sentaron alrededor de un pequeño fuego que habían encendido. En esos momentos, según me contó, no le habría importado nada si le hubiesen dicho que él mismo iba a ser el plato principal de la cena.

»Espabiló, sin embargo, cuando advirtió que Verner estaba sentado a su lado en el mismo tronco podrido. Verner estaba tan fresco como cuando le recogieron del *prau*, y sorprendentemente para mi padre, estaba poniéndose un cuello de papel nuevo en su muy deteriorada camisa. Dios sabe de dónde los conseguía.

»Bajo la mirada fija de mi padre, algo debió de penetrar en el subconsciente de esta extraña persona. Acabó de colocarse el cuello y sin ningún tipo de afecto, puso su mano sobre la rodilla de mi padre.

»—Me temo que está usted todavía lleno de dudas, mi buen hombre —dijo en tono vibrante—. Ahora estamos lo suficientemente lejos de la protesta y el llanto, de manera que puedo hablar sin miedo a la indiscreción. Por favor, dígame cómo puedo servirle. ¿Hay algo que le preocupa?

»El tono era tan suave y acariciador como el de una mujer, y toda la actitud de

este hombre estaba tan cargada de simpatía que mi padre casi lloró. Agotado y abstraído por lo que había transcurrido a su alrededor en las últimas veinticuatro horas, logró reunir fuerzas para preguntar el motivo de esta extraordinaria caminata a través de la selva.

»—La cuestión es bastante simple —contestó Verner—. Vamos a hacerle una visita a un gobernante local, que aparentemente está muerto, a un pueblo nativo que, aunque nativos, no son pueblo, y en un barco que va a ser cargado con más miseria que cualquier barco que alguna vez haya flotado sobre los mares del planeta. Finalmente, confío en que podamos destruir los trabajos científicos de un tal VO, que supuestamente lleva quince años muerto.

»Esta sarta de tonterías desbordó a mi padre, quien llevaba sufriendo física y psicológicamente más allá de lo imaginable. Se quedó dormido, encorvado sobre su propio tronco podrido, a medida que oía las últimas palabras de la explicación que le daba Verner. Sin embargo, estas palabras permanecieron en su memoria, tanto que incluso al final de su vida, pudo recitármelas.

»No obstante, no fue una noche llena de sueño. Los ruidos del gran bosque tropical fueron diseñados, sin duda, para hacerse sentir incómodos a los recién llegados, pero mi padre ya era un veterano en este tipo de cosas. Aun así, los aullidos de los gatos de Algalia, los graznidos de los búhos pescadores, los ruidos habituales de los insectos y de las ranas arbóreas no habrían sido suficientes para despertar a papá. Repentinamente, según recordaba, hacia la una de la madrugada, Verner y el viejo Burung le zarandearon hasta despertarle.

»—Escuche —susurró Verner, que le tenía agarrado por el cuello de la camisa.

»Al principio no oía nada mi padre. Sólo oía los ruidos tropicales normales, el viento nocturno en la copa de los árboles, los innumerables insectos, cigarras, el lejano ruido de un gibón soñoliento, y eso era todo. Pero Verner seguía agarrado fuertemente a su camisa y siguió escuchando. Podía oler el hedor del viejo Burung al otro lado, lleno de ajo y cosas peores, pero se le contagió el silencio y la atención de los otros dos.

»Entonces lo oyó. Por encima de los ruidos habituales, oyó a una ardilla. Nadie puede confundir ese desagradable sonido, que venía al principio de una dirección y luego de otra. El sonido es el mismo en las zonas templadas que en los trópicos. Pero —y os recuerdo que mi padre era un veterano de los trópicos y un *shikari* reconocido —, las ardillas no son animales nocturnos. Ningún científico ha encontrado más que ardillas voladoras en actividad nocturna. Y además, son bastante silenciosas. Por otro lado, este sonido era más grave.

»Mezclados con este ruido, había una especie de ladridos y rugidos, aunque éstos sólo se oían de vez en cuando. Cualquier cosa que pudiera estar pensando fue inmediatamente borrada por Verner.

»—Es el enemigo, capitán. Ya se han llevado a un centinela. ¿Todavía piensa que mis precauciones eran innecesarias?

»Por si esto no fuera suficiente, lo siguiente que oyeron fue algo parecido a un ruido sordo de alguien ahogándose que venía del otro lado del campamento. Verner salió disparado, y volvió con la misma rapidez.

»—Otro ha caído —dijo—. Tenemos que salir de aquí por la mañana o nos irán eliminando como moscas.

«Mi padre logró espabilarse lo suficiente para enterarse de que dos hombres nuevos habían sido asignados a los puestos de guardia, y una vez más cayó en un sueño agotador. Mientras se volvía a tumbar, era consciente de que había algo en ese gran bosque espantosamente peligroso, y que era un peligro real. Se durmió con el espíritu lleno de temor.

»Mi padre no recordaba nada más hasta que le zarandearon brutalmente con la primera luz del alba. Se sentía, y estaba, asquerosamente sucio, todavía confuso, cansado, y enfadado por la manera en que Verner había pirateado la lealtad de sus hombres. Entonces se acordó de los incidentes de la noche anterior. Miró a su alrededor y vio al hombre, inclinado sobre un tocón que usaba de mesa, en viva conversación con Burung, el capitán de mi padre, o más bien del rajah Brooke. Ignorando al tripulante nativo, que intentaba darle algo de alimento en forma de arroz frío, mi padre se acercó al dúo, a los que en esos momentos él consideraba como sus secuestradores.

»Verner le echó una mirada fría al principio, pero luego, cuando se dio cuenta de quién había interrumpido, sonrió. El extraño hombre se levantó de su asiento, y como por ósmosis, *Dato* Burung también lo hizo.

»—Justo el hombre que yo quería —dijo Verner—. Venga a echar un vistazo a este mapa, mi buen amigo. Pretende ser la boca del río Lubuk Rajah. Me temo que se sentirá algo defraudado cuando sepa que una vez fue considerado por algunos como un *Ophir* bíblico. Esta idea, por supuesto, ya no la apoya nadie. Yo mismo, cuando estuve en el Mekran, encontré que... No obstante, sigue siendo una región muy interesante y primitiva, desde el punto de vista geológico. Hay un joven médico holandés en estas islas, un tal Dubois, me parece, que está sentando unas buenas bases para un trabajo espléndido sobre el origen de los humanos. ¿No ha oído hablar de él?

»Mi padre, que según sus propias palabras, estaba sólo medio despierto, ignoró toda esta palabrería y miró fijamente el mapa que había extendido en la rústica mesa ante él. Estaba, desde luego, la boca de un río y un pequeño puerto. Como oficial del ejército británico, estaba familiarizado con los planos y las curvas de nivel, pero había otras cosas en el mapa. Había unas líneas, en varios colores, que se extendían alrededor de un área central. Esta parte central parecía ser un asentamiento. En

resumen, parecía una típica aldea de la costa sureste de Asia, recogido por un cartógrafo europeo, a excepción de esas extrañas líneas.

»Luego oyó a Verner decir con excelente acento malayo:

»—Ésas son las líneas. Tienen un circuito defensivo interno y externo. De alguna manera tendremos que pasar entre ellos. ¿Tiene alguna sugerencia?

»—Un momento, Verner —dijo mi padre—. ¿Qué coño está planeando?

»Sólo el gran cansancio, según sus palabras, le hizo utilizar un lenguaje tan crudo.

»—Supuse que sería evidente hasta para un niño que se hubiera educado en un internado —dijo Verner, volviendo sus ojos sobre él con esa extraña mirada—. Me propongo destruir esta aldea completamente, hasta los árboles, las hembras, los jóvenes, todo... Definitivamente. Y me temo que me veré obligado a pedirle asistencia en esta cuestión.

»Mi padre se quedó mirándole fijamente. Después de todo, él era un oficial británico, encargado de extender nuestras virtudes nativas, la *pax britannica* y todo lo que esto conllevaba en aquellos días. Ahora se le estaba proponiendo participar en la aniquilación de una pequeña aldea nativa en una colonia. ¡Era increíble! Además, debéis tener en cuenta que esto sucedió mucho antes de que la palabra genocidio fuera parte de nuestro idioma.

»*Dato* Burung le dijo algo a Verner en malayo, tan rápidamente y en voz tan baja que mi padre no logró enterarse.

»—Claro que sí —dijo Verner—, pero no tenemos, y si cogiésemos un prisionero correríamos el peligro de alertar a los demás. No, capitán, creo que el *Tuan* tendrá que dormir. Entonces, quizá él y yo vayamos juntos para ver a lo que realmente ha llegado el trabajo de Van Ouisthovan. Es extraño que todo este asunto haya surgido de la simple tasación de la maquinaria de una mina —esta última frase la dijo en inglés.

»A estas alturas, mi padre estaba completamente extenuado física y mentalmente, y se quedó en silencio. Sus próximos recuerdos mientras escuchaba eran los de Verner diciendo entrecortada y pensativamente:

»—Hay ritmos extraños en los sucesos del mundo, pero ninguno como los de un hombre de negocios impagado.

»Ya estaban caminando bajo el habitual bochorno del amanecer. Se habían acercado mucho más al mar de lo que él había pensado en el viaje del día anterior. Sólo unos pocos mangles y algunos ciruelos gigantes de Java les protegían del sol, que había estallado por encima de las colinas del este. El día trajo consigo la habitual nube espantosa de insectos, relevando, de esta manera, a los mosquitos nocturnos. Con la cara hinchada y los ojos irritados, mi padre se encaró con Verner —este hombre estaba tan aseado como un gato, a pesar de la caminata— en una bifurcación del camino y exigió saber quién estaba al mando.

»Miró a mi padre desafiante y sus primeras palabras cortaron cualquier intento de expresión de mi padre.

»—¿Sabe usted algo acerca de las compañías de seguros, capitán? ¿No? Eso pensaba. Entonces no sabrá nada de los señores Morrison, Morrison y Dodd. Le complacerá saber que una empresa de gran prestigio, de Mincing Lane nada menos, es la responsable de su actual incomodidad.

»Tras recibir una mirada inexpresiva de mi padre, continuó hablando en el mismo tono jocoso, divirtiéndose por lo misterioso de sus comentarios, como si no fueran ya sobradamente misteriosos, decía mi padre.

»—Lo único que sé —interrumpió mi padre—, es que me ha maltratado de la forma más espantosa, ha sobornado y subvertido a mis hombres, los empleados de su alteza el rajah de Sarawak, y finalmente nos ha traído en un dudoso viaje con unos propósitos innombrables. Insisto, señor, en que me diga qué... —mi padre se quedó en silencio, pues a medida que levantaba la voz, un gesto de la mano de Verner hizo que le amordazara uno de los tripulantes más fornidos, y a pesar de sus intentos por escapar, fue lanzado contra el tronco de un árbol de la manera menos delicada posible. Durante todo este tiempo, Verner seguía habiéndole en tono sereno. Cuando mi padre dejó de ofrecer resistencia, como tuvo que admitir más tarde, Verner hizo otro gesto y se le retiró la mordaza de la boca. Mientras tanto, papá había estado viendo al viejo Umpa, su fiel sirviente, que había jurado defenderle durante toda su vida, tranquilamente limpiándose los dientes con un palillo.

»—Capitán —dijo Verner, inclinándose hacia adelante y mirando fijamente a los ojos de mi padre—. ¡Compórtese!

»Le estaba regañando como a un niño y, según cuenta mi padre, fue muy efectivo. Mi padre se quedó en silencio, escuchando a su interlocutor.

»—En muy poco tiempo —dijo la voz helada— vamos a llevar a cabo un asalto secreto sobre lo que aparenta ser una tranquila aldea. Ni siquiera en estos momentos puedo darle toda mi confianza. De todas maneras le daré algunos datos para que medite. Sus hombres, empezando por el capitán, son los hombres elegidos del rajah Muda de Sarawak. ¡Piénselo, hombre! ¿Es factible que de pronto se pongan bajo el mando de un completo extraño, como soy yo, un náufrago de antecedentes desconocidos, sin tener una buena razón para ello? Su propio sirviente, ese moro salvaje, está con nosotros. ¿Cómo se atreve a autoexcluirse?».

Había silencio absoluto en la biblioteca del club, y Ffellowes, quien había encendido un puro, dio algunas caladas antes de continuar. Estábamos todos tan absortos que nos podía contar cualquier cosa. Pero ninguno de nosotros habíamos caído en esta pregunta. ¿Por qué se había cambiado de chaqueta tan rápidamente la tripulación de la embarcación del rajah para ponerse bajo las órdenes de un extraño?

«—La respuesta es bien simple, como suelen ser todas —continuó diciendo Verner a mi padre—. Ellos creen en lo que estoy haciendo. ¿Por qué no les pregunta?

»—*Dato Burung* —dijo papá al viejo marinero—. ¿Por qué obedecéis al extraño *Tuan*? ¿Por qué me vigiláis como a un prisionero? —miró a los ojos enrojecidos del viejo, viéndole por primera vez no como parte del barco, sino como un hombre.

»—*Tuan* —dijo el hombre con el mayor de los respetos—, llevamos muchas lunas y varios soles oyendo que llegará una época en la que nos gobernaremos a nosotros mismos. Pero, *Tuan*, no a través de aquellos que son No-hombres. Nos ponemos bajo las órdenes de este *Tuan* extraño para matar a los No-hombres. El hombre sólo debe ser gobernado por el hombre. El *Orang Blanda*, incluso los grandes, son tontos, pero vosotros sois hombres, aunque de un país lejano y lleno de locos. Pero no sois No-hombres, esto está en contra de la Ley del Profeta. Hay que matarles —el viejo pirata suspiró y acarició sus grandes bigotes descendentes—. En realidad es una cuestión muy simple.

»Esta última sarta de incongruencias, según me contó papá, deberían de haber convencido a cualquier hombre en su sano juicio de que no tenía ninguna posibilidad. Pero al contrario, tuvieron un efecto muy distinto sobre él. Conocía al viejo, y confiaba en él, pues llevaba más de un año sirviendo con él y su tripulación. Luego estaba Umpa, su sirviente moro. Lo había salvado de ser ejecutado con su intervención personal. Y era un *hadji*, había ido en peregrinaje a La Meca. Ahora estaba mirando a mi padre asintiendo con la cabeza. Si estos hombres creían...

»La respuesta de mi padre cogió a Verner por sorpresa, si es que existiera algo capaz de sorprender a este hombre.

»—Estoy con usted —dijo papá simplemente, estirando la mano—. ¿Qué hacemos ahora?

»Verner se le quedó mirando durante un momento y le cogió la mano.

»—Gracias, capitán —dijo—. Bien, necesito su ayuda. Los terrenos más interiores de esta zona me son desconocidos. Logré escapar, más por suerte que por cualquier otra cosa, del perímetro externo. Como ya habrá adivinado, no estamos demasiado lejos del lugar donde fui tan afortunado de que me encontrara. Hay un barco en el puerto que debe ser destruido. Es el *Matilda Briggs*, de bandera americana, de Tampa, en el estado de Florida, creo. Una embarcación de varios cientos de toneladas. Ningún barco en el mundo ha llevado un cargamento de tanta miseria futura en la historia de la humanidad. Repito, tiene que ser destruido a cualquier precio.

»—¿En qué consiste ese cargamento? —preguntó mi padre.

»—Hembras con bebés entre sus brazos, con toda probabilidad —fue la respuesta. La cara de Verner era seria, y estaba claro que no estaba bromeando. Mi padre no pudo decir más. Estaba ahora comprometido, y este compromiso estaba basado en la

confianza ciega.

»—Bien —continuó Verner en su tono frío habitual, aunque hablando en malayo—. Planeemos nuestro próximo paso.

»Los seis tripulantes que quedaban se acercaron. Obviamente sabían que algo se les venía encima. Los otros dos estaban de guardia, para vigilar los caminos que iban al norte y al sur.

»—Veamos —dijo Verner señalando en el mapa—, éste es el punto débil, en la unión de estas dos pendientes. Está claro que es aquí donde tenemos que golpear.

»Luego dijo algo curioso, casi un inciso, un comentario que resultó desconcertante para mi padre.

»—Que Dios defienda la derecha. Si es que es la derecha —este comentario no pegaba nada con la actitud habitual que papá recordaba de Verner.

»—Nos arreglaremos bien, si el *Dolfjin* no nos hace una mala pasada —continuó explicando el amo de la expedición. Parecía estar hablando consigo mismo, más que con el resto de los hombres—. Sólo tiene doscientas cincuenta toneladas, pero iba bien armado. A lo mejor no llegó a su destinatario el mensaje.

»Sin más comentarios, Verner procedió a repartir el grupo. Los dos hombres con las armas más afiladas fueron adelantados como avanzadilla. Los dos centinelas fueron colocados detrás. Los cuatro restantes, incluyendo al viejo Burung, a mi padre y a Verner formaron la columna central. Papá soltó sus revólveres en las fundas. Había estado metido en tiroteos más de una vez, y tenía la impresión de que este episodio iba a ser como el más duro de los que había visto. Verner no parecía llevar ningún arma, a no ser por un palo recto de alguna madera pesada que había cortado.

»Ahora estaban sobre un camino bien definido. Era por la mañana temprano y había bastante luz, además de un calor opresivo, incluso bajo la sombra de los árboles gigantes. El grupo estaba ahora dirigiéndose tierra adentro, alejándose del mar, en dirección noreste. De repente, como por arte de magia, estaban ante una zona completamente despejada. La jungla acabó, y ante ellos, en la luz matinal, había una aldea europea. Había prados vallados y con setos, pequeñas casas con tejados de dos vertientes, chimeneas echando humo, y hacia la mitad, un edificio algo más grande, difícil de ver a través de la neblina matinal, pero también con el tejado en pico, que con seguridad era la vivienda del mandamás, o lo que fuera. Algo más extraño que esta vista rústica en la costa de Sumatra era difícil de imaginar. Era como si un trozo de Bavaria o quizá Suiza hubiera sido llevado en bloque a los trópicos. Para terminar de completar el escenario, a la izquierda había un pequeño puerto, vacío a no ser por un barco de tres mástiles que estaba allí anclado. Estaba rodeado de otras barcas pequeñas.

»—Han aprendido bien —dijo Verner en tono crítico—. Vamos allá. Deberíamos de haber encontrado algo de resistencia a estas alturas. Seguramente se están

marchando, no podemos esperar más. Allí está el *Matilda Briggs*.

»Mientras él hablaba, ya habían sido rodeados. Mí padre era un hombre de pocas palabras en el mejor de los casos, y en esta descripción (“puedo deciros — interrumpió Ffellowes— que yo fui un hijo de la tercera edad de mí padre”), siempre era algo incoherente.

»Había muchos, todos mayores que el tamaño de un hombre. Sus caras estaban retraídas y mostraban sus amarillentos dientes como cinceles, que rechinaban a medida que se iban acercando. Ladraban como perros gigantes. Habían estado escondidos entre los matorrales en el borde de los prados, y ahora atacaban al pequeño grupo con sus garras. Sí, sus manos tenían garras y portaban unos enormes cuchillos curvos y otras herramientas con filo. El aire estaba quieto, no había viento, ni siquiera la sombra de una brisa, y según mi padre el hedor nauseabundo que despedían era insoportable. Era inconcebible pero estaba sucediendo. Los rechonchos rabos desnudos que flagelaban el aire y que arrastraban tras sí a medida que se acercaban sobre las patas traseras, añadían aún más incredulidad a toda la escena. Era monstruoso, increíble, imposible, pero... ¡Estaba ocurriendo!

»Toda la tripulación sabía disparar. El penetrante estallido de los Martinis empezó a oírse en el aire cargado.

»Los hombres podían ver el puerto mientras luchaban. Había una fila de barcos pequeños saliendo hacia la embarcación anclada en el puerto, yendo y viniendo. En las pausas de la lucha, cada bando conseguía recuperar la respiración, por decirlo de alguna manera. Si no llegan a tener la ventaja de las armas de fuego, según mi padre, me atrevo a decir que su grupo de diez hombres habría sido aniquilado en un instante. Aun así, la valentía de las bestias, o más bien su ferocidad, era sorprendente. Evacuaban a sus muertos y heridos después de cada ataque y volvían igual de rápidamente al ataque. De maneta automática, Verner tomó un flanco y mi padre el otro. *Dato* Burung, el viejo sinvergüenza, se quedó en el centro. Entre todos, de un modo u otro, lograron mantenerles a raya. Más de una vez se acercaron peligrosamente, pero en cada ocasión fueron obligados a retroceder con el acero frío. Verner uso de su palo, y dejó fuera de combate a dos rotándolo como un molinillo, logrando unos efectos milagrosos. Pero los ataques no cesaban. Parecía haber, aunque mí padre no estaba en sus trece, algún elemento de desesperación en la manera de actuar de estos bichos que era casi suicida. A pesar de su inmensa fuerza, y de que su tamaño excedía con mucho al de un hombre, eran patosos con sus armas, no sólo torpes, sino que también daban la impresión de estar poco, entrenados en el manejo. Aparte de algunos rugidos y ladridos ocasionales, eran completamente silenciosos.

»El episodio no pudo haber durado más de un cuarto de hora, pero cuando hubo terminado, a mi padre le pareció que había durado toda la mañana. Los monstruosos enemigos se desvanecieron tan rápidamente como habían llegado, huyendo por los

arrozales y el matorral que los rodeaba. Estaba sorprendido de volver a ver el mismo puerto tranquilo y los pequeños barcos yendo y viniendo a la embarcación que estaba anclada.

»—Ahora —dijo Verner interrumpiendo abruptamente sus pensamientos— tenemos dos objetivos, capitán. Ese edificio grande que está allí, lindando con la pendiente, que con toda seguridad es el punto de encuentro de esas malvadas bestias y debió ser el cuartel general de Van Ouisthovan. Como puede ver, hay una mina de cielo abierto detrás. Éste es el punto *d'appui* de su sección. Yo, por otro lado, iré al barco que está en el puerto e intentaré asegurar su total destrucción. ¿Está claro?

»Aunque no hubiera estado claro, por lo menos había dado órdenes; y un oficial británico, una vez que ha aceptado a un superior, obedece las órdenes, o por lo menos lo hacía en aquellos días trasnochados, antes de que todas estas puñeteras tonterías sobre moralidad aparecieran. (Tengo que decir que esta es la única vez que oí a Ffellowes usar un lenguaje tan fuerte, y según me contó más tarde, él simplemente estaba repitiendo lo que le había dicho su padre).

»Este concepto de *sección*, que en el ejército británico implicaba el uso de una compañía o más, era de risa. “A mi padre —dijo Ffellowes— le resultó muy gracioso el mal uso que Verner hacía del lenguaje militar”. El hombre no era un dios, después de todo, y no lo sabía todo. Esto era una operación militar en toda regla y como tal debía llevarse. De los ocho *reclutas* que habían empezado la lucha, tres estaban incapacitados; uno, por cierto, estaba muerto; y los otros dos gravemente heridos y no estaban en condiciones de moverse. El resto estaba lleno de cortes y magulladuras, incluyendo a Umpa y al viejo Burung, quien tenía un enorme trozo de piel sajado, lleno de sangre y demás. Pero podía seguir adelante.

»Mi padre se llevó a tres hombres; Verner, a dos.

»—Si no llegásemos a vernos más, reciba mi gratitud por su apoyo —dijo Verner fríamente—. Quizá le consuele saber que su participación en este asunto ha sido mucho más importante que la de cualquier oficial medio del ejército indio.

»Una despedida muy alegre, desde luego. Por si fuera poco, la munición de los hombres estaba empezando a escasear. Cada hombre no tenía más de veinticinco cartuchos para su rifle, y mi padre no tenía mucho más para sus revólveres. Verner le despedía con una mano mientras le contaba esto.

»—Nos encontraremos en el puerto, mi querido Ffellowes —fue su única respuesta. Tras decir esto, el hombre de traje blanco desapareció por el otro lado del bosque. Mi padre nunca pensó que este hombre fuera un cobarde. Y sólo llevaba un palo.

»No quedaba otra cosa que hacer que dirigirse al edificio central, el asiento trasplantado del mandamás local, o lo que fuera. Parecía, a través de la neblina matinal, estar en el centro de los prados, contra la colina; y, como había dicho Verner,

había una zanja abierta en el terreno verde más allá, pudiéndose ver la tierra roja con el sol de la mañana. Hasta se podía ver el destello de los raíles. Mi padre estaba en la infantería, pero podía ver un ferrocarril cuando lo tenía delante de las narices. Algo del temor que Verner le había sugerido, ahora se estaba apoderando de él. Sentía como si hubiera algo monstruoso, aunque ambiguo, esperándole. Los barcos que iban y venían afanosamente transportando algo hacia el barco, la serena bahía, el ataque desesperado de las bestias, todo empezaba a encajar. Los raíles que brillaban con el sol y que iban desde el edificio central hasta la mina que había en la colina, terminaron de afianzar esta sensación. Mi padre sintió el miedo que siente todo el que piensa alguna vez en su vida.

»Cuando os digo que mi padre era un antirrevolucionario convencido, y que pensaba que Darwin era un degenerado moral, la cosa se hace más clara. O a lo mejor no.

»Un camino estrecho iba cuesta abajo a través de los campos, o más bien arrozales, pues esto parecía ser lo que cultivaban. Estaba bordeado por matorral denso provisto de espinas, y el grupo estaba constantemente alertado esperando un ataque. Pero no acababa de llegar. En el calor de la mañana, tan calurosa que la neblina oscurecía las colinas que había en la distancia, sólo se oían los aullidos y ladridos a mucha distancia. Cada vez que volvían una esquina, el grupo de hombres ensangrentados y andrajosos tenían la impresión de que iban a ser atacados. Ya no se divisaba el puerto y en ocasiones no se podía ver a más de unos pocos metros delante suya. Pero parecía que esos espantosos monstruos se habían retirado, al menos durante un rato.

»El camino que habían tomado parecía llegar hasta el gran edificio, y una o dos veces pudieron ver el monte abierto detrás de él, por encima de las paredes de matorral que bordeaban los caminos.

»Cuando mi padre estimó que habían recorrido aproximadamente un par de kilómetros, Umpa, su viejo sirviente que iba por delante, levantó la mano para avisar. Se quedaron quietos, y luego Umpa hizo señas a mi padre para que se unieran a ellos. Cuando mi padre se agachó a su lado, se abrió una vista increíble ante sus ojos.

»Ante ellos había una pendiente suave, césped bien cortado que llegaba hasta la terraza de la gran casa que habían visto en la distancia. El camino, que casi era un túnel bajo el matorral, desembocaba en este jardín. Mi padre se asomó y vio otros caminos que desembocaban de semejante manera.

»Pero el edificio era aún más sorprendente. A no ser por la ancha terraza, no era otra cosa que una casa rústica holandesa, del tipo que se puede ver aún en Nueva Zelanda, aunque mucho más grande. El tejado acababa en pico, tenía paredes estucadas, con vigas de madera entre la estuca, e incluso tenía contraventanas de madera cubriendo grandes ventanas en arco. Los pequeños balcones estaban a rebosar

de macetas con flores brillantes, y cerca de la puerta había grandes parterres geométricos, también repletos de flores brillantes. Sólo faltaba una sirvienta rubia espantando a las gallinas de la escalera. Era difícil de imaginar un edificio más extraño en este lugar.

»No salía humo de la chimenea de ladrillo, y no había señales de vida. Mi padre no sabía qué pensar, pero tenía sus órdenes, y les hizo una seña a sus hombres para que le siguiesen. Mitad agachados, mitad corriendo, cruzaron el jardín, intentando mirar en todas las direcciones al mismo tiempo, esperando que les viniese un ataque desde cualquiera o desde todos los flancos. Estaban a mitad de camino cuando la gran puerta de la casa se abrió repentinamente. Subieron sus armas todos a la vez como si fueran uno solo, y se quedaron quietos. Sin embargo, nadie disparó.

»Ante ellos se hallaba un hombre viejo con barba, con cara sonrojada y pelo blanco como la nieve, que le hacía parecer una versión tropical de Papa Noel, un parecido que no se vio beneficiado por su ropa, que consistía en una chaqueta de algodón sucia y un *sarong* igualmente sucio. A pesar de su vejez, no quedaba ninguna duda sobre la urgencia con la que les llamaba. Sus ojos azules no tenían nada de senil, les miró con una expresión de urgencia y de querer que hiciesen algo, se asomó y miró a su alrededor, lo que les hizo saber lo que quería. Mi padre hizo una señal a sus hombres y en pocos segundos estaban todos en el vestíbulo. La pesada puerta se cerró tras ellos y el hombre echó el pestillo.

»El viejo se dirigió a mi padre en tono cortante. Cuando se dio cuenta de que los sonidos guturales del holandés eran ininteligibles, cambió a un buen inglés, aunque con algo de acento.

»—¿Sólo vienen ustedes? ¡Esto es la locura! Necesitamos al menos un regimiento para enfrentarnos a mi gente. ¿Es que no estaba claro en el mensaje que envié? ¡Y ahora se están marchando! ¡Han llegado tarde!

»Su angustia habría sido cómica si no hubieran visto lo que ya habían visto.

»—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Y qué hace aquí? —quería saber cómo era posible que se hallara con vida y algunas otras cosas obvias.

»Su pregunta dejó atónito al viejo.

»—¿Quién soy? Soy Van Ouisthovan. Ésta es mi aldea, *Kampong De Kan*, mi casa, mi laboratorio. ¿Quién iba a ser?

»Mi padre tenía una memoria excelente. Éste había sido el nombre que Verner había mencionado dos veces, el de un hombre que llevaba, supuestamente, quince años muerto. Estaba claro que Verner no lo sabía todo, a pesar de su aire de superioridad. Pero el hombre estaba tirando de la manga de mi padre.

»—¿Es que no vinieron en respuesta a mis mensajes? ¿No saben lo que ha estado ocurriendo? Han estado luchando..., es obvio que han luchado con mi gente. ¿Por qué han venido, si no es para pararlos? Y Dios mío, ¿por qué tan pocos?

»En pocas palabras mi padre le contó la historia de lo que les había ocurrido en los días anteriores. El viejo escuchaba atentamente mostrando gran agilidad mental.

»—Ya veo... Posiblemente no llegase mi mensaje. Pero en cualquier caso, ese otro caballero británico sabe algo. Hubo un alboroto hace cuatro días y Grixchox (o algo por el estilo) no me quiso decir de qué se trataba. Así que logró escapar. Desde luego que es un hombre valiente por venir a enfrentarse a *la gente* solo. Usted le encontró y, de alguna manera, logró tomar el mando sobre usted y su nave.

»Sus ojos se volvieron pensativos y luego volvieron a enfocar.

»—Escuche, todo está en el barco allí afuera. No debe salir. ¿Me entiende? He sido un prisionero aquí durante mucho tiempo. Pero ellos no me matan. Todavía se acuerdan de que yo les enseñé. Pero no saben todos mis secretos. Me asustaron cuando empezaron a aprender. Les enseñé pocas cosas, pero ellos son inteligentes. Me querían hacer creer que era su dios, pero tramaban entre ellos constantemente. Un día mataron a todos mis chicos de Java. Sí, y a sus mujeres e hijos. Sólo me salvaron a mí, pues todavía les puedo enseñar algo. No olvidan que sin mí no pueden existir.

»Sin decir más, les llevó al interior de la casa, que se metía dentro de la colina y era mucho más grande de lo que aparentaba por fuera. Era una casa preciosa, con cuadros antiguos en las paredes, el suelo impecable, alfombras de palma y demás.

»Finalmente, Van Ouisthovan se paró ante lo que parecía un trozo de pared entre dos grandes puertas. Murmurando algo para sí mismo en tonos suaves, el viejo recorrió la pared con los dedos, una pared hecha con listones de madera de distintas tonalidades. Luego soltó un suspiro de satisfacción y apretó fuerte. Silenciosamente, se deslizó hacia un lado un gran panel, y ante ellos se encontraba una especie de armario empotrado. Dentro había diversas formas cubiertas con una pesada lona. El holandés destapó los objetos y todos se quedaron boquiabiertos.

»Engrasada y brillante, sobre su trípode, se encontraba una preciosa metralleta de bronce con un mecanismo de carga por embudo. Era un modelo pequeño, inventado para ser usado por vuestra policía en Nueva York, creo; pero había tantas circulando por los ejércitos británico e indio, que mi padre ya estaba familiarizado con su funcionamiento. Detrás había una pila de cajas, envueltas, que no podían ser otra cosa que municiones. Al lado había un armario lleno de rifles Martins con su correspondiente munición.

»—¡Sacadlo en seguida! —gritó Van Ouisthovan—. Tenemos que bajarlo al puerto, para que esos imbéciles aprendan lo que aún no han tenido ocasión de aprender. ¡Pero de prisa! Ese yanqui ladrón que capitanea el *Matilda Briggs*, se los llevará a todos si no nos damos prisa. Llevan varios años dándole mi oro.

»En pocas palabras mi padre les dijo a los otros lo que quería. Un hombre llevó cuatro cajas de municiones para el arma. Los otros dos llevaron el arma, uno de ellos, Umpa, además llevaba el trípode y una caja. Mi padre se colgó dos rifles y le dio otro

al holandés, y tomó un bolso de cartuchos para los rifles. Iban todos cargados, aunque no lo suficiente como para impedirles ir a toda prisa. La urgencia de lo que estaban haciendo —a pesar de que mi padre sólo entendía la mitad— era una cosa que estaba clara para todos.

»A medida que salían por la puerta delantera, mi padre se quedó admirado al ver cómo el viejo sacó una gran caja de cerillas del bolsillo de su chaqueta y con calma prendió fuego a la pantalla de bambú que había justo en la entrada. A medida que se prendía, Van Ouisthovan se dirigió a mi padre y dijo:

»—Debe desaparecer. Todo. Si alguno sobreviviese, que no tenga a dónde volver. Hay que quemarlo todo. Así debe ser. Aquí empezó todo.

»No había otra cosa en su mirada que el más puro convencimiento de lo que estaba haciendo, y papá lo estaba pasando mal sólo de pensar lo que debía estar costándole hacerlo, pero sabía algo de historia, y se acordaba de los hombres que alegremente inundaron sus campos de cultivos en 1587 para hacer retroceder al ejército español del Príncipe de Parma.

»Sin decir más, los cinco partieron a través del jardín y por un camino, esta vez en dirección al puerto. Tras ellos se levantaba una columna de humo negro que salía de la puerta y empezaba a subir con el calor que hace en esos días neblinosos en los trópicos.

»Entraron en otro camino y se oía en la distancia, a través del aire matinal, un disparo, más tarde seguido de otros. Sin intercambiar ni una sola palabra, todos empezaron a correr como si no les pesasen sus cargas. La edad de Van Ouisthovan era un misterio para mi padre, pero no se quedaba atrás, su barba blanca cortando el aire y su arma presta para disparar.

»El camino sobre el que estaban era mucho más ancho que el que habían usado para acercarse a la casa y estaba completamente liso de tanto uso. Estaban totalmente alertas, los dos europeos en los flancos y delante de los demás. El tiroteo de los rifles continuaba en la distancia y se hacía cada vez más fuerte a medida que se acercaban. Era imposible calcular cuánto tiempo habían estado corriendo, pero de repente salieron a un espacio abierto y vieron un panorama que quedó grabado en sus memorias. Mi padre podía describirlo, después de su quinto vaso de oporto, como si hubiera ocurrido el día anterior.

»Ante ellos se hallaba la pequeña bahía, una franja de arena amarilla, que bordeaba las azuladas aguas. A unos cientos de metros de la orilla estaba la embarcación anclada, un barco viejo. La pintura marrón de su casco se estaba pelando, las velas remendadas estaban medio subidas y no se movían por la falta de aire. Entre este barco y la orilla se encontraban tres barquitos, movidos por remos, y todos dirigiéndose al barco grande.

»Directamente delante de mi padre y su grupo, Verner y los tres marineros se

estaban enfrentando a los monstruos. Era una situación curiosa. Los tres marineros, incluyendo a Burung, estaban tumbados, disparando a intervalos, al unísono, y sólo cuando las bestias atacaban. Sus municiones debían de estar prácticamente agotadas. Detrás de ellos, Verner estaba apoyado en su bastón, y daba la imagen de estar casualmente esperando a alguien en cualquier esquina, como si se aburriese infinitamente con todo el asunto. Sus ropas raídas hasta parecían algo, a pesar de las roturas y las manchas. Mi padre no le tenía ningún aprecio, sino más bien lo contrario, sin embargo siempre tuvo cuidado para dejar claro que siempre sabía guardar la apariencia de caballero, fuese cual fuese la circunstancia.

»Había cuerpos en la arena entre Verner y sus hombres y *la gente*. Cuerpos enormes cubiertos de pelo pardo-amarillento, grandes dientes de marfil fijados en caras de muerte, extrañas manos peludas aún agarradas a cuchillos rudimentarios. Detrás estaban el resto de ellos, los grandes machos en círculo, con las caras espantosas dirigidas a sus enemigos, sus ladridos y aullidos llenaban el aire. Cuando mi padre los vio, estaban preparando otro ataque. Detrás del círculo de bestias rugientes, había unas bestias más pequeñas, muchos de ellos no más grandes que un niño. Algunos de la gente, habían sido traídos del barco grande a causa de sus hembras e hijos».

Mientras oíamos la historia, aquellos de nosotros que conocíamos a Ffellowes vimos algo que habíamos tenido pocas oportunidades de ver. El hombre lo estaba sintiendo. Mientras contaba los momentos finales de su historia, estaba auténticamente conmovido. Ilustraba su narración con rápidos movimientos de mano, y había hasta sudor en su frente. Cualquiera que fuese el grado de veracidad de estas truculentas historias, y hace mucho que no pienso en el tema, no había ninguna duda de que las vivía. Y se supone que estas cosas le pasaron a su padre mucho antes de que cualquiera de nosotros hubiera nacido.

Siguió narrando:

«Mi padre no perdió el tiempo. Con varias órdenes escuetas fue montada la metralleta, y papá se acomodó tras ella. El viejo Umpa se encargó de la munición y ya había vaciado la primera caja de municiones en el embudo.

»—¡Agáchese, Verner, contra el suelo! —gritó papá.

»Verner estaba dándoles la espalda y se cayó como si le hubieran pegado un tiro. Al estar ya los demás tumbados, quedaba un campo libre para disparar. Papá empezó a hacer girar la manivela.

»El ruido de la metralleta ahogó cualquier otro sonido y mi padre barrió a un lado y luego a otro con tanta frialdad como si estuviese entrenándose en un campo de tiro.

»El viejo Umpa, con su semblante oscuro, lleno de cicatrices y completamente inexpresivo, abría las cajas y vaciaba los cartuchos dentro del embudo como si

llevara años haciéndolo todos los días. El resultado fue apabullante. Las bestias peludas caían como bolos, y tan pronto caían los de delante, los de atrás les seguían. Todo había acabado en cinco minutos.

»Mi padre dejó de disparar y quedó una nube de humo azulado flotando en el aire. El agua de la orilla estaba roja, como la arena. Parecía un matadero. Los cuerpos enormes encontraron una muerte sangrienta como tantas ratas, a los que se parecían, a no ser por el tamaño.

»Verner se levantó de la arena y sacudió su ropa con gran precisión. Sus tres compañeros se levantaron también, el viejo Burung el primero, y empezaron a andar hacia nosotros.

»—Ha justificado con creces la confianza que había depositado en usted, capitán —dijo en su tono helado habitual—. Esos bichos canallas estuvieron a punto de acabar con una carrera no exenta de distinción. ¿Y quién es éste?

»Fue un gran placer para mi padre presentar a Van Ouisthovan al señor Verner, aunque éste se mostró tan imperturbable como de costumbre.

»—Veo que las noticias sobre su muerte, *mijnheer*, habían sido un tanto exageradas —la voz de Verner era incluso más fría de lo que solía ser—. Tiene usted muchas cosas que explicar. Ha puesto en peligro a la raza humana por meterse en cuestiones que es mejor dejar para la Divina Providencia.

»Su regañina, sin embargo, pasó inadvertida. Pues incluso Verner se había olvidado del barco. Ahora, con un grito, el holandés señaló, y todos nos acordamos del barco. Ya estaba navegando lentamente, las velas cuadradas hinchadas sobre los mástiles. El *Matilda Briggs* estaba saliendo a la mar. Los tres barquitos de remos estaban a la deriva.

»Fue una escena preciosa. Estaba el barco marrón, con el encanto que sólo puede tener un barco cuando está navegando, las aguas azuladas, la franja de palmeras en la orilla, y luego la mar abierta que se divisaba más allá de la boca del puerto. ¡Pero, era espantoso! A mi padre se le había dicho que este barco no podía escapar bajo ningún concepto. Y allí estaba, saliendo tranquilamente a la mar y ellos no podían hacer nada. La metralleta no tenía competencia en distancias cortas, pero no valía para nada más allá de doscientos metros, y el barco ya estaba a más del triple de esta distancia. Todos se quedaron en silencio viendo cómo se alejaba. Y vieron cómo desapareció.

»Por la esquina norte del puerto, se vio la proa de un pequeño barco de vapor negro con la parte superior pintada de blanco. En cuanto hubo aparecido, empezó a disparar, primero con los cañones de proa y luego con los de popa en cuanto pudieron apuntar al objetivo. No era grande pero llevaba el azul, rojo y blanco de la marina holandesa. En silencio, la pequeña muchedumbre de la playa vio cómo aniquilaban al *Matilda Briggs*. Los dos cañones del barco no eran de gran calibre, pero la embarcación era frágil, construida de madera, vieja y muy usada. Sus mástiles

cayeron en los primeros segundos, y estaba envuelta en llamas a los pocos instantes por los impactos que recibía.

»El barco de guerra disparaba sin titubeos y sin descanso. Cuando por fin paró y el eco de sus cañones ya no resonaban en el aire, no quedaba nada en la superficie, nada más que una mancha de aceite, trozos de madera, y las aletas de incontables tiburones.

»—No esperaba menos de la armada holandesa —siguió el comentario didáctico de Verner sobre el hombro de mi padre—. Es increíble que una patrullera tan diminuta haya sido capaz de salvar a toda la humanidad. Llegó justo a tiempo —añadió.

»Pero mi padre no estaba realmente escuchando a Verner. Estaba observando a Van Ouisthovan. El viejo estaba paseando lentamente por la playa hacia la pila de cadáveres de la gente, los machos, delante de sus hembras y su prole. Sin saber por qué, mi padre le siguió mientras bordeaba la masa de bestias muertas y avanzaba lentamente cabizbajo, mirando el último montón cerca de la orilla.

»Mientras mi padre estaba silenciosamente tras él, el viejo empezó a separar los cuerpos en el último montón, el que estaba más cerca del agua, sin prestar atención a la sangre todavía caliente que manchaba sus brazos y ropa. Persistentemente, tiraba y cargaba, apartando los enormes cuerpos, hasta que al final encontró su recompensa.

»Algo se movió bajo sus manos, y sus movimientos se hicieron más ajetreados. Mi padre sacó una de sus pistolas y se quedó esperando, preparado para cualquier eventualidad.

»Asomó una pequeña cabeza con nariz achatada de debajo de una de las formas mayores, y salió a la luz del día un bichito pequeño y cubierto de suave pelo. No tenía más de un metro de estatura. En una mano sujetaba algo plano, pero extendía la otra hacia Van Ouistrovan, chirriando como si quisiera comunicar algo. El hombre al cual se dirigía permaneció en silencio y sus hombros parecían estar aún más caídos en esta ocasión, si cabe. Entonces, Van Ouistrovan extendió una mano hacia mi padre, sin mediar palabra. Sin decir nada, como si estuviera prohibido hablar, mi padre le dio la pistola. Vio cómo los ojos de Van Ouisthovan derramaban lágrimas. Hubo un disparo. Mi padre confesó que había cerrado los ojos ante esta situación. Luego hubo un segundo disparo.

»Cuando papá se atrevió a mirar de nuevo, había dos figuras entrelazadas. El viejo holandés estaba abrazado al último pequeño con una bala en su propio cerebro. Al lado se encontraba el objeto que el pequeño sujetaba tan firmemente. Mi padre lo movió con el pie. Era una cartilla holandesa, brillantemente ilustrada en color, con dibujos de niños holandeses jugando.

»La siguiente escena del drama tuvo lugar en el camarote del capitán del barco de Su Majestad de Holanda, el *Dolfjin*. Navegaban a lo largo de la costa en busca del

prau de mi padre. El oficial holandés había dejado ya de hacer preguntas, y la interminable voz de Verner estaba narrando la historia. A través de una niebla de fatiga mezclada con irritación, mi padre intentó seguir lo que decía el hombre. Su aversión hacia la personalidad de este hombre sólo se vio paliada por una verdadera admiración ante su perseverancia y sus logros.

»—Se hace claro, para todos los aquí presentes, que nada de esto debe llegar a más personas que las contadas autoridades, que de alguna manera ya saben algo de este asunto. Si contáramos todo, me temo que algunos científicos sinvergüenzas intentasen reproducir el trabajo de Van Ouisthovan. Este hombre tenía un buen título de Leyden, pero aparte de su persistencia, no se puede decir que fuera un genio, y es muy probable que...

»A estas alturas, mi padre hizo un gesto cortante e incluso soltó algún juramento cuando se acordaba de cómo había muerto el hombre.

»—Mi querido Ffellowes —dijo Verner, perdiendo su voz algo de la sangre fría habitual—. Nadie más que yo puede comprender mejor el terrible dilema al que estaba sometido ese hombre. El mismo, a la fuerza, tenía que destruir lo que había creado. Sus últimos momentos, que yo también observé, estaban cargados de remordimiento y dolor. Pero ¿qué otra opción le quedaba? ¿Y nosotros? Sus acciones finales, aunque pudieran parecer terribles para un observador, eran la única solución para equipararse con los líderes de la raza humana.

»Mi padre no dijo nada. Estaba demasiado hundido en el cansancio y la tristeza para seguir discutiendo. Sin embargo, la mano de Verner se posó en su hombro, y él sentía la simpatía que no podía expresarse de otra manera, ni a los muertos ni a sí mismo. Hubo un silencio total.

»—Para resumir —continuó Verner, cortando su aguda voz quejumbrosa cualquier debate—, los hechos son incuestionablemente singulares. Surgen, de hecho, de unas cuentas impagadas de una empresa de Manchester que fabrica maquinaria. Esta empresa, cuyo nombre es a todas luces irrelevante para esta historia, retuvo a su vez a la firma Morrison, Morrison and Dodd —los que contrataron mis servicios—, que no sólo son tasadores de varias empresas dedicadas a la fabricación de maquinaria, sino que también son aseguradores, en una rama subsidiaria, de las mismas. En definitiva, las cuentas de la compañía original no estaban siendo pagadas. Una cuenta bancaria estable y de confianza dejó de pagar las facturas sin previo aviso. Una cosa imperdonable en el mundo de los negocios. Morrison, Morrison and Dodd fueron llamados y se encontraron en la mar, literal y figurativamente. La cuenta estaba en la gran isla holandesa de Sumatra. Se debían unas diez mil libras esterlinas. Cuando se solicitó ayuda a los holandeses, dijeron que no podían hacer nada. La zona en cuestión era remota y apartada, en una costa llamada Tapanuli. Pocos barcos pasaban por allí. En cualquier caso, el gobierno holandés no podía perseguir una

empresa en bancarrota por encargo de una empresa británica. No se comprometieron. Pero no infravaloréis la persistencia de un hombre de negocios británico. Son capaces de seguir una deuda hasta el final. De aquí mi intervención en esta cuestión, provocada por motivos tortuosos y un deseo personal, dicho sea de paso.

»—Cuando se me planteó el tema, no tenía el más mínimo interés. Parecía carecer por completo de cualidades positivas. Yo me resistía a que se me contratara, pero hice algunas averiguaciones preliminares. En este sentido, frecuenté algunos de los tugurios favoritos de los muelles londinenses, donde era posible averiguar información sobre estas partes del mundo si se sabía esperar con paciencia.

»—Mi paciencia obtuvo recompensa. Las palabras de un marinero indio moribundo en un sótano de descripción espantosa me motivaron a aceptar el caso. Lo que este hombre me dijo era ambiguo y desde luego era difícil sacar conclusiones. Sin embargo, me trajeron aquí, al este. Pues, al hablar de esta zona de la costa donde nos encontramos ahora dijo algo de gran interés.

»—No vaya allí —dijo medio ahogándose—. Es la tierra de los no-hombres. Los hombres como usted o yo son matados en cuanto son vistos.

»—Así que, con la ayuda de personas importantes que estaban en deuda conmigo y cuyos nombres no mencionaré en este barco, obtuve el derecho de viajar por donde quisiera en esta isla. Y también la posibilidad de contar con la ayuda de algún barco holandés. De hecho, tenía poder para ordenar a mi colega aquí presente que hundiera cualquier cosa que viera en movimiento en esta costa.

»—De esta manera llegué indirectamente —continuó diciendo Verner— a un tal Cornelius Van Ouisthovan, el deudor original de mis empleadores. Se presumía que este hombre estaba muerto. Ni un solo pariente suyo había recibido noticias suyas en años. Pero —y era un gran *pero*— había encargado maquinaria de minería, maquinaria de ferrocarriles y otros tipos de maquinaria, y no había pagado nada, por lo menos a partir de un cierto momento.

»—Me encontré con una curiosa ecuación difícil de resolver, en la que se hallaba este caballero holandés desconocido hasta este momento y cuyos antecedentes tuve grandes dificultades en averiguar. Además, estaba la maquinaria impagada y, finalmente, a medida que me acercaba a la región en cuestión, oía más y más rumores acerca de una tierra donde los hombres no eran bien recibidos.

»—Tan curiosas eran las circunstancias, que decidí investigarlas en persona. Y así lo hice, y los resultados fueron los que usted conoce. Me encontré prisionero de esas bestias que el viejo llamaba *la gente*.

»—Conseguí escapar e incluso huir del puerto en una de las naves nativas cuyo anterior dueño, sin duda un pescador inocente, fue asesinado por *la gente*. Estas naves estaban en la playa, pues su utilización resultaba demasiado complicada para ellos.

»—No he tenido la fortuna de poder ver los apuntes de Van Ouisthovan, pero creo poder intuir la mayor parte de lo ocurrido.

»—Este hombre era un biólogo, y uno de extraordinaria paciencia. Crió algún tipo de roedor nativo, sin duda el *Rhizomys sumatrensis*, el que localmente recibe el nombre de rata del bambú, hasta que éstos alcanzaron un tamaño extraordinario. En mis días de estudiante en Barts, recuerdo haber visto varios géneros de roedores, y recuerdo haber notado que esta especie en particular tenía unas patas bien desarrolladas, muy parecidas a manos.

»—Las manos llegan antes que el cerebro. Esto, por lo menos, es la opinión más reciente. Sin órganos para agarrar, nuestro peculiar cerebro humano no tendría ninguna utilidad. Así que el viejo recluso siguió con su trabajo. Y por lo que usted me dice, Ffellowes, tuvo éxito.

»—El cerebro de estos bichos aumentó mucho de tamaño, y ya antes eran bastantes inteligentes. Un investigador del Museo Británico dedujo que ya hay alrededor de cuatro mil especies de roedores en el planeta. Pero si nos van a suplantar, que sea a su debido tiempo. Incluso el viejo pensaba así al final de su vida».

«Y con esto» dijo Ffellowes, apagando su puro «acaba el relato, o cuento, si lo prefiere, Williams. Mi padre volvió a su nave y continuó su travesía por las islas, y este incidente no consta en ninguna parte, a no ser que se encuentre escondido en algún archivo del Reino de Holanda. Eso es todo».

Hubo un silencio más largo esta vez. Fue roto por el miembro más joven, quien empezó todo esto en un principio.

«Pero, brigadier, con todos los respetos, hay algo de familiar en todo eso. ¿Quién era este Verner o como se llame? El también parece un personaje de ficción».

La respuesta de Ffellowes fue bastante típica. Se quedó mirando al joven fríamente aunque no enfadado.

«Es posible, sin duda. Pero como yo nunca he leído literatura sensacionalista, me temo que no estoy en posición de confirmárselo. No tuve otra fuente que las palabras de mi padre. ¡Siempre me pareció que eso era más que suficiente!».

Tras un silencio aún más largo, nos dimos cuenta que el brigadier se había marchado tan discretamente como siempre. Y como siempre, nadie más parecía tener nada interesante que decir.

La aventura del extraterrestre

Mack Reynolds

Como todos los buenos sherlockianos creen firmemente que Holmes es inmortal, aunque no necesariamente joven, se deduce que algunos de los casos de Holmes tuvieron a la fuerza que transcurrir en su vejez. Consecuentemente, aunque un Holmes senil sería una contradicción, hay que contemplar esta posibilidad.

Mi compañero levantó la cabeza lentamente de la jugada de ajedrez sobre la que llevaba un rato pensando. Sus dedos, torcidos por la edad, soltaron el caballo —yo sospeché que había simplemente olvidado de qué sitio lo había levantado— y se echó hacia atrás.

Su cara antaño delgada y aguileña trabajó laboriosamente antes de emitir un cacareo.

—Estamos a punto de recibir invitados, doctor.

Londres estaba perdida en la niebla. Una espesa cortina otoñal aislaba la ciudad de nuestros cuartos en Baker Street. Al principio sólo se oía un tenue susurro producido por el tráfico lejano como pulso de la ciudad y los pequeños ruidos que producía el goteo de agua; luego oí el ronroneo de un vehículo pesado, que pasaba a poca distancia, se paraba y luego seguía.

—Debe estar buscando este número —balbuceó el viejo detective—. ¿Quién más podría ser a estas horas?

—¿Quién más? —dije yo. Algunas veces me da la impresión de que se cree que vive de nuevo esos días de hace más de medio siglo, cuando los clientes llegaban continuamente a extrañas horas de la noche. Me he preguntado si no fue un error dejar que sus parientes me convencieran para volver a las habitaciones de 221B Baker Street para acompañarle en sus últimos años. Me habían explicado, de manera muy convincente entonces, que el sabueso octogenario nunca había estado contento en la granja de abejas de Sussex, a la cual se había retirado a la edad de sesenta años en 1914.

Hablaba mientras escuchaba atentamente.

—Se ha bajado de su coche a sólo unas cuantas puertas de distancia. Se ha acercado a la puerta. Ha apuntado con su linterna al número. ¡Ah!, ése no es el número que buscaba, pero no puede estar muy lejos. Ahora... Vuelve al coche, pero no se mete dentro. Está demasiado cerca del sitio donde va. Lo cierra con llave. Y aquí llega, ya está aquí.

Francamente, yo pensaba que el vejete estaba hablando dormido, pero sus antaño

atentos ojos estaban fijos en el timbre. Cuando sonó, sonrió con gran satisfacción, se levantó, echó mano de su bastón y lentamente avanzó hacia el telefonillo desde el cual invitó a su visitante a subir.

A los pocos minutos tocaron en la puerta y yo crucé la habitación para abrirla.

Pasó el umbral un hombre joven, de pelo oscuro, cuya cara recién afeitada estaba parcialmente tapada por las gafas de asta de cristales oscuros. Estaba vestido a la moda y su traje hecho a medida le era de una gran ayuda para esconder su peso excesivo. Daba la impresión de ser una persona que abusa del buen comer y de los cabarets.

Mi compañero, en un estallido de lucidez que me sorprendió, dijo alegremente:

—¡Ah! Un placer volver a verle, señor Norwood. ¿Y cómo está su padre, sir Alexander?

El recién llegado se quedó mirándolo atónito.

—Por el amor de Dios. Han pasado treinta años desde que usted me vio en 1903. Yo era un niño de cinco o seis años. Había esperado tener que presentarme, incluso para recordarle a mi padre.

Riéndose por dentro, mi compañero le señaló un asiento.

—En absoluto, en absoluto. Los detalles del caso sobre el cual trabajé por encargo de su admirable padre están todavía claramente en mi mente. Los recuerdo con toda claridad. Siempre me acuerdo del caso como..., espere un momento..., *El enigma de la mansión de Closton*. En cuanto al reconocimiento de sus rasgos, le puedo asegurar, jovencito, que se parece usted mucho a su padre. Es clavado a él, como dicen los americanos. ¿No es eso lo que dicen los americanos, doctor?

—No sabría decirle —dije tranquilamente. La verdad es que era su hora de acostarse, y no me gustaba que los invitados le mantuvieran levantado.

El detective retirado se bajó lentamente hasta quedar sentado en su silla y estiró la mano en busca de su pipa y su tabaco. Sabía de sobra que no debía fumar tan tarde por la noche. Sonrió con satisfacción, sospecho que sólo para fastidiarme, y dijo:

—Supongo, jovencito, que ha venido aquí por interés personal y no por encargo de sir Alexander. ¿No?

El recién llegado levantó la vista y me miró.

Mi amigo se rió con una risa que sólo puedo calificar de pueril y dijo:

—El doctor es mi más apreciado ayudante —nos presentó y luego encendió su pipa, dejando caer la cerilla al suelo, mientras comentaba a través del humo—. Es tan discreto como yo. ¿Eh? Tan discreto como yo.

Nos miramos educadamente el uno al otro y el jovencito empezó a contar su historia.

—Señor, mi padre le tiene mucho respeto.

—Es un sentimiento mutuo. Recuerdo a su padre como un hombre íntegro y con

un sentido del deber extraordinario y de gran humanidad.

Se rió de nuevo, y yo sospeché que estaba disfrutando como un niño por estar haciendo las cosas tan bien delante de mí.

Tuve la sensación, sin embargo, de que Peter Norwood no estaba demasiado complacido con estas palabras de mi amigo. Titubeó antes de decirle:

—Pues entonces le desagradará saber que hay evidencia de que a mi padre le está empezando a fallar la mente.

Una sombra recorrió la cara del antaño detective.

—Desde luego que sí. Sus palabras me entristecen. Pero, veamos, sir Alexander debe estar bien metido en los setenta.

Cualquiera que le oyese nunca sospecharía que él es una década mayor, ¡qué viejo hipócrita!

Norwood asintió.

—Setenta y ocho —titubeó de nuevo—. Me preguntó si mi visita era personal o de parte de mi padre. Lo cierto es que vengo de parte suya, pero será mejor que me considere a mí como su cliente.

—¿Ah, sí? —balbuceó mi anciano compañero, juntando las yemas de los dedos como en los viejos tiempos, y he de admitir que había una mirada inteligente tras esos ojos húmedos. A pesar de su edad, todavía había algo del sabueso en su interior que anunciaba la persecución que esta por venir.

Peter Norwood sacó sus gordos labios casi poniendo cara malhumorada.

—Se lo diré claramente, señor. A mi padre sólo le quedan unos pocos años de vida y está a punto de despojarse frívolamente de la mayor parte de su fortuna.

—¿Es usted su heredero?

Norwood asintió.

—Su único heredero. Si mi padre malgasta la fortuna familiar en los últimos años de su vida, yo seré el único perjudicado.

La boca de mi amigo hizo algunos amagos antes de funcionar bien.

—¿Malgastar frívolamente? No me parece que su padre fuera capaz de hacer algo así.

—Mi padre está contemplando la posibilidad de donar la mayor parte de sus bienes a un grupo de charlatanes y, si me lo permite, una panda de locos. Se llaman a sí mismos la Sociedad de Defensa Mundial —al decir esto, Peter Norwood no pudo evitar hacer una mueca. Nos miró, primero a uno y luego a otro—. ¿Sabían de su existencia, quizá?

Los dos agitamos la cabeza negativamente.

—Por favor, aclárenos más.

—Este grupo y mi padre, que es un miembro privilegiado, son de la opinión de que hay seres extraños en Londres.

—¿Seres extraños? —dije yo—. ¿Pero cómo se puede dudar? Por supuesto que hay seres extraños en Londres.

Peter Norwood volvió sus ojos hacia mí.

—Alienígenas del espacio —dijo—. Extraterrestres —se echó las manos a la cabeza—. Hombrecillos de Marte. Naves espaciales, supongo. Ese tipo de tonterías.

Hasta mi amigo se sorprendió de esto.

—¿Y me dice que sir Alexander apoya estas creencias? ¿Por qué?

La cara redonda del joven reflejaba su gran disgusto.

—Tiene una amplia colección de pruebas. Ha dedicado los dos últimos años a acumularlas. Platillos volantes, objetos voladores no identificados. El caso de Gaspar Hauser. Ese tipo de cosas. Todas tonterías, claro.

El viejo detective se echó hacia atrás y cerró los ojos, y por un momento pensé que se había dormido, como suele hacer cuando se cansa o se aburre con la conversación. Pero dijo muy lúcidamente:

—¿Me dice que viene de parte de su padre?

—La verdad es que fui yo quien propuso la idea en primer lugar —admitió Peter Norwood—. Como ya le he dicho, mi padre tiene un respeto considerable por sus métodos, señor. No negaré que hayamos tenido varias discusiones acaloradas sobre su manía. Durante la última le sugerí que, como tiene una opinión tan estupenda de usted, contratara sus servicios para investigar la presencia de estos alienígenas. Como resultado de esa discusión estoy aquí, para contratarle de su parte para que busque a esos... pequeños hombrecillos verdes de Marte.

Mi amigo abrió sus cansados ojos.

—Pero usted me dijo que debía considerarle como mi cliente.

Peter Norwood extendió las manos.

—Soy consciente, señor, que usted ya se ha retirado hace mucho. Sin embargo, le suplico que acepte este caso. Que finja estar realmente buscando a estos extra terrestres, persiguiéndoles por Londres, y que luego informe a mi padre que a pesar de la meticulosidad de su búsqueda no ha encontrado a los supuestos alienígenas. Ni que decir tiene que le recompensaré ampliamente.

Creí entender de qué se trataba.

—Entonces usted quiere inventarse un supuesto informe de una investigación y presentárselo a su padre, esperando que eso sea suficiente para curar su neurosis.

El joven agitó su cabeza negativamente.

—Eso no sería suficiente, doctor. Mi padre no es un hombre fácil de engañar. La investigación tendría que llevarse a cabo, y una investigación seria, que él pudiera ir siguiendo paso a paso. Si no, el viejo atontado se daría cuenta de que está siendo engañado.

El término *viejo atontado* se le escapó, pero en cierto sentido comprendía a Peter

Norwood.

Mi compañero estaba meditando profundamente, o dormitando. No podía recordar la aventura que él decidió llamar *El enigma de la mansión de Closton*, pero estaba claro que su estima por sir Alexander debía ser grande y que estaba dividido por esta estima y la posición lógica de su hijo.

No estaba dormido. Dijo lentamente:

—Aparte del hecho de que me he retirado, éste no es el tipo de cosa en el que solía trabajar —parecía malhumorado.

—Claro que no —admitió el otro defensivamente—, pero lo que usted quiera cobrar es... —Norwood parpadeó tras sus lentes, pero consiguió sujetar la lengua.

El octogenario chupaba su pipa, irritado y nervioso. Al final balbuceó:

—Supongo que su padre quiere que vaya a Closton Manor para discutir mi empleo en este proyecto. ¿No?

Yo solté un bufido. Esta idea era ridícula. El sabueso de otros tiempos apenas salía de las habitaciones excepto para dar un pequeño paseo en esta misma calle para hacer algo de ejercicio.

—Eso, supuestamente, fue el objetivo de mi visita. Llevarle a casa para que él pudiera tratar todo este asunto con usted. Sin embargo, me doy cuenta que un viaje de ese tipo...

Para mi sorpresa, el anciano detective dio un golpe en el brazo de la silla y dijo:

—Jovencito, espéreme en su casa mañana por la tarde.

Antes de que yo pudiera protestar, Peter Norwood se había levantado. Estaba manifiestamente complacido.

—No se arrepentirá de esto, señor. Me haré cargo de que su tiempo no sea malgastado, al menos en lo económico.

La cara anciana intentó hablar sin éxito. Era obvio que el joven suponía que su propósito era justificable y que el sabueso había perdido casta por su decisión.

Acompañé a Norwood hasta la puerta en silencio.

Cuando volví permanecí de pie al lado de mi amigo y dije:

—Vamos a ver lo que va a ser esto...

Pero él frunció el ceño tozudamente y dijo lo que voy a describir en un tono charlatán:

—No hay ninguna razón que me impida hacer el viaje al campo para tomar un poco el aire, doctor. No entiendo por qué usted se cree que está mejor físicamente que yo. Si tiene prácticamente la misma edad.

Yo le respondí con intención de ser hiriente:

—Quizá mi buen estado físico en comparación con el suyo se deba al hecho de que cuando era jovencito y estaba destinado en el Medio Oriente hice del yogur parte de mi dieta diaria, mientras usted hacía lo mismo, pero con una aguja hipodérmica y

cierto alcaolide cristalino, que no mentaré.

—Conque yogur, ¿eh? Je, je... —se rió de tal manera que reafirmaba todo menos su caducidad. Sacó la mano para coger su violín, probablemente por haberse olvidado de que tenía dos cuerdas rotas.

A pesar de mis protestas, a las diez de la mañana nos subíamos a un tren hacia Durwood, la aldea más cercana a aquella casa ancestral, la mansión de Closton, de la familia Norwood. Busqué su título en los libros y averigüé que era antiguo y distinguido, concedido originalmente en el campo de batalla en Tierra Santa por Ricardo I. Más recientemente, los portadores del título se habían distinguido en India y Sudán.

Llegamos a Durwood poco después de las doce y seguimos hacia la mansión de Closton en carreta. Un sirviente de mediana edad, encorvado de tanto trabajar, nos esperaba en la estación. Después de presentarse con el nombre de Mullins y diciéndonos que el señor Peter lo había enviado. No volvimos a oír nada de su boca hasta llegar a la mansión.

Entramos en la gran y desordenada casa por una entrada lateral donde nos recibió el mismo Norwood joven, quien nos condujo a través de una escalinata estrecha a las habitaciones de sir Alexander. Debo admitir que mi amigo detective estaba en muy buenas condiciones, habiendo dormido todo el camino desde Londres. Sus momentos más lúcidos, creo, eran inmediatamente después de despertarse.

Sir Alexander estaba sentado en un pequeño estudio bien abastecido de libros, panfletos y viejos manuscritos. Más que bien abastecido se podía decir que estaba sobrecargado.

Sir Alexander estaba sentado en una butaca tapizada, envuelto con una manta de viaje como si tuviera frío. Su barbilla reposaba sobre su pecho y sus ojos hundidos nos miraban por encima de sus quevedos. Un pequeño bigote y barba, ambos canosos, y una franja de pelo gris que sobresalía de la gorra que llevaba, ornamentaban su cara ascética, pálida en la oscuridad de su entorno inmediato.

—¡Ah, mi buen amigo! —dijo con una voz culta y bien entonada.

—Nos encontramos de nuevo —sus ojos brillaban con la juventud de que carecía su cuerpo. Extendió su mano.

El sabueso retirado, usando el bastón como si no fuera más que un accesorio innecesario, le extendió la mano.

—Es un enorme placer volver a renovar nuestra amistad, sir Alexander. ¿Puedo presentarle a mi amigo?

Nos presentó con una elegancia que no había visto en años.

Era mi turno de darle la mano y encontré la suya cálida y firme. Claro que las primeras impresiones a veces engañan. Sir Alexander estaba considerablemente más

lejos de la muerte de lo que nos había hecho creer su hijo.

Peter Norwood dijo:

—¿Prefieres que me marche, papá, mientras comentas tus asuntos con nuestra visita?

El barón hizo un leve gesto.

—Si no te importa, hijo. Te veré a la hora del té, si no antes.

El joven Norwood se inclinó ante nosotros, guiñando el ojo cuando le daba la espalda a su padre, y se excusó.

Cuando nos quedamos solos, sir Alexander rió para sí.

—Peter, me temo, es de los que piensan que estoy un poco pasado de rosca.

El sabueso retirado se sentó cuidadosamente en una silla y rebuscaba en los bolsillos para encontrar la pipa y el tabaco.

—¿Por qué no nos cuenta toda la historia desde el principio?

El otro apoyó la cabeza de lado y le miró con el ceño fruncido y probablemente notando cómo había envejecido mi compañero desde la última vez que se habían visto. Pero dijo finalmente:

—Me temo que estoy en desventaja. No me cabe la menor duda de que sus opiniones ya han sido, en cierto modo, predefinidas.

Yo carraspeé, y si he de contar la verdad, debo decir que me sorprendió su enfoque del problema. Yo había esperado mucha menos firmeza mental, pero no detecté ni una pizca de esto. ¿Cabría la posibilidad de que este hombre hubiera estado tomándole el pelo a su hijo?

Mi compañero estaba llevando la cerilla al tabaco que había atascado en su pipa, y volvió a hablar sobre el tema.

—Yo me considero sin opiniones prefijadas, sir Alexander, como ya sabrá por mi pasado.

El otro enrojeció.

—Perdóneme, mi querido amigo. Si no llega a ser por su destreza hace tres décadas estaría muerto hoy —miró hacia otro lugar durante un rato como si estuviera buscando un punto de partida para su narración.

—Supongo que no hay principio —dijo finalmente—. Esta cuestión me viene llamando la atención a lo largo de toda mi vida adulta. Sólo que le dedico la atención que realmente se merece desde hace muy poco —dudó un rato antes de decirme—. Doctor, si no le importa, pásame ese libro en lo alto de la pila a su izquierda.

Pude alcanzar el libro sin levantarme de la silla.

Sir Alexander dijo:

—Supongo que ambos conocerán a H. Spencer Jones.

Yo dije:

—El astrónomo. ¿No?

El otro levantó el libro.

—¿Conocen esta obra titulada *Vida en otros planetas*?

—Me temo que no —dijo el detective retirado. Yo también agité la cabeza negativamente.

—Déjenme que les lea un párrafo —nuestro anfitrión pasó unas cuantas páginas—. Aquí, por ejemplo.

Empezó a leer:

Con un universo construido a tan vasta escala, parece a todas luces improbable que nuestra pequeña Tierra sea el único hogar de la vida —pasó unas cuantas páginas—. Y aquí parece razonable suponer que dondequiera que las condiciones son propicias, surge inevitablemente la vida. Éste es el punto de vista más ampliamente aceptado por los biólogos.

Empezó a buscar más párrafos.

—No importa —dijo mi compañero—. Acepto lo que me ofrece. Con eso quiero decir que acepto la posibilidad. La posibilidad y no la probabilidad. Quizá existan otras formas de vida en alguna parte del universo. Déjeme decirle, sir Alexander, que el universo es bastante grande.

El vejete se estaba portando, tengo que admitirlo. Yo hubiera esperado verle dormitando a estas alturas.

Nuestro anfitrión asintió.

—Desde luego que lo es. Pero pásame la revista que tiene a su derecha, doctor.

Tomó la revista y empezó a pasar páginas.

—Ah, está aquí. Este artículo fue escrito por un alemán, Willy Ley. Un hombre que está muy interesado en la conquista del espacio por el hombre. Dice así:

... está justificada la creencia de que existe vida en Marte, una densa vida vegetal. Los cambios de color que podemos ver se explican de la manera más lógica y simple, suponiendo que hay una espesa vegetación —se saltó algunas líneas y luego continuó—. De las plantas terrestres, los líquenes posiblemente pudieran sobrevivir si fueran trasladados a Marte y uno puede imaginarse que algunas especies de la flora del desierto del Tíbet pudieran adaptarse. En cualquier caso, las condiciones son tales que la vida, tal y como nosotros la entendemos, sería difícil aunque no imposible.

Sir Alexander paró y se quedó mirándonos con cara interrogante. Yo dije:

—Supongo, sir Alexander, que la presencia de líquenes en Marte, y la posible presencia de vida inteligente en algún planeta más lejano, no implica que haya formas

alienígenas corriendo por las calles de Londres.

El otro se estaba empezando a animar por la discusión. Se echó hacia delante.

—Ah, mi querido doctor, ¿es que no se da usted cuenta de lo principal? Cuando se admite la existencia de la vida en otro sitio hay que admitir las posibles consecuencias de este hecho.

Yo le miré duramente:

—Posiblemente se me escapara algo de lo que usted dijo.

Sir Alexander dijo rápidamente:

—¿Es que no se da cuenta? Si hay vida en otro lugar del universo, tenemos que hacer tres suposiciones. O es menos avanzada que la nuestra, igualmente avanzada o que sea más avanzada que la nuestra.

Mi amigo detective se rió de nuevo.

—¿Eso es todo, sir Alexander?

—Claro. Sin embargo hay que tener en cuenta que el hombre en la Tierra está empezando a extender sus brazos hacia las estrellas. El párrafo de Willy Ley que les cité es un ejemplo de miles de jóvenes que se preparan para la exploración de la Luna y, en un futuro más o menos próximo, de todo el sistema solar. Y sueñan con un futuro viaje a las estrellas —se echó hacia delante de nuevo para enfatizar su sinceridad—. Si admitimos la posibilidad de vida inteligente en otro planeta, entonces tenemos que aceptar que pueden estar más adelantados en su conquista del espacio. Nuestra raza, caballeros, es joven. La otra vida inteligente a lo mejor tiene millones de años sobre su espalda.

Ninguno de nosotros tenía una respuesta. En mi propio caso tengo que decir que eran demasiados datos para asimilarlos todos. Sospecho que mi amigo había perdido el hilo de su pensamiento.

Sir Alexander nos señaló con un dedo delgado para enfatizar sus palabras:

—Si el hombre ya está sentando planes para la exploración más allá de su propio planeta, ¿por qué no pueden haber dado ya esos pasos nuestros vecinos del espacio?

Apenas manteniendo oculta la irritación que sentía, dije:

—Ha expuesto un caso teórico sobre la posibilidad de la existencia de formas alienígenas de vida, y su deseo de llegar más allá de su propio mundo. Pero hasta ahora no nos ha dicho nada concreto. Hasta ahora todo está en el campo de la hipótesis. ¿Tiene usted alguna prueba, sir Alexander?

Nuestro anfitrión tiró la revista sobre una mesa abarrotada de cosas y frunció los labios. Dijo:

—Nunca he tenido la oportunidad de darle la mano a un extraterrestre, amigo mío.

Mi amigo se rió.

—No está mal. ¿Eh?

Se ve que después de todo estaba siguiendo la conversación.

Pero sir Alexander elevó sus canosas cejas.

—Quizá lo haga algún día, doctor. ¿Quién lo sabe? —se volvió hacia mi compañero—. El hombre lleva siglos avistando objetos voladores en el cielo. Mucho antes de los hermanos Wright, muchos testigos de confianza han visto objetos voladores en forma de platillo, de puro, de pelota... Cientos de casos han sido recogidos por Charles Fort, el americano.

—¿Americano? —balbuceó mi amigo—. ¡A dónde vamos a llegar!

—Pero sir Alexander —protesté yo—, todo el mundo sabe que ese hombre es un tonto, un fanático, un charlatán.

Las canosas cejas se elevaron de nuevo.

—¿Por quién, doctor? Supongo que sus adversarios se refieren a él en esos términos. Y aquellos que han elevado nuestra todavía inmadura ciencia al pedestal y gritan rabiosamente contra aquellos que no rezan. Pero hay muchas decenas de miles de personas que consideran a Fort como un cerebro capaz de revelar muchos aspectos de nuestras creencias científicas.

—Yo nunca me he molestado en leerlo —dije con un tono quizá demasiado cortante.

La boca de mi amigo estaba intentando en vano decir algo. Al fin dijo:

—¿Tiene otra evidencia?

El barón señaló con la mano a toda la habitación, llena de miles de manuscritos, recortes de prensa, libros, panfletos.

—Llevo años recolectando datos que en muchos aspectos simplemente duplican los de Charles Fort. Relatos de apariciones extrañas, en tierra y en mar. Relatos de que fueron vistas personas extrañas, animales extraños, fenómenos imposibles.

Yo estaba empezando a impacientarme.

—¿Y usted cree que vienen de otro planeta?

Me miró con el ceño fruncido.

—No me malinterprete, doctor, yo aún no he tomado una posición definitiva. Pero deseo hacerlo pronto. Francamente, estoy dispuesto a ceder la mayor parte de mi fortuna a la Sociedad de Defensa del Mundo si se me demuestra que hay peligro de invasión de nuestro planeta por alienígenas. Hasta ahora, la evidencia que me han presentado es insuficiente para convencerme —se dirigió a mi amigo—. Por eso he acudido a usted. Tengo gran confianza en usted. Si hay alienígenas en Londres como me cuentan mis asociados, quiero saberlo. Si son peligrosos para nuestro modo de vida, quiero contribuir a nuestra defensa.

Miró hacia abajo, a su cuerpo envejecido.

—Desafortunadamente, mi edad no me permite más servicios que la ayuda económica.

No fui capaz de quitar la vista de él. ¿Estaba pidiéndole a un ciego que guiase a otro ciego? Mi amigo, de quien yo sospechaba ya estaba bordeando la frontera de la demencia senil, y yo, éramos casi una década más viejos que él. Pero era cierto, estaba contratándonos porque sus años no le permitían otra actividad.

Sin embargo, mi compañero, con un bastonazo, volvió a la vida repentinamente. Se puso de pie con una agresividad que incluso hace veinte años hubiera merecido admiración.

—Tomaré el caso, sir Alexander —me dio la impresión de que estaba a punto de salir corriendo por las llanuras en busca de hombrecillos verdes.

Ya era demasiado tarde, pero intenté rescatar algo de este desastre en bien del señor Norwood.

—Con una condición, sir Alexander.

La mirada del barón me atravesó.

—¿Y cuál es?

—Le aseguramos investigar lo mejor que sabemos. Pero, si averiguamos que no hay evidencia de tales alienígenas, usted debe prometer abandonar la Sociedad de Defensa del Mundo y todo su interés en formas de vida alienígenas.

Sir Alexander se hundió en la silla y permaneció silencioso durante un rato. Finalmente dijo con la boca pequeña:

—Muy bien, doctor. Confiaré en ustedes dos.

Prácticamente no hubo conversación entre mi compañero y yo en el viaje de ida o venida a la mansión de Closton. Se había dormido en ambos viajes. Desde luego que a la vuelta, agotado por los esfuerzos, roncó tan atrozmente fuerte que tuvimos el compartimento para nosotros solos durante todo el viaje. No fue hasta por la tarde, cuando nos hallábamos sentados delante del fuego, que comentó el caso —si es que se le puede llamar caso a esta farsa— conmigo.

Por encima del arco que había formado con los dedos de ambas manos, cosa que siempre hacía cuando quería fingir que todavía retenía sus facultades, me miró con cara interrogante.

—¿Cuál es su opinión sobre todo este asunto, doctor? —preguntó—. Supongo que tendrá alguna opinión formada.

Si ha de saberse la verdad, estaba algo sorprendido de que todavía se acordara de los sucesos de la mañana. Cualquier cosa que se salía de la rutina ordinaria acentuaba sus crecientes síntomas de demencia senil, según mi observación profesional.

Encogí los hombros en desaprobación.

—Sir Alexander parece un hombre admirable, pero me temo que está un poco...

—¿Que está pasado de rosca? Muy bien. Eso mismo dijo él. Muy bien... Antes lo llamábamos de otra manera. Pasado de rosca... Muy bien, je, je...

—Desgraciadamente —dije serenamente—, me da bastante pena el joven Norwood, su hijo. Francamente, creo que su único recurso está en la justicia, a no ser que podamos convencer al padre de que abandone su afición fantástica.

Me miró astutamente, con esa astucia que sólo se puede encontrar en aquellos que empiezan ya a fallar con la edad.

—Doctor, me temo que el joven Norwood le ha convencido —se rió hacia dentro, como si tuviera un secreto que yo no conociera—. Piensa que voy a sacarle las castañas del fuego.

—¿Qué? —dije yo interrumpiendo su balbuceo. Mi cara debió de ilustrar mi falta de comprensión, si es que cabía algo de comprensión en todo aquel asunto.

Agitó el dedo con superioridad pueril.

—Si ese cachorro intentase juzgar a su padre por el simple hecho de haber recolectado libros y revistas sobre un tema exótico, seguro que sería rechazado por los jueces. Sin embargo, si puede probar que su padre está malgastando el dinero en contratar a un viejo detective, entonces pocos serían los jueces que no le entregarían todo el dinero —se carcajeó agriamente—. Imagínese, contratar a un viejo carroza como yo para cazar a unos monstruos con ojos de insecto.

—¿Monstruos con ojos de insecto? —dije yo.

Esta vez no hubo risita, y empecé a sospechar que el período de lucidez de mi amigo se había terminado. Pero luego dijo criptogramáticamente:

—Tiene bastante abandonada la lectura, doctor.

Volví al tema.

—¿Entonces cree que Peter Norwood está deliberadamente provocando a su padre para acelerar la fecha de cobro de su herencia?

Se le movía la boca infructuosamente.

—Manifiestamente, sir Alexander está en un estado de salud excelente, si tenemos en cuenta su edad. A lo mejor vive otros cinco años...

—Por lo menos eso —murmuré yo.

—... lo cual hace comprensible que el joven Peter pueda estar impaciente por cobrar su herencia y el título.

Me empecé a poner nervioso con el viejo, no podía remediarlo.

—Entonces, maldita sea, ¿por qué ha aceptado este ridículo caso?

Mi acompañante agitó los hombros huesudos con movimiento petulante, lo cual, al menos para mí, aumentó su apariencia de viejo.

—¿Es que no se da cuenta? Si me hubiese negado, el viejo se habría ido a otra parte. Hay investigadores privados en Londres que cooperarían encantados con él. Al menos yo puedo velar por los intereses de sir Alexander.

Sospeché que de nuevo estaba desvariando acerca de sus posibilidades de actuar como lo había hecho en otros tiempos que ahora estaban lejanos. Solté un gruñido y

le dije:

—No estoy demasiado seguro, pero me parece que ese muchacho puede tener razón y posiblemente su padre haya perdido la cabeza hasta el punto de no poder llevar sus propios asuntos.

Después de todo, imaginarse alienígenas del espacio, ¡es demasiado!

Pero mi amigo había cerrado los ojos, bien para dormir o para pensar, con lo que volví a mi libro.

A los diez minutos aproximadamente y sin levantar los párpados dijo:

—Doctor, si hay alienígenas del espacio en esta ciudad, ¿por qué eligieron Londres? ¿Eh? ¿Por qué Londres? ¿Por qué no Moscú, París, Roma, Nueva York o Tokio? ¿Por qué no Tokio?

Habían pasado años desde que le creía capaz de concentrarse en un solo tema durante tanto tiempo. Suspiré y marqué donde estaba leyendo con el dedo. Habitualmente se había dormido ya a estas horas, algunas veces balbuceando algo de Moriarty o de algún otro enemigo de hace más de medio siglo. Intentando eliminar cualquier tono de impaciencia de mi voz, le dije:

—A lo mejor están en todas esas ciudades también.

Abrió los ojos, y con mirada acusadora me dijo:

—No. Supongamos que tales alienígenas existen. Y supongamos que se encuentran en Londres.

—Muy bien —le dije yo.

Su voz temblorosa se volvió pensativa:

—Manifiestamente, ellos mantienen su presencia en la Tierra en secreto por motivos que sólo ellos conocen. Si ésta es su política, se deduce que deben limitar su número.

—¿Por qué? —suspiré yo con ganas de volver a la lectura.

—Porque sería considerablemente más difícil mantener la presencia de cientos de alienígenas ocultos a los terrícolas que si fuesen dos o tres. Si están aquí, insisto, si están aquí, doctor, son muy pocos.

Yo asentí, pues encontraba entretenidos los malabarismos mentales de mi anciano amigo. La verdad es que estaba bastante orgulloso de él, especialmente por lo tarde que era.

—Eso es plausible —dije para animarle.

—¿Por qué, entonces —preguntó petulantemente—, están en Londres y no en otros sitios?

Yo le seguí la corriente.

—Es obvio. Londres es la ciudad más grande del mundo. Se podría decir que es la capital del mundo. Si los extraterrestres están investigando la Tierra y la raza humana, este sería el mejor sitio para empezar.

Abrió los ojos y me miró fijamente.

—Su patriotismo no le deja apreciar objetivamente las estadísticas, doctor. En primer lugar, Londres ya no es la ciudad más grande del mundo. Es Tokio; e incluso Nueva York excede a nuestra ciudad.

Yo empecé a ponerme nervioso, tengo que admitirlo, pero él siguió hablando en tono de cierto desprecio senil de mis opiniones y continuó diciendo:

—Y Nueva York es el centro comercial del mundo y tiene el puerto más grande. Además, Washington es ahora el centro político del mundo. Malditos yanquis.

Yo estaba enojado con esta actitud infantil de sabelotodo.

—Muy bien, entonces, conteste a su propia pregunta. ¿Por qué habrán escogido Londres, si es que admitimos la ridícula existencia de estos seres?

—Sólo hay una razón, doctor —afirmó con gran satisfacción personal—. El Museo Británico.

—No le sigo —dije fríamente.

Sus ojos legañosos una vez más me miraban con superioridad.

—Londres quizá no sea un líder en lo que a población se refiere. Ni la cabeza política. Pero si yo fuera uno de los MOIs de sir Alexander...

—¿MOIs? —dije yo.

Se rió de nuevo y continuó:

—... para hacer un estudio de este planeta pasaría una gran parte de mi tiempo en el Museo Británico. Tiene más datos que cualquier otro museo o biblioteca. Creo que si los alienígenas están en Londres, investigando nuestras costumbres e instituciones, seguro que dedican una parte considerable de su tiempo al Museo Británico.

Se levantó bostezando con somnolencia.

—Y es precisamente ahí, mi querido doctor, donde voy a empezar mis investigaciones mañana.

Tenía la sospecha de que al día siguiente ya se habría olvidado de todo el asunto, pero le dije:

—Entonces piensa seguir adelante con todo esto, andar por ahí investigando la presencia de alienígenas espaciales.

—Desde luego que sí, doctor —su tono era petulante—. Recuerde usted que me comprometí con sir Alexander —y con esto empezó a caminar hacia su habitación, siempre dependiendo de su bastón.

Le dije exasperado:

—¿Y qué se supone que son los MOIs?

Esto le hizo una gracia tremenda que intentó ocultar.

—Unos monstruos con ojos de insecto —me dijo.

Me asombró ver poco al gran detective en los días siguientes. Es más,

manifestaba una energía tal, que se me ocurrió pensar, como lo he hecho en otras ocasiones, si habría hecho contacto con algún traficante que le estuviera suministrando una necesidad que yo creía extinta desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, estaba tomándose muy en serio su tarea. En dos ocasiones diferentes le encontré saliendo de nuestras habitaciones disfrazado, una vez de ancianita y otra de académico de aspecto profesoral. En ambas ocasiones me guiñó un ojo, pero ni se dignó hacerme un comentario sobre sus supuestos progresos. Estaba preocupado de que mi amigo, tan afectado por la edad, realmente creyera que este asunto ridículo era tan serio como las aventuras de hace un cuarto de siglo, cuando sus facultades estaban en pleno rendimiento.

Al quinto día, poco después de un desayuno durante el cual no dio pie a conversación sobre el caso de sir Alexander Norwood, permaneció sentado delante de mí intentando impresionarme, fingiendo estar profundamente concentrado. Me pidió prestado el fotómetro. Yo había adquirido este aparato recientemente, después de recibir como regalo de cumpleaños una cámara alemana bastante complicada de un pariente cercano. Estaba algo preocupado por lo olvidadizo que estaba últimamente, por si lo dejaba en algún sitio, pero no podía negarme a dejárselo.

Fue un gran alivio cuando me lo devolvió por la noche y luego, antes de avanzar dificultosamente hacia la cama, me pidió que por la mañana me pusiese en contacto con Alfredo, el capitán de su grupo de golfillos callejeros que le hacía gracia llamar los Irregulares de Baker Street, y que le dijese que viniera a verle al mediodía.

Cuando oí esto, me quedé mirando fijamente y absorto hacia la puerta por donde acababa de salir.

Alfredo, descanse en paz, había caído sirviendo a Su Majestad en Mons, en 1915, y la mayor parte del resto de los Irregulares de mi amigo acabaron en prisión.

Mi conciencia me empezó a doler. Había permitido que mi amigo —o más bien mi paciente— se pasara de rosca por el exceso de nerviosismo en la creencia de que estaba trabajando en un caso de enorme importancia, su mente había traspasado la barrera de la demencia senil, hasta el punto de que vivía en un mundo de completa fantasía.

Por la mañana planeé algo para poner fin a todo este asunto, poner las cosas al derecho y devolver a mi compañero a la vida que habíamos llevado hasta la aparición de Peter Norwood.

Para llevar esto a cabo, salí a la calle más bien tarde por la mañana y entablé conversación con el primer niño de diez u once años que encontré. Iba andrajoso, pero su mirada era inteligente y su voz era bastante más estridente que la de sus compañeros. A decir verdad, me recordaba mucho por su aspecto al viejo Alfredo que nos sirvió tanto y tan bien hace muchos años, y que, hace aún más, había jugado en estas mismas calles.

Dije:

—A ver, muchacho, ¿te gustaría ganarte media corona?

Se me quedó mirando durante un minuto.

—¿Haciendo qué? —dijo en un tono como dando a entender que ya conocía a los tipos como yo más que de sobra.

Me reprimí de darle un guantazo y le expliqué lo que quería, y después de regatear hasta el precio de tres chelines, aceptó la oferta.

Así que cuando el detective retirado llegó al mediodía, columpiando su bastón, en vez de estar apoyado en él, me deseó las buenas tardes y le dio al chico una palmada en la espalda. Parecía totalmente como si se hubiera quitado veinte años de encima por lo emocionado que estaba, y fue directamente al grano.

—Alfredo —dijo—. ¿Crees que puedes encontrar a tres o cuatro muchachos para una cosa que quiero hacer esta tarde?

El muchacho estaba de pie con los brazos en jarra ante él. Ahora se tocó el gorro y dijo:

—Creo que sí. ¿Los quiere en seguida, señor?

—En seguida, Alfredo. ¡Venga, espabila!

Yo no sabía qué pensar.

—¡Espera un momento! —grité pensando en esgrimir mi trampa. Me volví acusadoramente hacia mi anciano amigo—. ¿Quién se cree que es ese rapaz?

El detective parpadeó con sus legañosos ojos, como si fuera yo el que se hubiera deslizado por la pendiente de la senilidad.

—Es Alfredo. Con seguridad se acordará, mi querido doctor, de su abuelo, que nos sirvió tan bien en los viejos tiempos. Me hice amigo de él en mis paseos mañaneros por la calle.

Cerré los ojos y conté lentamente. Cuando los volví a abrir, el muchacho bajaba ya por la escalera armando un tremendo escándalo.

—¿Y cómo —pregunté malhumorado— va la investigación de los hombrecillos de Marte?

Se echó cansadamente en su silla. La fervorosa actividad que mostraba hacía tan sólo un momento, parecía haberse desvanecido y pude ver cómo estaba luchando con su boca para decir algo. Al fin, levantó las cejas y preguntó:

—¿Qué le hace pensar que son de Marte, doctor?

Estas preguntas tan lógicas estaban empezando a inquietarme.

—Hombre —dije yo—, sólo estaba bromeando.

—Ah —dijo algo entre dientes, cerró los ojos y supuse que su actividad mañanera le había agotado hasta el punto de quedarse dormido.

Así que me sobrepuse a la curiosidad que me corroía, me senté en mi silla y cogí una revista médica que había estado leyendo.

Pero no estaba dormido. Sin abrir los ojos me dijo en un tono que sólo puedo calificar de charlatán y al que me había acostumbrado en los últimos años:

—¿Se da cuenta, doctor, lo difícil que se hace detectar a un alienígena que tiene medios técnicos muy superiores a los nuestros? ¿Se da cuenta?

—Supongo que sí —asentí yo para ver si podía tirarle de la lengua y enterarme de lo que había estado haciendo. Todavía estaba, algo enojado por el malentendido de Alfredo.

—Si cometiera un error —murmuró—. Con que cometiera un error...

—¿Un error?

Abrió los ojos como para acusarme.

—Sus aparatos. No pude pillarle usando sus aparatos —cerró los ojos y se rió.

Yo estaba exasperado.

—No estoy seguro del todo de entenderle —dije fríamente.

Esta vez ni se preocupó de levantar los párpados.

—Simple deducción, doctor. Supóngase que está haciendo ficheros de algunos de los libros y manuscritos en el Museo Británico. Si utilizase una cámara de nuestra cultura, se vería obligado a cargar con los pesados volúmenes un trecho a un lugar con suficiente luz. Estaría muy tentado a usar uña cámara o cualquier otro aparato de su propia cultura. Uno que fuera capaz de fotografiar en esa penumbra.

—¡Dios mío! —grité—. ¡Cogió mi fotómetro esta mañana!

Adoptó una pose senil de superioridad durante un momento, y luego asintió con un irritante aire de éxito.

—Doctor, de hecho hay u... un... una persona que aparece todos los días en la biblioteca. Según su fotómetro, y según los tratados más recientes sobre fotografía, no existen lentes ni películas en el mercado capaces de tomar fotografías en la penumbra en la que él las estaba tomando.

Antes de que pudiera asimilar sus palabras, se oyó un terrible jaleo en la escalera y los gritos indignados de la dueña de la casa. Se abrió la puerta sin ningún tipo de ceremonia y entró el joven Alfredo seguido atropelladamente por un trío de gamberrillos del barrio.

—Aquí estamos, señor —gritó Alfredo, cerrando la puerta y acercándose a mi amigo, seguido de sus acompañantes.

—Eso veo —dijo el anciano detective—. Es un misterio para mí saber cómo actuáis tan rápidamente.

Sacó cuatro monedas de su bolsillo.

—Serán vuestras por un trabajo que será facilísimo para unos jóvenes tan activos. Tras decir esto cacareó como si hubiera contado un chiste buenísimo.

—Quiero que sigáis a un tipo huidizo desde el Museo Británico hasta su vivienda. Los ojos legañosos del viejo brillaban.

—Estoy seguro de que lo haréis. Y mientras una persona cautelosa en seguida sospecharía de un adulto, nunca se le ocurrirá pensar lo mismo de una panda de niños jugando por la calle.

Empezó a reírse de nuevo, y yo sospechaba que había perdido el hilo de sus pensamientos pero, entonces dijo:

—Y ahora salgamos muchachos, y busquemos un lugar estratégico desde el cual vigilar la salida del Museo.

—Supongo —dije un poco resentidamente— que no necesitará más de mi ayuda.

Me estaba empezando a preguntar si no era un aguafiestas, por no participar en todo el ajetreo que había a mi alrededor.

Pero él me dijo:

—No, doctor... Hoy no hace falta. Me temo que sus articulaciones artríticas no están para estos trotes —su voz se fue desvaneciendo por la escalera y lo último que dijo era algo referente a yogur, aunque no me enteré muy bien.

Me quedé mirando a la puerta cerrada indignadamente, pero ya se habían ido. Se oía el claqueo de los zapatos en la escalera.

No volví a saber nada del caso en tres días, y luego, de repente volvió a surgir, que no concluir, si es que hay alguna conclusión a todo este asunto.

Estábamos sentados por la tarde en nuestros sitios de costumbre; yo con un libro, mi amigo ex detective jugando con su Webley 455, un arma con el que en otra época había sido un as, pero que últimamente me causaba pavor cada vez que lo cogía. Un día de éstos voy a tirar toda la provisión de cartuchos que tiene guardados.

—Ah —dijo por fin—, nuestro amigo Peter Norwood llega para que le entregue el primer informe.

Tengo que admitir que su nuevo audífono es bastante efectivo; con él, su oído es bastante mejor que el mío.

Mientras hablaba, oí a alguien tocar en la puerta y la voz de la dueña de la casa. En pocos minutos tocaron en nuestra propia puerta.

Abrí y di la bienvenida al joven. La cara de Peter Norwood estaba algo enrojecida, sin duda por la hartura de buena comida y buenos vinos, pues era poco después de la hora de cenar.

Nos miró y el vino no le permitió adoptar una actitud menos beligerante.

—¿Cuánto piensa tardar? —exigió saber—. ¿Cuánto se tarda en inventar una historia razonable para que se la trague el viejo?

El detective no se levantó de su silla. Dijo muy suavemente:

—Ya envié el informe a su padre esta mañana, señor Norwood.

Esto fue un comentario muy lúcido, pero luego empezó a reírse disimuladamente.

—¿Cómo? —dijo Norwood sorprendido por un momento—. Bien —dijo mientras metía la mano en el bolsillo—, entonces no me queda más que pagarle los

servicios —había un tono algo desdeñoso en sus palabras.

—No es necesario. No le cobro nada. Estoy retirado, jovencito. Ya no dependo de mi profesión —agitó el dedo torcido—. Pero si hubiera cobrado, habría enviado la factura a sir Alexander. Fue él quien me contrató.

Peter Norwood frunció el ceño con total incompreensión. Evidentemente, algo empezó a olerle mal, pues se le cambió la cara y empezó a gruñir.

—¿Qué es lo que decía el informe, señor? Aunque ya le aviso que me es bastante indiferente.

Mi anciano amigo rebuscó en los bolsillos y finalmente sacó una copia muy arrugada de papel carbón, que con seguridad había golpeado laboriosamente en mi máquina de escribir. Me lo dio a mí, obviamente para que lo leyese en alto.

Ésta era la primera noticia que tenía de la carta, que decía:

Mí querido sir Alexander: Le quiero transmitir mi creencia de que su interés está bien fundamentado, y que su pasatiempo de investigar la existencia de formas de vida en otros planetas y/o en otros sistemas estelares, es bastante inteligente. He recolectado suficientes datos que sugieren la necesidad de que usted y el grupo al que se encuentra afiliado sigan investigando.

Lo había firmado normalmente. Francamente, no le creía capaz de redactar una carta tan coherente, no importa lo pueril que fuera su contenido.

Peter Norwood lo estaba atravesando con la vista. Empezó a tartamudear:

—Su... supongo que piensa que me ha hecho una faena con esto... con estas ridículas mentiras.

Mi amigo se reía por dentro tras escuchar estas afirmaciones, obviamente disfrutando al máximo.

—Pero dese cuenta, viejo tonto —dijo cortantemente el joven—, que no hay tribunal en el país que no me dé la razón.

Pero mi amigo le estaba diciendo que no con su dedo torcido, sus ojos acuosos aún capaces de mostrar una chispa de fuego.

—Nunca llegará a los tribunales, jovencito. Le aviso que si intenta llevar a sir Alexander ante los tribunales en un intento de asegurar la potestad sobre sus bienes, me veré obligado a revelar su propio secreto.

Tras decir esto le echó una mirada maliciosa.

No hubiera sido más efectivo aunque le hubiese golpeado en la cara. Peter Norwood empezó a recular, muy afectado. Su aspecto sonrosado se volvió pálido.

El anciano detective añadió sonriente:

—Sí, sí. No perdí el tiempo. No tengo ninguna intención de informar a su padre sobre esto. Ni a otros, quienes pudieran estar interesados. Siempre que usted haga caso de lo que le dije —su mirada maliciosa se volvió aún más malvada si cabe—. Y

ahora puede marcharse —su voz acabó con otra especie de carcajada, como si estuviera pensando en el secreto de Norwood.

Sin mediar palabra, el joven salió tambaleándose de nuestras habitaciones.

—¿Cómo es posible? —dije asombrado—. No entiendo nada. Estoy en la más completa oscuridad. ¿Qué tipo de secreto sabía de ese calavera?

Empezó a reírse hasta tal punto que volví a pensar que su demencia senil estaba volviendo a manifestarse.

—Vamos, mí querido doctor. Está claro que estamos ante un cachorro que es víctima de sus vicios sensuales. Dispone de bastante dinero por lo que se deduce de sus grandes coches y sus buenos trajes —luego volvió a la terminología de los viejos tiempos—. Usted conoce mis métodos, aplíquelos —y empezó a reírse como un idiota de nuevo.

—¿Quiere decir que...?

—No tengo la más mínima idea de cuál puede ser el secreto que oculta ese jovencito. El juego, una mujer joven, quizá. Pero no dudo que tal secreto exista, ni de que haya más de uno.

Yo mismo empecé a reírme por lo cómico de la situación.

—Pero, mi querido compañero, el informe que envié a sir Alexander. ¿No cree que le alentará en su error?

Había encontrado su pipa y la estaba cargando, probablemente pensando con su mentalidad pueril que pasaría desapercibido por la conversación.

—Le diré, doctor, en primer lugar que es un pasatiempo inocuo que llenará las horas vacías de este viejo, cuya mente aún está lúcida.

—¿Y en segundo lugar? —pregunté.

—Ah, en segundo lugar, el informe tiene algo de verdad.

Empezó a reírse de nuevo, y yo pensé que había perdido el hilo de la conversación, pero volvió.

—Supongo, que habrá deducido de mis actividades que localicé al individuo del Museo que estaba haciendo una colección extensa de fotografías. Hacía fotos de periódicos, libros, panfletos...

Yo asentí para animarle a seguir hablando.

—Pues —continuó murmurando— con la ayuda de mis Irregulares de Baker Street pude seguirle hasta sus habitaciones —me miraba astutamente por el rabillo del ojo—. Con el tiempo tuve ocasión de registrarlas.

Me eché hacia delante para mostrar mi interés.

—¿Y qué encontró?

—Nada.

—¿Nada? ¿Usted? El más sobresaliente detective de nuestra época. ¿No encontró nada?

Encendió su pipa y agitó la mano para apagar la cerilla.

—No encontré ninguna evidencia, doctor, pero esto no carecía de valor. El apartamento de este hombre, y digo hombre con reservas, carecía de archivos, efectos personales o cualquier otra cosa que pudiera dar una pista sobre su identidad.

—¡Un espía! —salté diciendo.

Respiró profundamente mostrando su disgusto.

—¿Un espía? ¿De quién? En cualquier caso, ya era tarde. Ya había volado el pájaro.

—Un espía de una potencia extranjera...

Se rió.

—... una potencia como Rusia, o Alemania. Posiblemente de Francia o de los Estados Unidos. Todas las naciones tienen sus espías.

Sus ojos me miraban con desprecio.

—Debo decirle, doctor, que ninguna de las naciones que ha mencionado se meten a hurtadillas en el Museo Británico para conseguir la información que allí existe. Está abierto al público, que incluye al Cuerpo Diplomático de estos países.

Si todo hubiera acabado aquí sin más acontecimientos, y en esto voy a ser sincero con mis lectores, es poco probable que hubiera tomado nota de la última aventura del afamado sabueso. Entre otras cosas porque estaba convencido de que su mente se había deslizado irreversiblemente hacia el precipicio de la senilidad, y ya era suficientemente doloroso informar sobre estas actividades del que, en su día, fue un gran cerebro. Sin embargo, la posdata de todo este asunto me deja muy satisfecho y transmito a los demás seguidores de la carrera del detective más inmortal, los hechos tal y como sucedieron, sin conclusión final.

Fue la noche siguiente a la conversación citada cuando alguien tocó en nuestra puerta. No hubo ninguna llamada previa en la puerta de la calle, ni los ruidos de la dueña de nuestra casa. Nada más que la llamada en nuestra puerta.

Mi amigo frunció el ceño, echó mano de su audífono para ver si funcionaba, con la cara confusa como tantas veces había admitido estar ante ciertas situaciones, dijo algo en voz baja mientras yo iba a abrir la puerta.

El hombre que apareció en el umbral de nuestra puerta tendría unos treinta y cinco años, estaba impecablemente vestido y tenía un aire que era todo menos condescendiente. Quizá porque yo todavía estaba disgustado por la conversación de la noche anterior, le pregunté de manera algo cortante:

—¿Sí, mi buen hombre?

El otro dijo:

—La persona con la que quiero tratar es...

—¡Hombre! —saltó el viejo detective—. Señor Mercado-Menéndez. ¿O será

mejor que le llame Herr Doktor Bechstein? O incluso, mejor, ¿señor James Phillimore? Así que nos encontramos de nuevo. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde nuestra confrontación en el cúter *Alicia*?

Decir que me asusté sería apenas rozar la superficie. He narrado, hace ya mucho, el misterioso episodio del *Alicia*, que en una mañana primaveral se metió en un pequeño banco de niebla y de la cual nunca volvió a emerger; ni se volvió a saber de él ni de su tripulación. Una de las pocas aventuras de mi amigo detective, cuando todavía estaba en su mejor época, que no fue capaz de resolver. Tampoco tuve problema en situar el nombre Phillimore, quien, hace mucho tiempo, entró en su propia casa para buscar un paraguas y nunca más fue visto en este mundo. Otra de las aventuras que nunca se resolvió.

Pero, y ya lo he dicho, nuestro invitado no podía sobrepasar los treinta y cinco, y los dos casos que mencioné tuvieron lugar durante la Guerra Boer, cuando éste no podía ser más que un niño.

Se inclinó y, sin hacerme caso, se dirigió a mi compañero sin entrar dentro de los límites de nuestra habitación.

—Enhorabuena, señor. No esperaba que me reconociera. De lo contrario, habría tomado precauciones.

El viejo detective gruñó:

—Como si le hubieran servido de algo. Yo nunca cierro un caso, señor. Hasta el de Isadora Persano todavía me amarga la existencia.

Fue entonces cuando me acordé. La tercera aventura que nunca fue resuelta por el mayor cerebro que dedicó esfuerzos a la detección de criminales. Isadora Persano, el afamado periodista y duelista, quien fue encontrado tras perder la razón con una caja de cerillas ante él que contenía un extraño gusano desconocido para la ciencia.

Y ahora tuve ocasión de notar que el señor Mercado-Menéndez, si es que ése era su nombre, se quedó en la penumbra de la habitación por buenas razones. Su cara se parecía a la de un cadáver mal embalsamado, como de cera, por lo que me preguntaba si no sería una máscara. Sólo la expresión de sus ojos indicaban que su cara vivía.

Se inclinó de nuevo.

—En el pasado, señor, no ha sido necesario contactar con usted directamente, aunque en las diversas ocasiones que menciona se acercó peligrosamente a cierta información que no era de su incumbencia... ni de la de nadie.

Surgió cierta tensión en el aire, y la boca de mi viejo amigo empezó a esforzarse por decir algo.

—Deduzco, señor Mercado-Menéndez, que usted no es de este mundo.

Yo esperaba que esta tontería fuera suficiente para que cualquiera se marchase sin más discusión, pero nuestro invitado se quedó mirando durante algunos largos momentos, como si estuviera meditando sobre las palabras del viejo.

Finalmente, y sin hacerme ningún caso, dijo:

—He venido a avisarle, señor, que el Consejo Galáctico no puede seguir tolerando sus intromisiones en la investigación legítima de un estudiante, llevada a cabo con todos los cuidados para no alterar los asuntos internos de lo que se podría llamar su extraña cultura.

Obviamente, este hombre era mentalmente tan incompetente como mi amigo, quien por lo menos tenía la disculpa de la edad. Pensé en intervenir, pero me miró con los ojos de una cobra que está avisando a su enemigo, y decidí permanecer en silencio.

El otrora gran detective se acomodó en su silla malhumoradamente.

—En cuanto a mí se refiere, el caso está cerrado. Sin embargo, no puedo hablar por sir Alexander y la Sociedad de Defensa del Mundo.

Hubo una expresión como de diversión en los ojos penetrantes de nuestro invitado.

—Por ahora no nos preocupa el grupo de sir Alexander. Ya hemos tenido a más como sir Alexander.

Con esto volvió el tono condescendiente en la voz del extraño.

—Tampoco tienen que preocuparse por la conservación de la integridad de su planeta. Su deseo en ese aspecto es insignificante cuando se compara con el de la Oficina de Arqueología y Etnología, Departamento de Investigación de Culturas Primitivas Vivientes del Consejo Galáctico.

Hubo un largo período de silencio y cuando mi amigo volvió a hablar, lo hizo pensando cuidadosamente las palabras, lo cual me recordó a los viejos tiempos, cuando el afamado sabueso se acercaba a la solución de algún problema que estaba más allá de las mentes ordinarias.

—Otra deducción es que su trabajo es similar al de un oficial de policía..., quizá guardián sea un término más adecuado.

El hombre encogió los hombros de una manera muy humana, torció la boca y se inclinó. Sus ojos volvieron a escrutarme y tuve la sensación de ser sopesado y rechazado como elemento válido en este duelo verbal. Entonces dijo amablemente:

—El Consejo está deseoso de proteger planetas como el suyo. Desde luego que existen elementos que explotarían su cultura. Yo soy un sirviente del Consejo.

Posiblemente el viejo detective se estaba cansando del tono condescendiente con el que hablaba el otro y decidió adoptar un tono más agresivo.

—Estoy empezando a sospechar, señor Mercado-Menéndez, la respuesta a muchos de los crímenes irresueltos de este mundo. La desaparición del gran diamante de Mogul, por ejemplo. La desaparición sin rastro del tesoro azteca tras la *noche triste* de Hernán Cortés. El robo del sarcófago de Alejandro Magno. Los increíbles robos de las tumbas de los faraones. El...

Si la cara del extraño hubiera sido susceptible de enrojecimiento, era manifiesto que a estas alturas ya estaría como un tomate. Levantó la mano para poner fin a este listado.

—Admito que incluso el mejor de los guardianes puede meter la pata algunas veces.

La cara del detective se encendió de tal manera que, por mi experiencia pasada, sabía que había llegado a una conclusión que le satisfacía. Luego pensé que estaba desvariando de nuevo.

Intentando eliminar el temblequeo de su voz, dijo:

—En este mundo de hoy, las naciones están en profunda crisis internacional, la guerra acecha y todo el mundo se prepara. Las principales naciones envían agentes a todos los continentes. No está claro, señor, que un espía británico disfrazado como un árabe tuviera dificultades insuperables para detectar un espía alemán de primera categoría que también estuviese disfrazado de árabe en la misma ciudad. Pero un árabe nativo estaría mucho mejor preparado para detectar los fallos en el disfraz del alemán.

Todo esto no parecía tener la menor relación con la conversación de antes, por lo menos yo pensaba eso, y estaba a punto de decirle al invitado que estaba abusando de las fuerzas de mi amigo con todo este jaleo, y que lo mejor sería que se marchase.

Pero el señor Mercado-Menéndez, si es que éste era su verdadero nombre, parecía entender lo que yo no había entendido. Sus palabras ahora carecían del tono tolerante que en un principio tenían.

—Entonces sugiere que...

El viejo detective asintió mientras encendía su pipa.

—Desde luego que sí.

El otro se quedó pensativo.

—¿Y en concepto de qué espera ser contratado?

—Pues —contestó mi compañero— como ya sabrá de sobra yo soy un detective, señor. Y mis tarifas, puedo añadir, no son pequeñas.

De dónde estaba sacando recursos mi viejo compañero era un misterio para mí, aunque tengo que admitir que yo ya estaba muy cansado y me estaba empezando a seducir la idea de irme a la cama. Entonces dije:

—¿Es que todavía no han dicho suficientes tonterías? No me entero de nada de lo que están hablando. Si hubiera de sacar una conclusión, diría que mi paciente octogenario se está ofreciendo como empleado... —pero no me hacían caso.

Hubo cierta condescendencia de nuevo en el tono del más joven.

—Hace cincuenta años, señor, quizá su oferta hubiera sido digna de consideración.

El otrora gran detective levantó la mano torcida por la edad y la agitó

negativamente.

—No creo que necesite contestar a esa afirmación —dijo con una risotada—. Su propio aspecto, después de todos estos años es amplia evidencia de que su gente ha, digamos, descubierto lo que el fraile Roger Bacon una vez llamó *elixir vitae*.

Hubo un silencio largo. Finalmente dijo:

—Ya veo. Y tiene razón; sus tarifas no son baratas. Sin embargo, no es una práctica habitual del Consejo Galáctico interferir con el progreso natural de los planetas introduciendo técnicas médicas más allá...

La mano desvencijada se movía negativamente de nuevo.

Yo reprimí un bostezo. ¿Es que iba a continuar esto eternamente? ¿De qué narices estaban hablando?

Mi amigo dijo:

—Obviamente, señor Mercado-Menéndez, toda regla ha de tener su excepción. Si lo que pretende su Consejo es tener éxito, necesitará un —su risa irritante volvió a sonar—, digamos agente nativo entre su personal. Vamos, señor, usted conoce mi habilidad y mis métodos.

El extraño parecía haber llegado a una conclusión.

—La decisión no es mía. ¿Puede venir a consultar con mis superiores inmediatos?

Para mi sorpresa, el viejo dio un golpe en el brazo de la silla y se puso en pie.

—Inmediatamente, señor.

—Espere un momento —protesté yo—. Esto se está pasando de rosca. No puedo permitir que mi... mi paciente sea llevado a la calle a estas horas, después de una semana sobrecargada de actividad. Insisto que...

—Cállese, doctor —murmuró el viejo detective mientras cogía su abrigo y bufanda—. Conque paciente...

A pesar de mi cansancio, estaba resuelto a mantener la firmeza.

—Le aviso, no pienso tolerar estas tonterías más tiempo. Si insiste en salir a estas horas de la noche, a su edad, yo no tengo la más mínima intención de acompañarle. Me quedaré aquí.

Esto le hacía gracia. Logró ponerse el abrigo sin ayuda, y se dirigió al extraño.

—Cuando usted quiera, señor.

Admito que me quedé mirando fijamente a la puerta un buen rato después de que se marchara y no podía salir de mi asombro. Quizá fuera por mi cansancio, pero la verdad es que no oí el sonido de su bajada por la escalera y su salida por la puerta principal. Por otro lado, mi oído ya no era lo que había sido.

No había regresado por la mañana, ni a la mañana siguiente.

No pude más que recordar lo que ocurrió hace algunas décadas cuando desapareció durante algunos años. Pero las diferencias con la situación actual son manifiestas. Un octogenario no se pasea por las calles de Londres sin más

acompañante que un chalado que dice ser un representante de un consejo galáctico, o como se llame.

Mientras me debatía sobre si debería llamar a la policía, y dudando mucho por las implicaciones que tendría sobre la reputación de mi amigo —llevaba muchos años con el apodo de «el detective inmortal»—, me vinieron a la memoria unas palabras tuyas que no había entendido cuando las dijo. Quizá hubiera alguna pista en ellas.

Fui a la enciclopedia y busqué a Roger Bacon y el término *elixir vitae*.

Roger Bacon, alquimista y metafísico del siglo XIII. Uno de los más prominentes buscadores del elixir de la vida que dotaría al hombre de inmortalidad y la piedra filosofal que convertiría los metales en oro.

Gruñí y devolví el volumen a su sitio. No había más que tonterías del tipo de las que se habían estado intercambiando dos noches antes.

Pero me reprimí de llamar a las autoridades.

En estos últimos años me vienen las palabras que he oído tantas veces de su boca: *Cuando se ha eliminado lo imposible, lo que queda, aunque sea improbable, es la verdad.*

También continué recordando las últimas palabras que mi amigo me dijo mientras salía de la habitación con el misterioso señor Mercado-Menéndez.

—Yogur, je, je...

Un estudio en Escarlatina

Philip José Farmer

(con el seudónimo de Jonathan Swift Sommers III)

No hay ninguna razón por la que el espíritu de Sherlock Holmes deba restringirse al Homo sapiens. Cualquiera que haya visto películas protagonizadas por Rin-Tin-Tín o Lassie sabe bien que los perros son más inteligentes que los seres humanos. Pues entonces...

Una reimpresión de los recuerdos de Johan H. Weisstein, médico que hasta hace poco colaboraba con el departamento médico de la patrulla Autobahn

Prefacio

El primer caso de Ralph von Wau Wau como investigador profesional no es ni mucho menos el más curioso ni el más complejo. Sin embargo, ilustra muy bien los talentos de mi colega. Y es, después de todo, su primer caso, y uno debe proceder cronológicamente en sus crónicas. Por otro lado, es el único caso en el que el pintor, y no el cuadro, fue robado. Y, además, para mí es el más memorable, pues conocí a una mujer que siempre será *la mujer* para mí.

Imagínese esta escena. Von Wau Wau; su enemigo —el detective-teniente Strasser—, yo y la preciosísima Lisa Escarlata, todos ante un cuadro enorme en una habitación de la comisaría de policía de Hamburgo. Von Wau Wau estudia el cuadro mientras nos preguntamos si está en lo cierto cuando dice que no sólo es una obra de arte sino que, además, es un mapa. El lienzo muestra, entre otras cosas, una imagen de Sherlock Holmes en pantalón tirolés, sir Francis Bacon, un caballo verde, un espejo, Cristo saliendo de la tumba, Tarzán, una faja, el Mago de Oz en globo, un antiguo rey de Babilonia con problemas dietéticos y un platanero.

Pero voy a empezar por el principio.

Capítulo I

Herr Ralph von Wau Wau

En el año 1978 recibí mi diploma de doctor en medicina por la Universidad de Colonia y fui a Hamburgo para realizar un curso dirigido a cirujanos de la patrulla del Autobahn. Habiendo completado mis estudios allí, me destinaron a la sección quinta del Rhin-Norte, en Westfalia, como cirujano ayudante. La contienda contra la notoria banda de Rottenfrazier trajo condecoraciones y honores para muchos, pero para mí no supuso más que tragedia y desastre. En la fatal batalla de Emmerich, recibí un impacto de misil en el hombro que me hizo añicos el hueso. Estuve a punto de caer en las manos del malvado Rottenfrazier, a no ser por la devoción y la valentía de Morgen, mi asistente paramédico, quien me tiró encima de un Volkswagen y logró traspasar las líneas enemigas.

En el hospital de la base en Hamburgo, parecía estar recuperándome cuando me atacó una enfermedad extremadamente rara. Sólo he leído de un caso similar al mío. Había afectado, precisamente, a otro médico, aunque éste era británico y sufrió las heridas casi un siglo antes que yo y en otro continente. Mi caso fue publicado en todas las revistas médicas y luego en las revistas normales de todo el mundo. Esta enfermedad se conocía popularmente con el nombre de «el dolor peregrinante», aunque su nombre científico, el cual prefiero por razones comprensibles, fue el de «síndrome de Weisstein». El nombre popular hacía alusión a que el sufrimiento que me provocaba el dolor no se quedaba en el lugar de la herida. A veces, el dolor viajaba hacia abajo y se situaba en mi pierna. Esto fue una causa célebre, científicamente hablando, y no pudo resolverse el misterio hasta pasados algunos años (en *La maravilla de la herida errante*, no publicado aún).

Sin embargo, me recuperé rápidamente y había mejorado lo suficiente como para andar, o cojear, por el hospital, y hasta para salir a tostarme a la terraza cuando la niebla y la contaminación lo permitían. Entonces me golpeó el *Weltschmerz*, esa maldición de Europa Central. Afectó de manera importante a mis facultades mentales y cuando, por fin, volví a la normalidad, habían pasado seis meses. Con la salud todavía recuperable, y ya sin posibilidades de volver a coger un bisturí, un gobierno paternalista me retiró con permiso para pasar el resto de mi vida mejorándola (la salud, no la vida, quiero decir). No tenía parientes, ni amigos, ni hijos y, por lo tanto, era tan libre como el aire y, dada la pequeña pensión que me quedaba, parecía ser de lo que ellos esperaban que me alimentase. En pocos meses, el estado de mis finanzas se hizo tan alarmante que me vi obligado a alterar completamente mi estilo de vida. Decidí buscar un domicilio considerablemente menos pretencioso y caro que el Hilton de Hamburgo.

El mismo día que había llegado a esa conclusión estaba de pie en el bar Kennzeichen cuando alguien me dio en el hombro. Encogiéndome dolorosamente (pues era el hombro de la herida), me di la vuelta. Reconocí en seguida a la joven y rubia Stampfert, quien me había asistido como anestesista en el hospital de Neustadt. (He tenido una gran experiencia con mujeres en muchas naciones y en tres continentes, por lo que estaba contemplando la posibilidad de meterme en ginecología).

Stampfert tenía un cuerpo precioso, pero una personalidad algo aburrida. En cualquier caso, yo estaba triste y la saludé efusivamente. Ella parecía contenta de verme, supongo que para lucir su nuevo anillo de compromiso. Cuando quise darme cuenta, ya la había invitado a comer. Tomamos el autobús al Neu Bornholt, y de camino le comenté las aventuras del último año.

—¡Pobrecillo! —dijo ella—. ¿Y qué haces ahora?

—Estoy buscando un apartamento barato —dije—. Pero dudo que sea posible encontrar un sitio decente a un precio razonable. La escasez de viviendas y su compañera, la inflación, van a seguir con nosotros durante algún tiempo.

—Eso sí que es gracioso —dijo Stampfert—. Eres la segunda... persona... que me ha dicho lo mismo hoy.

—¿Y quién fue la primera?

—Alguien que acaba de empezar una nueva carrera profesional —dijo Stampfert—. Lo está pasando mal ahora. Está buscando alguien para compartir los gastos y que también quiera ser su socio. Alguien que tenga experiencia en trabajo policial. Tú pareces ser el candidato perfecto. La única pega es...

Se quedó pensando un momento y yo le dije:

—Si es una persona con la que sea fácil convivir, estaría encantado de compartir gastos con él. Y está muy claro que necesito un trabajo.

—No es tan fácil, aunque es una persona bastante adaptable y, además, es fácil llevarse bien con él. Es hasta cariñoso.

Dudó un rato más y dijo:

—¿Eres alérgico a los animales?

Yo me quedé mirándola:

—En absoluto. ¿Por qué? ¿Es que tiene algún animal doméstico?

—No exactamente —dijo Stampfert con una expresión extraña en la cara—. Hay un perro. Un perro policía que es muy inteligente.

—No me digas que es un ciego —dije—. No es que me importe mucho, claro.

—Es daltónico —dijo ella—. Se llama Ralph.

—Sigue —dije—. ¿Qué pasa con Herr Ralph?

—Ése es su nombre de pila —dijo Stampfert—. Su nombre completo es Ralph von Wau Wau.

—¿Cómo? —dije yo y estallé en una carcajada—. ¿Un hombre cuyo apellido es el ladrido de un perro? (en alemán «wau wau» —pronunciado «uau uau»— corresponde con lo que en castellano sería *guau guau*).

De repente me acordé de dónde había oído, o más bien leído, acerca de Von Wau Wau.

—Lo que me estás sugiriendo —dije lentamente— es que el perro es el tipo que quiere compartir el apartamento y el que está buscando un socio.

Stampfert asintió.

Capítulo II

La ciencia de la odorología

Un cuarto de hora más tarde entramos en un edificio de apartamentos, en el número 12 de la calle Bellener, y tomamos el ascensor al segundo piso. Stampfert tocó el timbre del 2-K, y un minuto más tarde se abrió la puerta hacia dentro. Esta operación fue efectuada por un motor eléctrico controlado por un interruptor que se hallaba en un panel de mandos que había en el suelo, en la esquina. Obviamente había sido accionado por la pata del perro que ahora trotaba hacia nosotros. Era el perro policía más grande que haya visto en mi vida. Pesaría aproximadamente unos setenta y cinco kilos. Tenía ojos atentos que eran de un marrón profundo y lúcido como el de la miel a veces, y otras veces del marrón denso y opaco de una salchicha de Frankfurt. Su cara era negra y la coloración del pelaje de su espalda recordaba a una silla de montar.

—Herr Doktor Weisstein, Herr Ralph von Wau Wau —dijo Stampfert.

Sonrió, o al menos abrió las mandíbulas, revelando unos dientes muy, pero que muy largos y afilados.

—Pase, por favor. Como si estuviera en su casa —dijo.

Aunque ya me había prevenido Stampfert, me asusté. Su boca no se movía y las palabras salían de su garganta. Hablaba un alemán excelente. Pero la voz era la de un actor de cine norteamericano que murió hace mucho.

Humphrey Bogart, para ser más exacto.

Yo habría escogido la voz de Bail Rathbone, pero *de gustibus non est disputandum*, sobre todo cuando se trataba de un tipo con una dentadura como la de Ralph. No había nada misterioso ni mágico en la voz, aunque el efecto era extrañísimo, incluso para los que estábamos preparados. La voz, como su inteligencia, fueron éxitos de la ciencia alemana. Un perro (o cualquier otro animal) carece de la estructura bucal y las cuerdas vocales para reproducir los sonidos humanos inteligiblemente. Esta deficiencia había sido vencida mediante la implantación de un aparatito alimentado por energía nuclear en la garganta de Ralph. Estaba conectado por un complejo neural de proteína artificial al centro del habla en el cerebro del perro. Para activarlo era necesario pensar en tres palabras clave. Esto era necesario, pues de lo contrario estaría hablando siempre que estuviera pensando verbalmente. La entonación de las palabras era automática, y respondía al tono emocional de los pensamientos de Ralph.

—¿Qué tal si nos sirves una copita, cariño? —dijo a Stampfert—. Aparca ahí, tío —me dijo, señalando a una butaca con la pata.

Me senté, y no estaba muy seguro si permitirle esas confianzas, aunque decidí no

decir nada. Después de todo, ¿qué se podía esperar de un perro que por propio deseo ha visto *El halcón maltés* cuarenta y nueve veces? Claro que esto lo averigüé más tarde. También descubrí que su modo de dirigirse a las personas cambiaba drásticamente con bastante frecuencia, incluso en una misma frase.

Stampfert preparó las bebidas en un mueble-bar bien abastecido en la esquina del gran salón. Ella se preparó un tequila con sal y limón, me trajo el doble de Duggan's Dew o'Kirkintilloch *on the rocks* que le había solicitado, y echó tres chorros de whisky en un platito que había en el suelo. El perro empezó a lamerlo; y cuando se dio cuenta de mi expresión, me dijo:

—Soy un detective. Es tradicional que los investigadores bebamos. Siempre intento seguir las tradiciones humanas... cuando me complacen. Y si el hecho de que beba de un plato le ofende, puedo sujetar un vaso entre las patas, pero ¿por qué coño había de hacerlo?

—No hay ninguna razón —dije a toda prisa.

Dejó de beber y se subió de un salto al sofá, donde se sentó de cara a nosotros.

—Habéis estado bebiendo en el Kennzeichen —dijo—. Sois viejos clientes de ese lugar. Y más tarde comisteis en el Neu Bornholt. La doctora Stampfert dijo que vendríais en taxi, pero cambiasteis de opinión y tomasteis el autobús.

Hubo un silencio que duró hasta que yo comprendí que esperaba que yo comentase esto. Sólo se me ocurrió decir:

—¿Y qué?

—La chica no me dijo nada de esto —dijo un poco enojadamente Ralph—. Sólo estaba demostrando algo que un simple ser humano no podría haber averiguado.

—¿Simple? —dije yo igual de enojado.

Ralph encogió los hombros y, créame, esto no es nada fácil para un perro que carece de hombros.

—Lo siento, hombre. No hace falta ponerse así. No quise ofenderle.

—Muy bien —dije—. ¿Y cómo supo todo eso?

Y, la verdad, es que me estaba empezando a preguntar eso mismo.

—El Kennzeichen es el único restaurante en la ciudad que sirve un vaso de Lowenbrau a cada cliente que entra en el bar —dijo Von Wau Wau—. Vosotros obviamente preferiríais tomar otra cosa, pero no estabais dispuestos a rechazar una copa gratis. Si no hubierais estado en el Kennzeichen, no hubiera oído el Lowenbrau en vuestros alientos. Luego fuisteis al Neu Bornholt para comer. Allí sirven una ensalada con una salsa de la casa cuyos peculiares ingredientes detecté con mi sentido del olfato. Como sabéis, es un millón de veces más sensible que el de los humanos. Si hubierais venido en taxi, como era la intención de nuestra amiga, estaríais apestando fuertemente a gasolina. Vuestras ropas y pelo han absorbido un cierto olor de andar por las calles, claro, además de la carbonilla de alto contenido en sulfuro que ahora

desprenden los coches. Pero, olfativamente, deduzco que tomasteis un autobús eléctrico, que carece de olor relativamente hablando. ¿Es cierto?

—Estaría tentado a decir que es asombroso, pero claro, todo el trabajo lo hace tu nariz —dije yo.

—Un colega muy distinguido —dijo Ralph— sin duda el más distinguido, una vez dijo que la primera cualidad de un investigador criminal debe ser poder ver a través de un disfraz. Yo pasaría esto a segundo término, e insistiría en que lo importante es oler a través del disfraz.

Aunque parecía algo malhumorado, se volvió más amigable tras unos lametazos más de su platito. Lo mismo me pasó a mí después de unos pocos sorbos más. Hasta me dio permiso para fumar, con tal de que me sentara bajo una ventilación especial instalada por encima de mi asiento.

—Cubano —dijo, husmeando después de que lo hubiera encendido—. *La Roja Paloma de la Revolución*.

—¡Eso es asombroso! —dije yo. También estaba asombrado de encontrar a Stampfert sentada en mi regazo.

—Eso no es nada —dijo—. Empecé a escribir una monografía sin importancia sobre los delicados aromas de los puros, pero de mi cuenta de que se había convertido en un mamotreto antes de terminarlo. Además, ¿quién lo iba a utilizar?

—¿Tú que haces aquí? —le dije a Stampfert—. Estamos hablando de negocios. No quiero que Von Wau Wau se lleve una impresión equivocada.

—Antes no te importaba —dijo riéndose—. Pero estoy aquí porque quiero fumar también, y ésta es la única ventilación que tiene, y me dijo que no podía fumar si no me sentaba aquí debajo.

Bajo estas circunstancias, no era fácil llevar una conversación coherente con el perro, pero de alguna manera nos arreglamos.

Le dije que había leído algo acerca de su vida. Sabía que sus padres habían sido propiedad de la Comisaría de Policía de Hamburgo. Él era uno de una camada de ocho, todos mutados en cierto grado, ya que sus padres habían sido sometidos a experimentación científica. Esto había sido llevado a cabo por biólogos del *Das Institut und die Tankstelle fue Gehirntaschens Pielerei*. Pero su alta inteligencia era el resultado de la biocirugía. Aunque su cerebro no era más grande de lo que debiera ser para un perro, su complejidad era comparable con la de un ser humano. Los científicos habían usado proteínas artificiales para construir billones de nuevos circuitos nerviosos en su cerebro. Esto se había hecho, sin embargo, a expensas de su cerebelo, o cerebro posterior. Como resultado, tenía muy poco subconsciente y, por lo tanto, no podía soñar.

Como todo el mundo sabe, el no poder soñar provoca una psicosis progresiva y, finalmente, un colapso mental. Para corregir esto, Ralph creaba sueños durante el día,

los grababa audiovisualmente, y los conectaba al cerebro durante la noche.

No tengo espacio para entrar en detalles en esta narración, pero hay una descripción completa en *El caso de los sueños robados* (sin publicar aún).

Cuando Ralph era todavía un cachorro, una explosión destruyó el instituto y mató a sus hermanos y a los científicos responsables de su sapiencia. Ralph fue entregado a la Comisaría de Policía y enviado a la escuela. Asistió a las clases de obediencia y otros cursos exigidos para ser un *canschutzhund* entrenado. Pero él fue el único cachorro que, además, asistió a clases de lectura, escritura y aritmética.

Ralph ahora contaba con veintiocho años pero parecía tener cinco. Algunos achacaban esta anomalía a los experimentos de mutación. Otros decían que los científicos habían perfeccionado un elixir que había sido administrado a Ralph y a sus hermanos para retrasar el envejecimiento. Si la explosión no hubiese destruido los historiales, el mundo quizá tuviese a su disposición este elixir. (Hay más acerca de este tema en *Un breve caso de longevidad*, sin publicar aún).

La existencia de Ralph había sido ocultada durante muchos años al mundo, a excepción de unos pocos policías y oficiales que juraron guardar silencio. Pensaban que la publicidad reduciría su eficiencia en el trabajo como detective. Pero recientemente el caso había llegado a la luz pública por iniciativa del propio Ralph. Harto de ser un simple perro-policía. Orgullosa y ambiciosa, dimitió para convertirse en investigador privado. La solicitud de una licencia provocó un escándalo. Todos los medios de información acudieron en manadas y rebaños. Fue llevado a los tribunales, pero, aún pendiente de la sentencia, Ralph von Wau Wau estaba procediendo como si fuera un agente libre. (Para ver la conclusión de este famoso caso, véase *La alcaparra de Kupper, defensor de la Policía*, no publicado aún).

Fuera o no propiedad de la Comisaría de Policía, todavía dependía de los seres humanos. De ahí su búsqueda para encontrar un compañero de piso y un socio.

Le conté algo acerca de mi persona. Escuchó en silencio y luego dijo:

—Me gusta como hueles. Tienes un olor honesto y humilde. Me gustaría que vinieses a vivir conmigo.

—Me encantaría —dije—, pero sólo hay un dormitorio...

—Es todo tuyo —dijo—. Yo soy bastante espartano. O más bien canino. Como habrás visto, el otro dormitorio ha sido convertido en laboratorio. Yo duermo sobre un montón de mantas bajo la mesa. Puedes tener toda la privacidad que quieras, puedes traer a todas las mujeres que quieras, con tal de que no hagas demasiado ruido. Creo que debemos aclarar una cosa. Yo soy el primer socio. Si esto ofende tu chauvinismo humano, podemos terminar con todo esto antes de empezar.

—No preveo que haya ninguna fricción —contesté yo, me levanté y fui hacia Ralph para darle la mano.

Desgraciadamente, me había olvidado de que Stampfert estaba todavía sentada

encima mía. Cayó dando con las nalgas en el suelo y gritando de dolor e indignación. Fue, lo admito, estúpido por mi parte, o por lo menos no demasiado inteligente. Stampfert, maldiciendo, se dirigió a la puerta. Ralph se quedó mirando a mi mano extendida y dijo:

—Aclaremos una cosa, tío, nunca doy la patita ni me siento a pedir comida.

Dejé caer mi mano y dije:

—Oh, claro...

Se abrió la puerta. Me volví para ver a Stampfert, todavía frotándose el trasero y saliendo por la puerta.

—*Auf wiedersehen* —dije yo.

—No, si yo lo puedo evitar, canalla —dijo ella.

—Siempre se ofende con demasiada facilidad —dije a Ralph.

Me marché al rato para recoger mis pertenencias del hotel. Cuando volví a entrar con las maletas, me quedé de repente quieto. Ralph estaba sentado en el sofá, sus ojos brillaban, su enorme lengua roja colgaba fuera de la boca y su respiración era agitada. Delante de él se hallaba sentada una de las mujeres más guapas que nunca había visto. Ella, evidentemente, había hecho algo para cambiar su estado anímico, pues su modo de dirigirse a mí cambió radicalmente.

—Pase, mí querido Weisstein —dijo—. Su primer caso como socio mío está a punto de comenzar.

Capítulo III

La exposición del caso

Un optimista es una persona que ignora u olvida la experiencia. Yo soy un optimista. Lo cual es otra manera de decir que me enamoré de Lisa Escarlatina en seguida. Mientras miraba a aquella mujer, con su rizado pelo castaño y sus grandes y lustrosos ojos marrones, me olvidé completamente de que estaba agarrado a dos pesadas maletas. No fue hasta después de que nos presentaran y de que ella mirase riéndose hacia abajo, cuando me di cuenta de la pinta de tonto que debía tener. Con la cara enrojecida, las puse suavemente en el suelo y tomé su delicada mano en la mía. Cuando la besé, pude oler la delicada fragancia de un perfume encantador y debo confesar que bastante afrodisíaco.

—Sin duda habrá leído o visto en la tele las noticias sobre el esposo desaparecido de la señora Escarlatina —dijo mi socio—. Aunque no sepa nada de su desaparición, sí que habrá oído hablar de un artista tan famoso.

—Mis conocimientos de arte no son nulos —dije fríamente. El tono de mi voz reflejaba mi frialdad interior, la llama del encanto encendido cuando la vi, apagándose. ¡Así que estaba casada! Debí haberme dado cuenta al ver su anillo.

Alfred Escarlatina, como seguramente sabrá mi lector, era un pintor rico que se había hecho muy famoso en la última década. Personalmente, yo considero que los trabajos de la llamada escuela *fauve mauve* son una gran tontería, una burla al sentido común. Preferiría tener los originales del *comic* del *Katzenjammer Kids* colgados en el museo que cualquiera de las creaciones maniáticas de Escarlatina y los de su calaña. Pero, cualquiera que fuera su gusto artístico, desde luego que tenía un buen ojo para las mujeres. Se había casado con la preciosa Lisa María Mohrstein hacía tan sólo tres años. Y ahora se especulaba con la idea de que podía ser una viuda.

Al pensar esto, volví a albergar alguna esperanza.

Según recuerdo, A. Escarlatina salió a dar un paseo una mañana de mayo hace unos dos meses y no regresó a casa. Al principio se le creía secuestrado. Pero cuando no se pidió rescate, fue descartada esta teoría.

Le conté a Ralph lo que sabía del caso.

—Anoche surgieron nuevas noticias referentes al caso —dijo—. Y la señora Escarlatina ha venido a verme porque está muy insatisfecha con el progreso, más bien la falta de progreso, que ha tenido la policía. Señora Escarlatina, cuénteles al doctor Weisstein lo que me ha contado a mí.

Fijó sus profundos ojos castaños sobre mí y con una voz tan bella como sus ojos —y no diré nada acerca de su figura—, me narró lo que había ocurrido el día anterior. Noté que Ralph estaba sentado con la cabeza erguida y las orejas tiesas. No lo sabía

entonces, pero luego averigüé que le hizo repetir la historia porque quería escuchar su suave voz de nuevo. Podía detectar delicadas tonalidades que escaparían al más sensible de los oídos humanos. Como él frecuentemente decía:

—No sólo puedo oler las emociones ocultas, mi querido Weisstein, sino que también puedo oírlas.

—Aproximadamente, a las siete de la tarde de ayer, mientras me estaba preparando para salir... —dijo ella.

«¿Con quién?», pensé yo, sintiendo que los celos me quemaban por dentro, aun sabiendo que no tenía derecho a tal sensación.

—... el teniente Strasse de la Policía Metropolitana de Hamburgo me telefoneó. Me dijo que tenía algo importante que enseñarme y me preguntó si podía acercarme a la Comisaría. Le dije que sí, por supuesto, y tomé un taxi hasta allí. Una vez allí, el sargento me llevó a una habitación y me mostró un cuadro. Me quedé asombrada. Nunca lo había visto antes, pero supe en seguida que era uno de los trabajos de mi marido. No necesitaba ver su firma, normalmente ubicada en la esquina superior derecha, para saber que era suyo. Eso fue lo que le dije al sargento y luego dije: «Esto debe querer decir que Alfred está todavía vivo. Pero ¿dónde lo consiguió?». Me contestó que lo había hallado la policía esa misma mañana. Un comerciante rico, Herr Lausitz, había muerto hacía una semana. El abogado que se encargaba del inventario de sus bienes encontró el cuadro bajo llave en la mansión de Lausitz. Era uno de los muchos objetos valiosos de arte robados que se hallaron allí. Nadie sospechaba que Lausitz los hubiera robado, sino que los hubiera adquirido de ladrones o hubiera encargado su robo. La colección fue valorada en varios millones de marcos. El abogado lo notificó a la policía, quienes identificaron el cuadro como uno de los de mi marido por la firma.

—Puede estar seguro que Strasse nunca habría sido capaz de identificar un Escarlatina sólo por su estilo —dijo Ralph sarcásticamente.

Sus delicadas cejas se arquearon:

—El teniente no lo tomó demasiado bien cuando le dije que estaba considerando la posibilidad de venir a verle. Pero eso fue más tarde. En cualquier caso, le dije a Strasse que esto era evidencia de que Alfred estaba todavía vivo. O al menos que lo había estado hasta hace muy poco. Yo sabía que mi marido habría tardado al menos un mes y medio en pintarlo, si estaba bajo presión. Strasse dijo que podía ser, por un lado, una falsificación; o por otro, que Alfred lo hubiera pintado antes de desaparecer. Le dije que no era una falsificación; lo supe con sólo mirarlo. ¿Y qué quería decir con eso de que podía haberlo pintado antes de desaparecer? Yo sabía exactamente, día a día, en qué trabajaba mi marido.

Dejó de hablar un momento y me miró, algo ruborizada.

—Eso no es del todo verdad. Mi marido visitaba a una amante al menos tres

veces por semana. No supe nada de ella hasta que él desapareció y la policía me dijo que llevaba al menos dos años visitándola..., a Hilda Speck... Sin embargo, según la policía, Alfred no había pintado nada en su apartamento. Claro que ella pudo haberse deshecho de toda evidencia, aunque Strasse me dijo que nunca habría podido eliminar todas las trazas de pigmentos y pelos de los pinceles.

«¡Qué bestia era este Escarlatina! —pensaba yo—. ¿Cómo era posible que una persona casada con esta maravilla de mujer pudiera prestar atención a otra?».

—He averiguado algo acerca de Hilda Speck —dijo Ralph—. En primer lugar, tiene un *alibi* excelente. Estaba visitando a unos amigos en Bremen dos días antes de que Escarlatina desapareciera. No regresó a Hamburgo hasta dos días más tarde. En cuanto a su historial, trabajaba de mecanógrafa en una empresa dedicada a la exportación hasta hace unos dos años, cuando Escarlatina empezó a mantenerla. No tiene antecedentes penales, pero su hermano ha sido detenido varias veces por asalto a mano armada y extorsión. Logró, en todas las ocasiones, evitar ser inculpado. Es un hombre enormemente obeso y tan feo como su hermana es guapa. Su apodo, que le va muy bien, es *Flusspferd* (hipopótamo; literalmente: caballo de río). Está en paradero desconocido desde hace varios meses.

Ralph se quedó un rato en silencio, y luego se acercó al teléfono. Estaba en el suelo, y al lado había un instrumento curiosísimo. Me di cuenta de su funcionalidad en cuanto vi a Ralph sujetarlo por el extremo largo y delgado con una pata mientras introducía la otra en una especie de embudo, en el otro extremo. Con el extremo delgado, apretó los botones para marcar un número de teléfono.

Un oficial de policía contestó por un altavoz. Ralph preguntó por el teniente Strasse. El oficial le contestó que no estaba en la Comisaría. Ralph dejó un recado, pero cuando apagó el teléfono, dijo:

—Strasse tardará en contestar, pero con el tiempo no le dejaré vivir la curiosidad.

Es difícil saber cuándo está sonriendo un perro, pero juraría que Ralph estaba haciendo algo más que enseñar los dientes. Y sus ojos parecían brillar. De repente, levantó una pata y dijo suavemente:

—Silencio, por favor.

Nos quedamos mirándole. Nosotros no habíamos oído nada, pero era evidente que él sí. Dio un salto hacia el panel de mandos que había en el suelo y apretó un botón. Luego salió corriendo hacia la puerta, que abrió hacia dentro. Había un hombre con estetoscopio que nos miraba con cara de tonto. Al ver que Ralph saltaba hacia él, gritó y dio la vuelta para huir. Ralph le golpeó en la espalda y le envió contra la pared del corredor. Yo corrí para ayudarlo, pero me asombró ver que Ralph volvía trotando al salón. Fue entonces cuando vi el aparatito en la puerta. El hombre volvió a ponerse inestablemente de pie. Superaba la altura mínima permisible de un policía por muy poco y parecía tener alrededor de los treinta y cinco años. Su cara era estrecha, con

una larga nariz y dos ojos pequeños y negros, que estaban muy juntos.

—Doctor Weisstein —dijo Ralph—, teniente Strasse.

Strasse no me dijo nada. Quitó el aparato de la puerta y lo guardó con el estetoscopio en el bolsillo de su chaqueta. Ya había desaparecido algo de su palidez inicial.

—Ese aparato para espiar es ilegal en América y también debería serlo aquí —dijo Ralph.

—Lo mismo digo para los perros parlanchines —dijo Strasse. Se inclinó ante la señora Escarlata e hizo sonar un taconazo.

Ralph soltó varios ladridos, que luego averigüé eran equivalentes a carcajadas. Dijo:

—No hace falta preguntar por qué nos espiaba. Está metido en el caso, y esperaba oírme por si le daba alguna pista. ¡Vamos, mi buen teniente!

Strasse enrojeció, pero habló con valentía.

—Señora Escarlata, usted puede contratar a este... este... Holmes peludo de cuatro patas...

—Eso me halaga —murmuró Ralph.

—... si quiere, pero no puede hacer que la policía abandone. Es más, existen serias dudas sobre la legalidad de la licencia de este investigador privado, y a lo mejor se mete usted en líos si sigue empeñándose en contratarlo.

—La señora Escarlata está bien informada sobre mi situación legal, mi querido Strasse —dijo Ralph sosegadamente—. Por otro lado, ella está convencida de que ganaré el juicio. Mientras tanto, las autoridades me han permitido seguir practicando. Si no lo cree, puede llamar al alcalde ahora mismo.

—¡Eres un... un...! —tartamudeó Strasse—. Sólo porque una vez salvaste al hijo de Su Majestad.

—Dejemos todas estas tonterías que no conducen a nada —dijo Ralph—. Me gustaría examinar el cuadro en persona. Creo que puede contener la clave de dónde se encuentra Escarlata.

—Es propiedad de la policía —dijo Strasse—. Mientras yo esté por aquí, me aseguraré que no metas tu hocico en un edificio policial. A no ser que sea como prisionero.

Me asombraba el odio que saltaba entre los dos como las descargas entre dos generadores Van der Graaf. No supe hasta más tarde que Strasse había sido el hombre al que había sido asignado Ralph cuando empezó a trabajar para la policía. Al principio se llevaban bien, pero se hizo patente que Ralph era mucho más inteligente, y Strasse se volvió celoso. Pero no solicitó otro perro ya que acaparaba los méritos de los casos resuelto por Ralph. Para cuando el perro decidió dimitir de su puesto, Strasse ya era teniente. Desde entonces había metido la pata en dos casos, y la

persona responsable de los ascensos de Strasse estaba en apuros.

—Perdone —dijo Ralph—. A lo mejor la policía tiene el cuadro como evidencia, pero claramente es propiedad de la señora Escarlata. Aun así, creo que haré las cosas de forma burocrática. Pienso quejarme a Su Majestad.

—Está bien —dijo Strase, volviéndose pálido otra vez—, pero iré con vosotros y me aseguraré que no estropeáis la evidencia.

—Y para enterarse de todo lo que pueda —dijo Ralph ladrando risotadas.

—¿Weisstein, le importaría traer ese maletín? Contiene el instrumental de mi profesión.

Capítulo IV

Luz en la oscuridad, cortesía de Von Wau Wau

De camino a la Comisaría en un taxi (Strasse se negó a que subiéramos a un vehículo policial), Ralph me contó algo más acerca de Alfred Escarlatina.

—Es el hijo de un profesor que tomó la nacionalidad alemana y de una mujer de Hamburgo. Naturalmente, habla inglés como un nativo de California. Se interesó en la pintura a una edad muy temprana y desde su adolescencia ha vagabundeado por toda Alemania pintando escenas rurales y urbanas. Es extremadamente guapo, y por esto atrae a las mujeres. Tiene una memoria fotográfica y es un dibujante excelente. Sus cuadros eran bastante convencionales hasta la última década, cuando fundó la escuela *fauve mauve*. Está bien dotado de conocimientos sobre literatura inglesa y alemana y tiene especial predilección por los trabajos de Frank Baum y Lewis Carroll. Con frecuencia usa sus personajes en sus cuadros. A propósito, ambos escritores son muy aficionados a las adivinanzas.

—Ya lo sabía —dije fríamente. Después de todo a uno no le gusta ser considerado como un ignorante por un perro—. ¿Y qué quiere decir todo esto?

—Puede que no signifique nada.

A los diez minutos estábamos en una gran habitación llena de cachivaches relacionados con el crimen. La señora Escarlatina nos condujo hasta el cuadro (aunque esto no hubiera hecho falta), y nos quedamos todos mirándolo. Strasse, a un lado, nos miraba sospechosamente. Yo no entendía nada del cuadro y así lo hice saber sin intención de ofender a la señora Escarlatina. Muy al contrario, ella se rió y dijo que mi reacción era como la de muchas otras personas.

Ralph estudió el cuadro mucho tiempo.

—Es posible que se confirmen mis sospechas. Lo veremos.

—¿Veremos qué? —dijo Strasse, acercándose y mirando a las muchas figuras que había en el lienzo.

—Podemos suponer que la señora Escarlatina conoce todas las obras de su marido, por lo menos hasta que desapareció. Este cuadro surgió más tarde, y podemos suponer que lo pintó en los últimos dos meses. Es evidente que fue secuestrado, no con el propósito de conseguir un rescate, sino para conseguir dinero de la venta de sus nuevos cuadros. Seguro que le amenazaron de muerte si no pintaba. Ha pintado uno y probablemente haya pintado, o esté pintando, más. No pueden vender los Escarlatinas en el mercado abierto. Pero hay suficientes coleccionistas fanáticos y sin escrúpulos que pagarían grandes cantidades para conseguir uno para sus colecciones particulares. Lausitz era uno de estos tipos. Escarlatina está prisionero, y suponemos que quiere escapar. No puede, pero es un hombre

inteligente, y piensa que puede sacar un mensaje al exterior. Sabe que sus cuadros están siendo vendidos, aunque esto no se lo cuenten. Está claro. ¿Por qué no poner el mensaje en sus cuadros?

—¡Qué maravilloso! —dijo la señora Escarlatina mientras le acariciaba la cabeza. Ralph movía la cola, y yo volví a sentir celos.

—¡Tonterías! —gruñó Strasse—. Seguro que sabía que el cuadro iría a parar a un coleccionista particular que no podría revelar que Escarlatina estaba prisionero. Primero, porque se le metería en la cárcel por haber llevado a cabo una transacción ilegal. Segundo, ¿por qué había de sospechar que el cuadro contenía un mensaje? Tercero, ¡yo no me creo que haya un mensaje en el cuadro!

—Escarlatina debe estar desesperado y dispuesto a hacer lo poco que podía —dijo Ralph—. Al menos eso sería mejor que no hacer nada. Posiblemente tuviera la esperanza de que el coleccionista recapacitara y contase todo a la policía. Admito que esto no es muy probable. Podía pensar que el coleccionista no se resistiera a la tentación de enseñar el cuadro a algún amigo íntimo. Quizá uno de éstos lo contase a la policía, y de esta manera, la policía descubriría el cuadro. Entre todos los policías, a lo mejor habría uno lo suficientemente inteligente y bien formado que pudiera dilucidar el significado del cuadro. Admito, sin embargo, que ninguna de estas teorías es probable.

Strasse gruñía.

—Luego, cabía una remota posibilidad de que, como realmente sucedió, sin embargo, alguno de estos coleccionistas muriese. De esta manera, el inventario legal de sus bienes revelaría el Escarlatina. Y así se abriría la posibilidad de que alguien interpretase el significado, si es que lo hay.

—Justo lo que yo iba a decir —afirmó Strasse—. Incluso si lo que tú dices que pudo haber sucedido sucedió en realidad —continuó diciendo—, los secuestradores no dejarían pasar un cuadro sin haberlo examinado antes. Lo primero que se les ocurriría sospechar es que había un mensaje oculto. Es tan obvio.

—No pensaba eso hace un minuto —dijo Ralph—. Pero tiene razón... en estar de acuerdo conmigo. Ahora vamos a crear una hipótesis. Escarlatina pinta una obra de arte, pero, además, desea ocultar un mensaje en ella. Probablemente un mapa que guiará a la policía, o a otra persona que lo esté buscando, directamente al lugar donde le mantienen prisionero. ¿Cómo iba a hacer esto sin que se dieran cuenta sus secuestradores? Tiene que ser lo suficientemente críptico como para pasar su inspección. Pero... ¿críptico hasta qué punto? Esto depende de su educación o de su sensibilidad. Pero si es demasiado críptico no se enteraría nadie. Por otro lado, está limitado en cuanto a simbología por la situación, por los nombres y las profesiones de sus secuestradores, eso, si los conoce, y por el lugar en el que se encuentra su prisión, si lo conoce.

—¡Sí, sí, sí! —dijo Strasse echando las manos al cielo.

—Pero, en primer lugar —siguió Ralph—, consideremos que Escarlatina se expresa igualmente en inglés que en alemán. Le encantan las adivinanzas de Carrol y Baum. Así que, quizá por las imposiciones de su situación, está obligado a expresar adivinanzas en los dos idiomas.

—Va con su estilo —dijo la señora Escarlatina—. ¿Pero sería plausible que utilizase esto, aun sabiendo que hay muy pocas personas capaces de entenderle?

—Como ya le he dicho, señora, no podemos descartar nada. Esto es mejor que no tener nada. Bien, Weisstein, sea lo que sea, ante todo soy un perro. Por lo tanto soy completamente daltónico (pero no lo fue durante toda su carrera; véase *La aventura del hombre de color cansado*, pendiente de publicación). Por favor, descríbame los colores de cada objeto que hay en el lienzo.

Strasse se echó a reír, pero no le hicimos caso. Cuando hube terminado, Ralph dijo:

—Gracias, mi querido Weisstein. Bien, ahora separemos lo significativo de lo que no significativo. Dese cuenta de las dos paredes pintadas que dividen el cuadro en tres partes, como Gaus. Una empieza en el centro del lado izquierdo y sube haciendo una curva hasta la mitad del lado superior. La otra empieza en la mitad del lado derecho y baja hasta la mitad del lado inferior. Las tres partes están rellenas de objetos extraños y aparentemente no relacionados. Los defensores de la escuela *fauve mauve*, sin embargo, mantienen que sus creaciones surgen del subconsciente colectivo, no del individual ni personal, y, por lo tanto, son inteligibles por todos.

—¡Vaya una tontería! —dije yo indignado, olvidándome de que estaba Lisa.

—Sospecho que no en este caso —dijo Ralph—. Ahora quiero que se fije en que las dos paredes, que se parecen a la Gran Muralla china tienen muchos ceros en su borde superior. Y que dentro del área que encierran hay muchos ceros desperdigados. ¿No le dice nada esto?

—Un cero es lo mismo que nada —dije yo.

—Una observación rudimentaria, doctor, aunque válida —dijo Ralph—. Yo diría que Escarlatina está diciéndonos que los objetos que encierran estas paredes no tienen ningún significado. Es la porción central la que tiene el mensaje. Allí no hay ceros.

—Pruébalo —dijo Strasse.

—Lo primero es lo primero, si es que se puede encontrar lo primero. Observe en la esquina superior derecha la extraña figura de un hombre. La parte de arriba es obviamente Sherlock Holmes con su gorra, su capa, su pipa —aunque no se puede distinguir bien si la de madera o la de barro— y la lupa en la mano. La mitad de abajo, con pantalón tirolés y demás, obviamente indica que es un alemán en general, y un bávaro en particular. La figura de Sherlock Holmes sólo puede querer decir dos cosas para el que verdaderamente sabe buscarlas. Una, que debemos usar métodos de

detective para descifrar este cuadro. Dos, que la mitad de este rompecabezas está en inglés y la otra mitad en alemán. Lo cual ya supuse.

—¡Absurdo! —dijo Strasse—. ¿Y qué quiere decir ese otro personaje, vestido con trajes del siglo XVI?

—Ah, sí, el torso de un caballero calvo con barba y con un collarín alrededor del cuello. Está escribiendo con una pluma sobre una hoja de papel. Hay un título en la parte superior del papel. Doctor, mírelo, por favor, con la lupa que encontrará en mi maletín.

Capítulo V

Más luz reveladora

Hice lo que me mandó y dije:

—Apenas puedo leerlo. Escarlatina debió usar una lupa para escribirlo. Dice *Nueva Atlantis*.

—¿Sugiere esto algo a alguien? —dijo Ralph.

Para él obviamente sí, pero estaba disfrutando de la sensación de sentirse más inteligente que los seres humanos que le rodeaban. Me parecía mal esta actitud en cierta medida, pero le comprendía. Había sido dominado por los humanos durante demasiado tiempo.

—El gran académico y estadista Francis Bacon escribió *Nueva Atlantis* —dije de repente. Ralph me guiñó el ojo, y yo grité—: ¡Bacon! ¡La amante de Escarlatina es Hilda Speck!

(*Speck* en alemán significa *bacon*).

—Ya ha adelantado un pie, mi querido Weisstein —dijo Ralph—. Veamos cómo adelanta el otro.

—El Bacon, con las otras dos figuras, forma un grupo separado de los otros —dije—. Obviamente, debemos considerarlos como estrechamente relacionados. Pero confieso que no puedo encontrar mucho sentido en un Bacon, un caballo verde y una casa con la ventana de un ático desde la cual se asoma una mujer con un búho posado en el hombro. Tampoco encuentro sentido al zarcillo que los une.

—¿Qué? ¿Estás perdido, muchacho? —dijo Ralph, produciéndome un sobresalto. Pero ya me estaba acostumbrando a estos cambios en su forma de dirigirse a mí. Tan pronto era Holmes como Bogart—. Dime, doc, ¿tiene alguna tonalidad particular el quemador de la lámpara?

—Hmmm —dije yo.

—Es verde Nilo —dijo Lisa.

—Eres una modelo de cliente, cariño —dijo Ralph—. ¿Y esto no os sugiere nada? ¿Sí? ¿Usted no lo sabe, Strasse?

Strasse murmuró algo.

Lisa dijo:

—*Nilpferd*.

—Sí —dijo Ralph—. *Nilpferd* (caballo del Nilo). Otro término usado para designar al hipopótamo. El hermano de Speck es apodado el *Hipopótamo*. Pasemos ahora a la siguiente figura, la casa con la mujer asomada por la ventana del ático con un búho en el hombro. Dígame, Strasse. ¿Tiene el *Hipopótamo* algunos amiguetes? ¿Alguno que sea griego, quizá? ¿Concretamente de Atenas?

Strasse se quedó atónito y dijo:

—Alguien te ha estado pasando información de la Comisaría. Me...

—En absoluto —dijo Ralph—. Obviamente el ático y la mujer con el búho son las partes significativas de la imagen. *Dachsstube* (ático), no nos importa nada en alemán, pero si usamos el término en inglés, estamos en el camino correcto. La palabra tiene dos significados en inglés. Puede referirse a la lengua y cultura de Atenas, y en un sentido más amplio a Grecia. Dese cuenta que el adjetivo alemán *attisch* es similar al término inglés *ático*. Para comunicar esto, Escarlatina pintó a una mujer con un búho en su hombro. ¿Quién podría ser más que la diosa de la sabiduría, deidad de Atenas? Escarlatina se estaba arriesgando mucho cuando la pintó, pues sus secuestradores, aunque no hubieran terminado el bachillerato, pudieron haber encontrado a Athena. Pero a lo mejor no se acordaban de ella, y, en cualquier caso, Escarlatina tuvo que emplear la redundancia para transmitir su mensaje. No me sorprendería nada que nos encontráramos con más redundancias en este cuadro.

—¿Y los zarcillos? —pregunté yo.

—Una adivinanza en alemán, mí querido doctor. *Ranke* (zarcillo) es similar a *ranke* (intrigas). Las tres figuras están unidas por el zarcillo de la intriga.

Strasse tosió y dijo:

—¿Y el espejo que está debajo de la casa del ático?

—Observe que la carretera de adoquines amarillos empieza en el espejo y va hacia la izquierda, es decir, hacia el oeste. Yo sugiero que Escarlatina quiere decir aquí que la carretera en realidad va a la derecha o hacia el este. Las imágenes están al revés en el espejo, claro.

—¿Qué carretera? —preguntó Strasse.

Ralph miró hacia arriba resignadamente y agitó la cabeza.

—Con seguridad los secuestradores hicieron que mi marido explicara la simbología —dijo Lisa—. Sospecharían que iba a hacer lo que en realidad hizo.

—No hay nada que le impida dar una explicación falsa —dijo Ralph—. Hasta ahora, parece obvio que Escarlatina ya ha mencionado el nombre de los criminales. Cómo pudo identificarles o situar su lugar de cautiverio, no me queda claro. El tiempo y deducción, con un poco de suerte, nos revelará todo. ¿Nos podría traer un mapa de carreteras de Alemania, por favor?

—No soy un perro de esos que van a buscar cosas —gruñó Strasse, pero fue a buscar el mapa. Era un gran mapa Mair, escala 1:750.000, usado principalmente para indicar la red del Autobahn. Strasse lo desdobló y lo pinchó en la pared.

—Si Escarlatina hubiera puesto, digamos una hamburguesa americana al principio de la carretera de adoquines amarillos, el significado sería obvio hasta para los secuestradores *dummkopf* —dijo Ralph—. Tenía gran confianza en que sus buscadores, si es que hubiera alguno, serían personas muy inteligentes. Ellos tendrían

que darse cuenta de que la carretera empezaba donde había empezado el crimen, en Hamburgo.

Se quedó en silencio mientras comparaba el mapa con el cuadro. Después de un rato de estar paseando nerviosamente. Strasse dijo:

—¡Venga, hombre! Quiero decir, ¡perro!

—Querrá decir Herr Von Wau Wau. ¿Sí?

—Claro. Herr Von Wau Wau. ¿Cómo interpreta esto..., este misterio tan lioso?

—Se dará cuenta de que hay muchas figuras a lo largo de la carretera de adoquines amarillos, hasta llegar a la gran luna que se está elevando detrás del castillo. Todas estas figuras tienen halos sobre sus cabezas. Esto me confundió hasta que comprendí que los halos también son ceros. No hemos de prestar atención a las figuras que tienen debajo. Pero ¿y la luna que está detrás del castillo? Mirad el mapa. Dos de las carreteras que salen de Hamburgo hacia el sureste se encuentran justo por encima de la ciudad de Luneburgo. *Burgo* significa castillo, pero *lune* no significa nada en alemán en este contexto. Sin embargo, es parecido a la palabra inglesa *lunar*, es decir, luna. Y la carretera de adoquines amarillos va hacia el sur desde allí. Tengo que confesar que ahora estoy completamente perdido. Así que será mejor que ahora nos metamos en un coche y viajemos a Luneburgo y luego al sur mientras yo estudio el mapa y el cuadro.

—No podemos llevarnos el cuadro. ¡Es demasiado grande! —dijo Strasse.

—Lo tengo todo aquí dentro —dijo Ralph señalando la cabeza con la pata—. Pero sugiero que toméis una foto *polaroid* del cuadro para los que tenéis memorias débiles —dijo esto mirando a Strasse con una sonrisa.

Capítulo VI

Siguiendo el camino de adoquines amarillos

A Strasse no le gustaba la idea, pero no podía proceder sin Ralph, y Ralph insistió en que la señora Escarlata y yo fuéramos también. En primer lugar, puso a dos hombres a vigilar a Hilda Speck, para asegurarse de que no iba a intentar marcharse de la ciudad. Todavía no tenía suficientes pruebas para detenerla, ni pensaba, creo yo, que las iba a tener.

El perro, Lisa y yo nos metimos en la parte trasera de un gran coche policial. Strasse se sentó delante con el conductor. Otro coche, que se mantendría en contacto radiofónico con nosotros, iba a seguirnos a un kilómetro de distancia.

Una hora más tarde, estábamos al norte de Luneburgo. Media hora más tarde, en dirección sur, estábamos justo al norte de la ciudad de Uelzen. Era aún de día, de manera que todavía podía ver la fotografía del cuadro que tenía en la mano. La carretera de adoquines amarillos iba al sur de la luna que se levantaba tras el castillo (Luneburg) y se extendía un poco al sur de un grupo de tres extrañas figuras. Éstas eran ovejas carentes de cornamenta (hembras, probablemente), una sección de un puente de ferrocarril y un arquero con un peinado medieval japonés y ropas medievales.

Bajo este grupo se dividía la carretera. Dos de las carreteras se dirigían hacia las paredes en las partes superior e inferior del cuadro y las atravesaban. La otra torcía hacia el sur, a la izquierda, y luego atravesaba o pasaba al lado de más figuras confusas.

La primera era la representación de un hombre (parecía Jesucristo resucitado) saliendo de una tumba en mitad de una arboleda. A la derecha y un poco más abajo, había una faja. Luego había alguien que se parecía a William Penn, el cuáquero. Siguiéndolo, había un hombre con un traje de leopardo con dos grandes monos a sus talones.

Luego había un hombre vestido con ropajes como los que vestían en Mesopotamia. Estaba a cuatro patas y con la cabeza metida en la hierba. A su lado había un platanero.

En el otro lado de la carretera había un globo de aire caliente con un hombre calvo dentro de la cesta de mimbre. En un lado del globo se podían leer las grandes letras OZ.

Cruzando la carretera había lo que parecían dos enormes vikingos atravesando el mar a pie. Tras ellos se veía la silueta de una horda de hombres barbudos con cascos astados. Los dos líderes estaban acercándose a un grupo de guerreros desnudos, pintados de azul, de pie en carretas tiradas por caballos.

Más al sur había una mujer vestida con ropa victoriana, pololos y todo. Tras ella se veía una típica mansión del sur de la preguerra civil norteamericana. Al lado había una taberna. No puedo decir si los borrachos que estaban tumbados fuera o el cartel que colgaba sobre la entrada querían decir algo. El cartel era demasiado pequeño para poder contener letras, aunque fueran escritas con una lupa.

La carretera acababa un poco más a la izquierda en dos manos que arrancaban un paquete de otro par de manos.

Justo antes de llegar a Uelzen, Strasse dijo:

—¿Cómo sabes que vamos por buen camino?

—Considere las ovejas, el puente de ferrocarril y el arquero japonés —dijo Ralph—. En inglés, la «U» se pronuncia como la palabra que designa a la hembra de las ovejas, *ewe*. Coloquialmente un paso elevado de ferrocarril es, en inglés, un *el*. El arquero japonés podría ser un samurai, pero no lo creo. Es un arquero Zen. Por lo tanto «U», «el», y «zen», o la ciudad alemana de Uelzen.

—Todo esto parece tan fácil, tan aparente, una vez visto —dije yo.

—La ciudad de Esterholz no es tan difícil. ¿Quiere intentarlo?

—Otra adivinanza híbrida inglés-alemán —dije yo, con más confianza de la que realmente sentía—. *Ester* suena a *Easter*^[1] por lo tanto que Cristo ha resucitado. Y el bosque es el *holz* claro. *Holt*, el término que en inglés antiguo significa bosque o arboleda que, a propósito, viene de la misma raíz que *holz*.

—¿Y el *weste* (chaleco)? —dijo Ralph.

—Supongo que quiere decir que debemos tomar la carretera que va al oeste de Esterholz —dije más confiadamente.

—Excelente, doctor —me dijo—. ¿Y el cuáquero?

—No tengo ni idea —dije con cierto disgusto, pues Lisa me estaba contemplando con admiración.

Soltó un corto ladrido carcajeante y dijo:

—Yo tampoco, mi querido amigo. Estoy seguro que algunos de estos símbolos, quizá la mayoría, tienen un significado que no será aparente hasta que hayamos estudiado el terreno.

A siete kilómetros al sureste de Uelzen, torcimos hacia la aldea de Esterholz y luego al oeste en la carretera que va a Wrestede. Mirando a las manos que arrancaban un paquete de las otras manos, grité repentinamente:

—¡Claro! ¡Wrestede! ¿Qué sugiere la palabra inglesa *wrested*^[2]? Las manos están agarrando el paquete. Entonces esto quiere decir que Escarlata está prisionero en algún lugar entre Esterholz y Wrestede.

—Dadle a este hombre un premio —dijo Ralph—. Está bien muchachote, así que, ¿dónde está Escarlata?

Me quedé en silencio. Los demás no dijeron nada, pero la tensión creciente nos

hacía sudar. Todos estábamos pálidos bajo la luz del sol poniente. En media hora habría caído la noche sobre nosotros.

—Vete más despacio para que pueda leer los nombres de las portillas de las granjas —dijo Ralph. El conductor obedeció, y al rato, Ralph dijo—: ¡Ah!

No vi nada que me recordara a un cuáquero.

—El dueño de esa granja se llama Fuchs (*fox*^[3]) —dije yo.

—Sí, y el fundador de la Sociedad de Amigos, o cuáqueros, fue George Fox —dijo él.

Añadió un momento más tarde:

Según recuerdo, fue precisamente en este área donde ocurrieron unos asesinatos bestiales, ¿o será mejor decir humanos?, en mil ochocientos cuarenta y cinco. Un hombre llamado Wilhelm Graustock fue finalmente arrestado y acusado.

Nunca había oído hablar de este caso, pero, como luego averiguaría, Ralph poseía un gran conocimiento de literatura sensacionalista. Parecía saber los detalles de todos los crímenes cometidos en los dos últimos siglos.

—¿Cuál es la conexión entre Herr Graustock y esta figura que obviamente es Tarzán? —pregunté.

—Graustock es notablemente similar a Greystoke —dijo—. Como posiblemente ya sepa, el rey de la selva fue lord Greystoke, de ascendencia británica. De hecho, Graustoke y Greystoke significan una misma cosa, un palo o varilla gris. Tienen raíces germánicas comunes. ¡Allí está! Los descendientes del carnicero infame todavía están en posesión de su propiedad, pero son, según tengo entendido, granjeros extremadamente pacíficos.

—¿Y el hombre que está a cuatro patas al lado del platanero? —gruñó Strasse. Le dolía preguntar, pero le desbordaba la curiosidad.

Ralph estalló en una carcajada de nuevo:

—Otro ejemplo de redundancia, creo, Y mucho más difícil de resolver. Éste sí que es difícil, cariño. ¿Quieres intentar adivinarlo?

—¡Vete por ahí! —dijo Strasse, y con esto, Ralph se rió aún más fuerte.

—A menos que me esté equivocando —dijo Ralph—, los siguientes dos imágenes representan una palabra, no una cosa. Simbolizan *Lebanon* (la puerta de al lado). La pregunta es: ¿la puerta al lado de qué? ¿La granja Graustoke o los lugares indicados por el globo y la representación bélica y la escena prebélica? No veo nada que sugiera que estamos cerca de nuestra meta. Continúe a la misma velocidad, conductor.

Hubo silencio durante un minuto. Me negué a hablar por orgullo. Por fin, Lisa dijo:

—¡Por Dios, Herr Von Wau Wau, me estoy muriendo de curiosidad! ¿Cómo llegó a la palabra *nebanon*?

—El hombre que está a cuatro patas con la cabeza cerca del suelo parecer ser

Nabucodonosor, el rey de Babilonia, quien se volvió loco y comía hierva. Al lado de él hay un bananero. Si se juntan estas dos palabras al estilo de Lewis Carrol y sus palabras maletín, nos queda la palabra *nebanan* (al lado de).

—Este Escarlatina está loco —dijo Strasse.

—Si lo está, tiene una locura muy utilitaria —dijo Ralph.

—¡Tú también estás loco! —dijo Strasse triunfante—. ¡Mira! —y señaló a un nombre pintado en la pared: «Neb Banñons».

Ralph se quedó callado unos segundos mientras Strasse se reía, y luego dijo en voz baja:

—Estaba equivocado en lo particular, pero había acertado en lo principal. ¡Ya estamos aquí! ¡Mantenga la misma velocidad, conductor! Quiero que los demás sigáis mirando hacia delante. ¡No miréis descaradamente! A lo mejor hay alguien vigilando desde la casa, pero no sospecharán si ven a un perro mirando por la ventanilla.

Hice lo que me mandó, pero hacía esfuerzos por ver los lados de la carretera por la esquina de los ojos. A mi derecha había un campo de cebada. A mi izquierda pude ver una portilla con un nombre pintado en grandes letras blancas: Schindeler. Pasamos de largo, dejando la casa y el campo de cebada atrás. En el campo había dos caballos que nos miraban. A mi derecha había un cartel contra el muro de piedra que decía: Bergmann.

Ralph dijo encantado:

—¡Es éste!

Yo me sentía aún más tonto.

—No se pare hasta que no hayamos pasado la curva y hayamos salido del campo visual de la casa Schindeler —dijo Ralph.

Un momento más tarde estábamos aparcados más allá de la curva, mirando hacia el oeste. El coche que nos había estado siguiendo a unos cuantos kilómetros nos dijo por radio que había parado cerca de la granja Graustoke.

—¡Muy bien! —dijo Strasse—. La cosa parece haber funcionado, pero antes de entrar quiero asegurarme que no estoy deteniendo a las personas equivocadas. ¿Cómo sabe que es esta casa?

—Cierra el pico y abre las orejas, cariño —dijo Ralph.

—Fíjate en el globo que tiene la OZ. Sigue utilizando el motivo de la carretera de adoquines amarillos. ¿Se dio cuenta del nombre Bergmann (minero)? Un Bergmann es un hombre que cava. Pues, para los que lo hayáis olvidado, el verdadero nombre del Mago de Oz era Diggs^[4].

Parecía como si Strasse fuera a tener un ataque de apoplejía:

—¿Y qué me dices de los guerreros teutónicos y los hombres desnudos y azules en carretas que están al otro lado de la carretera del globo? —gritó Strasse.

—Los guerreros teutónicos eran anglosajones, y estaban invadiendo la antigua Gran Bretaña. Los bretones se tatuaban en azul y con frecuencia iban a la batalla desnudos, como sabe cualquier persona culta —añadió sonriente—. En cuanto a los dos líderes de los anglosajones, se llamaban tradicionalmente Hengist y Horsa. Ambos nombres significan caballo. Además, sabes que *hengst* es una palabra alemana para decir caballo, y *ross* también significa caballo. *Ross* está relacionada con la palabra del inglés antiguo *horssa*, que significa caballo.

—¡Que Dios nos proteja de cualquier caso parecido a éste en el futuro! —dijo Strasse—. ¡Muy bien, no gastemos más tiempo en esta locura! ¿Cuál es el significado de esa casa de la preguerra civil con esa bella mujer delante? ¿Y la taberna? ¿Cómo sabes que significa que Escarlatina está prisionero allí?

—El cuadro recuerda, entre otras cosas, al libro y a la película *Lo que el viento se llevó* —dijo Ralph—. Probablemente no haya leído el libro, Strasse, pero con seguridad ha visto la película. El nombre de la heroína es Scarlett O'Hara. ¿No es eso? Y una taberna en inglés también es un *inn*. Scarlett-Inn. ¿No?

A los pocos minutos, Ralph dijo:

—Si no te controlas, Strasse, tus hombres tendrán que meterte en una camisa de fuerza.

El policía dejó de gritar, pero no de temblar. Respiró hondo unas cuantas veces, seguido de un sorbo de la petaca que llevaba en la guantera, y dijo:

—¡La vida no es fácil! ¡Y el deber me llama! Procedamos a asaltar la casa que hemos convenido.

Capítulo VII

No hay Emerald City para mí

Una hora después de caer la noche, los policías irrumpieron por las puertas delantera y trasera de la casa Schindeler. Para entonces ya nos habíamos enterado de que la casa había sido alquilada por un tal Albert Habicht. Éste era el hermano de Hilda Speck, Albert Speck, el *Hipopótamo*. Su compañero era Wilhelm Erlesohn, un hombre alto y delgado apodado *Die Giraffe*. Una buena pareja zoológica. Ahora están los dos entre rejas.

Hilda Speck también fue encerrada, pero logró escaparse un año más tarde. No obstante, volvimos a interferir en su camino (*El caso del hombre del ojo vidente*).

Alfred Escarlatina estaba pintando otro cuadro con el mismo mensaje, pero con símbolos diferentes cuando atrapamos a los secuestradores. Tiró el pincel y se abrazó a su preciosa mujer, y las pocas esperanzas que yo tenía se desvanecieron. Aparentemente, y a pesar de su infidelidad, todavía lo quería.

La mayor parte de este caso ya estaba claro, pero todavía quedaba una pregunta importante por contestar. ¿Cómo sabía Escarlatina dónde estaba?

—El secuestro tuvo lugar a plena luz del día en mitad de una muchedumbre —dijo Escarlatina—. Erlesohn me puso la pistola que llevaba en el bolsillo de su gabardina contra la espalda. Hice lo que me mandó y me metí en la parte trasera de una furgoneta que había aparcada en doble fila a poca distancia. Entonces, Erlesohn me durmió con alguna droga que me inyectó con una aguja hipodérmica. Cuando desperté estaba en esta casa. He estado encerrado en esta habitación desde entonces, la cual, como podéis ver, es grande y tiene una ventana hacia el sur y un tragaluz, ambos con grandes rejas. Me dijeron que me mantendrían en cautiverio hasta que hubiera pintado doce cuadros. Esto sería suficiente para que los hombres se hicieran ricos tras venderlos a coleccionistas con dinero, aunque sin escrúpulos. Luego me soltarían.

»Yo no les creí, claro. Después de que hubiera pintado los doce cuadros me matarían y me enterrarían en algún lugar del bosque. Con frecuencia me quedaba tarde por la noche y oía lo que decían los dos hombres en voz alta cuando bebían demasiado. Así fue como averigüé sus nombres. Descubrí que Hilda había colaborado en el secuestro, aunque ya lo sospechaba. El caso es que la abandoné dos días antes de que ocurriera el secuestro, y estaba desesperada porque ya no tenía ingresos.

»En cuanto a la situación geográfica de la casa, no fue nada sorprendente. Tengo una memoria fotográfica, y viajé por todos los rincones de Alemania en mi juventud. Anduve por esa carretera unas cuantas veces a pie cuando era un adolescente. De

hecho, una vez pinté la granja Graustoke. Es verdad que ya se me había olvidado todo esto, pero con el tiempo me fui acordando. Después de todo, miraba por la ventana todos los días y veía la granja Graustoke.

»Y ahora dígame: ¿quién es el hombre responsable de haber leído mi mensaje?

—No fue un hombre —dije yo sintiéndome como Ulises en la cueva de Polifemo.

—¿Entonces fuiste tú, Lisa? —gritó.

—Es todo tuyo, cariño —dijo la voz de Humphrey Bogart.

Escarlatina es un hombre muy tranquilo, pero se desmayó al menos una vez en su vida.

Capítulo VIII

La conclusión

Era invierno y estábamos en plena crisis del petróleo. Estábamos sentados en nuestro apartamento intentando calentarnos con las radiaciones de la televisión. El whisky ayudaba, y yo estaba intentando olvidar nuestra incomodidad leyendo mis apuntes y ficheros de todos nuestros casos desde el caso Escarlatina. Ralph y yo habíamos pasado, en este corto período de tiempo, por el caso de la guardería de aluminio, las aventuras del camello humano y el tailandés de la escuela vieja, además del espantoso caso con el terrible veneciano, Granelli. Este último, a propósito, está siendo escrito bajo el título *El dux cuya barca era peor que su gaza*^[5].

Finalmente, dejé las notas y cogí el libro. Tantos recuerdos me hacían sentirme incómodo. A continuación hubo un largo silencio roto por Ralph:

—A lo mejor no la has perdido definitivamente, mi querido Weisstein.

—¿Cómo sabías que estaba pensando en ella?

Ralph sonrió (o al menos creo que estaba sonriendo). Dijo:

—Hasta un Strasse con cerebro de plomo sabría que no puedes olvidar sus grandes ojos marrones, sus sonrisas, su dulce voz, su figura, etc. ¿Qué otra cosa de estos últimos meses podría haber producido esos suspiros y esa mirada al vacío, esos períodos de insomnio y esos olvidos? Es evidente que no estás tan absorto por las historias marineras de C. S. Forester.

»¡Pero ánimate! Puede que la bella Lisa todavía tenga un buen motivo para divorciarse de su artístico y mujeriego marido. O a lo mejor se queda viuda.

—¿Qué te hace pensar eso?

—He estado pensando que posiblemente no sea una casualidad que Lausitz haya muerto después de adquirir el cuadro de Escarlatina. He estado husmeando alrededor del cuadro —literal y figurativamente— y creo que hay un hamburgués podrido implicado.

—¿Sospechas que Escarlatina es un asesino? —dije—. ¿Pero cómo pudo matar a Lausitz?

—Aún no lo sé, amigo mío —dijo—. Pero lo averiguaré. Puedes apostar lo que quieras a que lo averiguaré. Los asesinatos viejos son como huesos viejos..., los desentierro.

Y tenía razón, pero esa aventura no sucedió hasta seis meses después.

La aventura del asesino de metal

Fred Soberhagen

Es curioso como se fijan en la mente las sugerencias, aunque sean pequeñas. La simple mención de «Baker Street» ya es suficiente. Decir «Elemental» es suficiente. Casi es suficiente referirse a alguien como «un hombre alto».

Tenía el cuerpo de un hombre y el cerebro de un diablo electrónico.

Las máquinas de este tipo eran las mejores imitaciones de hombres y mujeres que los berserkers^[6], esas máquinas asesinas, habían sido capaces de diseñar y construir. Aun así se podía ver que eran imitaciones cuando se les inspeccionaba de cerca.

—¿Sólo se han encontrado veintinueve? —exigió saber el supervisor de defensa. Sentado en su asiento de combate, miraba al espacio a través de una pantalla semitransparente de información situada ante él. La masa terráquea en la cercanía estaba protegida dentro de los campos de fuerza defensivos de color marrón, los cuales no dejaban ver los colores normales de tierra, agua y aire.

—Sólo veintinueve —llegó la respuesta en el puente de la nave insignia en medio del ruido de chisporroteo eléctrico. La voz continuó—. Y ahora parece estar claro que había treinta en un principio.

—¿Entonces dónde está el que falta?

No hubo respuesta.

Todas las fuerzas defensivas de la Tierra estaban aún en alerta total, aunque el ataque había sido pequeño, nada más que un intento de infiltración, y parecía que había sido repelido con éxito. Los berserkers, supervivientes de una antigua guerra interestelar, eran enemigos mortales de cualquier cosa viviente y el mayor peligro para la humanidad que hubiera revelado el universo.

Una pequeña estela recorrió la superficie marrón de la Tierra, a lo largo de un recorrido que lo llevaría a tan sólo unos cientos de kilómetros de la nave del supervisor. Era la Planta Energética I, un agujero negro domesticado. En tiempo de paz, los billones de habitantes de la Tierra obtenían la mitad de la siempre necesitada energía de aquí. La Planta I era visible a simple vista como una leve distorsión de las estrellas.

Estaba llegando en esos momentos otro informe:

—Estamos registrando el espacio en busca del androide berserker que falta, supervisor.

—¡Y que se os ocurra no hacerlo!

—La nave infiltrante llevaba contenedores acolchados para treinta androides,

según se supo por el análisis computerizado de los restos. Debemos suponer que todos los contenedores estaban ocupados.

El tono del supervisor dejaba entrever que era una cuestión de vida o muerte.

—¿Existe alguna posibilidad de que la unidad que falta haya pasado vuestras líneas y haya llegado a la superficie?

—Negativo, supervisor —hubo una corta pausa—. Por lo menos no en nuestra época.

—¿Nuestra época? ¿Qué significa eso? ¿Cómo podría...? El agujero negro pasó a su lado en un abrir y cerrar de ojos. No estaba realmente domesticado, aunque esta era una palabra reconfortante, y los humanos la aplicaban frecuentemente. Digamos que estaba controlado en mayor o menor medida.

Supongamos —y teniendo en cuenta el lugar de la escaramuza, la suposición no es improbable— que el androide berserker número treinta fuera lanzado, por algún error en el combate, directamente contra la Planta I. Era fácil que hubiera entrado en el agujero negro. Según las teorías más recientes, existe la posibilidad de que hubiera sobrevivido para reemerger intacto al universo, lanzado fuera del agujero con su misma imagen tangible en un estallido de radiación de partículas virtuales.

La teoría sostiene que si este fuera el caso, la reemergencia tendría que ocurrir antes de caerse dentro. El supervisor dio órdenes contundentes. Sus computadoras en la Tierra, en el Conglomerado de Defensa de la Tierra, empezaron en seguida a resolver el problema con la máxima prioridad. ¿Qué podía hacer un solo androide berserker a la Tierra? Seguramente no demasiado. Pero para el supervisor y aquellos que trabajaban bajo su mando, la defensa era una tarea sagrada. El templo de la seguridad de la Tierra estaba siendo profanado.

La máquina tardó once minutos en dar las primeras respuestas.

—El número treinta entró en el agujero negro, señor. Ni el enemigo ni nosotros podíamos haber previsto tal resultado, pero...

—¿Cuál es la probabilidad de que el androide haya emergido intacto?

—Por el extraño ángulo de entrada, aproximadamente un sesenta y nueve por ciento.

—¿Tan alto?

—Y hay una probabilidad del cuarenta y nueve por ciento de que alcance la superficie de la Tierra en condiciones funcionales, en algún momento de nuestro pasado. Sin embargo, las computadoras se muestran optimistas. Teniendo en cuenta que el ingenio enemigo debió estar programado para un ataque repentino sobre nuestra sociedad presente, no es probable que pueda causar demasiado daño en otro tiempo y lugar, donde...

—Tiene usted un vacío de orden intergaláctico en el cráneo. Yo le diré a usted y a sus computadoras cuándo podemos empezar a sentirnos optimistas. Mientras tanto,

consígame más datos.

La siguiente noticia de la Tierra llegó a los veinte minutos.

—Hay una probabilidad del noventa y dos por ciento de que el aterrizaje del androide sobre la superficie, si es que ocurrió, fuera dentro de un radio de doscientos kilómetros de las coordenadas cincuenta y un grados, once minutos, latitud Norte; cero grados, siete minutos, longitud Oeste.

—¿Y la época?

—Noventa y ocho por ciento de probabilidad de que fuera el uno de enero de mil ochocientos ochenta, Era Cristiana, más menos diez años estándar.

Un trozo del planeta Tierra, una isla nubosa, fue presentado en la pantalla del supervisor.

—¿Acción recomendada?

El ED del Conglomerado tardó una hora y media en dar respuesta a esta pregunta.

Los dos primeros voluntarios perecieron en sendos intentos de lanzamiento antes de que se pudiera mejorar el método lo suficiente como para que las probabilidades de supervivencia fueran razonables. Cuando el tercer hombre se hallaba preparado fue llamado poco antes del lanzamiento para tener un encuentro privado con el supervisor.

El supervisor lo miró de arriba a abajo, fijándose en su extraña vestimenta, peinado y demás. No preguntó si el voluntario estaba preparado, sino que empezó a decir con franqueza:

—Se ha confirmado ya que, independientemente de que pierda o gane en el pasado, nunca podrá volver a esta época.

—Sí, señor. Ya suponía que ese era el caso.

—Muy bien —el supervisor consultó los datos que tenía extendidos ante él—. Todavía no estamos seguros de cómo está armado el enemigo. Algo refinado, sin duda, adaptado para el sabotaje en la Tierra de nuestra época..., además de la fuerza física sobrehumana y la velocidad a las que tendrá que enfrentarse. Deberá tener en cuenta que está equipado con lanzarrayos que pueden mermar su mente. Están las bombas modelo, diseñadas para desactivar nuestros computadores de defensa, alimentándolos con información aleatoria. Siempre deberá tener presente la posibilidad de guerra bacteriológica. ¿Lleva su equipo médico? Sí, ya veo. Claro que también existe la posibilidad de encontrarse algo nuevo.

—Sí, señor —el voluntario parecía estar tan preparado como cualquier otro pudiera estarlo. El supervisor se acercó con los brazos abiertos para el ritual abrazo de despedida.

Sacudiéndose la lluvia londinense sacó su reloj como si estuviera mirando la hora, y se quedó en la acera delante del teatro como si estuviera esperando a un amigo. Era un instrumento que, además del ruidoso tic-tac, emitía una vibración silenciosa, y esta señal indicaba que la máquina enemiga estaba cerca. Probablemente estaba en un radio de cincuenta metros.

Un cartel pegado en la puerta del teatro decía:

EL JUGADOR AUTÓMATA DE AJEDREZ MEJORADO.
UNA MARAVILLA DE NUESTRA ERA BAJO NUEVA
DIRECCION.

—El verdadero problema, señor —dijo un caballero con sombrero de copa que estaba conversando con otro en la cercanía—, no está en si la máquina puede ganar o no al ajedrez, sino en si se le puede hacer jugar siquiera.

«No, ése no es el verdadero problema, señor», pensaba el agente del futuro. «Pero considérese afortunado de pensar que sí lo es».

Compró una entrada, entró y tomó un asiento. Cuando se había reunido suficiente audiencia hubo una pequeña conferencia por parte de un hombre bajito en traje de gala, que tenía algo de destructivo y algo de miedo a pesar de la soltura y el humor ensayado de su charla.

Con el tiempo apareció el jugador de ajedrez. Era como una caja del tamaño de una mesa de despacho, con una figura sentada detrás. Todo estaba sobre ruedas y fue sacado al escenario por ayudantes. La figura representaba a un hombre enorme vestido de turco. Obviamente era un maniquí que vibraba con el ajetreo del transporte de la mesa, a la que estaba atornillada su silla. Ahora, el agente podía sentir las frenéticas vibraciones de su reloj sin ni siquiera tener que meter la mano en el bolsillo.

El hombre destructivo contó otro chiste, sonrió espantosamente, y luego seleccionó a uno de los jugadores de ajedrez del público que había levantado la mano —entre ellos no estaba el agente— para retar al autómata. El jugador subió al escenario, donde se estaban colocando las piezas sobre una tabla que estaba fijada a la mesa rodante, y se abrieron las puertas de la mesa para mostrar que no había más que maquinaria dentro.

El agente notó que no había velas en la mesa, como había sido el caso del jugador de ajedrez de Maelzel hace algunas décadas. El autómata de Maelzel resultó ser un fraude, claro. Se pusieron velas en la parte exterior para disimular el olor a cera de la

vela que necesitaba el hombre que había dentro, entre las ruedas dentadas del autómeta, manipulándolo. El año en el cual llegó el agente era aún pronto para la luz eléctrica, al menos para el tipo de luz que fuera lo suficientemente manejable para que pudiera ser de alguna utilidad a un hombre en estas circunstancias. Hay que tener en cuenta que se permitió que el jugador oponente se sentara mucho más cerca de lo que se había permitido en el caso del autómeta de Maelzel, y parecía bastante evidente que no había nadie escondido dentro de la caja ni de la figura humana que se hallaba en el escenario.

Por lo tanto...

A lo mejor, si se ponía en pie, el agente podría dispararle limpiamente. ¿Debía apuntar a la caja o a la figura? Y, por otro lado, no sabía lo bien que pudiera estar armado. ¿Quién le pararía si fallaba? Ya había aprendido lo suficiente para sobrevivir en el Londres del siglo XIX. Probablemente ya había matado para conseguir sus propósitos.

No, ahora que había localizado a su enemigo, tenía que planear todo meticulosamente y trabajar pacientemente. Abandonó el teatro pensativamente entre la muchedumbre al acabarse la función y empezó a caminar a pie hacia las habitaciones que había empezado a compartir en Baker Street. Un problema sin trascendencia, cuando fue lanzado hacia el agujero negro, le había costado algo de su equipo, incluyendo la mayoría de su dinero falsificado. No había transcurrido el suficiente tiempo para que su empleo adoptivo empezara a producir ingresos, por lo que estaba en una situación económica más bien precaria por el momento.

Tenía que pensar un plan. Una posibilidad era acercarse al hombrecillo asustado con traje de gala. A estas alturas ya debía de saber con quién estaba tratando. El agente podría acercarse a él disfrazado de...

De repente empezó a sonar el reloj del agente. Era una señal muy distinta a la que previamente había generado. Significaba que el enemigo había conseguido detectar su detector y que estaba siguiendo la señal.

El sudor empezó a mezclarse con la llovizna en la cara del agente mientras empezaba a correr. Debió haberle descubierto en el teatro, aunque entonces no pudo seguramente individualizarlo de la multitud. Evitando los taxis de caballos y un ómnibus, salió de Oxford Street para meterse en Baker Street y luego aminoró la marcha a un caminar rápido durante la corta distancia que le quedaba. No podía tirar el reloj chivato, pues no podría buscar al enemigo sin su ayuda. Pero tampoco se atrevía a seguir con el reloj encima.

Cuando el agente irrumpió en el salón, su compañero levantó la mirada, con su habitual sonrisa superficial, de la tarea de sacar libros de una caja y colocarlos en un estante.

—Oye —dijo el agente con un tono entre el alivio y la urgencia—, me ha surgido

algo bastante importante y hay un par de recados que debo hacer en seguida. ¿Te importaría hacerme uno de ellos?

El recado del agente no le llevó más lejos que al otro lado de la calle. Allí, en el portal de Camden House, se escondió, intentando respirar lo más silenciosamente posible. No se había movido cuando, a los tres minutos, se acercaba desde Oxford Street una figura alta que el agente sospechaba no ser humana. Tenía un sombrero que le ocultaba la parte superior de la cara. La parte inferior estaba tapada con unas vendas. Se paró al otro lado de la calle y parecía estar consultando su propio reloj de bolsillo, y luego se volvió para tocar el timbre. Si el agente hubiera estado completamente seguro de que era su presa, le habría disparado por la espalda. Pero sin su reloj tendría que acercarse más para estar absolutamente seguro.

Tras intercambiar unas palabras con la portera, entró. El agente esperó unos dos minutos. Luego llenó los pulmones de aire, se armó de valentía y salió tras él.

Esa cosa que estaba de pie sola en la ventana se volvió para mirar al agente cuando entró en el salón, y ahora no le quedaba la menor duda de lo que era. Los ojos que asomaban por encima de las vendas no eran los ojos de un turco, pero tampoco eran humanos.

Los vendajes hacían de sordina para su voz grave.

—¿Es usted el doctor?

—Ah, usted busca a mi compañero de piso —el agente echó un vistazo hacia la mesa donde había encerrado bajo llave el reloj, una mesa en cuya superficie se hallaba una serie de papeles con el nombre de su compañero de piso—. Ha salido ahora, como puede ver, pero le espero pronto de vuelta. Supongo que usted es uno de sus pacientes.

La cosa dijo con su extraña voz:

—Me han aconsejado venir. Parece ser que el doctor y yo tenemos una serie de experiencias pasadas comunes. La amable portera me permitió pasar para esperarle aquí dentro. Confío en que mi presencia no será un estorbo.

—En absoluto. Por favor, tome asiento, señor...

El agente nunca supo el nombre que había dado el berserker, pues sonó el timbre, dejando la conversación en suspenso. Oyó a la sirvienta que abría la puerta y al cabo de un momento las pisadas de su compañero en la escalera. La máquina de la muerte sacó un pequeño objeto de su bolsillo y se echó a un lado para tener una buena visibilidad de la puerta.

Volviendo la espalda a su enemigo, como con el propósito casual de saludar al hombre que estaba a punto de entrar, el agente sacó disimuladamente de su propio bolsillo una pipa de brezo que era muy funcional, pues servía para otros propósitos que los de fumar. Luego volvió la cabeza y disparó la pipa hacia el berserker por debajo de su sobaco izquierdo.

Era tremendamente rápido para los humanos, pero para ser un berserker, el androide era exageradamente lento y patoso, pues había sido diseñado sobre todo para imitar y no para entrar en duelo. Sus armas se dispararon en el mismo instante.

Las explosiones llenaron el aire y destruyeron al enemigo, estallidos estridentes, aunque limitados en el espacio y prácticamente silenciosos.

El agente también había sido alcanzado. Tambaleándose se dio cuenta con su último pensamiento lúcido del arma que había usado su enemigo —el lanzarrayos mental—. Luego no pudo pensar en absoluto durante un rato. Era apenas consciente de estar de rodillas y de que su compañero de piso acababa de entrar, completamente sorprendido por lo que estaba viendo tras atravesar el umbral.

Al fin, el agente pudo moverse de nuevo, y temblorosamente se guardó su pipa. El cuerpo destrozado del enemigo casi se había vaporizado. Debía estar construido de algún material auto-destruible en caso de ser bravamente dañado, para que la humanidad no pudiera aprender sus secretos. A estas alturas no era más que un charco gaseoso, arremolinándose hacia la ventana abierta donde se mezclaba con la niebla.

El hombre, todavía de pie al lado de la puerta, se había apoyado en la pared para estabilizarse.

—El joyero... no tenía tu reloj —dijo aún boquiabierto.

«He ganado», pensó el agente. Esto no le producía demasiada alegría, pues lo acompañaba el precio que tuvo que pagar para obtener este éxito. Tres cuartas partes de su intelecto se habían desvanecido, el modelo superior de sus conexiones neuronales estaba disperso. No. No disperso. El rayo mental habría reimpuesto sus patrones nerviosos más abajo..., tras esos ojos grises que ahora tenían una mirada penetrante distinta.

—Es obvio que el recado de recoger tu reloj fue una estratagema —dijo su compañero con voz algo dura—. Por otro lado, veo que tu mesa ha sido alterada por alguien que pensaba que era mía —el tono se suavizó algo—. Venga, hombre, no tengo nada contra ti. Tu secreto, si es honorable, no estará en peligro. Pero está claro que no eres lo que aparentas ser.

El agente se levantó, tirándose de los pelos, intentando pensar desesperadamente:

—¿Y usted cómo lo sabe?

—¡Elemental! —dijo el hombre.

Esclavos de plata

Gene Wolfe

Después de los viajes espaciales, lo más común en un relato de ciencia-ficción es un robot. Sería sorprendente no incluir una historia de este tipo en esta selección.

No hay por qué sorprenderse, pues está aquí.

«Profesional soltero desea compartir apartamento (arm. exp.) ambiente tranquilo CRS/MO».

El precio era más bajo de lo que estaba pagando por mi habitación y la idea de un apartamento —aunque fuera solamente un armario expandido y además compartido— era tentadora. Estaba más cerca del centro de lo que estaba mi habitación, y en la misma línea de mono. Estaba meditándolo mientras subí al mono y, cuando llegamos a la parada más cercana (La Catedral), me bajé.

El edificio era viejo y pequeño; la fachada era de hormigón deslucido que el tiempo había vuelto casi negro. La dirección que buscaba estaba en el piso vigésimo séptimo. Lo que una vez había sido sólo un apartamento se había desplegado en un complejo de viviendas por medio de expandidores de espacio, cuyos constantes zumbidos me recibieron cuando abrí la puerta. Se tenía la sensación de estar entrando de cabeza en golfos de vacío. Entonces, una mujer bajita, la casera, subió para averiguar qué quería. Era, como pude ver en seguida, una humana desclasada.

Le enseñé el anuncio:

—Ah —dijo ella—, eso es del señor Street, pero no creo que quiera a uno como usted. Claro que eso depende de él.

Podía haber sacado a colación la ley de derechos civiles, pero sólo dije:

—¿Así que es humano? El anuncio decía «Profesional soltero». Yo, naturalmente, pensé que...

—Claro, es lo que da entender —dijo la mujer bajita, mientras miraba de nuevo el anuncio—. No es como yo. Quiero decir que aunque sea un desclasado todavía es joven. El señor Street es un tipo raro.

—¿No le importa si subo entonces?

—Oh, no. Lo único que me preocupaba es que se llevara una desilusión —estaba mirando a mi maletín—. ¿Es médico?

—Un biomecánico.

—Médicos... Así les llamábamos antes. Es por allí.

Había sido un armario empotrado destinado a guardar abrigos y sombreros,

supongo, en el apartamento original. Sobre la puerta se podía leer:

MARCH B. STREET

INGENIERO

ASESOR

Y

DETECTIVE

Estaba leyéndolo por segunda vez cuando se abrió la puerta y pregunté, sin pensar demasiado cómo sonaría:

—¿Qué narices hace un ingeniero asesor?

—Pues, asesorar —contestó el señor March Street—. ¿Es usted un cliente, señor?

Y así fue como le conocí. Debí haberme impresionado —si lo hubiera sabido, quiero decir—, pero en ese estado de cosas, sólo me sentía un poco confuso. Le dije que había venido por el anuncio y me dijo muy educadamente que pasara. Era un lugar inmenso, lleno a reventar con máquinas en varias fases de desmontaje y muebles.

—No es bonito —comentó el señor Street—, pero es mi casa.

—No tenía ni idea de que iba a ser tan grande. Debe haber...

—Tres expandidores, cada uno de seiscientos caballos de vapor. Hay sitio de sobra entre las galaxias, así que ¿por qué no bajarlo aquí abajo que es donde hace falta?

—Por un lado el costo, supongo. Por eso mismo quiere...

—¿Compartir el apartamento? Sí, eso es una razón. ¿Qué le parece el lugar?

—¿Quiere decir que le aceptaría? Yo creía que...

—¿Sabe una cosa? Habla tan despacio que es difícil no interrumpirle. No, no prefiero a un humano, ¿no quiere sentarse? ¿Cómo se llama?

—Westing —dije yo—. Es un nombre bastante tonto... como llamarle a un humano Jaimito o Tomasillo. Pero la vieja Westinghouse estaba escasa de imaginación cuando fui montado.

—Eso quiere decir que tiene unos cincuenta y seis años, cosa que confirma el grado de desgaste que veo en sus rodillas, que son originales. Es un biomecánico, por su maletín, y eso siempre vendrá bien. No tiene mucho dinero, es honesto... y obviamente no demasiado charlatán. Vino aquí en mono, y casi estaría dispuesto a jurar que actualmente vive en un piso alto de un edificio bastante nuevo.

—¿Cómo ha sabido...?

—Es muy sencillo, Westing. No tiene dinero o no estaría interesado en este apartamento. Es honesto, pues de lo contrario tendría dinero. Nadie tiene mejores

oportunidades que los biomecánicos de robar dinero. Cuando un pasajero con billete de ida y vuelta se sube al mono, el inspector rompe el billete y, la mitad de las veces, lo deja caer al suelo... hay uno pegado en su pie por un chicle. El hormigón ligero y las fachadas de plástico nos han proporcionado edificios tan altos y tan estrechos que los pisos superiores se balancean con el viento como si fueran barcos. Las personas que viven o trabajan en ellas son dados a agarrarse como solían hacerlo los marineros... como está haciendo ahora con el sofá.

—Es usted una persona extraordinaria —dije—, y me sorprende aún más que... —en este momento dejé de hablar y me incliné hacia delante para mirarle fijamente.

—Soy extraordinario en más maneras de las que usted se cree —dijo Street—. Pero si alguna vez enfermara, le aseguro que le contrataré como médico. Hasta ahora nunca he enfermado.

—Me parece bien —dije. Me relajé aunque todavía estaba algo desconcertado.

—¿Está todavía interesado en compartir mi apartamento? ¿Quiere que se lo enseñe?

—No —dije yo.

—Ya entiendo —dijo Street—, y siento haberle hecho perder tanto tiempo, doctor.

—Tampoco quiero que me acompañe hasta la puerta —aunque estaba alterado, admito que disfrutaba del placer malévolo de poder contradecir a mi anfitrión—. Quiero quedarme aquí pensando un rato.

—Oh, claro —dijo Street, y se quedó en silencio.

Vivir con un humano desclasado (para qué me iba a engañar, esto es lo que se me estaba proponiendo) era una cosa bastante vulgar. Seguro que me iba a restar pacientes pero, por otro lado, la mayor parte de mis pacientes eran humanos desclasados y mi situación no podía empeorar mucho más de lo que estaba ya. Los enormes espacios del apartamento, incluso en su estado actual de desorden, eran muy atractivos después de haber pasado varios años en una sola habitación abarrotada de cosas.

Pero, sobre todo, o por lo menos me gusta recordarlo así, fue la personalidad de Street lo que me hizo decidirme... y el hecho de que detecté, quizá por un instinto profesional no del todo racional, una anormalidad física. No podía clasificarlo. Y, además, estaba la cosa de sorprender a mis amigos, los cuales me consideraban demasiado convencional para hacer una cosa tan exótica. Estaba dando el dinero a Street —la mitad de lo que costaba el alquiler del apartamento—, cuando se paró en seco, con la cabeza erguida, para escuchar un ruido que venía del vestíbulo.

Al cabo de un momento dijo:

—Tenemos un invitado, Westing. ¿Le oye?

Oí a alguien que venía de fuera.

—La luz y esas pisadas inseguras son las de nuestra querida casera, la señora Nash. Pero hay otras pisadas, distinguidas aunque nerviosas. Con casi total seguridad es un cliente.

—U otra persona preguntando por el apartamento —sugerí.

—No.

Antes de que pudiera objetar a su contundente negación se abrió la puerta revelando a la mujer que me admitió, quien indicaba el camino a una persona de apariencia distinguida que medía bastante más de dos metros de altura, cuya pulcritud y maneras daban evidencia inequívoca, si no de riqueza, por lo menos de una suficiencia que yo —y millones de otras personas— envidiaría el resto de mi vida.

—¿Es usted Street? —preguntó, mirándome con expresión confusa.

—Éste es mi asociado, el doctor Westing —dijo Street—. Yo soy el hombre que ha venido a ver, comisario Electric. ¿No quiere sentarse?

—Me sorprende que conozca mi nombre —dijo Electric.

—Al lado del tocadiscos —dijo Street—, verá que hay un espacio destinado a proyecciones tri-D. Hay varias cámaras alrededor de este lugar. Cuando aparece un hombre que no conozco, le fotografío para tener una futura referencia. Usted fue entrevistado hace tres meses por haber solicitado expandidores adicionales para la Oficina de Contratación, ya que el estado deprimido de la economía los hacían necesarios.

—Sí —asintió Electric, y estaba claro que esta recopilación de los hechos deprimieron aún más los ánimos que ya estaban al borde de la desesperación.

—No tiene ni idea, señor Street, de lo irónico que resulta tener que oír, precisamente aquí, cosas referentes a una solicitud rutinaria de fondos, y que se me recuerde de esta manera los días en los que nuestra oficina estaba llena hasta reventar de desactivados.

—De lo que deduzco —dijo Street lentamente—, que ahora está vacía, o por lo menos casi. Tengo que decir que me sorprende. Yo creía que la economía estaba aún peor, si cabe, que hace tres meses.

—Pues lo está —admitió Electric—. Y su primera suposición también es correcta. La oficina, aunque no completamente vacía, está lejos de estar abarrotada.

—Ah —dijo Street.

—Esto me ha llevado, en las últimas seis semanas, a considerar seriamente la posibilidad de llevar a cabo una reprogramación. Los desactivados están siendo robados. La policía parece estar haciendo algo; pero es obvio que no están llegando a ninguna parte. No van mucho más allá de las pesquisas rutinarias. Un pariente mío —no diré su nombre por ser un oficial militar con puesto importante— sugirió anoche que viniese a verle. No me dijo que era usted un humano desclasado. Supongo que

sabía que, de decírmelo, no habría venido; pero ahora que estoy aquí, estoy dispuesto a arriesgarme.

—Qué amable —dijo Street en tono seco—. Si consigo evitar futuros robos, detener a los criminales y llevarlos ante la justicia, mi precio será... —dijo una cifra astronómica.

—¿Y si no los pilla?

—Sólo le cobraré mis gastos.

—Trato hecho. Se da usted cuenta que estos ladrones están minando las bases de nuestra sociedad, señor Street. El viejo grito de «Mercados libres y robots libres», puede que sea un chiste para algunos, pero es la base de nuestra civilización. Se construyen robots cuando la demanda de trabajo excede a la oferta. Cuando la oferta excede a la demanda —es decir, en términos prácticos, cuando el exceso de ciberciudadanos no pueden ganarse la vida—, se entregan en la Oficina de Contratación, donde se les desactiva hasta que son necesitados de nuevo. Si se filtra alguna noticia de estas desapariciones...

—No se entregaría nadie para ser robado —dijo Street—. Ya comprendo lo que me quiere decir.

—Precisamente eso. Los desempleados acudirían a la mendicidad y al robo, como en los viejos tiempos. Ya tenemos suficientes problemas, si me permite decirlo, con los humanos desclasados. Usted, obviamente, es una excepción, pero con seguridad sabrá cómo son la mayoría.

—La mayoría de nosotros —contestó serenamente Street—, son como mi portera, gente que perdió la clase por negarse a morir después de pasado su período de vida natural. No es fácil aprender a ganarse la vida cuando, durante cien años, la sociedad te ha estado entregando suficientes ingresos para hacerte rico.

No era un asunto de mi incumbencia, pero no pude remediar decir:

—Pero si ayuda al comisario Electric, Street, estará ayudando a su propia gente, precisamente en este aspecto.

Street volvió sus ojos —que eran de un azul intenso— sobre mí.

—¿Ah, sí, doctor? Me temo que no entiendo demasiado bien lo que me quiere decir.

Electric dijo:

—A mí me parece obvio. Con seguridad, el motivo de los robos de nuestros trabajadores desactivados es para usarlos como fuerza de trabajo, presumiblemente en una fábrica clandestina o algo así. Si este es el caso, los criminales están compitiendo deslealmente con aquellos que intentan ganarse la vida honradamente, incluyendo a los desclasados.

Asentí, dando a entender mi acuerdo total. La idea de una fábrica ilegal, quizá en alguna cueva o mina abandonada, llena de siluetas trabajando en la penumbra

incesantemente bajo la amenaza de ser destruidos, ya me había quitado el sueño más de una noche.

—Esclavos de plata —murmuré en voz baja—. Trabajando en la oscuridad.

—Posiblemente —dijo Street—. Pero se me ocurren otras posibilidades — posibilidades que resultarían aún más espeluznantes.

—En cualquier caso —dijo el comisario Electric—, querrá visitar la oficina.

—Sí, pero no acompañado por usted. Es muy probable que la entrada esté siendo vigilada. Supongo que los humanos visitan la oficina. ¿No?

—Sí. Normalmente para contratar domésticos.

—Excelente. ¿Usted los atiende directamente?

—Normalmente, no. A no ser que todos mis subordinados estén ocupados.

Street me miró.

—Parece querer participar en todo este asunto. ¿Está dispuesto a venir conmigo? Deberá tener en cuenta que puede desaparecer, y para el caso podemos desaparecer los dos.

—Oh, no —protestó Electric—, las desapariciones sólo ocurren después de que está oscuro, cuando la oficina está cerrada.

—Claro que iré.

Street sonrió:

—Estaba seguro que lo haría. Comisario, le seguiremos en media hora. Encárguese de que todos sus subordinados estén ocupados cuando llegemos.

Cuando el comisario por fin se hubo marchado, pude preguntarle a Street algo que me llevaba torturando durante toda la entrevista.

—Street, ¿cómo es que sabía que el comisario Electric no había venido por el piso antes de que la señora Nash le abriera la puerta?

—Sé un buen chico y mira en el cajón de la mesa de palo de rosa que encontrarás en el otro lado de la cámara oscura, a la izquierda de la tarima del tri-D, y te lo diré. Ahí encontrarás un amperímetro. Lo necesitaremos.

No sabía lo que era una cámara oscura, pero afortunadamente la mesa de palo de rosa era un mueble bastante llamativo y sólo había un instrumento dentro del cajón, entre cartas de tarot y cuadernillos para apuntar la puntuación de bridge. Lo levanté para que Street lo pudiera ver y asintió.

—Es eso. Fíjate, Westing, cuando llega alguien interesándose por un anuncio del periódico, casi invariablemente, noventa y dos con seis por ciento de las veces, según mis cálculos, trae el periódico consigo y lo muestra a la persona que le abre la puerta. Cuando no oí el ruido del periódico al dirigirse nuestro visitante a la señora Nash, supe que la probabilidad de que viniera por el piso era muy pequeña.

—¡Asombroso!

—No es nada —dijo Street modestamente—. Pero, venga, muévete. No podemos bajar en el mismo ascensor con Electric, pero vamos a seguirle. No se puede confiar en un funcionario público.

A pesar de las sospechas de Street, el comisario Electric no hizo nada extraño, al menos en mi opinión, mientras le seguíamos. Para darle tiempo a prepararse para nuestra llegada, como dijo Street, nos entretuvimos un cuarto de hora o más delante del escaparate de una tienda tri-D cerca de la oficina. El programa que había en el aparato de muestra en el escaparate era completamente banal y casi podía jurar que Street no le prestó ni una fracción de su atención. Estaba absorto, mientras yo paseaba nerviosamente.

Cuando Electric nos llevó al interior de la oficina, pudimos ver que era un sitio enorme; impresionante desde fuera, pero inmensamente más grande por dentro y lleno del zumbido de los expandidores. Los corredores estaban tapizados de personas de todas las edades y en todos los estados de reparación imaginables. Esto parecía continuar durante varios kilómetros, como cuando se coloca un espejo delante de otro. Espacios vacíos indicaban dónde habían tenido lugar los robos, e impresionaban por lo siniestro, aunque a veces eran un alivio después de esos miles de ojos invidentes. Street preguntó acerca de cada uno de los robos y apuntó la fecha y el número de personas que faltaban en un cuaderno. No parecían tener nada en común los distintos robos, salvo que todos ocurrieron por la noche.

Al fin llegamos al final de este enorme edificio. El comisario Electric no pidió la opinión de Street acerca del caso (aunque yo podía ver que estaba deseando hacerlo), y Street tampoco se la dio. Pero una vez que nos hubimos marchado, Street, paseando impacientemente por la acera mientras yo trotaba para intentar mantenerme a su lado, irrumpió en una irascible invectiva:

—Westing, esto es tan sencillo como un tubo de aluminio de medio metro y confío en que sé todo, menos lo que necesito saber. Y no tengo la más mínima idea de cómo voy a conseguir la respuesta. Sé cómo se llevan a los robots, creo. Y creo que sé el motivo. La pregunta es: ¿Quién es el responsable? Si pudiera conseguir que la patrulla cooperara...

Volvió a un silencio agrio que duró hasta que estuvimos de vuelta en el enorme y desordenado piso, al que yo todavía no había tenido tiempo de acostumbrarme a llamar «nuestro». De hecho, mi trato con Street era tan reciente que aún no había tenido la oportunidad de traer mis posesiones desde mi vieja vivienda, ni de poner fin al contrato. Me excusé, aunque Street no pareció darse cuenta siquiera, y fui a atender estos asuntos.

Cuando regresé, no había cambiado nada. Street estaba sentado, como antes, envuelto en tristeza. Y yo, contagiado por su ejemplo, no encontré nada mejor que

hacer que sentarme a contemplarlo. Después de que hubiera pasado una hora, se levantó de su silla y durante un rato paseó desconsoladamente por el apartamento para, al final, volver a sentarse en la misma silla, su cara aún más triste, si cabe, que antes.

—Street... —dije.

—¿Sí? —levantó la mirada—. ¿Westing? ¿Ése es tu nombre, no? ¿Todavía estás aquí?

—Sí. Llevo un buen rato mirándote, imagino que tienes consejero médico, sin duda, pero me dijiste que si alguna vez te hiciera falta, me llamarías. Por eso...

—Venga, hombre. Acaba de una vez.

—Por supuesto que no te cobraré. Iba a decir que no sé exactamente qué medios químicos utilizas para distorsionar la realidad, pero me da la impresión de que llevas mucho tiempo...

—¿Desde la última vez que me coloqué? Desde luego que ha pasado mucho tiempo —se rió, una reacción que me pareció positiva.

—Sugeriría que...

—No utilizo drogas, Westing. Ninguna en absoluto.

—No estaba refiriéndome a drogas fuertes... Posiblemente alguna anfetamina de vez en cuando, o quizá...

—Te lo digo en serio, Westing. No tomo anfetaminas, ni ninguna otra cosa. No tomo otra cosa que no sea comida, y bastante poca, agua y aire.

—¿Hablas en serio?

—Completamente.

—Street, lo encuentro increíble. Nos enseñan en la facultad de medicina que los seres humanos, al ser una especie que ha evolucionado para la vida fuera del bosque más que para nuestra civilización clímax, eran incapaces de mantener la cordura sin alivio farmacéutico.

—Muy posiblemente sea verdad, Westing. Pero yo no tomo nada.

Esto era demasiado para absorberlo de una vez y mientras intentaba digerirlo, Street volvió a su anterior tristeza.

—Street —dije de nuevo.

—¿Qué ocurre esta vez?

—¿Te acuerdas? Cuando nos conocimos te dije que detectaba, quizá por mi deformación profesional, una anomalía física que no podía clasificar.

—No dijiste nada de eso. A lo mejor lo pensaste.

—Sí que lo pensé, y tenía razón. No sabes lo tranquilo que me quedo.

—Tengo algunas nociones sobre las recompensas intelectuales de llegar a una conclusión válida a través de la deducción.

—Seguro que sí. Pero, si me permites decirlo, una persecución demasiado ávida

de esa recompensa te ha llevado a un grave estado depresivo. ¿Quizá un estimulante...?

—En absoluto, Westing. El pensamiento es mi droga... y créeme, es a la vez estimulante y frustrante. Yo lo que necesito es un soporífero, y tu conversación lo hace mejor que cualquier otra cosa que pudieras recetarme.

Lo dijo en un tono tan alegre y burlón que no pude ofenderme, aunque con una pizca apenas perceptible de amargura. La marcada mejoría que esta pequeña conversación había tenido sobre la cara de Street me animó a seguir arriesgando mi vanidad.

Así que le contesté:

—Tu poder de concentración, que es admirable, posiblemente sea, sin embargo, tu ruina. ¿Te acuerdas del cuarto de hora que pasamos delante del escaparate de la tienda? ¿Donde el tri-D tenía una recepción tan mala? Me dirigí a ti varias veces, pero juraría que no oíste ninguna de mis preguntas.

—Las oí todas —dijo Street— y como ninguna de ellas admitía una respuesta inteligente, las ignoré todas. Y el tri-D, si no de calidad exquisita, no dejaba nada que desear. Lo siento si parezco malhumorado, pero, Westing, tienes que aprender a observar.

—Yo no soy un ingeniero —contesté, quizá demasiado cortantemente—, de manera que no puedo decir si la culpa era simplemente de una mala recepción. Pero puedo decirte que la observación es una necesidad en mi profesión y te puedo asegurar que la estabilidad del color en ese aparato que estaba en el escaparate era abominable.

—Tonterías. Estuve todo el rato mirando el aparato y podría describir todas las tonterías del programa por orden de aparición.

—A lo mejor puedes —dije yo—. Y no lo dudo cuando me dices que estabas viéndolo con gran atención mientras esperábamos para entrar en la oficina. Pero seguro que no te fijaste cuando nos marchábamos. Estabas excitado, hablando, según recuerdo... y mientras estabas hablando, pasamos por el escaparate de nuevo. Los actores estaban enrojecidos, si es que puedo usar esa expresión aquí, un color rojizo-naranja. Luego se volvieron de un color verdoso-azul, luego azul, y por fin un tono chillón de verde. Pasaron por este ciclo de colores varias veces en el poco tiempo que tardamos en pasar por el escaparate.

El efecto de esta afirmación recargada de detalles y combatividad fue extraordinario. En vez de contestar con un argumento o una negación, como yo esperaba, se quedó mirándome fijamente durante un rato. Luego se levantó de un salto y se dedicó a pasear por la habitación en silenciosa agitación, tropezando dos veces con la misma pata de garras sujetando una bola de la cómoda.

Al fin se dirigió a mí, casi como una fiera, y dijo:

—Westing, creo que recuerdo exactamente las palabras que dije cuando volvimos a pasar por delante del escaparate. Las voy a repetir ahora mismo y quiero que me digas cuándo, exactamente, notaste la inestabilidad de color que mencionaste. Dije: «Westing, esto es tan simple como un tubo de aluminio de medio metro y confío en que sé todo... menos lo que necesito. No tengo la más mínima idea de cómo voy a conseguir la respuesta. Sé cómo se llevan a los robots, creo. Y creo que sé el motivo. La pregunta es: ¿Quién es el responsable? Si pudiera conseguir que la patrulla cooperara...». Aquí fue donde dejé de hablar, creo. Ahora, dime, en qué momento notaste el color rojizo-naranja que mencionaste... Me parece que ese fue el tono por primera vez.

—Si no me falla la memoria, Street, coincidió con la palabra «creo».

—Yo dije «Sé cómo se llevan a los robots», creo. Y luego «creo», y fue entonces cuando notaste que las figuras del tri-D lucieron el color que me describiste como rojizo-naranja. ¿No es así?

Yo estaba asintiendo, asombrado.

—Excelente. Entre otras antigüedades, Westing, he logrado reunir una colección de cuadros. ¿Te gustaría verlos? Me harías un gran favor si aceptas.

—¿No sé cómo? Pero no tengo ningún inconveniente.

—De nuevo, excelente, particularmente si mientras disfrutas de su belleza, te tomas la molestia de señalarme las tonalidades que más se acercan a los cuatro colores que viste cuando empezó a funcionar mal el tri-D. Pero debes ser preciso. Si las tonalidades no coinciden completamente, no hace falta que me las señales.

Estuvimos una hora o más mirando los cuadros de Street, los cuales eran extraordinariamente variados y, en su mayoría, en pésimo estado de conservación. En cuanto al tamaño, había desde miniaturas indias, más pequeños que las monedas, hasta un ciclorama bíblico de cinco metros de altura y, según me contó Street, más de tres kilómetros de largo. El verde-azulado se nos escapaba, pero al final lo localicé en una execrable representación de Sussana y Los Mayores y, con esto, la muestra de arte se terminó abruptamente. Street me dijo vagamente —sus modales habrían sido ofensivos si no fuera porque yo sabía que su mente estaba completamente ocupada en un problema de dimensiones formidables— que me entretuviera con algo y se enterró entre una serie de libros viejos y tablas polvorientas, uno de los cuales recuerdo particularmente bien. Era como un arcoíris que doblaba hasta convertirse en un círculo, con colores ardientes que se fundían unos con otros como las cantidades infinitesimales de una ecuación diferencial.

Las horas de la tarde siguieron su curso sobre ruedas silenciosas de goma, mientras los estudiaba. Otros, con el trabajo cumplido de una jornada, descansaban; sin embargo, yo esperaba. Los humanos, ricos y afortunados o desclasados, podían dormir u ocupar su tiempo en cuestiones que carecerían de relevancia para nosotros;

pero Street aún trabajaba. Al final, me preguntaba si no seríamos las dos únicas mentes medio despiertas en toda la ciudad.

De repente, Street me estaba sacudiendo:

—Westing —exclamó—, lo tengo. Déjame que te lo enseñe.

Le expliqué que había aprovechado su concentración para editar mis bancos de memoria.

Street murmuraba algo y finalmente dijo:

—Aquí —dijo—. Mira esto y déjame que te explique. Me dijiste, si no me falla la memoria, que viste un ciclo de cuatro colores y que este ciclo se repitió varias veces.

—Eso es.

—Muy bien. Ahora observa, ¿se te ha ocurrido alguna vez pensar en cómo hablan los robots, como tú?

—Supongo —dije con tanta dignidad como podía— que en alguna parte de mi monitor están almacenadas en forma de patrones de vibración las palabras del inglés y...

—El sistema chino. No, estoy convencido que tiene que ser algo mucho más eficiente. El inglés se habla con poco más de sesenta sonidos; incluso las palabras más largas se crean combinando y recombinando éstos. Por ejemplo, podemos usar la «a» como aparece en *arma*, la «r» de *rata* y la «o» de *ogro*, y tenemos la palabra *aro* que, combinadas de otra manera, nos da la palabra *ora*.

—¿Quieres decir que todo el inglés hablado se puede almacenar en mi unidad central de procesamiento en una disposición lineal de sesenta y tantas unidades?

—Eso es precisamente lo que he estado diciendo.

—¡Street, eso es maravilloso! No soy un hombre religioso, pero cuando contemplo la ingenuidad de esos primeros programadores y los analistas de sistemas...

—Exactamente. Bien, lo que no sé es el orden en que estos sonidos fueron listados, pero hay un orden que se utiliza con frecuencia en los textos que he consultado, que es listar los sonidos alfabéticamente y dentro de estas secciones alfabéticas, ordenarlos de más largos a más cortos. Por lo tanto, estas listas empiezan con la «a» larga de *ale*, seguido por el intermedio en longitud de *chaotic*, y éste es seguido a su vez por la «a» circunfleja de *care*. Lo que he hecho aquí es tomar estos sonidos y los he espaciado uniformemente a lo largo de espectro visible.

Me enseñó una tabla dibujada a mano en la cual no habían, sin embargo, colores, sino una multitud de nombres.

—Pero —objetaba yo—, sólo hay unos pocos colores verdaderos y tú dijiste que había más de sesenta...

—Unos pocos colores primarios —me contestó—, pero créeme, Westing, si los artistas tuvieran que hacer una tabla conteniendo todos los óleos y acuarelas

conocidas por ellos, tendrían bastante más de sesenta. Como seguramente recordarás, describiste los cuatro colores que viste como rojizo-naranja, verdoso-azul, azul verdadero y verde brillante.

—Sí.

—Luego, cuando señalaste estos colores sobre los lienzos, pude identificarlos como escarlata, azul ciano, azul y verde. Por favor, observa que en mi tabla éstos corresponden al sonido de la vocal «o», la consonante «s», la «o» y la «c».

Todo esto me pareció asombroso durante un rato, pero luego contesté:

—Parece pensar que alguien está intentando comunicar algo, utilizando los colores del tri-D, pero no veo que los sonidos a los que supuestamente corresponden estos colores tengan significado alguno.

Street se echó hacia atrás en su asiento sonriente:

—Supongamos, Westing, que tú te diste cuenta cuando ya se estaba terminando el mensaje. Que te enteraste solamente de parte de una palabra repetida.

—¡Ya veo! —exclamé, levantándome de un salto—. ¡SOCORRO!

—Precisamente eso.

—Pero...

—No hay tiempo que perder, Westing. Te he explicado sólo parte, porque quiero que seas un testigo inteligente de lo que estoy a punto de hacer. Habrás observado que hay montada una cámara tri-D ante la tarima del tri-D, lo cual me permite grabar para mi propio uso cualquier imagen que aparezca allí.

—Sí, le dijiste algo de eso al comisario Electric.

—Es verdad. Lo que tengo intención de hacer ahora es codificar esa tienda cerca de la oficina y pedir una demostración. A esta hora de la noche parece improbable que haya alguien allí excepto el robot dependiente, y parece poco probable que él esté implicado en esto.

Street estaba apretando los botones de codificación mientras hablaba y un dependiente —un robot— apareció justo después de que hubiera terminado de decir la última palabra.

—Preferiría tratar con un ser humano —le dijo Street, fingiendo excelentemente ser un hombre con prejuicios. El dependiente, humillado, dijo:

—Oh, lo siento, señor. Mis superiores, y nadie los ha tenido mejores, se han marchado para tomarse unas horas de merecido descanso. Si no le importa...

—Está bien —Street le interrumpió—, tú me vales. Estoy interesado en comprar otro tri-D y quisiera una demostración.

—Una decisión inteligente, señor. Tenemos...

—Da la casualidad de que pasé por su tienda esta tarde y el aparato que había en el escaparate me gustó. Supongo que tendrá algún descuento por estar de muestra en

el escaparate.

—Tendría que consultar con mis jefes —contestó el dependiente suavemente—, pero supongo que se podrá llegar a algún arreglo.

—Muy bien.

—¿Hay algún programa en particular...?

—No sé lo que están poniendo en este momento —durante un minuto fingió estar indeciso—. ¿Siempre están emitiendo *El hombre de las respuestas*, no?

—Desde luego que sí, señor. ¿*Personal, sexual, académico o asuntos civiles*?

—Creo que me gustaría *asuntos civiles*.

En un instante, *El hombre de las respuestas*, una imagen generada por ordenador y diseñada para dar información de primera mano en el campo de los asuntos civiles, apareció en la tarima del tri-D.

Inclinó la cabeza educadamente y nos preguntó:

—¿Quieren un informe general... o tienen alguna preocupación específica?

—He oído rumores —dijo Street— referente a... pues... la verdad es que un viejo sirviente de mi familia está descansando en la Oficina de Contratación. ¿Es un lugar seguro?

El hombre de las respuestas le aseguró que sí, pero mientras lo hacía, la imagen entera se tornaba a los colores más sorprendentes e inesperados.

—Nombres —preguntó Street suavemente—. Necesito saber los nombres.

—¿Cómo dice? —preguntó *El hombre de las respuestas*, pero mientras hablaba, brillaba con destellantes aberraciones cromáticas.

—Quise decir —contestó Street— que tendría usted que saber el nombre de mi sirviente antes de informarme adecuadamente. Pero no es necesario. Ya he oído...

El hombre de las respuestas desapareció repentinamente, sustituido por el dependiente robot.

—No sabe cuánto lo siento —dijo—. Parece estar estropeado el control del color. ¿Quiere que le enseñe otro aparato?

—No hace falta —le contestó Street—. El fallo fue en la señal. ¿Es que no se enteró? Las manchas solares.

—¿Ah, sí? —el dependiente parecía aliviado—. Es sorprendente que no me haya enterado.

—Tengo que decir —dijo Street en tono severo— que por su trabajo debería estar informado de esas cosas.

—No sé cómo pudo... ¿Pudo haber ocurrido hace una hora? Tuve que marcharme momentáneamente para deshacerme de un exceso de agua creado por mis células energéticas.

—Sin duda fue entonces —dijo Street—. Le deseo buenas tardes, señor —apagó el tri-D—. ¡Lo he conseguido, Westing! Tengo todo lo que necesitamos aquí.

—¿Quieres decir que revisando las cintas y comparándolas con la tabla...?

—No, no, claro que no —interrumpió Street malhumorado—. Memoriqué la tabla mientras estabas dormido. Las cintas las grabé para tener pruebas.

—¿Entonces entendías lo que...?

—Claro que sí. Tan bien como te estoy entendiendo a ti ahora, aunque debo confesar que nunca se me había ocurrido que la palabra temor, especialmente con la pronunciación prerrafaeliana de nuestro infortunado amigo, pudiera tener tanta belleza.

—Street —dije yo—, estás jugando conmigo. ¿Con quién te estás comunicando cuando hablas con esos colores? ¿Y cómo fueron robados los robots desactivados? ¿Y por qué?

Street sonrió, mientras jugaba con una hucha de hierro en forma de cerdito que había cogido de la mesa que había al lado de su silla.

—Me estoy comunicando, como debería ser obvio a estas alturas, con uno de los robots robados. Y el método por el que se cometió el robo no fue nada complicado. Lo que me sorprende es que no se utilice más a menudo. Uno de los ladrones se escondía en las inmensidades de la oficina durante el día. Cuando se habían marchado todos, desconectaba momentáneamente la corriente de uno de los expandidores, devolviendo, de esta manera, el espacio del expandidor a su posición original entre las galaxias, a la vez que su contenido consigo. Como sabes, la porción exacta de espacio tomado por un expandidor depende de la cuarta derivada del voltaje sinusoidal en el momento inicial, así que es muy improbable que, a pesar de ser conectado un instante más tarde, el espacio volviese con su contenido al sitio de partida. Los robots son recogidos por un carguero espacial y, con el tiempo, devueltos a la Tierra. El amperímetro que logré conectar con la red principal de la oficina mientras nos la enseñaba Electric, nos dirá si alguien intenta hacerlo de nuevo. Valdrá asimismo para convencer a un tribunal, que posiblemente no crea mi explicación.

—Pero... ¿Y los colores, Street? ¿Me estás intentando hacer creer que la Televisión Nacional está usando esclavos?

—En absoluto —dijo Street con expresión grave, que luego se convirtió en una sonrisa—. Los robots de la Oficina están allí porque la sociedad no tiene ninguna necesidad de ellos. Pero... ¿Se te ocurrió pensar alguna vez que los componentes electrónicos que contienen pueden ser de utilidad para alguien?

—¿Quieres decir...?

Street asintió:

—Eso mismo. Un aparato tri-D necesita una potencia informática considerable. Tienen que decodificar una señal bastante compleja casi instantáneamente para producir una imagen tridimensional. La unidad central de procesamiento de un robot,

sin embargo, sería más que suficiente, y muy económico, si no gratis. Desgraciadamente para ellos, claro, los criminales cometieron un error. Un criminal siempre comete un error, Westing.

—¿Conectaron los centros de habla con los codificadores de color?

—Eso mismo. Estoy orgulloso de ti, Westing.

Me alegré tanto que me levanté de un salto y paseé nerviosamente por la habitación durante un rato. ¡El triunfo de la justicia... La caída de los criminales! ¡El mérito sería para Street y, en cierta medida, por ser su amigo, también sería mío! Finalmente me asaltó un nuevo pensamiento, que me llegaba con la claridad de una campana.

—Street —dije.

—Pareces abatido, Westing.

—Has hecho un gran servicio a la sociedad.

—Lo sé. Y el dinero que me van a pagar me vendrá muy bien. Hay una antigüedad de los primeros años del siglo xx en la chatarrería de la calle cuatrocientos cuarenta y cuatro y ya llevo algún tiempo tras ella. Necesita algunos arreglos, pero creo que podré arreglarlo.

—Street, ya sabes que Electric es un hombre influyente y posiblemente...

—¿Qué estás diciendo, Westing?

—A lo mejor puedes ser reclasado. Que te restauren los ingresos de tu derecho de nacimiento.

—¿Estás insinuando, Westing, que piensas que me han desclasado por actividades criminales?

—Es que todos los humanos nacen con clase, y tú no eres lo suficientemente viejo como para haberte negado a morir.

—Créeme, Westing, mis ingresos existen y, de alguna manera, los estoy recibiendo. Tú eres un biomecánico y deberías entenderlo.

—¿Quieres decir que...?

—Sí. He tenido un hijo por reproducción asexual. Un hijo que duplica mi propia composición genética, un segundo yo. La ley, que sin duda conoces, exige que los ingresos del progenitor vayan al hijo. Tiene que ser criado y educado.

—Podías haberte casado.

—Prefiero tener una casa. Y ningún hombre tiene una casa a no ser que sea el dueño de un lugar donde no tenga que complacer a nadie... Un lugar donde puede ir y cerrar la puerta con llave tras sí.

Esto era lo que me estaba temiendo, y le dije:

—A lo mejor prefieres que... Quiero decir que ahora, con el dinero que vas a recibir de Electric no necesitarás compartir el apartamento. Yo lo entendería, de verdad que sí.

—¿Tú, Westing? —rió Street—. Tú no estorbas más que un frigorífico.

El Dios del Unicornio Desnudo

Richard Lupoff
(con el seudónimo de Ova Hamlet)

Aquí, Sherlock Holmes se asocia con otros héroes de la ficción en la organización llamada «Personajes Unidos en Liga de Protectores». Por raro que parezca, es Watson —que con frecuencia es olvidado o ignorado— el que se convierte en héroe.

I

Era una noche fría de invierno y el sonido de los cascabeles en los aparejos de los caballos que arrastraban carruajes penetraba a través de los remolinos amarillos de niebla de Limehouse, donde el Támesis vira y se arremolina y oscuras siluetas de los marineros revolotean a través de los sombríos pasajes y a través de los antiguos cristales ondulados de las ventanas de mi modesto piso para recordar a un triste viejo que aún existían jaraneros dispuestos a anunciar las alegres fiestas navideñas.

Mi mente se escapó a anteriores y más alegres navidades de mi juventud que transcurrieron entre los nativos salvajes del Afganistán barbárico antes de que una bala me interrumpiera la carrera en las fuerzas de Su Majestad, provocando mi envío a casa y el retorno, en último término, a la vida civil. En mi casa en Londres había intentado satisfacer mis modestas necesidades estableciendo una consulta en la calle Harley, pero me vi obligado a buscar alojamiento con otra persona de mi misma clase para poder llegar a fin de mes.

Eso fue el principio de la feliz y duradera asociación con el más audaz detective de nuestro tiempo —y quizá de todos los tiempos—. Un soltero convencido, mi asociado tuvo contactos con la persuasión femenina, mostrando siempre la mayor caballerosidad y amabilidad durante todo el tiempo que yo le conocí. Sin embargo, sólo en una ocasión se dejó seducir por conceptos románticos referidos al sexo más débil, y en todos los años que siguieron a este incidente se cuidó mucho de mencionar nunca el nombre de la persona implicada.

Con ocasión de mis propios matrimonios, nos felicitó a mí y a mi futura mujer efusivamente, me asistió supervisando la labor de los empaquetadores y cargadores en la mudanza de mis bienes personales de nuestra residencia de solteros, y mantuvo un interés amistoso, aunque algo distante, en mi bienestar hasta que las exigencias del destino dictaron el fin de mi estado marital y la vuelta a nuestra residencia de Baker Street.

Ahora todo eso era parte del pasado. El gran detective se había retirado y ahora se dedicaba a la apicultura en las colinas de Sussex. Tras mi último ensayo de matrimonio que terminó en algo parecido a un desastre, volví al 221B, para encontrarlo ocupado por un extraño. Tras preguntar a la siempre fiel señora Hudson, averigüé, entre apretones de mano, llantos y sollozos, que mi asociado —debería decir mi ex asociado— se había marchado con todas sus pertenencias, con la famosa daga, con los ficheros de recortes de periódico, el gramófono, el gasógeno y la malvada aguja.

Hasta las patrióticas siglas V. R., marcadas con agujeros de bala en el apreciado friso de caoba de la señora Hudson, habían sido rellenadas y barnizadas para borrar las huellas de cualquier ocupación anterior de la casa, y solamente una sensación

familiar falsa y estéril marcaba las habitaciones que había ocupado durante tanto tiempo.

Me entristeció tanto esta noticia que apenas pude aceptar la oferta de la señora Hudson de arenques y bollitos, regados con un vaso de Château Frontenac de 1809, antes de volver al frío de la noche.

¡Estaba desconsolado!

En un estado empobrecido, tanto económica como emocionalmente, caminé sin rumbo por las calles de la más grande de las ciudades, tropezando con los cuerpos bien abrigados de los últimos compradores y los primeros juerguistas, guiado por un instinto maligno a través de barrios cada vez más bajos, descuidados, peligrosos y de mala reputación. Al fin me encontré ante la fachada de un edificio que en poco tiempo habría de convertirse en mi morada.

Una lámpara de gas parpadeaba tras de mí, lanzando extrañas y misteriosas sombras. El claqueteo de las herraduras de los caballos sobre los adoquines se entremezclaba con los chirridos de los aparejos y con algún lejano grito pidiendo auxilio que, en Limehouse, más vale no investigar, a no ser que uno quiera arriesgarse a compartir la misma desgracia que la de la persona a la que había acudido a socorrer.

Una cartulina en la ventana del bajo anunciaba que había un piso en alquiler en el edificio. El estado de la cartulina demostraba que la casa llevaba mucho tiempo deshabitada, y en virtud de esta ingeniosa deducción pude regatear con el desagradable e incivilizado dueño hasta un precio que caía dentro de mis estrechas posibilidades económicas.

Aprendí a observar y a deducir de mis observaciones de mi asociado, y ahora me vengaría de las humillaciones que tuve que pasar para aprenderlo, pues me iban a ahorrar alguna que otra libra esterlina de mi precaria economía.

Apenas me había establecido en mi nuevo dominio oí las pisadas de un pie menudo en el descansillo que había delante de mi puerta, y luego los golpes de una pequeña, pero decidida mano en la pesada y por mucho tiempo desatendida puerta.

Por un instante me permití el lujo de imaginarme que la puerta me revelaría un oficial elegantemente uniformado, o un golfillo de la calle del tipo que mi asociado algunas veces empleaba, o la familiar y ruidosa figura de la señora Hudson, o quizá incluso la alta y esbelta figura de mi propio asociado. Pero no había hecho más que levantarme de mi raída pero cómoda butaca cuando la realidad me golpeó y me di cuenta que ninguna de estas personas conocía la ubicación de mi nueva vivienda. Sería mucho más probable que fuera algún oscuro habitante de Limehouse para comprobar la valía de un nuevo inquilino.

Saqué mi pequeño pero potente revólver de su sitio entre mis pertenencias y lo metí en el bolsillo de la bata. Avancé cautelosamente hacia la puerta de la habitación

y tiré del pestillo. El pestillo hacía un ruido espantoso por la falta de uso. La puerta se abrió, revelando a la persona que menos hubiera esperado como capaz de encontrarme ni de tener una razón para venir a verme aquí.

Casi no podía creer lo que veían mis ojos. Debimos de quedarnos unos quince segundos mirándonos en silencio. Yo, con los ojos tan abiertos como la boca por el asombro. De repente me di cuenta de los escuálidos alrededores entre los que me encontraba mi visita y el descuido personal en el que había abandonado mi apariencia física. Mi pelo, antes espeso y castaño, se había vuelto cano y ralo con el paso de los años. Mi bigote era amarillo por la nicotina y estaba manchado de vino y cerveza negra. Mi batín estaba deshilachado y marcado con el recuerdo de muchas comidas solitarias.

Por el contrario, mi visita tenía una figura que quitaba el aliento: elegante más que bella, había soportado los años transcurridos desde nuestro último encuentro con la gracia e imperturbabilidad que la habían marcado en un momento de su vida como la belleza más famosa de los escenarios dramáticos y en otro momento como la mujer por la que se había arriesgado un trono, y que, finalmente, fue salvado.

—¿Puedo entrar? —preguntó La Mujer.

Ruborizado hasta la raíz de los cabellos, me eché hacia atrás y le indiqué que no sólo podía entrar, sino que sería la invitada de honor.

—Debo pedirle perdón —dije yo— por este grosero recibimiento. ¿Podrá perdonarme, señorita...? ¿Debería decir madame..., Su Alteza? —me detuve ante la duda de cómo dirigirme a mi distinguida visita.

Mientras tartamudeaba y enrojecía de vergüenza, no podía dejar de observar la apariencia de La Mujer.

Era tan alta como recordaba, un palmo o así más que yo; casi tan alta como mi viejo asociado. Su pelo, apilado a la moda europea de la época, en un moño sobre su magnífica cabeza, brillaba tanto que parecía reflejar cada temblor de la llama de mi lámpara parpadeante de queroseno. Sus rasgos faciales eran perfectos, tan perfectos como recordaba en ocasión de nuestro primer encuentro muchos años antes, y su figura, como manifestaba su ropa bien ajustada —moda de la época— que llevaba con el aplomo de alguien que está acostumbrada desde hace mucho tiempo a los mejores sastres y modistas del continente, era tan elegante y apetecible como la de una colegiala.

Entró en mis modestas habitaciones y mientras comprobaba que no había ningún ladrón al acecho en la húmeda oscuridad del descansillo se instaló cómodamente en una silla de madera que acostumbraba a utilizar cuando, pluma en ristre, practicaba esos ejercicios de embellecimiento literario, por los que tantas veces me reñía mi asociado.

Me volví para quedarme mirando a mi visita, sentándome tan cerca de su figura

magnética como permitía el decoro. A esta corta distancia era evidente que su aire despreocupado no estaba, sin embargo, carente de nerviosismo y angustia. Intenté sonreír amablemente a La Mujer, y respondió como esperaba.

—¿Le importa si voy directamente al grano, doctor? —preguntó.

—Claro, claro, señorita...

—En privado puede dirigirse a mí simplemente llamándome Irene —dijo elegantemente.

Yo incliné la cabeza en modesta gratitud.

—Seguramente está sorprendido de que haya podido seguirle la pista —dijo La Mujer—, pero me ha sucedido algo que debe paliarse con la mayor urgencia. En otra ocasión les visité a usted y a su asociado en horas de grave crisis, y ahora que el problema es de dimensiones similares vuelvo a visitarles.

—Mi asociado se ha retirado —expliqué tristemente—. Si desea, puedo intentar ponerme en contacto con él por telégrafo. Ahora dedica todo su tiempo a un negocio de apicultura y tengo serias dudas de que se le pueda convencer para que abandone Sussex.

—Entonces usted me tendrá que ayudar. Por favor, doctor, no habría venido hasta aquí, ni habría interrumpido su soledad si no fuera por lo desesperado de mi actual situación.

Mientras decía esto se echó hacia delante y me tocó la muñeca con sus fríos dedos. Era como si pasaran corrientes galvánicas desde su organismo hacia el mío a través de los dedos. Me sentía inspirado y reactivado. ¡La Mujer estaba en apuros! ¡La Mujer había venido a mí en una hora de necesidad! No podía ni pensar en rechazarla, ahora menos, cuando caía sobre mis hombros la responsabilidad de mi mentor.

—Pues claro, Su Alt... Irene —sentía cómo volvía a enrojecer hasta la raíz de los cabellos al pronunciar su nombre de pila—. Si es tan amable de aguardar un momento mientras busco un bloc y algo para escribir para tomar nota de los detalles más sobresalientes de su historia.

Me levanté y busqué un papel y una pluma, luego regresé al sitio que había dejado ante mi encantadora visita. Por un momento, pensé en ofrecerle una taza de té con pastas y mermelada, pero me reprimí por la situación precaria de mi despensa y mi monedero.

—Proceda, por favor —dije.

—Gracias. Supongo que no tengo que darle mi dirección ni detalles concernientes a mi domicilio actual —empezó a decir La Mujer. Tras ver que confirmaba esto con la cabeza dijo simplemente—: El Dios del Unicornio Desnudo ha sido robado.

—¡El Dios del Unicornio Desnudo! —exclamé.

—¡El Dios del Unicornio Desnudo!

—¡No! —grité incrédulamente.

—¡Sí! —contestó serenamente—. ¡El Dios del Unicornio Desnudo!

—Pero... pero ¿cómo puede ser posible? El mayor tesoro de arte nacional de...

—¡Ssshhh! —me acalló con la mirada y volviendo a echar mano de mi muñeca—. ¡Por favor! Aun en lugares más familiares y recónditos que éste, no deberá mencionar el nombre de mi tierra natal adoptiva.

—Claro, claro —murmuré, recuperándome rápidamente—. Pero no veo cómo el Dios del Unicornio Desnudo pudo haber sido robado. No es..., pero espere, tengo aquí un libro de reproducciones artesanales. Examinemos una foto de la estatua para verlo.

—Lo tengo grabado a fuego en la memoria, doctor. Lo veo ante mis ojos día y noche. No tengo ninguna necesidad de examinar una mala imitación de un artista, pero busque su libro, si lo desea, para ver la representación de la obra maestra de Méndez-Rubirosa.

Crucé la habitación y regresé con un pesado volumen encuadernado, lo abrí cuidadosamente y empecé a pasar sus hojas de vitela hasta llegar al grabado de la obra capital del escultor Méndez-Rubirosa, el Dios del Unicornio Desnudo.

Según recordaba, la obra estaba moldeada en platino y adornada con piedras preciosas. Los ojos del dios eran rubíes y los de los unicornios aglutinados venerablemente alrededor de sus pies eran zafiros y esmeraldas. Las astas de los unicornios eran del más fino marfil, incrustado con oro afiligranado. La base de la estructura era un bloque sólido de ónice brillantado, incrustado con jade de Pekín.

—Pero el Dios del Unicornio Desnudo es el tesoro nacional de Boh... —me di cuenta y paré justo a tiempo—. Si se hace público el robo, la mismísima corona estaría de nuevo en peligro.

—Eso mismo —dijo la mujer conocida como La Mujer—. Y se ha recibido un mensaje que amenaza con exhibir públicamente la escultura en la plaza de San Wrycyxlwv si no se paga un rescate de ochenta trillones de grudniks. El límite de tiempo dado es de cuarenta y ocho horas desde ahora. Puede usted ver, doctor, lo desesperados que estamos mi marido y yo. Por eso vine a verle. Usted es la única persona, si su colega insiste en seguir con sus abejas, que me puede ayudar.

Un millón de ideas pasaron por mi pobre cerebro en esos momentos.

—¡La plaza de San Wrycyxlwv! —exclamé.

—¡La plaza de San Wrycyxlwv! —confirmó ella.

—¡Pero ese es el lugar nacional de reunión de su enemigo más fiero e implacable!

—Precisamente, doctor.

Me froté la barbilla pensativamente y me di cuenta del espantoso rastrojo de barba incipiente que mermaba mi apariencia.

—¿Y son ochenta trillones de grudniks? —repetí.

—Sí, ochenta trillones de grudniks —dijo ella.

—Eso es, aproximadamente, cuarenta coronas, nueve libras y tres peniques —computé.

—Eso, o una cantidad cercana, que en la práctica es lo mismo —asintió mi encantadora visita.

—Cuarenta y ocho horas —dije yo.

—Aproximadamente, dos días —confirmó La Mujer.

—Ya veo —asentí, frotándome la barbilla de nuevo—. Y dígame, Su Alt..., digo Irene, ¿ha contestado usted o su marido a esta exigencia?

—Mi esposo ha ordenado al primer ministro que les dé largas mientras yo venía clandestinamente en busca de su ayuda. La suya y la de... —se quedó callada, mirando por los cristales empañados a la farola de gas de la calle envuelta en niebla —,... pero me dice usted que él no está disponible.

—Y su distinguido hermano. Estoy seguro de que se acuerda de su distinguido hermano —afirmé.

—Claro.

—Lo suspendieron —suspiré.

—¿Suspendido? —preguntó ella espantada.

—Suspendido —repetí yo.

La Mujer sacó un diminuto pañuelo de su manga de encaje con dedos finos y aristocráticos. Se secó brevemente los ojos. Éste era el momento, me recordaba un diablo interior, en el que una persona carente de escrúpulos del sexo masculino podría iniciar un avance disfrazado de simpatía y compasión. Pero mientras combatía esta debilidad secreta, La Mujer recobró la compostura por completo.

—Sólo hay una cosa que hacer, doctor —dijo firmemente—. Nadie más puede ayudarme. Tiene que venir conmigo. ¡Tiene que ayudarme!

Me levanté sin mediar palabra y me puse el impermeable, la capa, la gorra y las botas de agua, y extendí mi brazo a la todavía temblorosa pero agradecida Irene.

II

Antes de marchar de mis modestas habitaciones, me paré para montar la mortal trampa contra malhechores, conectada con el daguerrotipo automático y con un cubo de agua encima de la puerta. Luego tiré hacia dentro de la cuerda del pestillo, y volviéndome a mi encantadora acompañante, dije:

—A su servicio, señora.

Bajamos la escalera, comprobando en cada descansillo la presencia de ladrones o traidores, y logramos salir con éxito la noche de Limehouse. Estaba empezando a caer una neblina que mojó los restos de nieve sucia, convirtiéndolo en un barrillo de nieve grisácea. Mi acompañante y yo nos abrimos camino a través de las callejuelas donde retumbaban ecos hasta salir a la carretera del Muelle de India Occidental, lugar de tantas y tantas fechorías infames y de atrocidades inexplicadas.

Un escalofrío irreprimible recorrió mi cuerpo mientras atravesábamos una plaza de suelo adoquinado. Por un momento me imaginé que era la plaza de San Wrycyxlwy, y ante el ojo de mi mente se levantaba la silueta gris-plateada cargada de joyas del Dios del Unicornio Desnudo. El tesoro artístico nacional del país adoptivo de La Mujer y la causa potencial de revolución y anarquía en el antiguo principado.

De algún sitio surgió un grito que rasgó la noche de Limehouse. Si se trataba de una vagabunda intentando salir del Támesis cubierto de niebla o de alguna infortunada víctima de la oleada de crímenes reinante en las calles de este barrio bajo, desde luego no tenía intención de averiguarlo.

Pasó a nuestro lado un taxi con las cortinas echadas, el chófer abrigado en la oscuridad y los cascabeles de las humeantes bestias negras tintineando en la noche.

Mi acompañante y yo caminamos nerviosamente a través de la impenetrable oscuridad, sólo iluminada por las luces de los establecimientos de clase baja donde la escoria de Limehouse jaraneaba. Tuvimos la buena fortuna de ver un taxi aparcado que estaba descargando pasajeros, un par de marineros de aspecto espantoso en busca de un lugar en el que malgastar los escasos restos de su sueldo de marinero que quedaban tras ser desvalijados y engañados por los parsimoniosos dueños y los deshonestos contables que suelen abundar en los barcos.

Estaba a punto de llamar al taxista cuando mi acompañante me paró en seco con un siseo y un apretón en el brazo.

Un segundo taxi se paró delante de la taberna y sus insalubres pasajeros se bajaron y se alejaron. Subimos al taxi, e Irene dio instrucciones suaves al conductor que miraba inquisitivamente por la ventanilla del compartimento de viajeros.

El primer taxi partió y mi acompañante se inclinó hacia mí y me dijo:

—Pensaba que a estas alturas sabría que no se puede coger el primer taxi que se encuentre.

—Pero acababa de llegar —protesté yo—. No hay ninguna posibilidad de que un malhechor sepa que estamos buscando un medio de transporte justo en este lugar y a esta hora para enviar un taxi en nuestra búsqueda.

En este momento, nuestra conversación se vio interrumpida por un destello y un gran estruendo justo delante de nuestro taxi. El otro vehículo había estallado en una masa de llamas, y las lenguas anaranjadas de fuego lamían el cielo expulsando nubes de humo negro y aceitoso.

—¡Increíble! —dije asombrado—. ¿Cómo sabía que...? La Mujer sonrió mientras nuestro chófer habilidosamente rodeaba al primer taxi, ahora vomitando llamas violentamente en mitad de una intersección de la carretera del Muelle de la India con una calle muy transitada que partía del Támesis y llegaba hasta un barrio más seguro y más respetable que Limehouse.

Pasamos por numerosas calles, algunas en ferviente actividad y tan iluminadas como si fuera el mediodía; otras, sin embargo, misteriosamente oscuras. A estas alturas, tenía la impresión de que me sería imposible encontrar el camino de vuelta, y por supuesto, no tenía la más mínima idea de dónde estábamos en ese momento. Por fin, el taxi paró al lado de un techado donde individuos vestidos de todas las maneras imaginables entraban y salían.

Caballerosamente fui a medias con el costo del taxi a pesar de la vergonzante situación deficitaria de mi economía. Bajamos del taxi a los mojados adoquines de otra plaza londinense rodeada de tiendas y restaurantes que estaban todos cerrados por lo tarde de la hora. Sin mediar palabra, mi acompañante me *llevó* cuidadosamente hacia el techado, y bajamos por unas sucias y mal iluminadas escaleras hasta llegar a una plataforma iluminada por un tipo de luz totalmente desconocida por mí. Las llamas parecían estar completamente encerradas en unos globos minúsculos de cristal y ardían con una extraña regularidad y estabilidad. Cómo obtenían el aire para realizar la combustión estaba más allá de mi comprensión, pero mi acompañante se negó a permanecer el tiempo suficiente para que pudiera averiguarlo.

Pasamos al lado de un enorme cartel con un plano de la zona de Ladbroke Grove y, depositando los billetes en una especie de barrera giratoria, cruzamos la plataforma para esperar... No sabía muy bien qué. Había raíles de ferrocarril ante nosotros, y mi duda sobre si era una estación de algún tipo se disipó cuando apareció un tipo y modelo de tren que yo desconocía por completo. El tren se paró y nos subimos, tomamos asiento y viajamos en un extraño e incómodo silencio hasta que mi acompañante me indicó que debíamos bajarnos de este extraño tren.

Volvimos a la superficie de la tierra y descubrí que estábamos ante una amplia zona despejada tan grande como un campo de cricket, aunque su superficie en vez de ser de césped, estaba compuesta de un material duro y arenoso que no mostraba ninguna de las características usuales de una sustancia natural.

Mi acompañante me cogió la mano y me guió por la superficie endurecida hasta hallarnos al lado del aparato más extraño que había visto en mi vida.

Era tan largo como un vagón de tren y descansaba sobre ruedas, dos bastante grandes en un extremo y una pequeña en el otro. El cuerpo principal parecía ser un cilindro de unos cinco metros de largo y recubierto con una lona tirante que ahora brillaba con la llovizna de la noche.

Había dos carlingas situadas en la parte superior del aparato, con escudos curvos de celuloide o cola de pescado delante de cada uno y una serie de complejos mandos y botones en uno de ellos. Unas proyecciones sobresalían de los laterales y de la parte posterior de la máquina, y una gran estructura de madera, no muy distinta de una hélice marina, adosada a un extremo, acoplada a una máquina negra y aparentemente muy potente, que yo supuse sería un motor incorporado como los que se usan ocasionalmente en pequeñas embarcaciones experimentales.

Lo más raro de todo eran las cuatro aspas que proyectaban de la parte superior de una varilla montada sobre el aparato cuyos extremos se doblaban hacia abajo por su propio peso. Iban y venían con las ráfagas del viento helado y saturado de agua.

Mi acompañante metió la mano en la carlinga más cercana y sacó un casco para ella y otro para mí, demostrándome silenciosamente cómo debía colocármelo. Estaba hecho de cuero blando y protegía completamente el cráneo del usuario. Se enganchaba una tira por debajo de la barbilla que aseguraba una buena adaptación del casco. Había también unas gafas con lentes transparentes que se podían poner sobre los ojos para protegerlos del viento y la humedad, o se podían levantar sobre la frente para facilitar la mejor visibilidad cuando las condiciones eran menos adversas.

Mi acompañante puso un pie sobre una de las proyecciones laterales y se metió elegantemente en una de las carlingas. Por medio de gestos silenciosos me indicó que emulara sus acciones, y sin ánimo de defraudar a esta persona tan valiente y competente, accedí, subiéndome a la proyección lateral y desde allí a la segunda carlinga, donde me hallé sentado sobre un cojín de cuero que no era demasiado incómodo.

Mi acompañante se volvió para indicarme mediante gestos que me asegurara por medio de unos cinturones que debía cruzar sobre mi regazo. De nuevo, accedí, observando cómo abrochaba sus cinturones, y me quedé boquiabierto al ver a un mecánico ataviado con un mono cubierto de grasa correr por el campo hacia nuestra máquina, echar mano de las aspas de madera que asemejaban una hélice aérea y hacerlas girar.

Mi acompañante hizo una señal al mecánico con los dedos gordos de la mano hacia arriba, ajustó algunos de los mandos que tenía ante sí y el motor que había en esa extraña nave cobró vida. Después de esperar unos minutos para que se calentara el motor, mi acompañante hizo gestos al mecánico, quien sacó las cuñas que había

ante las ruedas del vehículo y empezamos a rodar hacia delante con una aceleración increíble, el viento flagelándonos, haciendo muy de agradecer el casco y las gafas que me dio mi acompañante.

Antes de que tuviera tiempo de preguntarme por el destino de este viaje extrañamente propulsado, me distraje con un sonido que venía justamente de encima de nosotros y se mantenía en consonancia con nuestra aceleración. Dirigí la mirada hacia arriba con la esperanza de encontrar la fuente de estos extraños sonidos y descubrí que provenían de las cuatro hélices adosadas a la torreta por encima de la carlinga donde me hallaba sentado.

Las hélices estaban girando tan rápidamente que apenas podía seguirlas con la vista, y doble susto me llevé cuando sentí cómo el extraño aparato, en el que me hallaba atado, empezó a levantarse del suelo y se desplazaba sin punto de apoyo por el aire.

Debí soltar un grito de puro asombro, pues mi acompañante se volvió para mirarme con una sonrisa tan llena de confianza y seguridad en sí misma que me eché a reír en voz alta por el pánico momentáneo que se apoderó de mí y me prometí no permitir que nada interfiriera en el disfrute de esta experiencia imprevista. Podía faltar el Dios del Unicornio Desnudo, podía estar el gran detective concienzudamente dedicado a sus abejas en las colinas de Sussex —en estos momentos, de no estar en la cama, quizá estuviera ocupado en la delicada y peligrosa tarea de segregar a la reina—, pero yo estaba en la gloria, y estaba decidido a disfrutar de esta experiencia que se me brindaba. Ya tendría tiempo más tarde de ocuparme de los problemas. Volamos —sí, utilizo la palabra literalmente y muy consciente de lo que estoy diciendo— en un gran círculo alrededor de Londres, viendo la salida del sol sobre el distante canal en el este, pasando quizá sobre la mismísima cabaña donde mi anterior asociado ahora vivía y cuidaba de sus abejas. Luego tomamos rumbo norte, pasando por encima de bosques y prados verdes, dejando Inglaterra, Gales, Escocia y las islas Orkney atrás.

No hablamos, pues no se podría oír nada aunque lo intentásemos por encima del zumbido de los motores que hacían girar la hélice aérea que nos daba el empuje horizontal a través del cielo, a la vez que arrastraba a las aspas arremolinadoras sobre nuestras cabezas. Lo que me sorprendió fue ver a mi acompañante que, de cuando en cuando, se levantaba y medio salía de su carlinga para alcanzar unos recipientes que vaciaba en una tobera sobre el cuerpo de la nave delante de su escudo de celuloide.

El sol ya había salido completamente, y el cielo era de azul norteño, con alguna nube de puro blanco que moteaba su monótona regularidad. No se divisaba ni tierra ni huellas de humanidad en la chispeante superficie acuática bajo nosotros. No sé cuánto tiempo ni cuán lejos habíamos viajado hacia el norte, aunque se notaba que el aire a nuestro alrededor era cada vez más frío y yo cada vez agradecía más haberme

abrigado bien antes de abandonar mis habitaciones de Limehouse, cuando apareció bajo nosotros en la distancia el destello de un blanco cegador.

Mi acompañante echó mano del último recipiente de combustible que había en el vehículo y vació su contenido en la tobera que había usado previamente ante su escudo. Mirando por encima de su hombro hacia mí, señaló con el dedo hacia delante y gritó una serie de palabras que se me escaparon por el zumbido del motor y la riada de aire que pasaba por mis oídos recubiertos de cuero.

Pero pronto entendí el significado de lo que me quería decir pues, bajo su cuidadoso mando, la nave empezó a descender hacia lo que ya reconocía ahora como nada menos que un gran bloque de hielo de las regiones del Polo Norte de nuestro planeta. Nuestra nave volaba cada vez más bajo y las aguas oscuras bajo nuestras ruedas extendidas mostraban icebergs irregulares y, más hacia delante, enormes glaciares.

Las formaciones montañosas de hielo pasaban rápidamente por debajo de nuestra nave mientras volábamos en las capas más bajas de la atmósfera, y después apareció una explanada de blanco reluciente. Cruzamos esta área despejada y, al rato, mi acompañante viró la nave hasta describir círculos descendiendo lentamente en espiral ante una formación que yo en principio había interpretado como una escultura de hielo de belleza no habitual, y que sólo después de un buen rato me di cuenta que era un edificio.

Hasta aquí, en el lugar más remoto del Polo Norte, había llegado la mano del hombre. Casi lloré por la audacia y la belleza de la construcción. Sólo el aterrizaje del vehículo en el que me hallaba consiguió distraerme de este pensamiento. El vehículo rodó por el hielo duro y paró delante de la entrada de aquel precioso edificio.

Una ráfaga de viento levantó una nube de nieve contra la parte expuesta de mi cara. Me relamí, saboreando la clara pureza de los cristales que se derretían. No surgió señal de vida ni de actividad del edificio, nadie salió a recibirnos.

Mi acompañante se levantó de su asiento, dio un salto y aterrizó elegantemente sobre la superficie helada sobre la que descansaba nuestra nave. Yo hice otro tanto, aunque sintiendo en mis huesos y tendones la diferencia de edad. Luego entramos en el edificio.

Antes de que hubiéramos llegado al portal, dije:

—Irene, ¿qué lugar es éste? Yo tenía entendido que íbamos a su capital. Muy contrario, hemos venido al Polo Norte del planeta, una región que siempre se creía deshabitada, a excepción de los osos polares, pingüinos y gaviotas. Pero, de pronto nos encontramos con esta magnífica construcción. Le suplico que me lo aclare.

Se volvió hacia mí con la deslumbrante sonrisa que había cautivado los corazones y el aplauso del público de todo el mundo y que, además, la había unido a una de las cabezas coronadas de Europa en el matrimonio más deslumbrante que ha visto este

siglo.

—Por favor, tenga paciencia unos minutos, doctor. Le será aclarado todo una vez que estemos dentro de la Fortaleza.

—¿La Fortaleza? —dije sin saber cómo reaccionar.

—La Fortaleza de la Soledad. La estructura sobre la cual descansa, que aparenta ser parte del hielo, es en realidad de mármol, mármol puro y blanco tomado de un depósito secreto y transportado clandestinamente hasta aquí. Dentro se hallan las personas que han solicitado su presencia. De los que soy una voluntaria y honrada agente.

Pasamos bajo el enorme umbral y recorrimos largos corredores en los que retumbaban nuestras voces hasta entrar en una habitación ocupada por una única persona, un gigante bronceado que se hallaba sentado en posición de profunda meditación. Me dio la impresión de que estaba completamente quieto, pero a los pocos segundos me di cuenta de que estaba ocupado en una serie de ejercicios solitarios que me parecieron sorprendentes.

Ante mis propios ojos estaba haciendo trabajar sus músculos, unos contra otros, hasta que una fina película de sudor cubrió su enorme porte. Vocalizaba suavemente y me di cuenta que estaba haciendo malabarismos matemáticos de cabeza con un número de doce cifras, multiplicando, dividiendo, sacando raíces cuadradas y cúbicas. Se volvió hacia un aparato que emitía ondas sonoras de frecuencias que desaparecían más allá de lo audible, al menos para mí, pero al parecer, por la expresión en su cara, él sí las detectaba.

Cuando terminaron, miró a mi acompañante y a mí. Habló con una voz que inspiraba confianza y obediencia.

—Hola, Patricia —dijo informalmente—. Veo que accedió a venir contigo. Estaba seguro de que lo haría.

Se levantó de su asiento, cruzó la habitación y abrazó a la mujer conocida como La Mujer con sus musculosos brazos. Pero el afecto que había en el abrazo era claramente fraternal —o quizá de primos— y nada más.

—Y usted, señor —dijo el gigante bronceado volviéndose hacia mí y estirando su potente mano en saludo varonil—, tiene que ser el doctor John H. Watson, ¿no es así?

Le di la mano todo lo fuerte que pude, y debo confesar que me sentí muy aliviado de recibir mi mano de vuelta en una pieza, y sin que los huesos estuvieran más deformados de lo que ya estaban.

—Eso es. ¿Puedo tener el honor de conocer sus credenciales, señor?

Sonrió amablemente y dijo:

—Claro, claro, me llamo Clark Savage, Jr. Tengo algunos títulos académicos que acumulé a través de los años. La mayor parte de mis amigos me llaman Doc, y me sentiría muy honrado si usted también lo hace.

Por alguna razón me sentí más halagado que ofendido por esta apertura e informalidad, y no tuve inconveniente en llamarle por el nombre preferido por él, Doc.

—Supongo —dije yo como respuesta— que se evitará mucha confusión si usted me llama como me llamaba el más íntimo de mis amigos, simplemente Watson.

—Estaré encantado de hacerlo —dijo el gigante bronceado.

—¿Oí cómo se refirió a nuestra acompañante femenina con el nombre de Patricia?

Doc Savage asintió con su cabeza color cobre, densamente poblada de pelo:

—Es mi prima.

Yo, perturbado, dije:

—¿Pero no es...? —me volví hacia La Mujer y me dirigí directamente a ella—: ¿Pero no es usted Irene Adler, en la actualidad Su Alteza Real...?

—¡Por favor! —interrumpió la encantadora mujer—. Para Doc soy su prima, Patricia Savage. Para usted y su asociado soy otra persona. Dejemos eso a un lado, se lo ruego.

Sus palabras me confundieron aún más, pero me daba la impresión de que bajo las circunstancias del momento, no tenía más remedio que acceder a lo que se me pedía.

—Debe perdonarme, Watson —dijo el gigante bronceado—. Mi prima me ha asistido en un engaño sin importancia, necesario para traerle aquí, a mi Fortaleza de Soledad polar. Si se llega a saber algo en las capitales del mundo sobre este encuentro al que le he llamado secretamente, estallarían una ola de crímenes sin precedentes en la historia de nuestro planeta.

—¿Quiere decir que... —tartamudeé boquiabierto—, que el Dios del Unicornio Desnudo no ha sido robado? ¿Que no se está pidiendo un rescate de ochenta trillones de grudniks? ¿Que no lo van a exhibir públicamente en la plaza de San Wrycyxlwv si no se paga el rescate? ¿Que todo esto ha sido una especie de fraude?

—Oh, en cuanto al robo, desde luego que ha habido un robo, doctor Watson —dijo La Mujer—. El Dios del Unicornio Desnudo no está y todo lo que le dije que iba a suceder sucederá si no se recupera. Pero esto es sólo una mínima parte de la amenaza mundial.

—Exactamente —dijo Doc Savage—. Yo acabo de regresar de un viaje por el mundo, escapando de las garras de un canalla sin igual en los anales del crimen. Lo que está ocurriendo aquí hoy es nada menos que una junta de guerra, una junta de guerra contra una amenaza a la estructura ordenada y los justos procedimientos del orden establecido en todo el mundo. Alguien, cuya identidad, y no digamos nada de su base de operaciones, es un misterio envuelto en un rompecabezas y todo esto dentro de un enigma.

—Bien dicho —asentí—. ¿Pero estamos nosotros tres solos entre las fuerzas del orden, la civilización y este canalla?

—No nosotros tres, doctor —dijo La Mujer—. Yo debo abandonarles ahora. Mi papel ya ha terminado. Es hora de que yo deje el escenario donde se representa este drama y vuelva al lado de mi marido para observar y rezar por aquellos en cuyas manos se encuentra el destino del mundo.

Una vez más intercambié un casto abrazo con el hombre de bronce, me dio la mano efusivamente y desapareció de la habitación. Al rato oí el ruido de su máquina que recobraba de nuevo vida, con el zumbido y el *uop-uop-uop*, que significaba que los rotores estaban levantando el cuerpo cubierto de lona en el helado aire del ártico, y que luego se desvanecería gradualmente en la distancia.

Estaba solo en la habitación con el gigante bronceado, Doc Savage.

—Por favor, venga conmigo, Watson —dijo al fin. Me sentí como si no tuviera otra alternativa que obedecer. Anduvo con paso decidido hacia una puerta, manipuló un aparato que yo supuse era una alarma infinitamente más avanzada que la que había dejado en mi piso de Limehouse, y se echó a un lado, dejándome paso libre a la siguiente dependencia. Me encontré en una sala que habría dejado atrás el más lujoso de los clubes masculinos de Londres, Chicago o incluso Shanghai.

Paredes recubiertas de madera se elevaban hacia un alto techo laboriosamente tallado, del cual colgaban lámparas de hierro forjado. Emanaba una luz tenue de las velas que era suplementada por medio de luces artificiales cuidadosamente ocultas. Las paredes estaban tapizadas de filas y filas de libros en grupos de idéntico tamaño y color con encuadernaciones del más fino bucarán y cuero. Los títulos, estampados a mano en el más fino oro, reflejaban la luz.

Al otro lado de una espesa alfombra oriental de exquisito gusto y muy trabajada, se veía una pequeña porción de suelo lujosamente enlosado, expuesto ante una chimenea ornamentada donde crepitaba un fuego de belleza indescriptible que emitía una fragancia delicada y placentera.

Las hinchadas butacas de cuero y madera oscura elaboradamente labrada estaban desperdigadas por la habitación, y todas, menos un par de ellas que contrastaban por estar vacías, estaban ocupadas por hombres de porte imponente, aunque vestidos de manera algo excéntrica.

En una silla se encontraba una figura musculosa vestida enteramente de gris. Pelo gris, cara gris, túnica y pantalones grises. Mientras estaba de pie en el umbral de la puerta, levantó sus fríos ojos de muerte para mirarme, de mis fuertes botas británicas hasta mi desvanecida cosecha de pelo. Saludó con la cabeza, pero no habló.

La silla que había a su lado estaba ocupada por un hombre vestido de negro de los pies a la cabeza, excepto en ciertas partes donde se dejaban entrever sus ropas escarlatas. Tenía el cuello vuelto hacia arriba, ocultándole parte de la cara, y un

sombrero de alas echado hacia delante. Sólo asomaban sus ojos destellantes y su nariz aguileña entre el ala del sombrero y el cuello levantado. Con una mano jugaba con un extraño anillo de ópalo que llevaba puesto en un dedo de la otra mano.

A su lado, había un hombre con una expresión que contrastaba con el resto, pues era pueril y abierta, pelo algo rizado y rubio, y ojos azules que brillaban como chispas. Llevaba un jersey ajustado, pantalones también apretados con una ancha tira que recorría los laterales, además de botas altas y muy brillantes. Por alguna razón, me dio la impresión de ser americano —los demás también, aunque éste iba más lejos y sugería la figura de un gran atleta de universidad—, un hombre de Harvard, supuse.

Más allá, otro individuo joven, con apariencia de ser abierto de carácter. Éste llevaba un traje rojo de cremalleras que iba muy bien con su rojo pelo rizado. Más allá se encontraban dos personas de porte atlético y muscular. Uno, prácticamente desnudo, vestía únicamente unos aparejos cargados de armas; el otro, vestido con indumentaria ordinaria, parecía un hombre fuerte y competente.

Sólo había dos más. Uno de ellos era otra figura de capa oscura y sombrero, una figura extrañamente parecida a la del hombre de nariz aguileña, con la diferencia de que no dejaba entrever el rojo chillón que aliviaba los oscuros colores de su indumentaria. Pero poseía unos hilos plateados que recubrían sus ropas, dando la sensación de estar envuelto en una enorme tela de araña.

El otro era un joven de semblante agradable, aunque con algo de la indolencia que caracteriza a los muy ricos. Me miró con una expresión amistosa y abierta, y me sorprendió ver el cuello del revés y la coloración monótona en un tono suave de verde jade de su traje, que por lo demás se puede decir que no tenía nada de particular.

III

—Señores —oí decir a Doc Savage tras de mí—, les presento a nuestro último miembro, el doctor John H. Watson, residente hasta hace poco de 221B Baker Street, en Londres, Inglaterra. Doctor Watson —continuó diciendo el gigante de bronce—, pase y siéntase como si estuviera en su casa. Ésta es nuestra biblioteca. Los millares de volúmenes que ve recubriendo las paredes de esta habitación contienen las biografías, públicas y secretas, de los hombres aquí reunidos. Incluso algunos de sus propios trabajos referentes a su anterior asociado han encontrado sitio en esta habitación, como ha tenido ocasión de comprobar su asociado en más de una ocasión.

—¿Holmes, aquí? —dije tragando saliva—. Pues nunca me dijo nada... Ni siquiera me insinuó que...

—¿No, Watson? —respondió el gigante de bronce—. ¿Nunca le contó nada de los años que pasó en el Tíbet? ¿Ni de aquellos transcurridos en los Estados Unidos bajo el nombre de Altamont?

—¡Claro! —dije golpeándome en la frente con la palma de la mano—. ¡Claro que sí! Y yo nunca...

—No sea demasiado duro consigo mismo, Watson. Ahora que ha llegado la hora de que usted entre en servicio, ha venido a la Fortaleza de Soledad, y tiene la oportunidad de hacerle un favor al mundo... y a determinados individuos que se encuentran dentro de este mundo. Pero primero, permítame presentarle a los demás miembros.

Me tomó por el codo y fui haciendo la ronda por las diferentes butacas, dando la mano a los hombres que previamente había observado. Cuando me acercaba a cada uno de ellos, se presentaba:

—Richard Benson, El Vengador —dijo el hombre de gris.

—Kent Allard, La Sombra —rió espantosamente el hombre de nariz aguileña.

—Gordon. De Yale, promoción del treinta y cuatro, mis amigos me llaman Flash.

—Curtís Newton, señor, algunas veces me llaman Capitán Futuro.

—John Cáster, capitán retirado de la caballería de los Confederados.

—David Innes, de Connecticut y el Imperio de Pellucidar.

—Richard Wentworth —dijo el segundo de los hombres ataviados de negro—, conocido por algunos como La Araña.

Incluso en ese momento, cuando me estaba dando la mano, detecté algo de sospecha y envidia entre él y el hombre que daba en llamarse La Sombra.

Y, finalmente, el hombre vestido con el traje clerical verde:

—Om —dijo, haciendo una señal con las manos antes de extenderme una según la costumbre occidental—. Jethro Dumont, de Park Avenue en Nueva York. También conocido como el doctor Charles Pali y El Lama Verde.

—Es un honor —conseguí pronunciar—. Nunca había soñado que fueran personas de verdad. Siempre pensé que eran quimeras de imaginaciones febriles.

—Se ha pensado a menudo lo mismo de su buen amigo y asociado de Baker Street. ¿No le parece, Watson? —dijo el gigante de bronce, Doc Savage.

Admití que ese era el caso.

—Estoy asediado por ambos lados —dije—. Por un lado están los que sostienen que mi buen amigo y asociado, cuyos casos he recogido lo mejor que he podido durante todos estos años, es un producto de mi imaginación y que no existe en el mundo real en absoluto. Mientras que por otro lado, el caballero que me sirve de agente literario, el doctor Arthur Conan Doyle, es acusado de escribir los relatos que yo le entrego y que él vende a las revistas de mi parte.

Miradas de comprensión y de simpatía me llegaban de todos los presentes. Pensé de nuevo en los volúmenes que recubrían las paredes de esta biblioteca. De entre todas mis amistades sólo las hazañas de mi asociado merecieron mis modestos esfuerzos como cronista.

—Con respecto a esta asamblea de aventureros... ¿Están todos los que son? —pregunté a la colectividad y acepté la cómoda butaca que me ofrecía Doc Savage.

De nuevo se oyó el suave zumbido de discusiones mientras las figuras coloridamente ataviadas intercambiaban comentarios sobre mi pregunta. Luego, uno de ellos —creo que el hombre de Yale, Gordon— me contestó en el papel, tácitamente designado, de portavoz de todos ellos.

—Nosotros sólo somos los representantes actuales de un movimiento cuya lista de asociados es mucho mayor. Desde los días de nuestro fundador, cuyo retrato cuelga sobre la chimenea, hasta este momento, ha habido cientos como nosotros. Sus nombres están inscritos en el pergamino de honor que está al lado de la ventana.

Primero señaló hacia el cuadro al que había hecho referencia, y luego a una ventana estrecha y alta a través de cuyos cristales térmicamente aislantes se podía ver el principio de la larga noche ártica. Primero me desplazé hacia el fuego rugiente y miré hacia arriba al cuadro elegantemente ejecutado en un marco barroco. El pintor había realizado su trabajo en tonos pardos, ocre marrón y castaño. La cara que me miraba fijamente mostraba fortaleza e inteligencia, y un aire despreocupado. El traje era el de un caballero francés del siglo anterior. Bajo el lienzo había una placa pequeña con una sola palabra: *D'Artagnan*.

Tras un homenaje momentáneo y silencioso al sujeto del cuadro fui paseando sobre la espesa alfombra al pergamino previamente señalado por el americano Gordon. Su encabezamiento era una simple frase, donde las letras iniciales de cada palabra formaban a su vez una palabra de una sola sílaba, cuyo significado, tengo que admitir, se me escapaba. El encabezamiento del pergamino decía «Personajes Unidos en Liga de Protectores». Los nombres inscritos bajo esto eran, desde luego, muy

numerosos, incluyendo no sólo a todas las personas que había en esta habitación (exceptuándome a mí, claro), sino los de muchos otros, de los cuales una selección al azar incluía nombres tan familiares como los de Jules de Gandon, Anthony Rogers, sir Dennis Nayland Smith, Jimmy Dale, Arséne Lupin, Kimball Kinnison, Nicholas Cárter, Tephén Costigan y muchas columnas más.

—¡Una compañía estupenda! —no pude dejar de exclamar cuando había completado mi lectura del pergamino adornado—. Si me permiten la pregunta, me gustaría saber cómo se financia este establecimiento. ¿Quién lo mantiene en funcionamiento? ¿Quién enciende los fuegos, hace las comidas y sirve las libaciones?

—Tenemos lacayos de sobra, doctor Watson —comentó el hombre del traje rojo de cremalleras. Le identifiqué en seguida como Curtís Newton—. Cada uno de nosotros contribuye con sus propios empleados a los servicios generales de la Liga. Entre los míos se encuentra Otho, el androide; Grag, el robot; y Simón Wright, el cerebro viviente.

—Y los míos —afirmó La Sombra con una risita siniestra— son el *playboy* Lamont Cranston, el chófer Moe Shrevnitz, el mago de las comunicaciones Burbank y el casi suicida Harry Vincent.

Cuando les llegaba el turno, cada uno nombraba un grupo de ayudantes exóticos, cada cual tan peculiar y excéntrico como su empleador.

—Cada uno de ellos —concluyó Doc Savage— sirve durante algún tiempo en la cocina, la armería, además de otros lugares de la Fortaleza y otras instalaciones lejanas de la Liga cuando les dejan tiempo las misiones personales de cada empleador.

—Comprendo —afirmé, tomando un sorbo de la bebida que había aparecido, sin haberme dado cuenta al lado de butaca. Olí, sorprendido, el contenido del vaso. Zarzaparrilla.

—Todavía hay algo que no acabo de entender —dije, dirigiéndome una vez más a mis anfitriones colectivamente. Quedaron todos mirándome con ojos inquisitivos—. ¿Por qué —pregunté yo— me han llamado a mí a este lugar? Está claro que todos son hombres muy competentes y capaces. No sé con qué rompecabezas se enfrentan, aparte de la cuestión del Dios del Unicornio Desnudo que ha sido robado. Estoy seguro que no necesitan de mi modesto talento para solucionar esto, que para ustedes debe ser pan comido.

Una vez más asumió las funciones de portavoz Clark Savage, Jr. Paseó por la habitación, parándose ante el fuego crepitante, de manera que las llamas danzantes tras la heroica figura lanzaban sombras monstruosas por toda la biblioteca de la Liga. Con los pies separados, sus manos cogidas a la espalda, su amplio pecho y su cabeza erguida orgullosamente, su enorme porte visto a contraluz ante las llamas, configuraban el más glorioso cuadro de potencia y elegancia masculina que nunca

había visto.

—John Watson —entonó impresionantemente— la información que estoy a punto de revelarles es extremadamente delicada a la vez que tremendamente amenazante. Confío en su honor como asociados novel de los Personajes Unidos en Liga de Protectores de no revelarlo a nadie hasta que este asunto haya llegado a un final feliz. ¿Me da su palabra, John Watson?

—La tiene, señor —suspiré. Tenía un nudo en la garganta y los ojos extrañamente húmedos.

—¡Muy bien! —continuó Doc Savage—. Tengo que informarle que hay un archicriminal cuyas malévolas maquinaciones dejan muy atrás a los más infames malhechores de los anales de la Liga.

—¡Más negro que el cardenal Richelieu! —exclamó una voz.

—¡Más siniestro que el insidioso doctor Fu Manchu! —añadió otro.

—¡Más brillante que el revolucionario Ay-Artz del planeta Lenmis!

—¡Más traicionero que Hooja el astuto!

—¡Más peligroso que Blacky Duquesne!

—¡Más despiadado que el genio Ras Travas!

—¡Incluso más amenazante que el mismísimo Napoleón del Crimen! —añadió Doc Savage para concluir el listado de nombres.

—¿El Napoleón del Crimen? —repetí incrédulamente—. ¿Se refiere al torcido genio profesor James Moriarty? Pero yo pensaba que estaba muerto..., que murió en su caída en las cataratas de Reichenbach.

—A lo mejor murió... Pero a lo mejor escapó, como lo hizo su rival y oponente en la lucha épica que tuvo su culminación precisamente en Suiza. Hay muchos hombres que han desaparecido, pero ¿qué mejor escondite que la tumba, Watson?

Savage ahora caminaba ante de la chimenea de un lado a otro, su titánica sombra desplazándose por las vigas de madera y las lámparas de metal que colgaban sobre nuestras cabezas. Los demás hombres estaban sentados en silencio, expectantes, observando el intercambio entre el líder y yo. Yo prometía en silencio no fallar, para mantener el honor de mí asociado ausente.

—Al mencionar el nombre del Napoleón del Crimen —dije algo acalorado—, Doc Savage, sugiere de alguna manera que mi asociado ha fallado en su intento de librar al mundo de sus fechorías.

—Eso mismo —afirmó Doc Savage—. Su asociado, Sherlock Holmes, está en las manos de un criminal ante el que el profesor Moriarty se echaría a temblar.

Caminó hacia mí y mirándome desde su metro ochenta y tantos centímetros, dijo:

—Estoy aquí sólo porque la ayuda de mi prima Patricia me permitió escapar de las garras de ese archicriminal. Pude atravesar sus redes, pero dos compañeros con los que estaba intentando recuperar el Dios del Unicornio Desnudo fueron menos

afortunados que yo, y en estos momentos son prisioneros del genio más macabro, cuyos esfuerzos aún pueden ser la causa de la total destrucción de la frágil estructura de nuestra civilización.

—¿Dos compañeros? —repetí—. ¿Dos? ¿Pero, quiénes pueden ser?

Se inclinó, acercando sus ojos metálicos a los míos y me apunto con un dedo:

—En estos mismos momentos se encuentran en las garras de ese inteligente maníaco Sherlock Holmes y sir John Clayton, lord Greystoke, el hombre conocido en el mundo como... ¡Tarzán de los Monos!

—¿Holmes y Greystoke? ¿A la vez? ¿Y casi le capturan a usted, Doc Savage? —exclamé—. ¿Quién puede ser ese diablo y cómo puedo ayudar a rescatar a los dos asociados de sus garras?

—Wentworth, usted es nuestro intelectual supremo —dijo Doc Savage al personaje ataviado con telas de araña—. Explíqueme al doctor Watson cuál es nuestra estrategia, yo me retiro brevemente para extraer unas cuantas raíces cuadradas y cúbicas.

Doc Savage se retiró a su asiento y La Araña empezó a hablar en una voz baja e insinuante que parecía destinada a hipnotizar al interlocutor.

—Este archicriminal es incuestionablemente el más brillante y el que cuenta con más recursos de todos los oponentes a los que nos hemos enfrentado —afirmó—. Sin embargo, Watson, como saben todos los que luchan contra el crimen y la anarquía en el fondo de su ser, nunca ha habido un malhechor cuyo torcido cerebro no le haya obligado a cometer un error fatal que le condujera ante la justicia y el castigo, más tarde o más temprano.

—Estaba previsto que el secuestro de Tarzán, Holmes y Doc Savage tuviera lugar en la brillante Exposición de Progreso Europeo, donde estaba expuesto el Dios del Unicornio Desnudo —me contaba Richard Henry Benson, El Vengador. Estaba manoseando distraídamente una daga de extraño aspecto y una pistola aún más rara mientras hablaba—. El original fue sustituido por una brillante réplica, una sustitución que pasaría inadvertida al mejor de los gemólogos, pero que fue descubierta por una simple mujer.

—Sí, una simple mujer —reafirmó el capitán John Cáster—. Una mujer de naturaleza enérgica cuyos admiradores la han identificado como la Princesa Dejah Thoris de Helium; como Joan Randall, hija del comisario de la policía interplanetaria; como Margo Lane, amiga fiel y compañera de La Sombra; como Jane Porter Clayton, lady Greystoke, y como la señorita Evangl Stewart, del barrio bohemio de Nueva York, Greenwich Village, entre otros.

—Esta mujer —intervino Jethro Dumont suavemente—. La Mujer si me permite, detectó esta sustitución y lo notificó a Sherlock Holmes, lord Greystoke y Doc Savage. Había alertado a Greystoke y Holmes y estaba hablando con Doc Savage

cuando los dos primeros miembros de la Liga, sin saber de la presencia de Doc, trabajaban por descubrir el fraude y cayeron en la trampa de ese archicriminal.

—Intenté rescatarles —concluyó Savage—, pero el malhechor estaba preparado. Usó al Dios del Unicornio Desnudo para atrapar a Holmes y Tarzán, y usándolo como cebo casi me echó el guante a mí también. Escapé con poco más que la vida. Holmes y Tarzán fueron raptados, junto con el Dios del Unicornio Desnudo.

—Entonces la amenaza de la que la señorita... La Mujer me habló —tartamudeé—. La amenaza de exhibir el Dios del Unicornio Desnudo en la plaza de San Wrycyxlwv, ¿fue meramente un pretexto, un engaño?

—No, doctor Watson —interrumpió La Sombra—, es una amenaza real, demasiado real. Pero mucho mayor es la amenaza al orden y la seguridad que pretende ese maníaco que mantiene como prisioneros a Sherlock Holmes y Tarzán de los Monos en estos momentos.

—Ya veo, ya veo —murmuré semicoherentemente—. ¿Pero... qué papel han elegido para mí en este drama? ¿Qué puede hacer un modesto médico y biógrafo de personajes en todo esto?

—Usted —dijo Doc Savage con voz autoritaria— debe resolver el crimen, rescatar a las víctimas y salvar el orden del mundo civilizado, doctor Watson.

IV

Busqué en mi bata la pipa, eché a un lado el fútil revólver con el que estúpidamente había molestado a La Mujer cuando entró en mi casa de Limehouse hace, aparentemente, tanto tiempo y empecé a pasear por la habitación. Mi mente discurría. Mis pensamientos bailaban como restos de un naufragio en la marejada. ¿Qué haría Holmes en estas circunstancias? Era todo lo que podía pensar. ¿Qué haría Holmes?

Finalmente paré delante de Doc Savage y pregunté:

—¿Dejó el ladrón tras sí alguna pista..., alguna evidencia? Por muy insignificante que pudiera parecerle a usted.

Arrugas de confusión y concentración surcaron la frente del hombre de bronce. Al fin dijo:

—Puede que haya una cosa, Watson, pero parecía tan insignificante que apenas le di importancia, y ni siquiera sé si contárselo ahora.

—Permita que yo juzgue eso, por favor —dije en un tono cortante lo más parecido a Holmes que podía. Y el hombre me contestó como tantas veces había visto contestar a los testigos ante las preguntas de Sherlock Holmes.

—El criminal, aparentemente, ha creado un aparato capaz de reducir la estatura de sus víctimas hasta el tamaño de pigmeos, y se fue corriendo con Holmes bajo un brazo y Greystoke bajo el otro.

—Sí —dije—. Por favor, continúe.

—Bien, doctor Watson —siguió Savage—, cuando el criminal se marchaba de la Exposición de Progreso Europeo estaba murmurando algo. Apenas pude entender lo que decía. Pero era algo parecido a *Angkor Wat*, *Angkor Wat*. ¿Pero qué significado puede tener esto, Watson?

Sonreí condescendentemente y me dirigí a la asamblea que estaba sentada, atentamente siguiendo la conversación entre Savage y yo. Mediante un gesto tácito, les indiqué que aceptaría cualquier información que pudieran proporcionarme.

—¿Es una droga exótica? —preguntó uno de ellos.

—¿El nombre del criminal? —pensó otro.

—¿Alguna fórmula secreta? —dijo un tercero.

—¿Algún talismán religioso? ¿El más grande científico del antiguo Neptuno? ¿Un término náutico obsoleto? ¿El asiento de una monarquía obsoleta?

—¡Eso es! —grité entusiasmado—. Ya sabía yo que teníamos la solución dentro de estas cuatro paredes. Angkor Wat es una ciudad perdida en las junglas de Asia. Tenemos que buscar a ese criminal y a sus víctimas en Angkor Wat. Rápido —exclamé, volviéndome hacia Doc Savage—. Que preparen un medio de transporte en seguida. Partiremos hacia Angkor Wat esta misma noche.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó La Sombra, retorciendo su anillo de ópalo.

—No, lléveme a mí —dijo El Vengador.

—¡A mí! —gritó Gordon de Yale.

—¡A mí! —gritaba David Innes—. ¡Conozco a Tarzán personalmente!

En poco tiempo estaban todos dando botes en los asientos, empujándose unos a otros para acercarse más a mí y discutiendo entre ellos acerca de quién debía tener el honor de acompañarme en mi misión de rescate de Sherlock Holmes y John Clayton, lord Greystoke.

—Esto es un trabajo sólo para Doc Savage y yo —les dije amablemente aunque con firmeza—. El resto deberá permanecer aquí preparados para entrar en acción si se solicita su ayuda.

—Bien, Savage —me dirigí al hombre de bronce—, que esos sirvientes que tanto abundan por este establecimiento tengan un vehículo listo para llevarnos a la ciudad perdida de Angkor Wat en las junglas del Lejano Oriente.

—Sí, señor —accedió él.

La firmeza, prometí, sería la característica fundamental de mi *modus operandi* desde ese momento en adelante.

En pocos minutos un grupo de seres grotescos había preparado una de las extrañas máquinas voladoras, las cuales eran conocidas con el nombre de autogiros —según Doc Savage—, con una abundante provisión de combustible de reserva. Era un modelo de aspecto malvado, con metralletas y correas cargadas de munición. Prácticamente antes de que hubiera dado tiempo a despedirse de todos los miembros de la Liga que Savage y yo estábamos dejando atrás, nos encontramos en el aire sobre los residuos árticos.

Antes de que hubieran pasado muchas horas, nuestro increíble autogiro zumbaba cruzando el Eurasia y al rato, pasando justo por encima de la mismísima plaza de San Wrycyxlwv donde habría de ser expuesto el Dios del Unicornio Desnudo, causa de angustia de La Mujer y de alteración de la estabilidad de la civilización europea, al cabo de aproximadamente veinticuatro horas que quedaban, si Doc Savage y yo fallábamos en nuestra misión.

Pasamos por encima de los imperios germánicos y austro-húngaros, los estados eslavos semibárbaros al este y peligrosamente a través de los picos blancos de las siniestras montañas Urales hasta llegar a Asia. Nada nos detuvo, nada nos hizo perder tiempo. Los sirvientes de Savage habían equipado el autogiro con numerosos tanques auxiliares de combustible y nos habían metido una enorme cesta de mimbre a rebosar de delicados manjares.

Pasamos por encima de la ciudad abarrotada de Bombay, viramos hacia el norte, tirando huesos limpios de pollo sobre las arenas, habitadas únicamente por tribus nómadas, del desierto de Gobi. Volamos muy alto por encima de las densas hordas de

China mientras terminábamos una ración de langosta con mayonesa (dejando caer los caparazones de los crustáceos marinos en las manos de los orientales asombrados) y, por fin, cruzamos la bahía de Tonkin, saludando con la mano a los barcos de vapor, hasta que de nuevo llegamos a tierra y pude divisar, muy por debajo de las ruedas del autogiro, el verdor de la ancestral selva.

Al poco tiempo, mi compañero señaló hacia abajo a una abertura que había en la jungla. A través de las palmeras espaciadas podía ver las pirámides y pagodas de una antigua metrópoli, perdida durante milenios y redescubierta hacía poco tiempo, para asombro incluso de los académicos europeos.

Doc Savage manipuló los mandos del autogiro y caímos, caímos, caímos a través del cálido aire tropical, hasta que las ruedas de caucho del vehículo aéreo rodaron y se detuvieron en la cima de la pirámide más alta de Angkor Wat.

Bajamos del autogiro y miramos la ancestral ciudad desde lo alto. Era el alba en este cuarto del globo y, en alguna parte, un animal emitió un saludo al sol mientras los grandes felinos regresaban lentamente hacia sus guaridas tras sus paseos nocturnos y los pájaros con las plumas como joyas brillantes surcaban el aire en busca de frutos tropicales que engullir.

—Sólo hay un lugar en una ciudad como ésta donde un enemigo como el nuestro puede establecer su cuartel general —gruñó Savage— y es el Templo del Sol, por eso he aterrizado aquí.

Bajamos por los gigantescos escalones de granito de la pirámide en la misteriosa serenidad de la metrópoli selvática, parando de cuando en cuando para admirar la labor de algún artista asiático olvidado hace ya mucho tiempo, para matar alguna serpiente venenosa o para tirar piedras a los habitantes plumados de los aires con el único propósito de entretenernos.

Finalmente llegamos al suelo y caminamos hacia la escalinata que daba a la gran cámara del templo. Encontramos la cámara de presos del archicriminal, pero nuestra presa había volado. Savage y yo quedamos horrorizados al ver el instrumento de tortura del maníaco, espantados no tanto por las dimensiones, pues no era mucho mayor que un maletín, como por las malignas potencialidades que revelaban sus complejos mandos.

Claramente el criminal y sus víctimas habían estado allí poco antes que nosotros y el canalla había huido a toda prisa abandonando su infernal instrumento en el proceso. Pero este descuido sugería la posibilidad de que tenía otros tan malos o peores en otros lugares, adonde había llevado a sus víctimas.

Savage y yo corrimos hacia el autogiro, parándonos sólo para descifrar algunas de las pistas necesarias para determinar el destino del criminal y sus cautivos.

De esta manera, les perseguimos desde Angkor Wat hasta la bulliciosa ciudad moderna del Japón, Tokio; luego a la misteriosa isla de Pascua, donde caminamos

boquiabiertos entre las extrañas esculturas monolíticas, hasta que Doc Savage solicitó la ayuda del Lama Verde por medio de telecomunicaciones. Este hombre invocó a una de las estatuas, quien nos reveló a Savage y a mí que había observado al criminal y a sus dos prisioneros tan sólo unos minutos antes de nuestra llegada. Habían partido en una ruta que les conduciría al asentamiento americano de Peoría, en el estado de Illinois.

Cruzamos a duras penas el Pacífico con el zumbido de los rotores del autogiro y entramos de nuevo en la noche.

Pasamos por encima de la luminosa bahía de San Francisco, subimos a alturas glaciales para pasar sobre las Montañas Rocosas, y de nuevo descendimos a alturas menores para saludar a algún vaquero o buscador de oro y vimos el sol elevarse una vez más antes de llegar a Peoría.

¡Tan sólo nos quedaba un día! Horrorizado, intenté imaginarme la escena en la plaza de San Wrycyxlwv y la inevitable desintegración del orden mundial que seguiría, especialmente en ausencia de esos dos salvadores de lo cuerdo y lo normal: Holmes y Greystoke.

Cada escondite de este canalla nos revelaba el abandono de un modelo más avanzado y más malévolo, si cabe, del infernal instrumento de tortura, su tablero de mando plagado de teclas y palancas, cada una marcada con alguna abreviatura arcana de significado alfabético o cabalístico, conocidos sólo por el torturador y —deduje con un escalofrío— por Sherlock Holmes y John Clayton.

Una pista en Illinois nos llevó a un almacén abandonado en la parte baja de la Séptima Avenida de Nueva York. En este lugar, Savage y yo encontramos nuevos y diferentes modelos de instrumentos y oímos un portazo lejano en el lado opuesto del edificio, tras el cual nuestras botas golpearon contra el suelo en persecución del maníaco.

Le perseguimos por un largo y tortuoso túnel bajo lo que parecían los cimientos rocosos de Manhattan, luego se oyó un estruendo, un destello, una sensación extraña de estiramiento y retorcimiento, y Savage y yo nos encontramos en el mismísimo techado londinense donde La Mujer me había convencido de participar en esa extraña odisea.

—¿A dónde vamos ahora? —gritó Savage frenético, consultando el cronómetro que llevaba en la muñeca de su potente brazo bronceado.

Me paré en pensar un momento dónde, en la inmensa metrópoli, pudiera estar el maníaco. De repente me sentí inspirado. Agarré al gigante bronceado por el codo y fui corriendo a la parada más cercana donde nos subimos al segundo carruaje de la fila. Di instrucciones al conductor y partimos a paso ligero, con el claqueteo de las pezuñas contra los adoquines, hasta llegar a un viejo edificio que me era familiar, donde había pasado tantos años felices.

Le tiré una moneda al taxista y Savage y yo subimos las escaleras en una carrera. Yo martilleé frenéticamente sobre la puerta del bajo, y supliqué a su ocupante, dueña y gerente del edificio, que nos ayudara en la misión que debíamos llevar a cabo en el piso de arriba y que trajera la llave maestra.

Cuando la mujer hubo girado la llave en la cerradura del piso de arriba, Savage irrumpió en la habitación con un solo empujón de su potente hombro y yo entré tras él, revólver en mano, y contemplamos la escena.

Allí estaba el canalla, sentado ante su infernal máquina, operando las teclas y las palancas con gran rapidez mientras en la mesa a su lado vi las dos penosas figuras encogidas de Sherlock Holmes y John Clayton, bailando y dando vueltas con cada tecla de la máquina. A un lado de la máquina había una pila de páginas escritas con letra de imprenta. Al otro lado había una pila aún mayor de páginas en blanco esperando a ser escritas.

Había una sola hoja en la máquina del criminal y cada vez que apretaba una tecla aparecía una nueva letra en la página, y con cada palabra podía ver cómo aumentaba la expresión de dolor en las caras de los dos héroes y cómo su estatura se hacía cada vez más pequeña.

—¡Alto, canalla! —grité yo.

El maníaco se volvió en su asiento y sonrió malévolamente a Savage y a mi persona. Su pelo era blanco, su cara satánicamente elegante, aunque marcada con huellas de corrupción y de excesos sin fin.

—¡Muy bien, Savage —dijo en tono macabro— y Watson! Me habéis encontrado. Pues de bien poco os va a servir. ¡Ningún hombre puede interponerse en el camino de Albert Payson Agrícola! Habéis caído en mis manos. Como veis, ahí están vuestros dos compatriotas. Es el destino que tendrá toda la Liga. Y yo seré el único dueño del Dios del Unicornio Desnudo —al decir esto señaló grandiosamente hacia una mesa que había en el otro lado de la habitación.

Allí, sobre la mesa de caoba donde mi gasógeno había estado tantos años entre la funda del violín de Holmes y su jeringa hipodérmica, reposaba ahora la obra maestra de plata y piedras preciosas de Méndez-Rubirosa, el Dios del Unicornio Desnudo.

—Y ahora —gritó Agrícola triunfantemente— añadiré dos nuevos trofeos a mi colección de marionetas.

Se volvió hacia el tablero de mando de su aparato infernal y empezó a manipular palancas. Con cada palanca sentí un golpe de dinamismo galvánico pasar a través de mi propio organismo y vi al pobre Savage retorcerse en bronceada agonía.

—¡Para! —conseguí gritar al canalla—. ¡Para o tendré que...!

Apretó otra tecla. De repente me sentí enormemente magnificado y con gran potencia. Tiré del gatillo de mi revólver y Albert Payson Agrícola echó los brazos al aire. Dio con el codo en una de las palancas del aparato y yo regresé a la normalidad.

Vi a Doc Savage a mi lado masajeando sus doloridos miembros. Vi a Sherlock Holmes y Tarzán de los Monos empezando, con infinita lentitud aunque perceptiblemente, a recuperar su forma y estatura normales.

Albert Payson Agrícola cayó sobre la moqueta, con un agujero bien formado entre los ojos.

De la herida no parecía fluir sangre ni cerebro aplastado, sino jirones y jirones de pulpa de madera para hacer papel, amarillento y con la impresión corrida.

Muerte en la hora de Navidad

James Powell

Si nos mezclamos con extraterrestres, animales y robots sherlockianos, ¿por qué no con juguetes? Y si nos mezclamos con juguetes, ¿por qué no hacer una historia de Navidad?

Claro que juguetes que no tienen nada que ver con los electrificados y computerizados de hoy en día, Holmes era Victoriano, recuérdelo.

En las primeras horas del día de Navidad los animales pueden hablar y los juguetes cobran vida si no hay ningún humano vigilándoles.

Varios minutos después de que la última campanada de media noche hubiera sonado sobre la nevada ciudad navideña, se podía ver a un pastor galés llamado Owen Glendower tirando de un joven agarrado a una cadena por los escaparates de los grandes almacenes McTammany.

Austin W. Metcalfe, como se llamaba a sí mismo este joven, tenía una cara redonda con gafas y una pipa corta de gran depósito, cuya operación aún no dominaba. Llevaba una bufanda granate envuelta bajo su barbilla y sus manos y pies estaban calientes metidos en cuero forrado de lana. Los botones de su abrigo azul oscuro estaban abrochados. Se movía con aire serio y sereno, habiendo llegado a fuerza de eficiencia y laboriosidad al puesto de segundo ayudante conservador del Museo Metropolitano de Juguetes.

En otras palabras —como Owen Glendower era el primero en admitir—, Metcalfe era un tipo muy, muy ampuloso. El perro le miró por encima del hombro como con ganas de soltar un gran quejido. ¡El pobre Metcalfe era tan carca! Necesitaba a alguien que le abriera un poco la mente. El perro todavía tenía la esperanza de que alguna chica apareciese pronto y que estuviera lo suficientemente loca como para cogerle cariño y lo hiciese antes de que fuera demasiado tarde. Metcalfe había conocido recientemente a una chica que parecía dispuesta a hacerlo. Owen Glendower había usado sus considerables poderes de transferencia de pensamiento para inspirar una llamada telefónica. La mitad de las ideas buenas que tienen los humanos vienen de sus animales domésticos, Owen Glendower no sabía de dónde venían la otra mitad. Pero el jovencito se resistía.

Aunque empezaba a soplar el viento, Metcalfe esperó pacientemente bajo la nieve que caía, consciente de ser un amable y amado dueño. Le habría gustado seguir meditando sobre este tema, pero su pipa se apagó de nuevo y se apresuró a encenderla.

Mientras tanto, a la vuelta de la esquina, a unos tres metros de donde estaba, los

ocupantes del más grande de los escaparates de juguetes de McTammany estaban disfrutando de un pase de modelos. Los muñecos Dick y Jane estaban exhibiendo sus variados vestuarios a un agradecido público de ranas con cuellos de volantes, cerdas con vestidos, y una gran variedad de robots, esos facsímiles de la humanidad que pitaban, zumbaban y hacían destellar sus luces en aprobación de manera sorprendente, sobre todo si se tiene en cuenta que no estaban incluidas las pilas.

Cuando Owen Glendower estaba listo, tosió para avisar a los juguetes de que se paralizaran inmediatamente y luego guió al jovencito al otro lado de la esquina para que el escaparate entero pudiera ver lo que un honesto perro tenía que aguantar año tras año. Metcalfe había visto el escaparate muchas veces. El Museo había prestado su exposición de juguetes a las creaciones personales del jovencito —«La Navidad Victoriana»— a McTammany durante las fiestas. Metcalfe venía a diario para admirar el producto de su trabajo que se estaba exhibiendo en el siguiente escaparate. Pero siempre se paraba aquí primero. Los juguetes antiguos nunca quedaban mal en la comparación.

Sin ánimo de interrumpir la Hora de Navidad de los juguetes por más tiempo, Owen Glendower tosió de nuevo y anduvo hacia el escaparate de Metcalfe. La maqueta del joven representaba un salón de estar Victoriano dentro de una pequeña chimenea de alabastro. A la izquierda se encontraba un árbol de Navidad decorado con adornos de madera pintados en colores brillantes y en la copa un ángel cantando villancicos.

Ante el árbol había una caja de música con una bailarina de puntillas y una caja de resorte de colores azul y amarillo. En el suelo de la chimenea se encontraba un teatro de marionetas con dos preciosas marionetas de mano. El lado derecho de la chimenea estaba ocupado por una butaca de orejas verdes y un cojín a juego, encima de la que hallaba una elegante casa de muñecas victoriana, cuya ama victoriana, de porcelana, se encontraba en la puerta con un miriñaque de color ciruela. En la base del cojín había un capitán de húsares con una sonrisa agresiva y el sable desenvainado que encabezaba una formación de soldados de juguete que vestían chaquetas escarlatas y sombreros de morriones.

Así los había dispuesto Metcalfe. Pero esta noche alguien más había metido la mano. Los soldados no se veían por ninguna parte. El húsar y el resto de los juguetes estaban en un círculo delante de la caja de resorte mirando hacia abajo a Judy, que estaba tumbada sobre la moqueta roja, una figura que daba la impresión de estar flácida y sin vida, de un modo distinto a lo que debe parecer un muñeco de guiñol sin una mano dentro.

Había algo más extraño todavía. El muñeco de la caja de resorte estaba fuera y aún vibraba su muelle. Pero bien es verdad que el tráfico a veces disparaba el pestillo que cerraba la caja. Y el húsar parecía estar temblando como si acabara de ponerse

firme. Aunque esto último pudo haber sido producto de la imaginación de Metcalfe. Pero ¿de dónde había surgido el muñeco de Sherlock Holmes? ¿Y por qué tenía la impresión Metcalfe de que el pequeño detective estaba a punto de señalar con dedo acusador?

Luego vio un oso de peluche al lado de Holmes y lo entendió todo. La señorita Tinker, una decoradora de escaparates, quien le ayudó a montar la exposición del Museo, dijo que siempre metía su Peluche en uno de los escaparates de juguetes y preguntó si podía sentarlo en el sillón de orejas. Metcalfe se echó a reír y explicó que cada juguete, ornamento y mueble que había en el escaparate era Victoriano. Los osos de peluche eran eduardianos. De mala gana aceptó envolver el oso en papel de regalo para meterlo bajo del árbol, donde se necesitaban más paquetes. «¿Por qué —se preguntaba— serían todas las guapas tan poco inteligentes?».

Por otro lado, no le había contado toda la verdad. El Museo no poseía un ángel Victoriano. El señor Jacoby, reparador de juguetes y mago de la reproducción, había fabricado éste a partir de una muñeca de Amelia Earhart que se estropeó cuando el alambre que sujetaba su monoplano al techo encima de la exposición *Los juguetes conquistan el cielo* se rompió. Metcalfe había estado tentado a llamarla por teléfono para confesarle la verdad. Ahora se alegraba de no haberlo hecho. ¡Un muñeco de Sherlock Holmes! Metcalfe volvió a encender su pipa y se balanceó sobre los tacones y las puntas de los pies, sorbiendo humo con las manos cogidas a la espalda. Sí, decididamente tendría que hablar con esta jovencita acerca de este asunto. Y acerca de cómo llegó hasta allí el oso de peluche.

Metcalfe podía haberse quedado allí un rato más fumando y pensando sobre la razón que tenía en esta confrontación, pero Owen Glendower soltó un suspiro de aburrimiento y le arrastró de allí, sabiendo que el señor Metropolitan, el armenio generoso que era director del Museo y el principal donador de fondos, había pedido al segundo conservador que visitase el relicario de juguetes del Museo de madrugada. En la pasada madrugada de Navidad, el vigilante nocturno dijo haber visto tres caimanes muertos en un charco de sangre en el ala victoriana.

Cuando se le pidió que enseñara los cadáveres, dijo que los había quemado en la estufa después de limpiar la porquería que habían dejado. Se le pidió que explicara la desaparición de una de las mejores muñecas victorianas, de la cual dijo no saber nada. Se le había encargado a Metcalfe que diera una vuelta por el Museo para oler el aliento del vigilante nocturno y así determinar, según palabras del señor Metropolitan, «si el hombre le daba a la salsa navideña».

En cuanto a la procedencia del osito de peluche, la señorita Ivy Tinker lo había traído como mascota cuando se mudó al este para tomar el trabajo en McTammany. Para Peluche, el trabajo de mascota era solitario, sedentario y triste, esperando que la

señorita Tinker se casara y tuviera hijos para poder jugar de nuevo. Peluche pasó su primera Hora de Navidad en el este paseando de un lado a otro con las manos en los bolsillos sin nada mejor que hacer que darle patadas a la esquina de la alfombra.

Para asegurar que esto no ocurriera más años arrugó la frente y dirigió sus poderes de transferencia de pensamiento a la señorita Ivy Tinker, mientras dormía tras la puerta del dormitorio. A la mañana siguiente, mientras tomaba una tostada, contó que había soñado que había incluido al osito en uno de sus escaparates navideños de juguetes. ¿Y por qué no? Sería la marca registrada de los escaparates decorados por Tinker. El oso relleno no se sorprendió nada. La mitad de las buenas ideas de los humanos venía de sus juguetes. Peluche no sabía de dónde venía la otra mitad.

Peluche no pasó una Hora de Navidad aburrida desde entonces. El año anterior lo colocaron justo en la mitad del escaparate de animales de peluche de McTammany. Cuando tocaron las campanadas de medianoche entraron en acción los caballitos rellenos, el canguro sacó una espita de su marsupio y contó la vieja historia de cómo se hacía la cerveza australiana de lúpulo, y todos se lo pasaron estupendamente. Peluche arrastró una sonrisa de resaca medio torcida durante todo el año siguiente.

Era la Hora de Navidad una vez más. Estirándose con los primeros síntomas de actividad vital, Peluche sintió el ruidoso papel y una atadura que le constreñía. Encontró la unión del papel que le envolvía con la pata, localizó el lazo de terciopelo y tiró. Con las campanadas de medianoche sonando en la distancia emergió, encontrándose de pie entre un montón de regalos bajo un árbol de Navidad. Más allá, en la habitación, podía ver a otros juguetes que cobraban vida. Estaba a punto de unirse a ellos cuando oyó el sonido de un violín ensordecido que le hizo detenerse.

Acercó el oído a las alegres cajas, una por una, hasta que encontró la fuente de sonido. Rasgó el papel. La ilustración de la caja era una noche neblinosa y una puerta de otra época. El número que había sobre la puerta era 221B. El nombre que colgaba de una farola era Baker Street. Unas grandes letras anunciaban:

EL MUÑECO ORIGINAL DE SHERLOCK HOLMES
OTRA MARAVILLOSA CREACIÓN DE JUGUETES
DOYLE

Peluche abrió la caja. El muñeco que había dentro vestía un gorro de cazador y un abrigo con capa. Además del violín y arco, que el muñeco puso a un lado con una sonrisa, los accesorios incluían una lupa, una pipa y unas zapatillas persas.

—Gracias, mi querido señor —dijo Sherlock Holmes, tomando la mano que le ofrecía Peluche para ayudarlo a salir de la caja—. No sé cuántas Navidades he pasado

metido debajo de un radiador en el almacén de una juguetería. Soy el único superviviente de una línea de muñecos que gozaban de bastante poca popularidad y que cayeron en el olvido hace mucho tiempo. No sé a quién darle las gracias por estar aquí.

—La señorita Ivy Tinker necesitaba más cajas para poner debajo del árbol —dijo Peluche presentándose.

—¿*Ursus arctus Rooseveltii*? Apenas lo creo —dijo el detective—. Y he publicado una monografía anónima acerca de animales de peluche —echando mano de su lupa examinó el ojo de Peluche y la costura que tenía en el hombro—. Sus ojos son de vidrio francés fabricados por Homard et Fils. Sus costuras son de doble puntada, llamada de *ruiseñor inglés* porque, como este pájaro, sólo se encuentran en Inglaterra al este del Severn y al sur del Trent. Homard et Fils sólo vendían a una fábrica en esa zona, Tiddicomb y Weams. Esa empresa produjo osos de peluche solamente una vez. Cuando nació el hijo de la Reina Victoria, el Príncipe Leopoldo, en 1854, Tiddicomb y Weams presentó al bebé una réplica de masa de papel de la Cámara de los Lores completa con doce osos de peluche. Este maravilloso juguete fue donado más tarde por el príncipe adolescente en una subasta para recoger fondos para las víctimas del gran fuego de Chicago y desapareció en América. Usted, Peluche, es un oso de la nobleza.

El pecho de Peluche se hinchó con orgullo y su voz se volvió grave:

—Y yo me lo creí cuando la señorita Ivy Tinker me dijo que era un oso de peluche. Nosotros, los animales de peluche, somos muy olvidadizos.

—Bien —dijo Holmes tomándole del brazo—, es la Hora de Navidad. La partida está en marcha. Es hora de que charlemos alrededor de una copa bien cargada.

Peluche no necesitó que le insistieran mucho. Salieron de debajo del árbol paseando juntos, caminando al ritmo del villancico que estaba siendo cantado por la voz plateada de Angel en lo alto del árbol, quien, siguiendo la tradición de los ángeles de árboles de Navidad, prefirió pasarse la hora cantando himnos de alegría y alabanza.

De repente, el capitán de los húsares les bloqueó el camino, con una docena de soldados a su espalda. El oficial levantó las cejas sospechosamente, mirando a Peluche y puso la punta de su sable contra el pecho peludo del oso.

—No serás un caimán, pero podrías ser una rata disfrazada —dijo el húsar, rechinando los dientes agresivamente.

Peluche apartó el sable hacia un lado y gruñó como lo haría un oso de la nobleza:

—Lo que soy es un oso.

Impresionado por esta carencia de docilidad, el oficial dijo:

—¿Quiere decir uno de esos animales rellenos? En ese caso, bienvenido a bordo. Yo soy el Capitán Rataplán. Necesitamos a cualquiera que tenga agallas suficientes

para estar a nuestro lado en este maldito asunto.

—¿De qué asunto habla, Capitán? —dijo Holmes.

—Dejemos eso para luego, cuando tomemos una copa después de asegurar el perímetro —dijo el húsar—. Veo que el viejo Punch ha abierto el negocio.

Holmes miró hacia donde señalaba el dedo al otro lado de la chimenea, donde las dos marionetas de mano estaban convirtiendo su escenario en un bar; Punch sacando brillo al mostrador, mientras Judy colocaba las botellas y los vasos.

Pero la mirada de Peluche no iba más allá de la bailarina de la caja de música que estaba a menos de un metro. Tenía las características de una bailarina clásica, cabeza pequeña, ojos grandes y piernas largas. Peluche intentó captar su atención meneando las orejas.

—Una figura preciosa —afirmó el Capitán Rataplán—. Es Allegretta. Nosotros la llamamos Gretta. Le gusta hacerse la difícil. ¿Sabe lo que digo? La verdad es que eso no me importa en una mujer. Un corazón cobarde nunca ha conseguido ganar a una mujer —dijo fieramente y se marchó con sus hombres.

Holmes y Peluche cruzaron el suelo de la chimenea en dirección al bar. Pasaron al lado de la caja de resorte y Holmes dijo:

—Parece que se le han pegado las sábanas a Jack.

Luego pararon para presentarse a la bailarina, que se hallaba sentada con un pie en el regazo:

—Venga con nosotros a tomar un trago —dijo Peluche meneando las orejas exageradamente—. *Tempus fugit*.

—Voy dentro de un poco. ¿Vale? —dijo mientras masticaba chicle—. Me están doliendo muchísimo los pies.

—No me extraña nada después de estar de puntillas durante un año —dijo Holmes con una sonrisa a la que ella contestó con una mirada inexpresiva.

En el bar, Punch les saludó diciendo «¿Qué tomarán los señores?», en una voz tan chirriante como la de un murciélago.

—Algo con un chorro de sifón, maestro —dijo Holmes—. Un *whisky* escocés, creo.

—El mío que sea un Gibson —dijo Peluche.

El vicio de los *cocktails* se había extendido rápidamente entre las criaturas que sólo cobraban vida una hora al año.

—Lo que los señores quieran —dijo Punch. Pero cuando el jorobado estaba cogiendo el *whisky* gritó sobre el hombro—. ¿A dónde vas, Judy?

—Las aceitunas —dijo su socia con voz aguda y chillona.

—Al Gibson se le ponen cebollitas —riñó Punch. Echó las bebidas y cuando Judy hubo vuelto de la nevera con una cebollita en vinagre en la punta del punzón de picar hielo, le sirvió.

—A vuestra salud, caballeros —dijo levantando su propia jarra de cerveza. Mientras golpeaba los vasos, Punch se volvió hacia Judy de nuevo—. ¿Y ahora a dónde vas?

—Una aceituna. Por allí viene el Capitán Rataplán para tomar su Martini.

Pero el húsar la había oído y agitaba la cabeza:

—Mis hombres primero. Doce jarras de cerveza negra. —Judy metió el punzón en el bolsillo de su delantal y se dispuso a servir obedientemente las jarras de cerveza.

Dirigiéndose a Holmes y al oso que le acompañaba, el Capitán Rataplán dijo:

—Volviendo al tema de los caimanes, esos malditos bichos se alimentan de ratas de alcantarilla todo el año. Así que cuando llega la Hora de Navidad somos un manjar delicioso para variar el menú e intentan pillarnos. Ningún problema. Sabemos dar tan bien como recibir. Y los caimanes son poco inteligentes, todo músculo. Pero luego están las ratas. Son cobardes pero extremadamente inteligentes. Caballeros, uno de estos años las ratas van a convencer a los caimanes de establecer una alianza. Lo que preveo es un ejercito de caimanes, cada uno con una rata montada en el lomo susurrándole órdenes al oído, hacedme caso, cuando llegue ese día el reino de los Juguetes desaparecerá de la memoria humana.

—Un futuro negro, Capitán —dijo Holmes muy serio—. Esperemos que las ratas nunca tengan esa idea.

Rataplán se marchó con sus Jarras de cerveza en una bandeja y llevó consigo estos pensamientos tristes. Después de unos cuantos sorbos de su bebida, Holmes apoyó los codos en la barra y dijo:

—Ratas montadas a lomos de caimanes o no, Peluche, es estupendo estar vivo de nuevo. Sólo echo de menos una cosa: un misterio que resolver. No. Miento, Peluche. Dos cosas.

—¿Y cuál es la otra, Holmes? —preguntó Peluche, masticando la cebollita de su Gibson.

Sherlock Holmes no contestó. Enderezó su postura.

—¡Hablando del rey de Roma! —exclamó—. Excúseme un momento —y quitándose el gorro cruzó el cojín hacía donde se encontraba una mujer sonriéndole. No una mujer, sino La Mujer.

—¿Es posible que sea usted, señorita Adler? Quiero decir, señora Godfrey Norton —pues ese era el verdadero nombre de casada de la heroína en *Un escándalo en Bohemia*.

—Buenos días, señor Holmes —dijo la mujer sonriente—. Mi nombre es Irene Adler. Volví a usar mi nombre profesional cuando la muerte de mi marido me obligó a volver a la ópera.

—Permítame, señorita Adler —dijo el detective ofreciéndole el brazo—.

Apartémonos del bullicio durante un rato. Me interesa saber cómo llegó hasta aquí. Estaba contándole a mi amigo Peluche que hay dos cosas que echo de menor, la señorita Irene Adler y un buen misterio.

—¿Es ese orden, señor Holmes?

—Desde luego que sí —insistió el detective.

Irene Adler se rió alegremente ante esta mentira. Luego escogieron una franja del dibujo de la alfombra y fueron paseando sobre ella hacia el gran escaparate.

—Soy una muñeca de la serie Diva —le explicó—. Cada una es una réplica de una *prima donna* de un teatro de ópera europeo. El museo nos tiene expuestas en el escenario de un teatro de ópera Victoriano de muñecas. El año pasado hubo un incidente espantoso cuando los caimanes nos atacaron justamente al comienzo de la Hora de Navidad, rugiendo en su vil lenguaje de alcantarillas. Si no es por el Capitán Rataplán con su escasa dotación de soldados y Punch, que los respaldó con una estaca, nadie habría tenido tiempo de ponerse a salvo. El resto de los Victorianos de Navidad buscó refugio sobre el cojín. Pero en mitad de todo el jaleo, Lady Gwendoline, la patrona de la casa de muñecas, cayó del borde en mitad de los caimanes y fue engullida de un bocado.

Holmes y La Mujer ya habían llegado al escaparate. Miraron hacia afuera a la negrura de la noche al otro lado del cristal y vieron cómo el viento levantaba remolinos de nieve bajo las farolas. Luego dijo Irene Adler:

—Por eso estoy aquí. Me eligieron para ocupar el lugar de Lady Gwendoline. Personalmente encuentro que las Horas de Navidad de Diva son bastante opresivas. Todas las demás compañeras compitiendo para salir al escenario. Siempre he preferido la compañía de hombres. Pero, dígame, ¿cómo ha llegado usted hasta aquí?

Pero antes de que el detective pudiera contestar, Peluche se acercó por detrás:

—Mi querido Holmes —dijo con un acento británico cada vez más marcado al saber de sus nobles antecedentes—, ha ocurrido algo terrible. Han asesinado a Judy.

Judy estaba bien muerta. Era evidente que había recibido un fuerte golpe en la barbilla. Pero la causa de muerte había sido otra. Oculto entre los pliegues del voluminoso delantal que suelen llevar los títeres de guante se encontraba el punzón de partir el hielo, que se había clavado en su corazón.

Holmes se levantó tras examinar el cadáver y encuestó a los juguetes horrorizados que se encontraban alrededor, incluyendo al recién llegado, un joven arlequín con un gorro lleno de cascabeles y traje partido en dos colores. Se llamaba Jack. Su caja de resorte estaba abierta de par en par y completamente vacía.

Irene Adler estaba pálida:

—¿Es que los juguetes somos capaces de asesinar? —preguntó.

—Y de ver que se hace justicia, y le aseguro que se hará —dijo Holmes

inexorablemente—. Bien, ¿qué ocurrió aquí?

Gretta dijo:

—Judy vino corriendo hacia la caja de Jack, riéndose y chirriando algo acerca de unas aceitunas. Lo siguiente fue un golpetazo.

—Supongo que estaba apoyada en la caja cuando salí y la tapa le golpeó en la barbilla —dijo Jack—. Un golpe bastante feo, señor Holmes. Se desmayó. Pero no estaba muerta. Envié a Gretta a buscar un trapo mojado —en este momento el joven estalló en lágrimas tapándose la cara con las manos—. ¡Oh, Judy, Judy, Judy...! —sollozaba.

—Cuando Punch y yo regresamos con el trapo mojado, el Capitán Rataplán estaba inclinado sobre ella —dijo la bailarina—. Luego se levantó y empezó una discusión con Jack.

—Yo pensé que este canalla la había golpeado, señor Holmes —dijo el húsar—. Le acusé de golpear a una mujer. No es que me sorprendiera. Este hombre es un cobarde. Esto lo demostró el año pasado escondiéndose en su caja cuando echamos de aquí a esos caimanes. Perdí los nervios y le zarandé, lo admito. Pero Punch dejó de cuidar a Judy y nos separó.

—El trapo cayó de la frente de Judy —dijo Gretta—. Yo me agaché para ponérselo de nuevo y fue entonces cuando vi el punzón. Fue entonces cuando apareció su amigo de peluche.

—Yo estaba en el cojín. Fui a buscar unas sillas y mesas para las señoras —dijo Peluche—. Tú ya me conoces. Siempre dispuesto a echar una mano para alegrar estas fiestas. Vi la pelea desde allí y vine a toda prisa.

—¿Existe alguna posibilidad de que fuera un accidente? —preguntó Punch—. Ya le habíamos dicho que no guardara el punzón en el bolsillo del delantal.

—Esto no fue un accidente —dijo Holmes. Luego se paró a pensar.

—Gretta —dijo—, ¿examinó a Judy antes de ir en busca del trapo?

Cuando la bailarina agitó la cabeza negativamente añadió:

—Así que posiblemente ya estaba muerta.

La mujer encogió los hombros.

—Y usted, Capitán Rataplán —preguntó Holmes—, ¿podría jurar que Judy estaba viva cuando usted se inclinó sobre ella?

—No miré más allá del golpe que tenía en la barbilla y luego salí disparado —admitió el fiero húsar—. Este Jack es un presumido.

—Eso sí que es verdad —murmuró Holmes.

Rataplán añadió:

—Este tipo, cuyos pantalones ni siquiera tienen las piernas del mismo color, tenía un ojo echado a Lady Gwendoline que vivía en la gran casa sobre el cojín. El año pasado maté a tres caimanes. Y sólo los valientes se merecen el favor de las damas.

Pero yo nunca, nunca habría aspirado a la mano de tan gentil dama —Rataplán dejó de hablar para carraspear—. Claro que mi corazón se encuentra en otro lugar —dijo. Fue entonces, como les suele ocurrir a muchos hombres valientes, cuando le dio un ataque de timidez y bajó la mirada al suelo. Holmes fue rápido en darse cuenta de que la mirada antipática de la bailarina fue la causa de que desviase la mirada. La vida emocional de los juguetes que viven tan sólo una hora al año es bastante intensa, como la de los jóvenes en tiempos de guerra.

Holmes miró hacia Punch:

—¿Estaba Judy viva o muerta cuando le puso el trapo en la frente?

—Yo qué sé —dijo el jorobado—. La pelea empezó en ese momento.

—Usted tenía relaciones con Judy.

—Estrictamente profesionales —insistió Punch—. ¿Es que no se ha fijado en la nariz que tiene?

—Usted también está bastante bien dotado en ese aspecto —comentó Holmes.

—Pero no tengo que verme —dijo Punch rápidamente—. Y ya que estamos hablando del tema, usted también tiene una nariz bastante hermosa.

Holmes se volvió hacia Jack:

—Dígame exactamente cuál era su relación con la difunta.

—Todos necesitamos a alguien, señor Holmes —dijo Jack.

—Pero ¿por qué usted, en particular, necesita a alguien?

Jack se volvió blanco. Cogió el brazo del detective y susurró:

—¿Podría hablar con usted en privado, señor Holmes?

—Si me habla más claro de lo que lo lleva haciendo hasta ahora.

Los cascabeles sonaban mientras juraba que lo haría. Cuando se hubieron apartado algo del resto Jack dijo:

—Estoy seguro que se habrá dado usted cuenta de que no puedo abrir la caja desde dentro.

—Conozco bastante bien el mecanismo de las cajas de resorte —dijo el detective.

—Pero los demás no —dijo Jack—. El cierre de la tapa está defectuoso. Las vibraciones del tráfico a veces lo disparan y salgo sorpresivamente. Ellos piensan que lo hago yo, pero no puedo. Cuando llega la Hora de Navidad, ni siquiera puedo salir de la caja solo. Esto es bastante humillante para un juguete adulto. Es mi secreto. Tuve mucha suerte en la primera Hora de Navidad, aquí en la exposición victoriana de Navidad. Un metro que pasaba me disparó el cierre. Pero no podía depender solamente de eso. Tuve que contarle a alguien el secreto. Escogí a Lady Gwendoline porque era amable y bondadosa. Cada Hora de Navidad, lo primero que hacía era acercarse por aquí para soltarme. Pero los caimanes atacaron el año pasado y ella encontró la muerte. Seguramente estaría todavía en la caja si Rataplán no hubiera venido enfurecido después de echar a los caimanes. Me llamó cobarde y golpeó la

tapa con su sable ensangrentado hasta que accidentalmente se disparó el cierre. Pero ¿y al año siguiente? Judy me miraba con buenos ojos, así que me arriesgué a explicarle todo. Ella ideó la historia de las aceitunas. El Martini de Rataplán siempre era el primero de la noche. Le dijo a Punch que guardaba las aceitunas en mi nevera.

—Tu secreto ha costado la vida a dos personas —dijo el detective—. No puedo creer que sea una coincidencia. Venga, vamos a solucionar este asunto.

Volvieron al corrillo de juguetes donde Holmes dijo:

—Señoras y caballeros, el asesino de Judy es una persona muy inteligente y decidida que ha cometido un delito perfecto.

—Venga, Holmes —dijo Peluche—. No iré a decirnos que está vencido.

—Considere mi dilema —dijo Holmes—. Hay cuatro sospechosos: Jack, Capitán Rataplán, Punch y Gretta. Todos tuvieron la oportunidad de asesinarla. No hay ninguna pista que nos indique cuál de ellos lo realizó.

—Entonces no se hará justicia, señor Holmes —dijo Irene Adler.

—Sí que se hará, señorita Adler —dijo Holmes—. Sí que se hará justicia. El error de nuestro asesino fue cometer dos crímenes perfectos. Todos creíais que la trágica muerte de Lady Gwendoline fue un accidente. Pero fue asesinada. Alguien la empujó a su muerte. Eso fue un crimen perfecto y el asesino habría escapado de toda sospecha si no hubiera asesinado de nuevo. El asesinato de Judy, a pesar de lo perfecto del crimen, señala inequívocamente al asesino de Lady Gwendoline. Rataplán y Punch estaban luchando contra los caimanes. Jack estaba en su caja. De tres juguetes en el cojín, dos están muertos. Claramente el asesino es... —Holmes estaba a punto de señalar con su dedo acusador cuando tosió el perro.

El Angel del árbol de Navidad dejó de cantar villancicos y los juguetes se quedaron paralizados. La figura de un curioso y satisfecho joven miraba desde el otro lado del escaparate.

Peluche susurró:

—Es el segundo ayudante del conservador del Museo de Juguetes, Holmes. Le conocí una vez. Es un tragavirotas. ¿Sabe lo que quiero decir? La señorita Ivy Tinker me ha hablado muy seriamente de él.

—Parece muy cabeza cuadrada —susurró Holmes, mirando discretamente—. Yo diría que no le va a costar demasiado trabajo.

Después de un rato interminable, el humano que se encontraba al otro lado del escaparate se marchó y el dedo acusador de Holmes señaló a la persona.

Con rapidez felina, Gretta echó mano del sable de Rataplán y le tumbó en el suelo con un golpe de la parte plana. Punch intentó agarrarla, pero lo hirió en un brazo. Jack empalideció y se agachó en su caja, tirando de la tapa.

—Hay soldados en todas las salidas. No podrás escapar —dijo Holmes con voz serena.

—Ya veremos —dijo la bailarina, manteniéndoles a raya con el sable y retrocediendo lentamente en dirección al árbol de Navidad. Dejando a Irene Adler que atendiera al herido, Holmes y Peluche se mantuvieron tan cercanos a Gretta como ella permitía.

—Las maté a las dos, ¿vale? —dijo orgullosa—. Cuando el destino nos unió a Jack y a mí, juré que acabaría con cualquiera que se entrometiera.

—No fue el destino —insistió Peluche—. Fue el segundo ayudante del conservador.

Gretta no lo estaba escuchando.

—Sabía que Jack tenía algo con Lady Gwendoline —dijo ella—. Les vi susurrando y él siempre salía de la caja cuando llegaba ella. Esperé a tener la oportunidad. Cuando irrumpieron los caimanes, la tuve —en estos momentos estaba bajo el árbol de Navidad. Miró a su alrededor antes de continuar—. Pero en seguida empezó a relacionarse con Judy. Con Judy... No me lo puedo creer. Esta noche cuando se acercó bailando a la caja de Jack, le di un empujón con el pie en la espalda y cayó sobre la tapa justo cuando salía impulsado Jack. Mi intención era solamente pararle los pies, pero cuando vi que nadie me podía descubrir, me dije: «adelante», y metí el punzón.

—Bien, Gretta, ya se acabó el juego.

Con una risa despectiva la mujer se puso el sable entre los dientes, saltó al árbol, y desapareció de la vista.

—Pero no pensará que puede escapar. ¿No? —dijo el oso asombrado.

—Sólo hay una manera de averiguarlo —contestó el detective subiendo por el tronco del árbol.

—Adelante —dijo Peluche.

Pero la persecución no fue fácil. Mientras Gretta subía por el árbol, cortaba las cuerdas de las que pendían los adornos de madera que caían sobre sus perseguidores, obligándoles a buscar refugio. Su buena condición física de bailarina le permitía saltar de rama en rama como un mono. Pronto los había dejado atrás.

—Adiós, señor Holmes —gritaba ella triunfalmente.

—He sido tonto, Peluche —dijo el detective mientras esquivaba los objetos que caían—. Va a secuestrar al Angel y hacerle que vuele a la misión cubana de las Naciones Unidas.

—¿Asilo político? —preguntó Peluche.

—¡Más que eso, animal! —gritó Gretta, que ahora estaba en la cima del árbol y con el sable sobre la garganta del Angel—. Antes de que dé la una en el reloj, las ratas en el sótano de la misión cubana sabrán de los temores de Rataplán porque pienso contárselo. Cuando cobréis vida la próxima Hora de Navidad, habrá un ejército de caimanes con ratas por jinetes para daros la bienvenida. ¡El infierno no

tiene comparación con un juguete enfadado!

Con este grito, se subió a lomos del Angel y le golpeó el muslo con la parte plana del sable. El Angel empezó a aletear y los dos salieron volando por los aires. Dio una vuelta por la copa del árbol y luego ejecutó una doble vuelta de campana de la que incluso Amelia Earhart se habría sentido orgullosa. Gretta cayó, cabeza por delante, el largo trecho que los separaba del suelo.

La exposición de «La Navidad Victoriana» ha vuelto al Museo, donde continúa atrayendo a las masas. Una muñeca pastora con un lazo de terciopelo en su callado fue la sustituta que Metcalfe puso de la bailarina de la caja de música que se había roto, y que había entregado a Jacoby para que la reparase.

—Escuche, Metcalfe —dijo el señor Jacoby agobiado de trabajo, mientras metía a la muñeca en una caja de cartón y aseguraba la tapa con una goma elástica—, voy a poner esto en el estante del armario. Si tengo tiempo de arreglarlo antes de veinte años, será afortunada.

Se ha encontrado una nueva Judy menos tímida. Y sentado en la silla de orejas con las insignias de un caballero de la orden de la Jarretera, está Peluche. Una tarjeta informa al mundo que es un raro oso de la nobleza, prestado al Museo por la señorita Ivy Tinker.

Estos cambios tan dramáticos surgieron de la siguiente manera. Cuando Metcalfe llegó al Museo la madrugada del día de Navidad, el vigilante nocturno dijo haber visto más caimanes. Al segundo ayudante se le escapó una carcajada. Pero como el aliento de este hombre no infundía sospecha, decidió dar una vuelta para ver con sus propios ojos.

Metcalfe tenía la impresión de estar interrumpiendo alguna celebración en cada una de las salas. Peor aún, todas las sombras en las paredes de los corredores tomaban la forma de un anfibio y cada sonido nocturno que surgía en el edificio parecía anunciar algo malévolos. Metcalfe estaba encantado con dejarse arrastrar a casa por Owen Glendower. A pesar de la hora, estaba tan nervioso que tuvo que leer para quedarse dormido. Escogió una monografía sobre animales de peluche que había cogido de una tienda de libros de segunda mano.

Más tarde, cuando llegó a McTammany para comentar los hechos con la señorita Tinker, su indignación desapareció al notar las costuras de ruiseñor de Peluche y el vidrio de Homard et Fils de sus ojos. Lleno de emoción, le suplicó que prestase esta preciosísima antigüedad al Museo. En principio no accedió. Trataron el tema en varias cenas y durante la asistencia a diversos actos en la ciudad. Metcalfe se vio obligado a escuchar sus opiniones sobre los peligros del extremismo y otras cuestiones. Para ilustrar lo que quería decir, una noche le dijo que independientemente de cuando estuvieran fabricados, había algo acerca de la muñeca

Diva y el muñeco de Sherlock Holmes que les hacía ir juntos. Metcalfe no hizo bien en carcajearse de esta idea. El resultado fue que ella juró no prestar a Peluche al Museo y ni siquiera miraría a Metcalfe hasta que no rescatara el muñeco de Holmes de los almacenes de McTammany y lo pusiese al lado de la muñeca de Irene Adler en la exposición de «La Navidad Victoriana».

Por supuesto que la señorita Tinker se reservó los derechos de visitar a Peluche. Algunas veces, cuando ella y Metcalfe iban al Museo juntos por las tardes cuando ya estaba cerrado, llevaban al perro, Owen Glendower. Ella caía muy bien a Glendower. El joven aún no había limado las aristas de su cabeza cuadrada, pero ya se veía venir ese día. Algunas veces se dejaban caer por el Museo para visitar al siempre laborioso señor Jacoby. En la mitad de una de sus charlas, el señor Jacoby puso su taza de té sobre el banco de trabajo, acarició al gato y dijo:

—Hablando de lo auténtico, Metcalfe. ¿Qué le parece esto?: Podría convertir a la muñeca rota de Judy en un Angel de Navidad Victoriano.

—Estupendo —dijo Metcalfe, haciendo un gesto de admiración con su pipa—. De verdad, señor Jacoby, no sé de dónde salen todas sus ideas.

Al oír esto, el señor Jacoby bajó la vista modestamente. Pero el gato y Owen Glendower se miraron disimuladamente.

El crimen definitivo

Isaac Asimov

Esta antología no estaría completa sin una historia académica. Aunque Ronald Mason no se parece a mí ni habla como yo, fue en cierto sentido inspirado por mí. Cuando me uní a los Irregulares de Baker Street, pensé que sería fácil escribir un relato sherlockiano, y sufrí lo mismo que Mason hasta que di con las verdaderas intenciones del infame Moriarty.

—Los Irregulares de Baker Street —dijo Roger Halsted— es una organización de entusiastas de Sherlock Holmes. Si no sabes eso, no sabes nada de nada.

Se quedó sonriendo a Thomas Trumball por encima de su copa con un aire de superioridad del único tipo que existe... insufrible.

El nivel de conversación durante la hora de los *cocktails* que precedía a la cena mensual de los Viudas Negras había permanecido en un nivel de murmullo civilizado, pero Trumball, con el ceño fruncido, levantó la voz recuperando el ambiente de inverosimilitud que caracterizaba estas ocasiones.

Dijo:

—Cuando yo era un adolescente, leía las historias de Sherlock Holmes con cierto deleite primitivo, pero ya no soy un adolescente. Lo mismo, percibo, no se puede decir de todos los aquí presentes.

Emmanuel Rubin, con mirada astuta a través de sus gafas de culo de botella, agitó negativamente la cabeza:

—No es una cuestión de adolescencia, Tom. Las historias de Sherlock Holmes marcaron la individualización de las historias de misterio como una rama principal de la literatura. Tomó lo que hasta entonces había sido algo que sí estaba reservado para los adolescentes y las novelas de dos pesetas y lo convirtió en un género dirigido a los adultos.

Geoffrey Avalon, mirando hacia abajo austeramente desde su metro ochenta y siete centímetros de estatura sobre el metro sesenta y dos de Rubin, dijo:

—Lo cierto es que Arthur Conan Doyle no era, en mi opinión, un buen escritor de misterio. Agatha Christie fue mucho mejor.

—Eso es una opinión —dijo Rubin, quien, al ser escritor de misterio, era mucho menos dogmático y didáctico en ese campo concreto que en el resto de las miríadas de ramas del conocimiento humano en los que se consideraba una autoridad—. Christie tuvo la oportunidad de leer a Doyle y de aprender de él. Tampoco hay que olvidar que las primeras obras de Christie fueron horribles. Y, por otro lado —

estaba empezando a calentar motores—, Agatha Christie nunca supo sobreponerse a sus prejuicios conservadores y xenofóbicos. Sus personajes americanos son ridículos. Todos, se llamaban Hiram y todos hablan una variedad de inglés desconocido para la humanidad. Era abiertamente antisemítica y constantemente derrochaba desconfianza a través de las bocas de sus personajes contra cualquiera que fuera extranjero.

Halsted dijo:

—Pero su detective era belga.

—No me malinterpretes —dijo Rubin—. Me encanta Hercule Poirot. Creo que vale más que una docena de Sherlock Holmes. Lo único que estoy diciendo es que se pueden sacar defectos a cualquiera. De hecho, todos los escritores de misterio británicos de los veinte y treinta eran conservadores y de clase alta. Esto se deduce del tipo de embrollos que presentaban... Barones apuñalados en las bibliotecas de sus mansiones... grandes fincas... riqueza. Además, los detectives eran caballeros de clase alta... Peter Wimsey, Roderick Alleyn, Albert Campion...

—En ese caso —dijo Mario Gonzalo, que acababa de llegar y había estado oyendo la conversación desde la escalera—, las historias de misterio se han desarrollado en dirección a la democracia. Ahora vemos policías ordinarios, detectives borrachos, celestinas y todas las demás invenciones de la sociedad moderna —se sirvió una copa y dijo—: Gracias, Henry, ¿cómo empezasteis a hablar de esto?

Henry dijo:

—Se mencionó el nombre de Sherlock Holmes, señor.

—¿Algo relacionado con usted, Henry? —dijo Gonzalo con cara complacida.

—No, señor, relacionado con los Irregulares de Baker Street.

Gonzalo se quedó en blanco:

—¿Qué son...?

Halsted dijo:

—Déjeme presentarle a mi invitado de la noche, Mario. Él se lo podrá contar. Ronald Mason, Mario Gonzalo. Ronald es un miembro de los IBS, y yo también. Venga, Ron, cuéntale.

Ronald Mason era un hombre gordo, muy gordo, con una cabeza calva y brillante y un frondoso bigote negro. Dijo:

—Los Irregulares de Baker Street es un grupo de entusiastas de Sherlock Holmes. Se reúnen una vez al año en enero, en un viernes que caiga cerca del cumpleaños de este gran hombre, y durante el resto del año se ocupan en actividades sherlockianas.

—¿De qué tipo?

—Pues...

Henry anunció que la cena estaba servida, y Mason se quedó con la palabra en la boca.

—¿Debo sentarme en algún asiento en concreto?

—No, no —dijo Gonzalo—. Siéntese a mi lado y así podremos charlar.

—Estupendo —dijo Mason mientras la cara se le abría en una amplia sonrisa—. He venido precisamente para eso. Rog Falsted me dijo que me contarían algo.

—¿Relacionado con qué?

—Con actividades sherlockianas —Mason partió un bollo a la mitad y lo untó de mantequilla con enérgicas pasadas—. La cosa es que Conan Doyle escribió numerosas historias de Sherlock Holmes todo lo rápidamente que podía porque las odiaba...

—¿Sí? En ese caso, ¿por qué...?

—¿Por qué las escribió? El dinero, por eso. Desde la primera historia *Un estudio en escarlata*, el mundo se prendó de Sherlock Holmes. Se convirtió en una figura renombrada en todo el mundo y no hay manera de saber cuántas personas en todo el mundo pensaron que realmente existía. Llegaron innumerables cartas dirigidas a él en su dirección de 221B Baker Street, y miles de personas acudieron a él para resolver sus problemas. Conan Doyle se sorprendió, como sin duda se sorprendería cualquiera en esas circunstancias. Escribió más historias y los precios que cobraba eran cada vez más altos. Esto, sin embargo, no le agradó. Se consideraba un gran escritor de romances históricos, y el haberse hecho mundialmente famoso como escritor de misterio era desagradable; especialmente cuando el detective ficticio era el más famoso de los dos. Después de seis años escribió *El problema final*, donde mató deliberadamente a Holmes. Estalló una protesta popular, y a los pocos años, Doyle se vio obligado a dilucidar un método para resucitar al detective, y luego continuó escribiendo más historias. Aparte del valor en ventas de tales misterios, y del fascinante personaje de Sherlock Holmes, las historias son un retrato de Gran Bretaña en la última parte de la era victoriana. Leer las sagradas escrituras es vivir en un mundo donde siempre es mil ochocientos noventa y cinco.

Gonzalo dijo:

—¿Y qué es una actividad sherlockiana?

—Bien. Ya le he dicho que a Doyle no le gustaba particularmente escribir acerca de Holmes. Cuando escribía las historias, las escribía con rapidez y se preocupaba muy poco acerca de la consistencia global. Hay muchos puntos extraños, cabos sin atar, agujeros, etcétera, y las reglas del juego no permiten considerarlos como errores. De hecho, para un sherlockiano verdadero, Doyle apenas existe... Fue el doctor John H. Watson quien escribió las historias.

James Drake se había pasado el rato escuchando en silencio desde el asiento que había delante de Mason, y ahora dijo:

—Sé lo que quiere decir. Una vez conocí a un fanático de Holmes, a lo mejor era un Irregular de Baker Street, quien me dijo que estaba ocupado en un trabajo que

demostraría que ambos, Sherlock Holmes y el doctor Watson, eran fervientes católicos, y yo le dije: «¿Es que Doyle no era católico?», y lo era, por supuesto. Mi amigo me miró muy fríamente y me dijo: «¿Y eso qué tiene que ver?».

—Exactamente —dijo Mason—, exactamente. Lo más respetado de todas las actividades sherlockianas es demostrar algo mediante citas de las historias y razonamientos cuidadosos. Se han escrito artículos, por ejemplo, que se supone que prueban que Watson era una mujer, o que Sherlock Holmes tenía relaciones con su patrona. O intentan reconstruir la juventud de Holmes, o averiguar dónde Watson recibió su herida de guerra.

—Lo ideal sería que cada miembro de los Irregulares de Baker Street escribiese un artículo sherlockiano como condición previa a ser miembro, pero no se es demasiado estricto en este aspecto. Yo aún no he escrito tal artículo, aunque me gustaría —Mason parecía triste—. No podré considerarme un verdadero irregular hasta que no lo haga.

Trumball se inclinó sobre la mesa y dijo:

—He estado intentando entender lo que ha estado diciendo acerca del monólogo de Rubin. Mencionó usted 221B Baker Street.

—Sí —dijo Mason—. Es donde vivía Holmes.

—¿Y es por eso que el club se denomina los Irregulares de Baker Street?

Mason dijo:

—Fue el nombre que Holmes dio a un grupo de golfillos callejeros que actuaban de espías y fuentes de información. Eran sus tropas irregulares en contraposición con la policía.

—Supongo que todo esto carece de importancia —dijo Trumball.

—Y nos proporciona mucho entretenimiento —dijo Mason seriamente.

—Excepto que ahora me está haciendo sufrir.

Fue en este momento, poco después de que Henry hubiese servido la ternera *cordón bleu*, cuando la voz de Rubin subió de tono:

—Claro —dijo—, no se puede negar que Sherlock Holmes es un derivado. Toda la técnica holmesiana de detección fue inventada por Edgar Allan Poe, y su detective, Auguste Dupin, es el Sherlock original. Sin embargo, Poe sólo escribió tres historias acerca de Dupin y fue Holmes el que realmente atrajo la atención del mundo. En mi opinión, Sherlock Holmes realizó por primera vez la hazaña de ser el primer ser humano, real o ficticio, idolatrado sólo por su capacidad de razonar. No por sus victorias militares, por su carisma político ni por su capacidad de liderazgo espiritual, sino por su manera fría de pensar. No había nada místico acerca de Holmes. Reunía una serie de hechos y luego sacaba conclusiones a partir de ellas. Sus deducciones no siempre estaban claras; Doyle siempre ponía las cosas a su favor, pero eso lo hacen todos los escritores de misterio. Yo también lo hago.

—Lo que usted haga, no prueba nada —dijo Trumball.

Rubin no hizo caso de esta afirmación:

—Por otro lado, fue el primer superhéroe creíble en la literatura moderna. Siempre fue descrito como un asceta delgado, pero el hecho de que consiguiera sus éxitos usando su agudeza mental no debe enmascarar el hecho de que también se le describía como un ser en posesión de una fuerza sobrehumana. Cuando algún personaje retuerce un atizador con el propósito de amedrentar a Holmes, éste lo vuelve a poner recto sin ningún esfuerzo. Cosa mucho más difícil.

Mason asintió, mirando en la dirección de Rubin y dijo a Gonzalo:

—El señor Rubin parece un auténtico Irregular de Baker Street.

—No lo creo —replicó Gonzalo—. El problema es que lo sabe todo. Pero no le diga que yo se lo he dicho.

—Entonces me podrá dar unas sugerencias sherlockianas.

—Sí, pero la persona que realmente le puede ayudar si está en apuros es Henry.

—¿Henry? —Mason empezó a repasar todas las caras que se hallaban alrededor de la mesa, haciendo esfuerzos por recordar los nombres.

—Nuestro camarero —dijo Gonzalo—. Él es nuestro Sherlock Holmes.

—No creo que... —empezó a decir Mason.

—Espere a que haya terminado la cena. Ya verá.

Halsted dio un golpe en su vaso y dijo:

—Señores, vamos a probar algo distinto esta noche. El señor Mason tiene problemas en confeccionar un artículo sherlockiano, con esto quiero decir que nos presentará, con un rompecabezas puramente literario, un problema que no tiene relación alguna con la vida real. Explíqueles, Ron.

Mason clavó la cucharilla en el helado derretido que se hallaba en el plato de postre y se lo llevó a la boca como despedida final a la cena y dijo:

—Tengo que escribir este trabajo por una cuestión de autoestima. Me encanta ser un Irregular de Baker Street, pero es difícil mantener la cabeza erguida cuando todos los demás saben más acerca del tema que yo y cuando los chavales de trece años escriben trabajos que reciben aplausos por su ingeniosidad. Mi principal problema es que no tengo demasiada imaginación. Quiero escribir un trabajo sobre el doctor Moriarty.

—Ah, sí —dijo Avalon—. El criminal del caso.

Mason asintió:

—No aparece en muchos cuentos, pero es la contrapartida de Sherlock Holmes. Es el Napoleón del crimen, el rival intelectual de Holmes y el antagonista más peligroso del gran detective. Holmes es el prototipo popular del detective de ficción, de la misma manera en que Moriarty es el prototipo de criminal. De hecho, en la

lucha final de *El problema final*, Moriarty murió a la vez que mataba a Holmes. Pero Moriarty no fue resucitado.

—¿Sobre qué aspecto de Moriarty desea escribir su trabajo? —dijo Avalon, mientras sorbía pensativamente su copa de coñac.

Mason esperó que Henry le terminase de llenar la copa y dijo:

—Su papel de matemático me intriga. Es la patología de sus valores morales lo que hace de él un maestro criminal. Se deleita manipulando las vidas humanas y obrando como agente de la destrucción. Si hubiera desviado sus esfuerzos a obras constructivas se habría hecho famoso en todo el mundo y, de hecho, era famoso a nivel mundial en el mundo sherlockiano como matemático. Sólo se mencionan dos de sus hazañas matemáticas. Fue el autor de una ampliación del teorema binomial, por un lado. Luego, en la novela *El valle del temor*, Holmes menciona que Moriarty ha escrito una tesis titulada *La dinámica de un asteroide*, rebotante de conceptos matemáticos tan complejos que no había científico en Europa capaz de debatirla.

—Bueno, en realidad —dijo Rubin—, uno de los más grandes matemáticos vivos en esa época era un americano, Josiah Willard Gibbs, quien...

—Eso no importa —interrumpió Mason—. En el mundo sherlockiano sólo cuenta Europa cuando se trata de temas científicos. Lo que quiero decir es que no se menciona nada acerca del contenido de *La dinámica de un asteroide*; nada en absoluto; y ningún sherlockiano ha escrito un artículo sobre esta cuestión. He revisado toda la bibliografía y lo sé.

—¿Y usted quiere escribir ese artículo? —preguntó Drake.

—Sí, es lo que más deseo —dijo Mason—, pero no me creo capacitado. Soy completamente profano en temas de astronomía. Sé lo que es un asteroide. Es uno de esos cuerpos redondos que giran en torno al Sol, entre las órbitas de Marte y Júpiter. Sé lo que es la dinámica. Es el estudio del movimiento de los cuerpos y los cambios en el movimiento cuando se aplica una fuerza. Pero todo esto no me ayuda mucho. ¿De qué trata *La dinámica de un asteroide*?

—¿Sólo dispone de eso? —dijo Drake—. ¿El título? ¿No hace ninguna referencia, aunque sea escueta, en la obra?

—No hay referencias en ningún sitio. Sólo está el título, además de la indicación de que contiene conceptos matemáticos muy avanzados.

Gonzalo puso su dibujo de un Mason alegre y sonriente —con la cara dibujada dentro de un círculo perfecto— en la pared junto con los demás y dijo:

—Si quiere escribir algo acerca de cómo se mueven los planetas, va a necesitar mucha matemática enrevesada. Eso creo, al menos.

—No —dijo Drake abruptamente—. Déjeme a mí llevar este asunto, Mario. Puede que sólo sea un químico orgánico, pero sé algo acerca de astronomía también. Lo cierto es que los conceptos matemáticos necesarios para estudiar la dinámica de

los asteroides ya habían sido desvelados por Isaac Newton en los 1680. El recorrido de un asteroide depende solamente de las influencias gravitatorias a las cuales se halla sometido y la ecuación de Newton permite calcular la intensidad de esa influencia entre dos cuerpos si se conoce la masa de cada uno de ellos y la distancia que los separa. Es obvio que cuando hay muchos cuerpos implicados, y cuando las distancias que hay entre ellos están cambiando constantemente, se vuelven tediosas las operaciones matemáticas. No difíciles, sólo tediosas. La principal influencia gravitacional sobre cualquier asteroide es originada por el Sol, claro. Cada asteroide se mueve alrededor del Sol en una órbita elíptica y, si el Sol y el asteroide fueran los únicos cuerpos existentes, la órbita se podría calcular con precisión por la ecuación de Newton. Pero, como existen otros cuerpos, sus influencias gravitacionales, mucho menores que las del Sol, también deben ser tenidas en cuenta, aunque sus efectos son mucho menores. En general, se puede decir que nos acercamos bastante a la verdad cuando consideramos sólo el Sol.

—Yo creo que lo está simplificando demasiado, Jim —dijo Avalon—. Y para aumentar aún más su humillación, le diré que soy un simple abogado, y no pretendo saber nada de astronomía, pero me parece haber oído que no hay manera humana de resolver una ecuación gravitacional para más de dos cuerpos.

—Eso es correcto —dijo Drake—, si se refiere a una solución general para todos los casos posibles en los que se hallen implicados más de dos cuerpos. Es que no hay solución. Newton solucionó el problema para dos cuerpos, pero nadie hasta hoy ha logrado solucionar el problema cuando se hallan implicados tres cuerpos. Los astrónomos calculan el recorrido de un cuerpo calculando, primero, la principal influencia gravitatoria y luego introduciendo correcciones, una a una, de las influencias secundarias. Funciona razonablemente bien —se echó hacia atrás en su asiento con cara satisfecha.

—Bien. Si solamente los teóricos están interesados en el problema de los tres cuerpos —dijo Gonzalo— y si Moriarty era un genio de las matemáticas se puede suponer que la obra trataba precisamente de este tema.

Drake encendió un cigarrillo que le produjo un ataque de tos. Luego dijo:

—Con ese razonamiento podemos llegar a la conclusión de que trataba de la vida amorosa de las jirafas, si le place, pero tenemos que basarnos en lo que dice el título. Si Moriarty hubiera resuelto el problema de los tres cuerpos habría llamado a su libro algo como *Un análisis del problema de los tres cuerpos* o *La generalización de la ley universal de gravitación*. No lo habría llamado *La dinámica de un asteroide*.

—¿Qué ocurre con los efectos planetarios? —dijo Halsted—. He oído algo acerca de este tema. ¿No hay zonas en el espacio que carecen de asteroides?

—Claro —dijo Drake—. Podemos encontrar los datos en la enciclopedia Colombia, si me la trae Henry.

—No importa —dijo Halsted—. Puede contarnos lo que sabe del tema y podemos comprobar los datos luego, si es necesario.

—Veamos... —dijo Drake disfrutando de su dominación en este campo. Su bigotillo gris parecía estar vivo y sus ojos, anidados en una piel llena de arrugas, parecían brillar—. Había un astrónomo americano llamado Kirkwood, de nombre Daniel, creo. Este hombre señaló a mediados del siglo XIX el hecho de que los asteroides tendían a aglutinarse en grupos. Se conocían un par de docenas de asteroides por aquel entonces, todos entre las órbitas de Marte y Júpiter, pero no estaban distribuidos uniformemente, como muy bien señaló Kirkwood. Vio que había zonas que carecían de asteroides. Hacia 1866, estoy bastante seguro de que fue en 1866, encontró la razón. Cualquier asteroide que hubiera tenido la órbita en esas zonas habría dado la vuelta al Sol en un período igual a un múltiplo del período de Júpiter.

—Si no hay un asteroide en esa zona —dijo Gonzalo—, ¿cómo puede saber cuánto tiempo tardaría en dar la vuelta al Sol?

—La verdad es que es muy simple. Kepler solucionó ese problema en 1619 y se conoce con el nombre de Tercera Ley de Kepler. ¿Puedo continuar ahora?

—Eso sólo son palabras —dijo Gonzalo—. ¿Cuál es la Tercera Ley de Kepler?

Pero Avalon dijo:

—Fiémonos de lo que dice Jim, Mario. Yo tampoco puedo enunciarlo al pie de la letra, pero estoy seguro de que los astrónomos no dudan de ella. Continúa, Jim.

Drake continuó:

—Un asteroide en una de estas zonas quizá tenga un período orbital de seis años o cuatro años, digamos, mientras que Júpiter tiene un período de doce años. Esto quiere decir que un asteroide, tras cada dos o tres revoluciones, pasa al lado de Júpiter bajo las mismas condiciones relativas de posición. La fuerza que ejerce Júpiter es siempre la misma, bien hacia adelante o hacia atrás, y el efecto es acumulativo. Si el empuje es hacia atrás, la velocidad del asteroide se hace progresivamente más pequeña, de manera que el asteroide pasa cada vez más cerca del Sol y se desplaza fuera de la zona. Si la fuerza actúa en sentido contrario, se acelera la velocidad del asteroide y éste se aleja cada vez más del Sol, saliéndose de la zona. En cualquiera de los casos, el asteroide se sale de las zonas, que ahora reciben el nombre de zonas de Kirkwood. Se puede observar el mismo fenómeno en los anillos de Saturno. Allí también hay zonas vacías.

—¿Dice que Kirkwood hizo esto en 1866? —preguntó Trumball.

—Sí.

—¿Y cuándo se supone que Moriarty escribió esta tesis?

Intervino Mason:

—Aproximadamente en 1875, si admitimos la coherencia sherlockiana.

—Posiblemente se inspirara Doyle por las noticias de las zonas de Kirkwood —dijo Trumball—, y de esa manera se le ocurrió el nombre. En cuyo caso podemos imaginar a Moriarty haciendo el papel de Kirkwood, y puede usted escribir un artículo sobre las zonas de Moriarty.

—¿Eso sería suficiente? —preguntó Mason nerviosamente—. ¿Fueron muy importantes los trabajos de Kirkwood? ¿Muy complejos?

Drake encogió los hombros:

—Fue una contribución respetable, pero sólo una aplicación de la física newtoniana. Es un trabajo de segunda clase, no de primera, desde luego.

—¡Espere, espere! —vibraba la rala barba de Rubin con gran emoción—. Posiblemente Moriarty no siguiera a Newton en absoluto. A lo mejor siguió a Einstein. Einstein revisó la teoría de la gravedad.

—La amplió —dijo Drake— en la *Teoría general de la relatividad* en 1916.

—Correcto. Cuarenta años después del trabajo de Moriarty, Tiene que ser eso. Supongamos que Moriarty se anticipara a Einstein...

—¿En 1875? —dijo Drake—. Eso sería antes del experimento de Michelson-Morley. No creo que fuera posible.

—Claro que sí —dijo Rubin—. Si Moriarty fuera lo suficientemente inteligente..., y lo era.

—Claro que sí —dijo Mason—. En el universo sherlockiano era lo suficientemente inteligente para hacer cualquier cosa. Claro que podría anticiparse a Einstein. La única cuestión es que si lo hubiera hecho, ¿no habría cambiado el curso de la Historia de la Ciencia?

—No. Si el trabajo fuera suprimido —dijo Rubin completamente excitado—. Encaja todo. El trabajo fue suprimido y este gran avance se perdió hasta que Einstein lo redescubrió.

—¿Qué le hace suponer que el trabajo fue suprimido? —exigió saber Gonzalo.

—La obra no existe. ¿No? —dijo Rubin—. Si vamos a contemplar el universo desde el punto de vista de los Irregulares de Baker Street, entonces existió el profesor Moriarty y el tratado fue escrito, y se anticipó a la Relatividad General. Sin embargo, no lo encontramos entre la literatura científica y no hay nada que sugiera la existencia de un punto de vista relativista antes de Einstein. La única explicación es que la obra fuera suprimida por el carácter malévolo de Moriarty.

Drake rió para sí mismo:

—Serían muchos los trabajos científicos suprimidos si tener un carácter malévolo fuera una causa suficiente. Pero en cualquiera de los casos, su sugerencia no es válida, Manny. El tratado no podría contener nada acerca de la Relatividad General, por lo menos no con ese título.

—¿Por qué no? —preguntó Rubin.

—Porque la revisión de los cálculos gravitacionales para tomar en cuenta la relatividad no afectaría en gran medida a la dinámica de los asteroides —dijo Drake—. De hecho, sólo había un factor conocido por los astrónomos en 1875 que se podía considerar como un rompecabezas gravitacional.

—Ah —dijo Rubin—, estoy empezando a darme cuenta de lo que dice.

—Pues, yo no —dijo Avalon—. Siga, Jim. ¿Cuál era ese rompecabezas?

—Era una cuestión relacionada con el planeta Mercurio —dijo Drake—, que tiene una órbita algo inclinada alrededor del Sol. En un punto de su órbita se acerca mucho al Sol (más que cualquier otro planeta, claro, pues está más cerca del que cualquier otro planeta). A este punto se le llama perihelio. Cada vez que Mercurio completa una revolución alrededor del Sol, el perihelio se desplaza algo hacia delante. La causa de este desplazamiento se puede encontrar en los pequeños efectos gravitacionales, o perturbaciones, de los otros planetas sobre Mercurio. Pero, aun después de tener en cuenta todos los efectos gravitacionales, no se encuentra una explicación satisfactoria de este desplazamiento. Esto fue descubierto en 1843. Hay un diminuto desplazamiento residual hacia delante que no puede ser explicado por la teoría gravitacional. No es mucho. Tan sólo unos segundos de arco por siglo, lo cual quiere decir que el perihelio se desplazaría una distancia inexplicable, igual al diámetro de la luna llena aproximadamente cada cuatro mil doscientos años; o daría una vuelta completa —hizo unos cálculos mentales— en aproximadamente tres millones de años. No es mucho desplazamiento, pero es suficiente como para hacer dudar de la teoría de Newton. Algunos astrónomos creían en la existencia de un planeta desconocido en el otro lado de Mercurio, muy cerca del Sol. Su tracción no se tuvo en cuenta por ser desconocido, pero era posible calcular las dimensiones del planeta y el tipo de órbita que debería tener para explicar este desplazamiento anómalo del perihelio. La única pega es que nunca pudieron encontrar el planeta. Luego, Einstein modificó la teoría de la gravitación de Newton, lo hizo más general, y demostró que cuando se aplicaban las nuevas ecuaciones modificadas al desplazamiento de Mercurio, se explicaba con precisión este desplazamiento. También sirvió para otras muchas cosas, pero dejemos eso de lado.

—¿Por qué no pudo Moriarty haber pensado eso? —dijo Gonzalo.

Drake contestó:

—Porque habría llamado a su trabajo *Sobre la dinámica de Mercurio*. No es posible que haya ideado algo para resolver esta paradoja astronómica que llevaba confundiendo a los astrónomos durante treinta años y haberlo llamado de otra manera.

Mason no parecía estar muy satisfecho:

—¿Lo que me están diciendo es que no hay nada sobre lo que pudiera haber escrito Moriarty y que se llamara *Sobre la dinámica de un asteroide*, y que además

fuese un trabajo matemático de primera clase?

Drake hizo un aro de humo:

—Supongo que es lo que estoy diciendo. Otra cosa que estoy diciendo, supongo, es que sir Arthur Conan Doyle no sabía la suficiente astronomía ni para darle de comer a un canario, y que no sabía ni lo que estaba diciendo cuando inventó el título. Aunque supongo que no esté permitido decir ese tipo de cosas.

—No —dijo Mason con la cara redonda hundida en la miseria—. No en el universo sherlockiano.

—Con permiso —dijo Henry desde su puesto en la mesa auxiliar—. ¿Puedo hacer una pregunta?

Drake le contestó:

—Sabe perfectamente que puede, Henry. No me diga que usted es un astrónomo.

—No, señor. Por lo menos no más allá del conocimiento medio de un americano medio. Aun así, ¿me equivoco cuando digo que hay un gran número de asteroides conocidos?

—Más de mil setecientos tienen las órbitas calculadas, Henry —dijo Drake.

—Y se conocían algunos en los tiempos de Moriarty, ¿no?

—Claro. Varias docenas.

—En ese caso, señor —dijo Henry—, ¿por qué se llama *La dinámica de un asteroide*? ¿Por qué un asteroide?

Drake pensó un rato y dijo:

—Es una buena pregunta. No lo sé, a no ser que sea otra indicación de que Doyle no sabía lo suficiente.

—No diga eso —interrumpió Mason.

—Bueno, entonces diré que no lo sé.

—Posiblemente Moriarty hiciera sus cálculos para sólo un asteroide —dijo Gonzalo.

—Entonces habría titulado su libro *La dinámica de Ceres* o cualquiera que fuera el asteroide sobre el que estuviera trabajando.

Gonzalo dijo tozudamente:

—No, eso no es lo que quiero decir. No quería decir que hiciera cálculos para un asteroide particular. Quiero decir que a lo mejor escogió un asteroide al azar o trabajó con un asteroide ideal, uno que no existe en realidad. Y trabajó sobre la dinámica de este asteroide.

—Podría ser, Mario —dijo Drake—. La única pega es que si Moriarty hubiera trabajado sobre la dinámica de un asteroide, el sistema matemático básico sería válido para todos los asteroides y el título del trabajo sería *La dinámica de los asteroides*. Y, además, cualquier cosa que hiciera en ese aspecto sería newtoniana y carecería de valor excepcional.

—¿Quiere decir —dijo Gonzalo, intentando no darse por vencido— que no había ningún asteroide que tuviera alguna particularidad acerca de su órbita?

—En 1875 no había ninguno —dijo Drake—. Todos tenían órbitas entre Marte y Júpiter y todos se adaptaban a la teoría gravitacional con gran exactitud. Hoy en día, sí conocemos algunos asteroides con órbitas anormales. El primer asteroide atípico descubierto fue Eros, el cual tiene una órbita que lo acerca más al Sol de lo que se acerca a Marte. Por otro lado, este asteroide se acerca más a la Tierra, en ocasiones a tan sólo a veintidós millones de kilómetros, que cualquier otro cuerpo de su tamaño o mayor, exceptuando la Luna. Sin embargo, no fue descubierto hasta 1898. Luego, en 1906, se descubrió Achilles. Fue el primero de los asteroides troyanos, y son atípicos porque se desplazan alrededor del Sol en la órbita de Júpiter, aunque por delante o por detrás de este planeta.

—¿No pudo Moriarty haberse anticipado a estos acontecimientos y haber descrito estas órbitas atípicas? —preguntó Gonzalo.

—Aunque se hubiera anticipado, estas órbitas son atípicas en cuanto a su posición, pero no en cuanto a su dinámica. Los asteroides troyanos ofrecen algunas cuestiones teóricas de interés, pero ya habían sido contestadas por Lagrange un siglo antes.

Hubo un silencio corto, y luego intervino Henry:

—Pero el título está ahí, señor. Si aceptamos la premisa sherlockiana de que tiene que tener algún significado, ¿existe la posibilidad de que se refiriese a una época en la que sólo hubiera un cuerpo en órbita entre Marte y Júpiter?

Drake sonrió:

—No se haga el ignorante, Henry. Usted está hablando de la teoría de la gran explosión para explicar la existencia de asteroides.

Por un momento parecía que Henry iba a sonreír. Si tuvo la tentación de hacerlo lo disimuló muy bien y dijo:

—Alguna vez he leído la sugerencia de que una vez hubo un planeta entre Marte y Júpiter y que explotó.

—Esa teoría ya no se lleva —dijo Drake—, pero fue muy popular en su día. En 1801, cuando el primer asteroide, el Ceres, fue descubierto, resultó tener un diámetro de tan sólo unos setecientos kilómetros, lo cual es sorprendentemente pequeño. Lo que sorprendió aún más fue el hecho de que a lo largo de los tres años siguientes se descubrieron otros tres asteroides con órbitas muy similares. En seguida surgió la teoría de la explosión de un planeta.

—¿No podría estar refiriéndose el profesor Moriarty a este planeta antes de su explosión cuando hablaba de un asteroide? —dijo Henry.

—Supongo que sí, pero ¿por qué no lo llamó planeta? —dijo Drake.

—¿Habría sido realmente un gran planeta?

—No, Henry. Si se juntaran todos los asteroides no formarían un planeta mayor a unos mil seiscientos kilómetros de diámetro.

—¿No sería más aproximado a lo que conocemos hoy con el nombre de asteroide que a un planeta? Esto sería aún más claro en 1875, cuando se conocían menos asteroides y este cuerpo original habría parecido aún más pequeño.

—Quizá —dijo Drake—. Pero entonces, ¿por qué no lo llamó el asteroide?

—Quizá pensara el profesor Moriarty que llamarlo *La dinámica del asteroide* fuera un título demasiado específico. Quizá pensara que la teoría de la explosión no estaba lo suficientemente probada como para permitirle hablar de algo más que de un asteroide. A pesar de la falta de escrúpulos que demostró Moriarty fuera del mundo científico, debemos suponer que era un matemático meticuloso y exageradamente preciso.

Mason estaba sonriendo de nuevo:

—Eso me gusta, Henry. Es una idea genial —y tras decir esto le dio la razón a Gonzalo.

—Ya se lo dije —reiteró Gonzalo.

—Un momento. Vamos a ver a dónde nos lleva todo esto. Moriarty no puede estar sólo hablando de la dinámica del asteroide original como un cuerpo que gira alrededor del Sol, porque estaría siguiendo la teoría gravitacional, como lo hacen todos sus descendientes. Tendría que hablar acerca de la explosión. Estaría analizando las fuerzas dentro de la estructura del planeta que hicieran posible la explosión. Tendría que discutir sobre las consecuencias de la explosión, y todo esto está dentro de los límites de la teoría gravitacional. Tendría que calcular las fuerzas de tal manera que la resultante de la explosión diera lugar a efectos gravitacionales que dejara a los fragmentos asteroidales en la órbita en la que se encuentran hoy.

Drake se paró a pensar, asintió y continuó hablando:

—No estaría mal. Sería un problema matemático digno del cerebro de Moriarty, y podemos suponer que sería el primer paso de cualquier matemático que se atreve a enfrentarse a un problema astronómico tan complejo. Sí, me gusta.

—A mí también me gusta —dijo Mason—. Si me puedo acordar de todo lo que han dicho, ya tengo el artículo escrito. Dios mío, esto es maravilloso.

—De hecho, señores —dijo Henry—, creo que esta hipótesis es aún mejor de lo que ha planteado el doctor Drake. Creo recordar que el señor Rubin mencionó antes que debemos suponer que el tratado del profesor Moriarty fue suprimido por no encontrarse en los anales científicos. Me parece que si nuestra teoría logra explicar esta supresión se afianzará aún más.

—Desde luego —dijo Avalon—, pero ¿puede explicarlo?

—Suponga —dijo Henry con voz cálida— que por encima de la dificultad del problema y el mérito de resolverlo hay un motivo oculto que persigue Moriarty.

Después de todo, estamos ante la destrucción de un mundo. Ante un criminal como Moriarty, cuya mente enferma discurría para producir el caos en la Tierra, para romper y corromper la sociedad y la economía mundial. Tenía que haber algo de fascinación en la destrucción física de un mundo. ¿No se le ocurriría pensar que en el asteroide primitivo pudiera existir otro como él? ¿Una persona llena de malicia que había osado alterar las peligrosas fuerzas del interior del planeta? Moriarty pudo haber imaginado que este super-Moriarty del asteroide original había destruido deliberadamente su mundo y toda la vida existente sobre él, incluyendo la suya propia, dejando a los asteroides que ahora existen como lápidas conmemorativas de su acción. ¿Existe la posibilidad de que Moriarty sintiera envidia de esta hazaña y que intentase realizar los cálculos necesarios para llevar a cabo esta misma acción en la Tierra? ¿No es posible que los pocos científicos europeos capaces de adivinar sólo una mínima parte de lo que Moriarty estaba diciendo en su tratado entendieran que lo que describía no era un modelo matemático del origen de los asteroides, sino el comienzo de una receta para llevar a cabo el crimen definitivo..., la destrucción de la Tierra, de la vida y de la creación de un cinturón de asteroides aún mayor? No sería sorprendente que una comunidad científica espantada suprimiera un trabajo de tales características.

Y cuando terminó de hablar Henry hubo un momento de silencio y Drake aplaudió. Los demás se unieron al aplauso.

Henry se ruborizó:

—Lo siento —murmuró cuando se hubieron acallado los aplausos—, creo que he hablado demasiado.

—En absoluto —dijo Avalon—. Fue un estallido sorprendente de poesía que me encantó oír.

—Yo, francamente, creo que es perfecto —dijo Halsted—. Es exactamente lo que haría Moriarty y explica todo. ¿No está de acuerdo, Ron?

—Lo pensaba decir —dijo Mason— en cuanto se me hubiera pasado el asombro. No pediré más que escribir un trabajo sherlockiano basado en el análisis de Henry. ¿Pero cómo voy a apropiarme de sus ideas?

—Son tuyas, señor Mason —dijo Henry—. Mi regalo por haber iniciado una sesión tan sumamente gratificante. Como usted verá, yo también he sido un devoto lector de Sherlock Holmes durante un buen número de años.

Notas

[1] *Easter* significa «Pascua», en inglés. <<

[2] *To Wrest* significa «arrancar violentamente», en inglés. <<

[3] *Fox* significa «zorro», en inglés. <<

[4] *Dig* significa «cavar», en inglés. <<

[5] En idioma original, *The Doge Whose Barque Was Worse: Than Hit Bight* (juego de palabras; la segunda lectura es «El perro cuyo ladrido era peor que tu mordisco»). <<

[6] Personajes mitológicos. Combatientes de Odín renombrados por sus poderes mágicos y su bravura. <<